

Los elixires del diablo

E.T.A. Hoffmann

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Años de infancia y vida monacal

Nunca me dijo mi madre en qué condiciones había vivido mi padre en el mundo; si evoco a través de la memoria, sin embargo, todo lo que me contó en mi infancia acerca de él, debo suponer que se trataba de un hombre experimentado, dotado de profundos conocimientos. Precisamente por estas historias y otros comentarios esporádicos de mi madre sobre su vida pasada, que sólo me fueron comprensibles con el paso del tiempo, sé que mis padres cayeron de una vida cómoda, disfrutando de una considerable riqueza, en la más amarga pobreza, y que mi padre, tentado por Satanás para perpetrar un infame sacrilegio, cometió un pecado mortal que, años más tarde, cuando la gracia divina le iluminó, quiso expiar mediante una peregrinación al Sagrado Tilo^[2], en la lejana y fría Prusia. Durante la fatigosa caminata mi madre sintió, por vez primera tras varios años de matrimonio, que éste no quedaría sin fruto, como había temido mi padre, quien, a pesar de su indigencia, experimentó una gran alegría, ya que así podría cumplirse una visión, según la cual San Bernardo le habría asegurado consuelo y perdón de los pecados por mediación del nacimiento de un hijo. Mi padre enfermó en el Sagrado Tilo, y cuanto más insistía, a pesar de su estado, en llevar a cabo los penosos ejercicios espirituales prescritos, más se agravaba su enfermedad. Murió, redimido y consolado, en el mismo instante de mi nacimiento.

Con el despertar de la conciencia alborean en mí las imágenes apacibles del monasterio y de la espléndida iglesia en el Sagrado Tilo. Todavía me rodean los murmullos del oscuro bosque, los aromas de la exuberante hierba germinada, de las flores multicolores que me sirvieron de cuna. Ningún animal venenoso, ningún insecto dañino habita en el santuario de los bienaventurados. Ni el zumbido de una mosca, ni el canto del grillo interrumpen el sagrado silencio, en el que sólo resuenan los cánticos piadosos de los monjes que, formando largas procesiones, balancean junto con los peregrinos los dorados incensarios, de los cuales brota hacia lo alto la fragancia del humo consagrado. Todavía me parece estar viendo, en medio de la iglesia, el tronco del tilo cubierto de plata, en el que los ángeles sostenían la imagen milagrosa de la Virgen. ¡Aún me sonríen desde los muros, desde las bóvedas de la iglesia, las policromas figuras de los ángeles, de los santos!... Las historias de mi madre acerca del maravilloso monasterio, en el que su profundo dolor encontró un consuelo pleno de gracia, han penetrado hasta tal punto en mi alma que me parece haberlo visto y experimentado todo yo mismo, a pesar de que es imposible que mi recuerdo pueda alcanzar un pasado tan lejano, ya que mi madre abandonó año y medio más tarde aquel lugar sagrado. Así, tengo la sensación de haber visto en la iglesia desierta, con mis propios ojos, la figura extraordinaria de un hombre serio.

Sólo podría tratarse del pintor extranjero que, en tiempos remotos, acabada de construir la iglesia, apareció misteriosamente sin que nadie pudiese entender su idioma y pintó, con mano experta, en un periodo brevísimo, la iglesia de la manera más soberbia, para desaparecer de nuevo nada más terminar. Del mismo modo recuerdo también a un anciano peregrino —aunque poseo la certeza de que sólo gracias a la descripción de mi madre pudo tomar cuerpo en mi interior su vívida imagen—, vestido de forma extraña, con una barba larga y gris, que me llevaba a menudo en brazos de un lado a otro, jugaba conmigo y buscaba en el bosque los más variados tipos de piedras y plantas. Una vez trajo a un niño singular por su belleza, que tenía mi misma edad. Nos sentábamos en la hierba, dándonos abrazos y besos. Le regalé todas mis piedras de vivos colores, y con ellas sabía hacer todo tipo de figuras en el suelo, aunque siempre terminaban formando una cruz. Mi madre se sentaba a nuestro lado en un banco de piedra, y el anciano, que permanecía de pie detrás de ella, contemplaba nuestros juegos infantiles con seriedad indulgente. Entonces salieron algunos jóvenes de la maleza que, a juzgar por sus ropas y su apariencia en general, habían venido al Sagrado Tilo sólo por curiosidad y ganas de husmear. Al percatarse de nuestra presencia, gritó uno de ellos entre risas:

—¡Mirad, una sagrada familia! ¡Algo digno de mi carpeta!

Y, sacando papel y lápiz, se dispuso a dibujarnos. El anciano peregrino levantó la cabeza y gritó furioso:

—¡Miserable burlón, quieres ser un artista y en tu interior jamás ha ardido la llama de la fe y del amor! ¡Tus obras permanecerán muertas y heladas como tú! ¡Desesperarás, como un repudiado, en un solitario vacío y perecerás en tu propia pobreza de espíritu!

Los jovenzuelos huyeron de allí desconcertados. El anciano peregrino dijo entonces a mi madre:

—Hoy os he traído a un niño maravilloso para que encendiese la chispa del amor en vuestro hijo, pero me lo tengo que llevar y jamás lo volveréis a ver, como tampoco a mí. Vuestro hijo está dotado espléndidamente de múltiples dones, sin embargo los pecados del padre hierven y fermentan en su sangre. Es posible que pueda, pese a ello, convertirse en un bravo campeón de la fe, dejadle que sea religioso.

Mi madre apenas podía expresar la profunda e imborrable impresión que le causaron las palabras del peregrino. Decidió, sin embargo, no forzar mis inclinaciones, sino aguardar tranquilamente a lo que el destino quisiera imponerme y al camino por el que quisiera guiarme, ya que mi madre no podía pensar en ninguna educación superior que no fuese la que ella misma estaba en disposición de darme.

Mis recuerdos, basados claramente en experiencias personales, comienzan cuando mi madre, en el camino de regreso a casa, llegó a un convento cisterciense^[3], donde fue recibida amigablemente por una abadesa, portadora del título de princesa, que había

conocido a mi padre. El periodo de tiempo transcurrido desde aquel suceso con el anciano peregrino —suceso que conozco a través de mi propia evocación de los hechos, de tal manera que mi madre sólo lo ha completado respecto a los discursos del pintor y del peregrino—, hasta el momento en que mi madre me presentó por vez primera a la abadesa, constituye una auténtica laguna en mi memoria: ni la más mínima idea de lo ocurrido ha quedado grabada en mi mente. Me encuentro de nuevo en el pasado, cuando mi madre arreglaba y mejoraba, dentro de lo posible, mi ropa. Había comprado cintas nuevas en la ciudad, me había cortado el pelo, que había crecido de manera salvaje, y me había aseado concienzudamente, mientras me conminaba a comportarme de forma piadosa y apropiada ante la abadesa. Finalmente recuerdo que subí las amplias escaleras de piedra de la mano de mi madre y penetré en la elevada y abovedada estancia, adornada con imágenes de santos, donde se encontraba la princesa. Era una mujer de una belleza mayestática, a quien los hábitos de la Orden dotaban de una dignidad que infundía gran respeto. Me contempló con una mirada seria, escrutadora, y preguntó:

—¿Es vuestro hijo?

Su voz, toda su distinción, la extraña atmósfera, la elevada sala, las imágenes, todo me afectó tanto que, sobrecogido por un sentimiento de horror interior, empecé a llorar amargamente. Entonces la abadesa se dirigió a mí, mientras me miraba con bondad y dulzura:

—¿Qué te sucede, pequeño? ¿Te asustas de mí? ¿Cómo se llama vuestro hijo, querida señora?

—Franz —respondió mi madre.

La abadesa exclamó en aquel momento con la más profunda melancolía: «¡Francisco!». Entonces me elevó y apretó con vehemencia contra su pecho, pero en ese mismo instante sentí un dolor repentino en el cuello que me hizo proferir un grito tan fuerte que la abadesa, horrorizada, me soltó, y mi madre, consternada por mi comportamiento, acudió presurosa para sacarme de la estancia. La princesa no lo permitió. Ocurrió que la cruz de diamantes que la princesa lucía en el pecho me había dañado hasta tal punto el cuello, al apretarme tan fuerte, que el lugar de contacto había adquirido un color rojo intenso y mostraba vestigios de sangre.

—Pobre Franz —dijo la princesa—, te he hecho daño, pero queremos, no obstante, ser buenos amigos.

Una hermana trajo dulces y vino azucarado. Yo, recuperado el atrevimiento, no me hice mucho de rogar y empecé a saborear con ánimo los dulces que aquella mujer encantadora, sentada y conmigo en el regazo, ponía en mi boca. Cuando probé unas gotas de la bebida dulce que me habían traído, hasta aquel momento totalmente desconocida para mí, recuperé esa alegría de espíritu, esa vivacidad, que según testimonio materno me era propia desde la más tierna infancia. Reí y charlé para gran placer de la abadesa y de la hermana, que había permanecido en la habitación. Todavía me resulta inexplicable cómo a mi madre se le ocurrió incitarme a contar a la

princesa todas las cosas bellas y espléndidas de mi lugar de nacimiento y cómo, aparentemente inspirado por un poder superior, pude describir de manera tan viva las bellas imágenes del pintor extranjero y desconocido, como si las hubiese aprehendido en lo más profundo de mi espíritu. Luego empecé a contar detalles sobre las extraordinarias historias de los santos, como si conociera y estuviera familiarizado con todos los escritos de la iglesia. La princesa, incluso mi madre, me miraban asombradas, pero cuanto más hablaba, más aumentaba mi entusiasmo, y cuando finalmente la princesa me preguntó:

—Dime, querido niño, ¿cómo es que sabes todo eso?

Entonces contesté, sin titubear un instante, que el niño maravilloso que una vez trajo un peregrino extranjero me había explicado el significado de todas las imágenes de la iglesia, que incluso había reproducido alguna imagen con piedras multicolores, y no sólo me había aclarado su sentido, sino que me había narrado muchas otras historias sagradas.

Tocaron a vísperas; la hermana había empaquetado una buena cantidad de dulces para mí, que guardé con gran placer. La abadesa se levantó y se dirigió a mi madre:

—Querida señora, considero a vuestro hijo mi protegido y quiero hacerme cargo de él a partir de ahora.

Mi madre no podía hablar de emoción, besaba las manos de la princesa, derramando ardientes lágrimas. Pretendíamos retirarnos hacia la puerta, cuando la princesa se aproximó, me tomó de nuevo en brazos, desplazando cuidadosamente la cruz a un lado, y me estrechó, llorando, fuertemente contra su pecho, de tal manera que sus ardientes lágrimas bañaron mi frente; luego exclamó:

—¡Francisco, sé piadoso y bueno!

Yo me conmoví hasta lo más profundo de mi ser y tuve también que llorar, aunque sin saber por qué.

Gracias a la protección de la abadesa, la casa de mi madre, situada en una pequeña granja no lejos del convento, ganó pronto en reputación. Se acabó la pobreza, yo iba mejor vestido y recibía clases del párroco, al que servía como monaguillo cuando prestaba servicio divino en la iglesia del convento.

Todavía me acompaña el recuerdo de aquellos felices años de infancia, como si fuese un sueño bendito. ¡Ay!, como un país lejano, maravilloso, donde habitan la alegría y la jovialidad sin aflicción de un entendimiento infantil y despreocupado, yace mi hogar, ahora tan distante, pero cuando miro hacia atrás se abre ante mí el abismo que me separa eternamente de él. Arrebatado por un anhelo ardiente, intento evocar reiteradamente y cada vez con mayor intensidad a mis seres queridos, que entreveo allá, como deambulando en la luz purpúrea del amanecer; y me figuro que percibo sus dulces voces. ¡Ay!, ¿es que existe un abismo que el amor con alas poderosas no pudiera sobrevolar? ¡Qué es el espacio, el tiempo para el amor!

¿No vive el tiempo en el pensamiento y no posee el espacio medida? Pero figuras tenebrosas se alzan y, estrechándose de manera cada vez más hermética, cercándome

sin fisuras, obstruyen mi visión e intimidan mis sentidos con las tribulaciones del presente. Así, el anhelo mismo que me inundó con un dolor sin nombre, pleno de deleites, se convierte en un tormento mortal e impío.

El párroco era la bondad en persona. Sabía cautivar mi espíritu vivaz y sabía también adaptar las clases a mis peculiaridades anímicas, lo que contribuyó decisivamente a que aprendiera divirtiéndome e hiciera rápidos progresos. Yo amaba a mi madre sobre todas las cosas, pero veneraba a la princesa como si se tratase de una santa, y constituía para mí un auténtico día festivo cuando podía verla. Siempre me proponía lucirme ante ella con mis conocimientos recién adquiridos, pero cuando llegaba, cuando me hablaba amigablemente, apenas podía emitir una sola palabra. Sólo quería contemplarla, sólo deseaba escucharla. Cada una de sus palabras quedaba profundamente grabada en mi alma para el resto del día. Cuando yo las pronunciaba, me encontraba en un estado de ánimo festivo, y me acompañaba su figura en los paseos que por aquel entonces frecuentaba. Qué extraño sentimiento se apoderaba de mí cuando, haciendo oscilar el incensario, permanecía de pie en el altar mayor, y los sonidos del órgano se precipitaban como una cascada desde el coro, creciendo como un raudal hirviente y arrastrándome consigo, o cuando, durante el himno, reconocía su voz, que me penetraba como un rayo luminoso e invadía mi interior con las visiones más elevadas y sagradas. Pero el día más espléndido, con el que soñaba semanas antes y en el que no podía pensar sin experimentar un júbilo íntimo, era la fiesta de San Bernardo^[4] que, en atención a su condición de santo patrón de los cistercienses, se festejaba con gran indulgencia y de la manera más alegre. Ya el día anterior afluía una gran muchedumbre desde las ciudades vecinas, así como de todas las regiones circundantes, acampando en la pradera florida junto al convento. El jovial tumulto no cesaba ni de día ni de noche. No recuerdo que el mal tiempo, en una estación propicia (el día de San Bernardo caía en agosto), hubiese estropeado alguna vez la fiesta. Se podían observar, en mezcla abigarrada, sacerdotes devotos, cantando himnos y paseando por los alrededores; mozos de campo, divirtiéndose y armando bullicio con las muchachas ataviadas para la ocasión; clérigos que, con aire contemplativo y manos cruzadas en actitud devota, miraban hacia el cielo; familias burguesas, acampando en la hierba, que vaciaban las cestas repletas de comida y disfrutaban de los manjares. ¡Cánticos alegres, cantos piadosos, fervientes suspiros de penitentes, risas de los que estaban contentos, lamentos, gritos de júbilo, alborozo, bromas, oraciones, todo ello llenaba el aire como un concierto ensordecedor y maravilloso! Pero en cuanto la campana del convento tañía, se extinguía repentinamente el bullicio. Desde donde la vista alcanzaba se observaban entonces hileras estrechas y compactas de personas arrodilladas, que sólo interrumpían el silencio sagrado con el murmullo apagado de sus oraciones. Tan pronto como sonaba la última campanada, la variada multitud se mezclaba de nuevo y se reanudaba el

júbilo interrumpido por unos minutos. El propio obispo, que residía en la ciudad vecina, oficiaba la Santa Misa en el día de San Bernardo, en la iglesia del convento, asistido por el clero bajo de la colegiata. Su orquesta ejecutaba las piezas de música en una tribuna que se había levantado para la ocasión en uno de los laterales del Altar Mayor, y que se había revestido con un tapiz de seda bordado de gran singularidad y riqueza. Todavía no se han extinguido las sensaciones que en aquel tiempo conmovieron mi pecho. Reviven con frescura juvenil siempre que mi ánimo retorna a aquella época bendita, que desapareció demasiado deprisa. Pienso con intensidad en un «Gloria», ejecutado varias veces, ya que la princesa amaba especialmente esta pieza. Cuando el obispo entonaba el Gloria y las poderosas voces del coro retumbaban: «¡*Gloria in excelsis deo!*», ¿no parecía como si la gloria de los cielos se abriera sobre el altar mayor? ¿Como si las imágenes de los querubines y serafines cobraran vida por un milagro divino y aletearan alabando a Dios con cantos y música de cuerda? Yo me sumía en el éxtasis de un entusiasmo contemplativo que me transportaba, a través de nubes resplandecientes, a la lejana y conocida tierra natal, mientras en el bosque fragante sonaban las encantadoras voces angélicas. Entonces salía a mi encuentro, como si surgiera de un ramo de lilas, el niño maravilloso que me preguntaba sonriente: «¿Dónde has estado todo este tiempo, Francisco? Tengo muchas flores multicolores de gran belleza y te las quiero regalar todas, si permaneces conmigo y me amas para siempre».

Después de la misa mayor las monjas, precedidas por la abadesa, que lucía una mitra y portaba el báculo de plata, emprendieron una procesión solemne por los corredores del convento y por la iglesia. ¡Qué santidad, qué dignidad, qué grandeza ultramundana irradiaba la mirada de aquella mujer espléndida y guiaba cada uno de sus movimientos! Era la propia Iglesia triunfante que prometía bendición y gracia al pueblo piadoso y creyente. Hubiera querido arrojarme al suelo ante ella, si su mirada hubiera recaído casualmente en mí. Terminado el oficio divino, el clero y la orquesta del obispo fueron agasajados en una gran sala del convento. Muchos amigos del mismo, entre ellos funcionarios y comerciantes de la ciudad, participaron en la comida, y yo también pude estar presente, ya que el director de la orquesta me había tomado cariño y le agradaba mi compañía. Si hasta ese momento todo mi ser, inflamado por la meditación sagrada, se había volcado hacia lo ultraterrenal, ahora salía a mi encuentro la vida alegre que me rodeaba con sus imágenes variopintas. Se intercambiaron toda clase de narraciones jocosas, bromas y anécdotas entre las risas ruidosas de los invitados, que vaciaban las botellas con diligencia, hasta que, llegada la noche, se dispusieron los carruajes para el retorno a los lugares de origen.

Había cumplido dieciséis años cuando el cura declaró que ya estaba preparado

suficientemente como para iniciar los estudios teológicos superiores en el seminario de la ciudad vecina^[5]. Me había decidido de forma concluyente por la carrera eclesiástica, y ello llenó a mi madre de la alegría más profunda, ya que ella creyó que así quedaban aclaradas y se cumplían las misteriosas indicaciones del peregrino que, en cierto grado, estaban en conexión con la extraña visión de mi padre, desconocida en lo que a mí respecta. En mi decisión creía ver la redención del alma de mi padre y la salvación del tormento de la condena eterna. También la princesa, a la que ya sólo podía ver en el locutorio, aprobó satisfecha mi pretensión y repitió su promesa de apoyarme con lo necesario hasta que obtuviera una dignidad eclesiástica. A pesar de que la ciudad estaba muy cerca —desde el convento se distinguían las torres de la misma—, y de que sólo alguna persona andariega y robusta escogía a partir de allí el agradable y risueño lugar del convento para sus paseos, me fue muy difícil la despedida de mi buena madre, de la mujer maravillosa a la que adoraba hasta en lo más profundo de mi alma, y de mi buen maestro. ¡Qué cierto resulta que al dolor de la separación le parecen semejantes cada instante fuera del círculo de los que amamos y la más lejana distancia! La princesa se conmovió de manera especial; su voz tembló de tristeza cuando, con unción, pronunciaba palabras de exhortación. Me regaló un delicado rosario y un pequeño libro de oraciones, iluminado con esmeradas imágenes. Luego me entregó una carta de recomendación para el prior del monasterio capuchino en la ciudad, al que me aconsejó buscar enseguida, ya que me ayudaría de buena gana, tanto de palabra como de obra, en todo lo que necesitara.

No existe con certeza otro paraje más agradable que aquél, en el que el monasterio capuchino tiene su asiento, poco antes de llegar a la ciudad. El espléndido jardín del monasterio con vista a las montañas me parecía resplandecer con una nueva belleza cada vez que paseaba por sus largas avenidas, ya fuera permaneciendo en uno u otro bosquecillo exuberante. Precisamente en este jardín encontré al prior Leonardo la primera vez que le visité para mostrarle la carta de recomendación de la abadesa. La alegría del ya de por sí risueño prior se vio aumentada cuando leyó la carta, y podía contar tantas cosas interesantes acerca de la maravillosa mujer, a la que había conocido hacía años en Roma, que desde el primer momento me sentí atraído por él. Se hallaba rodeado por los hermanos, y se podía reconocer de inmediato la relación que el prior mantenía con los monjes, toda la institución monacal y la forma de vida: la serenidad y alegría espiritual, que se mostraba claramente en el aspecto externo del prior, se extendía a todos los hermanos. Nadie advirtió nunca una huella de displicencia o de aquella reserva hostil y devoradora del alma que se percibe a menudo en los rostros de los monjes. A pesar de las severas reglas de la Orden, para el prior Leonardo constituían los ejercicios espirituales más la necesidad de un espíritu inclinado a lo celestial que una penitencia ascética por los pecados propios de la naturaleza enferma del hombre, y él sabía despertar este sentido meditativo en los

hermanos, dotando a todo lo que tenían que hacer, en cumplimiento de las reglas, de una alegría y apacibilidad que, en verdad, creaba una existencia superior dentro de la estrechez terrenal. El prior Leonardo supo, incluso, establecer una cierta relación conveniente con el mundo, que no podía ser sino saludable para los hermanos. Cuantiosas donaciones, que llegaban al prestigioso monasterio desde los más diversos lugares, hacían posible que se pudiera agasajar ciertos días, en el refectorio, a los amigos y protectores del monasterio. Se colocaba y cubría entonces una larga tabla en el centro de la sala comedor, al final de la cual el prior Leonardo tomaba asiento con sus huéspedes. Los hermanos permanecían en la mesa estrecha situada junto a la pared y utilizaban una vajilla modesta, conforme a la regla, mientras la mesa de los invitados, que había sido limpiada con esmero, se ponía con elegante servicio de porcelana y cristal. El cocinero del monasterio sabía preparar platos de vigilia exquisitos, que gustaban sobremanera a los invitados. Éstos se encargaban a su vez de traer el vino, constituyendo así las comidas en el monasterio un encuentro alegre y agradable de lo espiritual y lo profano, cuyo efecto recíproco para la vida no podía dejar de ser útil; pues, al salir del mundo y penetrar tras los muros, aquellos que se encontraban sumidos en la actividad mundana, donde todo contradice en el acto los valores de la vida eclesiástica, tan opuesta a su forma de vida, debían reconocer, exaltados por alguna chispa que tocaba sus almas, que también a través de otros caminos muy distintos a los que ellos habían tomado se podía encontrar sosiego y felicidad y que, quizá, el espíritu, cuanto más se eleva por encima de lo profano, con mayor posibilidad podía deparar al ser humano una existencia superior en esta vida terrenal. Los monjes, por el contrario, ganaban en sabiduría y prudencia, ya que los conocimientos que adquirían de la actividad y trajín del variado mundo fuera de los muros despertaban en ellos toda clase de consideraciones. Sin otorgar a lo terrenal un valor falso, tenían que reconocer la necesidad de una refracción del principio espiritual en las distintas formas de vida determinadas por el fuero interno humano, sin las cuales todo permanecería sin brillo y descolorido.

El prior Leonardo había sobresalido desde siempre en lo que respecta a la preparación espiritual y científica. Además de que se le consideraba en general un sutil erudito en teología, lo que le permitía manejar con facilidad y profundidad las materias más complejas, y de que los profesores del seminario le pedían consejo e instrucción con asiduidad, estaba preparado para el mundo más de lo que se podría suponer en un clérigo. Hablaba con perfección y elegancia el italiano y el francés y, gracias a sus dotes diplomáticas, se le había utilizado hacía tiempo en misiones importantes. Ya entonces, cuando le conocí, era un hombre de avanzada edad, pero, aunque el pelo blanco era fiel testigo de su edad, sus ojos despedían todavía un fuego juvenil, y su agradable sonrisa, apenas esbozada por sus labios, aumentaba la expresión de bienestar interior y tranquilidad de ánimo. La misma gracia que

adornaba su conversación dominaba en sus movimientos, e incluso el vulgar hábito de la Orden se adaptaba de maravilla a su bien formado cuerpo. Entre los hermanos no había ninguno que no hubiese entrado en el monasterio por libre elección o por la necesidad creada por una disposición interna, pero también el infeliz que hubiera buscado un puerto de salvación en el monasterio para escapar de la destrucción, habría sido pronto consolado por Leonardo; su penitencia habría consistido en el corto tránsito hacia la tranquilidad y, reconciliado con la existencia mundana, sin reparar en su brillo, se habría elevado sobre lo terrenal, aunque permaneciendo en el mundo. Estas tendencias inusuales en la vida monacal habían sido concebidas por Leonardo en Italia, donde el culto, y con él toda la visión de la vida religiosa, se caracteriza por una mayor jovialidad, en contraste con la Alemania católica. Así como en la construcción de las iglesias se mantenían todavía las formas clásicas, del mismo modo parecía como si un rayo procedente de aquella época risueña y vital de la Antigüedad hubiera penetrado en la oscuridad mística del Cristianismo, y lo hubiera alumbrado con el brillo maravilloso que antaño había iluminado a héroes y dioses.

Leonardo me tomó cariño. Me impartía clases en italiano y francés. Excelentes eran además los múltiples libros que ponía en mis manos, así como sus conversaciones, que instruyeron mi espíritu de manera especial. Casi todo el tiempo libre que me dejaban los estudios en el seminario lo pasaba en el monasterio capuchino, y sentía cómo crecía mi inclinación a tomar los hábitos. Le revelé al prior mi deseo y, sin disuadirme de mi propósito, me aconsejó esperar como mínimo un par de años para, durante ese tiempo, conocer algo mejor el mundo. Aunque no me faltaban relaciones, que había adquirido gracias al director de orquesta del obispo, del que recibía clases de música, me sentía en extremo cohibido en sociedad, especialmente cuando se hallaban presentes señoritas, y ello a pesar de que mi firme vocación de seguir la vida contemplativa parecía apoyar la decisión interna de asumir la profesión clerical.

Una vez el prior habló conmigo sobre muchas cosas extrañas de la vida profana. Había penetrado en las más resbaladizas materias, que él, sin embargo, manejaba con la ligereza y amenidad acostumbradas, de tal modo que, evitando sólo en lo mínimo lo indecente, siempre daba en el clavo. Al final tomó mi mano, me miró de manera penetrante y preguntó si yo todavía era inocente. Sentí cómo enrojecía, pues al preguntarme Leonardo de manera tan capciosa, surgió en mi mente una imagen de vivos colores que durante mucho tiempo había intentado ahuyentar de mí. El director de orquesta tenía una hermana, que no merecía con justicia ser considerada una belleza, pero que, sin embargo, encontrándose en la plenitud de su juventud, resultaba ser una muchacha extraordinariamente atractiva. Estaba dotada de una figura con la

más pura armonía de formas; y poseía los brazos y pechos más bellos que se hubieran podido ver. Una mañana, cuando fui a casa del director de orquesta para recibir mi clase de música, sorprendí a su hermana con un ligero salto de cama tan escotado que casi mostraba su seno. Aunque se tapó rápidamente con un chal, mi mirada codiciosa había visto ya demasiado. No podía emitir palabra alguna, sentimientos desconocidos hasta el momento se agolpaban violentamente en mi interior, impulsando la sangre hirviente por mis venas y haciendo audibles las mismas pulsaciones. Mi pecho estaba oprimido y espasmódico, como si quisiera estallar. Finalmente, un ligero suspiro me procuró algo de aire. Debido a que la muchacha se aproximó y, del todo inocente, me tomó la mano y preguntó qué era lo que me pasaba, retornó de nuevo el malestar. Fue una suerte que el director de orquesta entrara en aquel momento en la habitación y me librara del tormento. Nunca cometí tantos falsos acordes, nunca desentoné tanto como aquel día. En ese tiempo era lo suficientemente piadoso como para considerar el suceso como una tentación del diablo e, incluso, poco después, me consideré feliz por haber batido al enemigo en el campo de batalla con los ejercicios ascéticos que emprendí. Ahora, debido a la pregunta capciosa del prior, veía ante mí a la hermana del director de orquesta con el seno descubierto. Sentía el cálido aliento de su respiración, la presión de su mano; mi angustia fue en aumento. Leonardo me miró con una cierta sonrisa irónica, que me hizo temblar. No pude soportar su mirada y cerré los ojos, entonces el prior me golpeó suavemente en las mejillas ardientes y dijo:

—Ya veo, hijo mío, que lo habéis superado y que todavía os mantenéis bien. Que el Señor os proteja de las tentaciones de este mundo. Los placeres que ofrece son de corta duración y se puede afirmar que en ellos se esconde una maldición, ya que en la indescriptible náusea, en la completa postración, en la apatía ante todo lo elevado que engendran, parece el principio espiritual superior del ser humano.

Aunque me esforcé por olvidar la pregunta del prior y la imagen evocada por ella, no me fue en absoluto posible. Si bien lograba ahora permanecer sereno en presencia de la muchacha, evitaba sin embargo más que nunca su mirada, ya que sólo pensando en ella se apoderaba de mí un ahogo y un desasosiego interior que me parecía tanto más peligroso cuanto que al mismo tiempo se despertaba en mí un desconocido anhelo maravilloso y una concupiscencia seguramente pecaminosa. Una noche se decidió este estado confuso. El director de orquesta me había invitado, como usualmente hacía, a una velada musical que organizaba con unos amigos. Además de su hermana estaban presentes también otras jóvenes, lo que aumentó mi timidez, que ya ante la hermana me quedaba sin respiración. Iba vestida de manera encantadora, me parecía más hermosa que nunca. Sentí como si un poder invisible e irresistible me impulsara hacia ella, y así ocurrió que, sin saber cómo, siempre me encontraba a su lado, espiaba codicioso cada una de sus palabras, de sus miradas y me acercaba tanto a ella que obligatoriamente tenía que rozar su vestido, lo que me procuraba un placer íntimo jamás experimentado. Ella parecía notarlo y encontrar agrado en ello. A veces

sentía la necesidad de abalanzarme sobre ella, poseído de frenético amor, y estrecharla ardientemente en mis brazos. Había estado sentada largo tiempo junto al piano, entonces se levantó y dejó sobre la silla uno de sus guantes, que yo tomé y besé apasionadamente. Una de las muchachas lo vio y fue donde se encontraba la hermana del director de orquesta, murmurándole algo al oído. Ambas me miraron y entonces se rieron y burlaron con escarnio de mí. Yo quedé como aniquilado, una corriente helada recorrió mi interior y, aturdido, huí hacia el colegio y me refugié en mi celda. Allí me arrojé, con desesperación furiosa, al suelo. Mis ojos derramaban lágrimas ardientes; me maldije a mí mismo y a la muchacha; luego recé, interrumpido con risas histéricas, como un demente. A mi alrededor y por todas partes resonaban voces que se mofaban y burlaban de mí. Estaba dispuesto a arrojarme por la ventana, pero por suerte los barrotes impedían que consumara la decisión. Mi estado era en verdad desesperado. Sólo cuando amaneció experimenté una mejoría, pero estaba firmemente resuelto a no verla nunca más y a renunciar al mundo. Más clara que nunca aparecía ahora ante mi alma la vocación de recogimiento en la vida monacal, de la que ya no me debería apartar ninguna tentación. En cuanto pude salir de las acostumbradas horas lectivas, me dirigí de prisa al monasterio capuchino, donde comuniqué al prior mi decisión de comenzar el noviciado, y que ya había informado sobre ello a mi madre y a la princesa. Leonardo pareció sorprendido de mi celo repentino e intentó, sin presionarme, averiguar de una u otra manera qué es lo que me habría podido impulsar a consagrarme, así de buenas a primeras, a la vida monacal, pues sospechaba que un suceso especial me había empujado a ello. Una profunda vergüenza, que no me fue posible superar, me impidió revelarle la verdad. Le conté, por el contrario, con el fuego de la exaltación que todavía ardía en mí, los maravillosos acontecimientos de mis años de infancia, que aludían claramente a mi determinación por la vida monástica. Leonardo me escuchó con tranquilidad y, sin oponer dudas a mis visiones, no parecía, sin embargo, tomarlas especialmente en consideración. Más bien expresó que todo aquello decía bien poco de la sinceridad de mi vocación, ya que podría tratarse de mera ilusión. Leonardo no gustaba mucho de hablar sobre visiones de santos, ni siquiera de los milagros del primer anunciador del Cristianismo, y hubo instantes en que tuve la tentación de creerle un escéptico encubierto. Una vez me propuse, para obligarle a realizar una manifestación concreta, hablarle de los despreciadores de la fe católica y especialmente denigrar a aquellos que, con ingenua petulancia, suprimían todo lo sobreterrenal con el insulto impío de superstición. Sonriendo con dulzura, Leonardo dijo:

—Hijo mío, la incredulidad es la peor de las supersticiones —y cambió de conversación, hablando sobre otros asuntos menos problemáticos.

Sólo más tarde me fue posible penetrar en sus espléndidos conocimientos en torno a la parte mística de nuestra religión, que encierra la conexión misteriosa de nuestro principio espiritual con los seres superiores, y tuve que reconocer que Leonardo reservaba exclusivamente, con razón, todo lo sublime que podía surgir de

su interior para la consagración superior de sus pupilos.

Mi madre me escribió cómo ella desde hacía tiempo había presentido que el estado secular no era suficiente para mí y que terminaría escogiendo la vida monástica. En el día de San Medardo^[6], según me dijo, se le había aparecido el anciano peregrino del Sagrado Tilo, que me había conducido de la mano con el hábito de la Orden de los capuchinos^[7]. También la princesa estaba del todo conforme con mi pretensión. Pude verlas antes de la investidura, que se produjo en poco tiempo, ya que, según mis deseos, fui dispensado de la mitad del noviciado^[8].

Adopté, en consideración a la visión de mi madre, el nombre monacal de Medardo^[9].

La relación de los hermanos entre sí, la disposición interna referente a los ejercicios espirituales y la forma de vida en el monasterio correspondían a la idea que me había hecho desde el primer momento. La agradable tranquilidad que reinaba vertió una paz celestial en mi alma, como ya me había rodeado, semejante a un sueño bendito, en los años de infancia en el monasterio del Sagrado Tilo. Durante el acto solemne de investidura pude divisar entre los asistentes a la hermana del director de orquesta, que parecía bastante triste. Creí entrever lágrimas en sus ojos, pero el tiempo de la tentación ya había pasado, y quizá fue un orgullo insolente por la victoria tan poco trabajada el que me hizo sonreír, lo que el hermano Cirilo, que estaba a mi lado, percibió.

—¿Qué te alegra tanto, hermano mío? —preguntó Cirilo.

—¿Por qué no voy a estar alegre, si renuncio a este mundo vil y a todo su oropel? —respondí yo.

Pero no puedo negar que al pronunciar estas palabras un horrible sentimiento, que estremeció repentinamente mi alma, me desmintió. Sin embargo aquélla fue la última veleidad de egoísmo terrenal, tras la cual vendría la paz del espíritu. ¡Si no se hubiera apartado nunca de mí! Pero el poder del Enemigo es grande. ¿Quién puede confiar en la eficacia de las propias armas, en su vigilancia, cuando los poderes subterráneos están al acecho?

Mi estancia en el monasterio se prolongaba ya cinco años, cuando, por orden del prior, el hermano Cirilo, viejo y débil, me transmitió la custodia de la rica cámara de las reliquias. Allí se encontraban todo tipo de huesos de santos, astillas de la Cruz del Salvador y otros objetos sagrados, conservados en limpias vitrinas, y que en ciertos días eran expuestos al pueblo para su edificación. El hermano Cirilo me familiarizó con todas las piezas y con los documentos, en los que se constataba su autenticidad y se informaba sobre los milagros que obraban. En lo que respecta a la formación espiritual, Cirilo se encontraba al mismo nivel que nuestro prior, así que no tuve

reparos en expresar lo que pugnaba violentamente por salir de mi interior.

—Hermano Cirilo —le dije—, ¿son todas estas cosas tan verdaderas y ciertas como se presume? ¿No habrá suplantado la codicia embaucadora algo aquí que ahora se tiene por verdadera reliquia de éste o de aquel santo? Por ejemplo, un monasterio posee entera la Cruz de nuestro Salvador y, sin embargo, se muestran por todas partes tantas astillas de la misma que, como dijo uno de nosotros mismos, no sin insolente ironía, nuestro monasterio podría calentarse durante todo un año con ellas.

—No nos corresponde a nosotros —respondió el hermano Cirilo— someter todos estos objetos a una investigación. Reconozco sinceramente que soy de la opinión de que, a pesar de los documentos, muy pocas de estas cosas son por lo que se las tiene. No creo tampoco que mucho dependa de ello. Considera, querido hermano Medardo, cómo pensamos el prior y yo, y contemplarás nuestra religión a la luz de una nueva gloria. ¿No es espléndido, querido hermano Medardo, cómo nuestra Iglesia intenta aprehender todos aquellos hilos misteriosos que unen lo material con lo transcendental? ¿No es maravilloso cómo estimula de tal manera nuestro organismo, dispuesto para la vida y existencia terrenales, que hace resaltar claramente su origen en el principio superior espiritual, e incluso desvela su parentesco interno con el Ser maravilloso, que penetra con su cálido hálito toda la naturaleza, agitándose a nuestro alrededor como alas de serafines el presentimiento de una vida superior, cuyo germen está en nuestro interior? ¿Qué representa aquel trocito de madera, aquel huesecillo o aquel retal, se dice que arrancado de la Cruz, tomado del cuerpo, del traje de un Santo? Pero al creyente que, sin especular, dirige todo su espíritu hacia estas reliquias, le invade un entusiasmo religioso que le abre el reino de la bienaventuranza, del que en esta vida terrenal sólo puede poseer un leve presagio. De este modo, se despierta la influencia espiritual de los santos, favorecida por la presunta reliquia, y le es posible al ser humano recibir fuerza y fortaleza en la fe, a la que llama desde lo más profundo de su alma para su consuelo y auxilio. Esta fuerza espiritual superior, despertada en su interior, le ayudará incluso a superar los sufrimientos del cuerpo. De aquí resulta que estas reliquias obren milagros, que no pueden ser negados, ya que ocurren a menudo ante los ojos del pueblo.

Por un instante me acordé de ciertas insinuaciones del prior que coincidían plenamente con las palabras del hermano Cirilo y consideré ahora las reliquias, que anteriormente sólo me parecieron puerilidad religiosa, con verdadero respeto y devoción. Al hermano Cirilo no le pasó desapercibido el efecto que me había causado su discurso y continuó explicándome, con gran celo y una intensidad que hablaba al alma, toda la colección, pieza por pieza. Finalmente sacó una cajita de un armario bien cerrado y dijo:

—Aquí dentro, querido hermano Medardo, se conserva la reliquia más maravillosa y misteriosa que posee nuestro monasterio. Desde que vivo tras estos muros nadie ha tenido en sus manos esta cajita, excepto el prior y yo. Ni siquiera el resto de los hermanos, mucho menos gente extraña, conocen la existencia de esta

reliquia. No puedo tocar la caja sin experimentar un escalofrío interior. Es como si contuviera una fuerza mágica perversa que, si pudiera romper el encantamiento que la constriñe y la hace inofensiva, causaría al que encontrase a su paso ruina y perdición. El contenido de la caja procede directamente del Maligno, de aquel tiempo en el que todavía le era posible luchar abiertamente contra la salvación del género humano.

Contemplé atónito al hermano Cirilo. Sin darme tiempo a replicar, continuó:

—Quiero reservarme, querido hermano Medardo, cualquier opinión sobre esta cuestión de elevada mística y renuncio a poner sobre la mesa la hipótesis ya insinuada, que se me ha pasado por la cabeza. Prefiero contarte fielmente lo que contienen los documentos acerca de la reliquia. Encontrarás los mencionados documentos en aquel armario y podrás consultarlos según tu voluntad. La vida de San Antonio te será de sobra conocida. Ya sabes que para apartarse de todo lo mundano y dedicarse plenamente a lo divino, se retiró al desierto y allí consagró su vida a la penitencia más severa y a los ejercicios espirituales. El Maligno le persiguió y, para dificultar sus piadosos propósitos, se le cruzó a menudo en el camino. Una vez ocurrió que San Antonio percibió durante el crepúsculo una figura sombría que avanzaba hacia él. Desde cerca observó, para su asombro, que de los agujeros de la rasgada capa que llevaba la figura surgían como cuellos de botella. Era el Maligno que, sonriéndole en aquella extraña apariencia, preguntó si no deseaba beber de los elixires que llevaba en aquellos frascos. San Antonio^[10], al que esta insinuación no podía en ningún modo afectar, ya que el Maligno, impotente y débil, no era capaz de afrontar ninguna lucha y tenía que limitarse a discursos irónicos, le preguntó por qué llevaba tantos frascos y de esa forma tan especial. Entonces respondió el Maligno: «Mira, cuando me encuentro con un ser humano, me mira maravillado y no puede evitar preguntarme por mis bebidas, tampoco puede evitar beber de ellas por codicia. Entre tantos elixires encuentra seguro uno que le sea grato y se sopla todo el frasco, por lo que se embriaga y se entrega a mí y a mi reino».

»Así está consignado en todas las leyendas. Sin embargo, según el documento especial que poseemos sobre esta visión de San Antonio, la historia todavía continúa: el Maligno, cuando se marchó de allí, dejó abandonados algunos de sus frascos en una pradera, que San Antonio llevó rápidamente a su cueva y escondió por miedo a que en aquel yermo alguna persona extraviada o alguno de sus discípulos pudiera probar el horrible bebedizo y condenarse eternamente. Casualmente, continúa el documento, abrió San Antonio uno de los frascos, del cual surgió un vapor extraño y embriagador, quedando rodeado el Santo por todo tipo de imágenes infernales, horribles y distorsionadoras de los sentidos, que buscaban tentarle sirviéndose de los más variados trucos de seducción, hasta que, gracias a severos ayunos y persistente oración, logró liberarse de esas visiones. En esta cajita se encuentra, perteneciente al legado de San Antonio, uno de aquellos frascos con un elixir del diablo, y los documentos son tan auténticos y precisos que apenas puede quedar duda de que el frasco realmente se encontraba entre las cosas pertenecientes al Santo, halladas

después de su muerte. Además, puedo asegurarte, querido hermano Medardo, que siempre que he tocado el frasco, o siquiera la cajita donde está guardado, he experimentado un horrible estremecimiento y me he figurado que percibía un aroma misterioso y embriagador. Este extraño perfume lograba incluso dispersar mis pensamientos durante los ejercicios espirituales. Sólo lograba superar ese malvado estado de ánimo, que evidentemente procedería de la influencia de algún poder hostil, si no creyera en la directa influencia del Maligno, con constante oración. A ti, querido hermano Medardo, que todavía eres tan joven, que todavía puedes contemplar con brillantes y vivos colores todo lo que se presenta por obra de la fuerza extraña de tu fantasía exaltada, que todavía como un bravo pero inexperto luchador —eso sí, fuerte en la lucha pero quizá demasiado atrevido— osas lo imposible, confiando demasiado en tu fortaleza, te aconsejo que no abras jamás la cajita o, si lo haces, que sea transcurridos algunos años. Para que la curiosidad no te tiente, ponla fuera del alcance de la vista.

El hermano Cirilo encerró la misteriosa caja otra vez en el armario y me encomendó el manajo de llaves, del que también pendía el llavín de dicho armario. Toda la historia me había producido una impresión peculiar, pero cuanto más sentía despertarse en mí la codicia de contemplar la maravillosa reliquia, tanto más me esforzaba, tomando en consideración la advertencia del hermano Cirilo, en dificultar el cumplimiento de mi deseo. Cuando Cirilo me dejó solo, pasé la vista una vez más sobre los objetos sagrados que me había encomendado, luego desprendí el llavín, que cerraba el peligroso armario, del manajo de llaves y lo guardé bien profundo bajo distintos papeles de mi escritorio.

Entre los profesores del seminario se encontraba un orador excelente. Cada vez que predicaba se llenaba completamente la iglesia. La corriente ígnea de sus palabras arrastraba irresistiblemente consigo todo lo que opusiera resistencia, encendiendo una devoción ferviente en el interior de los oyentes. También a mí me emocionaba su espléndido verbo embriagador; pero, al elogiar, venturoso, al genial orador, me ocurría como si se despertara en mí una fuerza interior que me impulsaba poderosamente a equipararme a él. Después de haberle escuchado, predicaba en mi celda solitaria, completamente abandonado al momento de entusiasmo, hasta que me era posible fijar y transcribir mis ideas y palabras. El hermano que acostumbraba a predicar en el monasterio se fue tornando por momentos más y más débil, sus sermones se arrastraban como un arroyo semiseco, penosos y sin tono, y la extraordinaria riqueza idiomática, generada por la carencia de ideas y palabras, ya que hablaba sin concepto, hizo de sus discursos algo tan insoportablemente largo que antes del Amen la mayor parte de la comunidad, como si escuchara el monótono y banal tableteo de un molino, se había adormecido plácidamente y sólo podía despertarla el sonido del órgano. El prior Leonardo era ciertamente un orador

exquisito, pero con el transcurso del tiempo evitaba cada vez más predicar, porque con su avanzada edad le afectaba demasiado. Aparte de él no había nadie en el monasterio que hubiese podido sustituir al debilitado hermano. El prior habló conmigo sobre esta inconveniencia, que reducía ostensiblemente el número de feligreses que acudían a la iglesia. En ese momento le comuniqué con determinación que ya en el seminario había sentido vocación por predicar y que incluso había escrito algunos sermones. El prior me pidió que se los mostrara y quedó tan satisfecho que me insistió en que predicara, de prueba, el próximo día festivo, y me aseguró que no fracasaría, ya que la naturaleza me había dotado con todo lo necesario para ser un orador sagrado, es decir con una figura agradable, un rostro expresivo y una voz llena de matices. Respecto al aspecto externo y a la correcta gesticulación, Leonardo determinó impartirme él mismo algunas clases. El día festivo llegó, la iglesia estaba más llena que de costumbre y subí, no sin sentir un estremecimiento, al púlpito. Al principio seguí con fidelidad el texto escrito, y Leonardo me dijo después que había hablado con voz temblorosa, lo que, sin embargo, sobre todo en relación con las consideraciones piadosas y llenas de melancolía con las que empezaba mi sermón, prometía, y fue tomado por la mayoría como un signo especial de la técnica efectiva del orador. Pero pronto pareció como si refulgiera la brillante chispa del entusiasmo en mi interior, y ya no pensé más en el texto escrito, sino que me abandoné del todo a la inspiración del momento. Sentí cómo la sangre hervía y crepitaba en mis venas, escuchaba mi voz reverberar en la bóveda, veía mi cabeza alzada, mis brazos extendidos, como si fluyera a su alrededor un destello refulgente de entusiasmo. Con una sentencia, en la que como un foco llameante resumí todo lo santo y soberbio que había proclamado, terminé mi sermón, que causó una impresión extraordinaria e inaudita. A mis palabras siguieron fuertes sollozos, gritos de placer de la mayor devoción escapados involuntariamente de los labios, rezos en voz alta. Los hermanos me tributaron su admiración, Leonardo me abrazó y me llamó el orgullo del monasterio. Mi fama se extendió rápidamente y, para escuchar al hermano Medardo, la clase más noble y cultivada de la ciudad se apretaba en la iglesia del monasterio, que no era demasiado grande, incluso una hora antes de que las campanas llamaran a misa. Con la admiración creció en mí el celo y la preocupación por otorgar a los sermones, sobre todo en el momento del más fuerte fuego, redondez y soltura. Cada vez lograba fascinar más a los oyentes, y de manera pareja fue aumentando su veneración, que se manifestaba en todos los lugares a los que iba con fuertes reacciones y se asemejaba casi a la adoración que se posee por un santo. Una locura religiosa se había extendido por toda la ciudad. Por cualquier causa, incluso entre semana, fluían las gentes hacia el monasterio para ver o hablar al hermano Medardo. Entonces brotó en mí el pensamiento de que yo era un elegido del Cielo. Las misteriosas circunstancias de mi nacimiento en un lugar sagrado para la redención de un padre criminal, los maravillosos acontecimientos de mi infancia, todo indicaba que mi espíritu, en directo contacto con lo celestial, ya aquí, en la

tierra, se elevaba sobre todo lo terrenal, y que yo no pertenecía al mundo, a los seres humanos, a los que como misión en la vida debía otorgar salvación y consuelo. Creía con certeza que el anciano peregrino en el Sagrado Tilo era San José, y el niño maravilloso el mismísimo Niño Jesús, que en mí había saludado al santo destinado a vagar por la tierra. Aunque todo esto permanecía vívido ante mis ojos, lo que me rodeaba comenzó a tornarse cada vez más molesto y opresivo. Aquella tranquilidad y alegría de espíritu que me habían acompañado, desaparecieron de mi alma por completo; incluso las expresiones agradables de los hermanos, la amabilidad del prior despertaban en mí una ira hostil. Deberían haber reconocido en mí al santo, que se elevaba por encima de ellos, deberían arrodillarse en el polvo e implorar con ruegos ante el trono de Dios. Pero, con su actitud, los consideraba atrapados en una rigidez maligna. En mis sermones comencé a incluir insinuaciones que indicaban cómo había comenzado una era maravillosa, igual a una aurora resplandeciente entre rayos luminosos, en la que marcharía un elegido de Dios, trayendo consuelo y salvación para la comunidad de creyentes. Mi mensaje presuntuoso estaba disfrazado con imágenes místicas que, como pronunciadas por un mago, obraban un efecto hechizante en la muchedumbre, efecto tanto mayor cuanto ésta menos entendía. Leonardo comenzó a mostrar frialdad ante mí. Evitaba hablar conmigo sin testigos, pero una vez, regresando del jardín del monasterio, abandonados casualmente por todos los hermanos, no se pudo reprimir y dijo:

—No puedo ocultarte, querido hermano Medardo, que desde hace algún tiempo me causas un serio disgusto con tu comportamiento. Algo ha ocurrido en tu alma que aparta tu vida de una piadosa inocencia. En tus sermones domina una oscuridad hostil de la que no deja de surgir algo que nos enemistaría para siempre. ¡Déjame hablarte sinceramente! En este instante llevas en ti la culpa de nuestro origen pecaminoso, que abre las barreras de la perdición a todo poderoso encumbramiento de nuestra fuerza espiritual, situación en la que podemos extraviarnos fácilmente, con irreflexivo vuelo. El éxito, la admiración idólatra que te ha tributado un mundo frívolo y codicioso de cualquier novedad, te ha cegado y te ves a ti mismo en una figura que no es la tuya, sino una imagen engañosa que te atrae hacia un abismo de perdición. ¡Vuelve en ti, Medardo! ¡Huye de la locura que te trastorna! Creo conocerla, ya se ha disipado para ti la paz de espíritu, sin la cual no se puede encontrar la salvación en la tierra. Deja que te aconseje, huye del Enemigo que está detrás de ti. Vuelve a ser el joven de buen ánimo que amé con toda mi alma.

Cuando pronunciaba estas palabras brotaban lágrimas de los ojos del prior. Había tomado mi mano y, dejándola, se separó de mí rápidamente sin aguardar una respuesta. Pero sus palabras sólo habían encontrado un eco hostil en mi interior; había mencionado el éxito, incluso la admiración sin límites que había adquirido con mis talentos extraordinarios. Me pareció evidente que sólo la mezquina envidia había producido ese desagrado hacia mí, expresado tan descarnadamente. Durante los encuentros con los demás monjes permanecí mudo y retraído, comido por el

resentimiento, e, invadido por el nuevo ser que había surgido en mí, cavilaba durante todo el día y las noches de insomnio cómo aprehendería con brillantes palabras todo lo que había germinado en mi alma para anunciárselo al pueblo. Cuanto más me aparté en aquel entonces de Leonardo y los hermanos, con mayor fuerza supe atraer a la muchedumbre.

En el día de San Antonio^[11] se encontraba la iglesia tan llena que tuvieron que dejar las puertas completamente abiertas para permitir al pueblo que pudiera escucharme desde el exterior. Nunca había hablado con tanta fuerza, fuego y penetración. Conté, como es usual, algo de la vida del santo y engarcé con ello profundas y piadosas consideraciones referentes a la existencia humana. Hablé de las seducciones del diablo, al que el pecado original le había otorgado el poder de tentar al hombre, y el curso del sermón me llevó involuntariamente a la leyenda de los elixires, que quería representar como una ingeniosa alegoría. Entonces recayó mi mirada errática en un hombre alto y enjuto que, situado casi en frente de mí y subido en uno de los bancos, se apoyaba en una columna. Llevaba echada sobre los hombros, de manera extraña, probablemente extranjera, una capa de color violeta oscuro, con la que también enrollaba los brazos cruzados. Su rostro estaba pálido como el de un cadáver, pero la mirada de sus grandes y torvos ojos negros penetró mi pecho como una puñalada. Un horrible sentimiento me estremeció, aparté los ojos con rapidez y, reuniendo todas mis fuerzas, continué hablando. Pero impulsado por un extraño poder mágico, me vi obligado a mirarle una y otra vez. El hombre permanecía rígido, la mirada fantasmal dirigida hacia mí. Su elevada frente arrugada, su boca despreciativa reflejaban amarga ironía, odio intenso. Toda su figura tenía algo de horrible, espantoso. ¡Sí, era el pintor desconocido del Sagrado Tilo! Sentí como si puños crueles y helados me golpearan. Gotas de sudor angustioso perlaron mi frente, empecé a atascarme, mi sermón se volvió cada vez más confuso. En la iglesia se elevó un murmullo, un rumor, pero el horrible extraño se apoyaba, rígido e impasible, en la columna, dirigiendo hacia mí su hosca mirada.

Entonces grité con espanto infernal y loca desesperación:

—¡Eh, maldito, vete de aquí! ¡Vete de aquí! ¡Yo soy San Antonio! ¡Yo soy San Antonio en persona!

Cuando recobré la conciencia, que había perdido tras pronunciar las últimas palabras, me encontraba en mi lecho, y el hermano Cirilo estaba sentado junto a mí, cuidándome y dándome consuelo. La horrible imagen del desconocido permanecía viva ante mis ojos, pero, conforme el hermano Cirilo, al que conté todo, me convencía de que sólo era una alucinación provocada por la fantasía calenturienta de mi propio sermón, lleno de fervor, yo sentía un mayor arrepentimiento y vergüenza sobre mi comportamiento en el púlpito. Los oyentes habían pensado, como supe más tarde, que una súbita locura se había apoderado de mí, para lo que mis últimas

exclamaciones les daban justa razón. Me sentía compungido, quebrantado de espíritu. Encerrado en mi celda, me sometí a los ejercicios de expiación más severos y me fortalecí con fervientes oraciones para luchar contra el Seductor, que se me había aparecido en un lugar sagrado, tomando con descarada sorna la figura del piadoso pintor del Sagrado Tilo. Por lo demás, nadie había visto al hombre de la capa violeta. El prior Leonardo extendió por todas partes la noticia, fruto de su reconocida bondad de alma, de que se había tratado de una enfermedad febril que me había atacado de manera especialmente grave mientras predicaba y había causado el confuso sermón. Realmente continuaba enfermo y doliente, cuando transcurridas varias semanas reemprendí la acostumbrada vida monacal. Sin embargo, subí de nuevo al púlpito; pero torturado por el miedo, perseguido por la horrible, pálida figura, apenas me fue posible hablar de manera coherente y, mucho menos, abandonarme como antes al fuego de la elocuencia. Mis sermones eran vulgares, rígidos, fragmentados. Los oyentes lamentaban la pérdida de mi talento retórico y me abandonaron poco a poco, mientras el anciano hermano, que había predicado con anterioridad y que ahora predicaba de nuevo a todas luces mejor que yo, me sustituyó en el puesto.

Transcurrido un tiempo, ocurrió que un joven conde, en compañía de su mayordomo, con el que se encontraba de viaje, visitó nuestro monasterio y deseó contemplar las curiosidades que en él se conservaban. Tuve que abrir la cámara de las reliquias, y ya habíamos penetrado cuando el prior, que nos había acompañado por el coro y la iglesia, fue requerido para atender algún asunto, así que permanecí a solas con los visitantes. Había mostrado y explicado cada pieza, cuando al conde le llamó la atención el armario adornado con finas tallas de estilo alemán antiguo, en el que se encontraba la cajita con el elixir del diablo. A pesar de que no quería decir nada de lo que se hallaba en el armario, el conde y el mayordomo me presionaron tanto que al final les conté la leyenda de San Antonio y del astuto diablo, explayándome, fiel a las informaciones del hermano Cirilo, acerca del frasco conservado como reliquia; incluso añadí la advertencia que él me hizo respecto al peligro de abrir la cajita y mostrar el frasco. Aunque el conde era afecto a nuestra religión, no pareció, como tampoco el mayordomo, tener en mucha consideración la verosimilitud de la santa leyenda. Ambos se solazaron con todo tipo de alusiones y ocurrencias graciosas sobre el extraño demonio que portaba los seductores frascos en la capa rasgada, pero finalmente el mayordomo esbozó un gesto serio y dijo:

—¡No se enfade con nosotros, frívolos hombres de mundo, venerable señor! Esté seguro de que tanto yo, como mi señor el conde, adoramos a los santos como hombres espléndidos, enardecidos por la religión, que sacrificaron toda la alegría de la vida, incluso su propia existencia, por la salvación de su alma, así como por la salvación de los hombres; pero en lo que se refiere a las historias como la que usted acaba de contar, creo que se trata de una ingeniosa alegoría discurrida por el Santo y tomada falsamente como un hecho verídico.

Mientras decía estas palabras, el mayordomo abrió la pestaña de la cajita y sacó el

frasco negro, dotado de extraña forma. Se extendió realmente, tal y como me había dicho el hermano Cirilo, un fuerte aroma, cuyo efecto más que aturdidor era agradable y bienhechor.

—¡Vaya! —exclamó el conde—. ¡Apuesto a que el elixir del diablo no es más que auténtico y espléndido vino de Siracusa!

—Es cierto —replicó el mayordomo—, y si el frasco procede realmente del legado de San Antonio, tiene usted casi más suerte, venerable señor, que el rey de Nápoles, al que la mala costumbre de los romanos de no taponar el vino y conservarlo sólo por medio de unas gotas de aceite echadas por encima, le llevó al placer de probar el vino romano antiguo. Aunque este vino no será tan añejo como aquél debió de serlo, desde luego debe de ser el más añejo que se pueda encontraren la actualidad, y haría usted bien en utilizar la reliquia en su provecho y libar confiado del contenido.

—Seguro —interrumpió el conde—, este antiguo vino de Siracusa inocularía nueva fuerza en sus venas y ahuyentaría los achaques que, según las apariencias, le afligen.

El mayordomo sacó un sacacorchos de metal de su bolsillo y abrió el frasco sin hacer caso de mis protestas. Me pareció como si al saltar el corcho hubiera surgido una pequeña llama azul, que desapareció enseguida. El aroma del frasco se esparció con fuerza por toda la habitación. El mayordomo lo probó en primer lugar y exclamó entusiasmado:

—¡Espléndido, espléndido vino de Siracusa! En verdad que la bodega de San Antonio no era del todo mala, e hizo del diablo su bodeguero. Las intenciones del diablo para con el Santo no eran por tanto tan malas como se cree. ¡Probad, señor conde!

El conde bebió y confirmó lo que el mayordomo había dicho. Ambos siguieron bromeando en torno de la reliquia: que si con evidencia era la mejor de toda la colección, que ya querrían ellos poseer una bodega llena de tales reliquias, etc. Todo lo escuchaba en silencio, con la cabeza hundida y la mirada fija dirigida al suelo. La alegría de los visitantes tenía para mi sombrío estado de ánimo algo torturante. En vano insistieron para que probase también el vino de San Antonio. Me negué con firmeza y encerré el frasco, bien taponado, en su receptáculo.

Los visitantes abandonaron el monasterio, pero, mientras permanecía después sentado en mi celda, no pude negar un cierto sentimiento de bienestar interior, una alegría de espíritu. Estaba claro que el benéfico aroma del vino me había fortalecido. No experimenté además ninguno de los efectos malignos de los que me habló Cirilo, mostrándose sólo, de manera llamativa, su influencia bienhechora. Cuanto más meditaba sobre la leyenda de San Antonio, más vivas sonaban las palabras del mayordomo en mi interior, y se abría camino la certeza de que la explicación del mayordomo era la correcta. Entonces me vino como rayo alumbrador el pensamiento de que en aquel día desgraciado, cuando una visión hostil y destructiva me

interrumpió durante el sermón, había tenido la intención de interpretar la leyenda de la misma forma, es decir como una ingeniosa e instructiva alegoría del Santo. A este pensamiento se encadenó otro, que se apoderó de mí de manera tan absorbente que todo lo demás pasó a un segundo plano. «¿Qué pasaría —pensé— si esa bebida maravillosa fortaleciera tu interior con fuerza espiritual, si encendiera la llama apagada para que luciera en una nueva vida? ¿Qué pasaría si se hiciera patente un parentesco misterioso de tu espíritu con las fuerzas naturales contenidas en aquel vino, y que el mismo aroma que aturdió al pobre Cirilo tuviera en ti un efecto bienhechor?».

Pero cada vez que estaba decidido a seguir el consejo de los visitantes, es decir a pasar a la acción, una resistencia inexplicable me detenía. Ya dispuesto a abrir el armario, me pareció como si en las tallas distinguiera el horrible rostro del pintor con los ojos penetrantes y estáticos de un muerto en vida. Estremecido por un terror fantasmal, huí de la cámara de las reliquias para arrepentirme de mi imprudencia en lugar sagrado. Pero una y otra vez me asaltaba el pensamiento de que sólo a través del goce del maravilloso vino mi espíritu podría recobrar las fuerzas y revivir. El comportamiento del prior, de los monjes, que me trataban como a un enfermo mental, con benévola pero rastrera indulgencia, me llevaba a la desesperación. Cuando Leonardo me dispensó de los ejercicios espirituales para que pudiera recuperar mis fuerzas, decidí, por fin, torturado por la aflicción de una noche de insomnio, arriesgar todo, incluso la vida, para recobrar mi fuerza espiritual perdida o sucumbir.

Me levanté del lecho y me deslicé como un fantasma, llevando en la mano la lámpara que había encendido ante la imagen de la Virgen María situada en el corredor del monasterio, por la iglesia hasta la cámara de las reliquias. Iluminado por la claridad reverberante de la lámpara, parecía como si las imágenes sagradas de la iglesia cobraran vida, como si me miraran llenas de compasión. Me daba la sensación de escuchar, a través del sordo bramido de la tormenta que se introducía en el coro por las ventanas rotas, voces quejumbrosas que me advertían; parecía como si mi madre llamara desde la lejanía: «¡Medardo, hijo mío, ¿qué quieres hacer?, abandona esta peligrosa empresa!». Cuando penetré en la cámara de las reliquias todo estaba tranquilo y silencioso. Abrí el armario y cogí la cajita, luego el frasco. Bebí un buen trago. Fuego recorrió mis venas y me invadió un sentimiento de profundo bienestar. Bebí otra vez y el placer de una nueva y espléndida vida brotó en mí. Rápidamente encerré la cajita vacía en el armario, regresé presto con el frasco bienhechor a mi celda y lo coloqué en el escritorio. Entonces llamó mi atención el llavín que antaño, para huir de la tentación, había desprendido del manojito de llaves y sin el que, ahora me daba cuenta, no sólo había abierto el armario cuando los visitantes habían estado presentes e incluso poco antes, sino también cuando saqué el frasco para traerlo a mi celda. Busqué entre las llaves y encontré una desconocida, con la que había abierto el armario, sin advertir por la distracción que estaba junto a las demás. Me estremecí, pero una imagen multicolor siguió a la otra en el espíritu inquieto como en un sueño

profundo. No tuve tranquilidad ni reposo hasta que amaneció y pude correr hacia el jardín del monasterio para tomar un baño de sol, que ardiente y fogoso se alzaba sobre las montañas. Leonardo y los hermanos percibieron mi transformación. En vez de encerrarme en mí mismo y no decir una palabra, me torné alegre y vivaz. Como si me dirigiera a toda la comunidad reunida, así hablaba con el fuego retórico que me había caracterizado antes. Al permanecer a solas con Leonardo, me miró largo tiempo, como si quisiera penetrar en mi interior. Luego me habló, no sin que una sonrisa irónica y silenciosa surcara su rostro:

—¿Ha recibido el hermano Medardo por casualidad en una de sus visiones celestiales nueva fuerza y una vida rejuvenecida?

Sentí cómo hervía de vergüenza, pues en aquel instante me pareció mi exaltación, creada por un trago de vino añejo, indigna y mezquina. Con ojos humillados y cabeza hundida permanecí allí, mientras Leonardo me abandonaba a mis pensamientos. Temí que la tensión que el vino me había proporcionado no duraría mucho tiempo, que quizá, para mi tormento, me sumiría, tras la desaparición de su efecto, en una impotencia más grave, pero no ocurrió así. Todo lo contrario. Sentí cómo con la fuerza recuperada también recobraba el valor juvenil y ese infatigable afán hacia esferas de acción superiores que el monasterio me ofrecía. Insistí en predicar de nuevo el próximo día festivo y mi petición fue aceptada. Poco antes de subir al púlpito bebí del vino maravilloso. Nunca hablé de manera más penetrante, fogosa, con mayor unción. Rápidamente se extendió la voz de mi restablecimiento y se llenó la iglesia como en los buenos tiempos, pero cuanto más éxito tenía entre las masas, más serio y reservado se volvía Leonardo. Comencé a odiarle por ello con toda mi alma, ya que le creía atenazado por la envidia y el orgullo monacal.

El día de San Bernardo se acercaba, y ansiaba con ardor poder brillar ante la princesa, por lo que pedí al prior que me permitiera predicar ese día en el convento cisterciense. Mi petición pareció sorprender especialmente a Leonardo. Reconoció francamente que esta vez había pensado predicar él mismo, y que por lo tanto ya se había dispuesto todo, por lo que mi deseo se podría satisfacer fácilmente, ya que se disculparía por enfermedad y me enviaría a mí en su sustitución.

¡Ocurrió realmente! Vi a mí madre y a la princesa la noche anterior. Mi ánimo estaba, sin embargo, tan concentrado en el sermón, que debería alcanzar las más altas cotas retóricas, que nuestro encuentro apenas me impresionó. Se había extendido por la ciudad que yo predicaría en lugar del enfermo Leonardo, y este hecho había contribuido quizá a que asistiera también un público instruido, que normalmente permanecía al margen de estos acontecimientos. Sin haber escrito una palabra, sólo organizando las partes del sermón en mi mente, contaba con el entusiasmo que despertaría en mí la solemne misa mayor, el pueblo devoto y la espléndida iglesia con sus elevadas bóvedas, y no me equivoqué en mi apreciación. Como un río de fuego

fluyeron mis palabras, que con el recuerdo a San Bernardo contenían las imágenes más ingeniosas y los pensamientos más piadosos, al mismo tiempo que leía en todas las miradas dirigidas hacia mí asombro y admiración. Esperaba tenso lo que la princesa podría decir, sus muestras de complacencia; me parecía como si ella debiera recibir al que antaño, siendo niño, la había sorprendido tan gratamente, con imponente y sincero respeto, reconociendo claramente el poder superior que portaba en su interior. Cuando quise hablar con ella, mandó decir que, afectada de una repentina indisposición, no podía hablar con nadie, ni siquiera conmigo. Esta adversidad me enojó tanto más cuanto que mi locura orgullosa esperaba que la abadesa tendría que sentir la necesidad de escuchar todavía más palabras piadosas de mi boca. Mi madre parecía estar afectada de una pesadumbre íntima, cuyo origen no osé averiguar, porque un sentimiento extraño me decía que la culpa recaía en mi comportamiento, sin que me resultara posible resolver el enigma de manera más clara. Me dio un pequeño billete de parte de la princesa, que debería abrir en el monasterio. Apenas llegué a mi celda, leí con asombro lo siguiente: «Querido hijo (pues todavía deseo llamarte así), me has entristecido profundamente con el sermón que has pronunciado en la iglesia de nuestro convento. Tus palabras no procedían de un alma piadosa, dedicada plenamente al mundo celestial. Tu entusiasmo no era el que impulsa a los seres devotos con alas seráficas y les permite contemplar extasiados el Reino de los Cielos. ¡Ah! El orgulloso fasto de tu sermón, tu esfuerzo visible por expresar todo de forma llamativa y brillante me ha demostrado que en vez de edificar a la comunidad y despertar en ella piadosos pensamientos, sólo intentabas conseguir éxito a través de la admiración vana y mundana de la muchedumbre. Has fingido sentimientos que no se encontraban en tu interior, incluso has afectado ostensiblemente ciertos gestos y movimientos, como un actor presumido, sólo por amor al éxito indigno. El espíritu del fraude ha anidado en tu interior y te corromperá si no vuelves en ti mismo y rechazas el pecado; pues pecado, un gran pecado es tu conducta, sobre todo porque, retirado al monasterio como signo de transformación piadosa y negación de la vanidad terrenal, tienes una obligación con el Cielo. Ojalá te perdone San Bernardo, al que con un sermón falaz has agraviado profundamente, con su magnanimidad celestial; que él te ilumine para que encuentres el recto sendero del que, tentado por el diablo, te has desviado, y pueda pedir así por la salvación de tu alma. ¡Cuídate mucho!».

Las palabras de la abadesa me traspasaron como cien rayos y herví de ira, pues nada me era más cierto que Leonardo, como sus múltiples insinuaciones sobre mis sermones habían mostrado, había utilizado la beatería de la princesa y la había puesto contra mí y mi elocuencia. Apenas podía mirarle sin temblar de furia, incluso me asaltaron pensamientos de perderle, de los que yo mismo me horrorizaba. Los reproches de la abadesa y del prior me resultaban tanto más insoportables cuanto que conocía en lo más profundo de mi alma la verdad del asunto. Pero empeñado en seguir mi camino y fortalecido con gotas de vino del frasco misterioso, continué

adornando mis sermones con todas las artes de la retórica y estudiando cuidadosamente mi juego fisiognómico y gesticulación. Así incrementé mi éxito y la admiración del público.

La luz irisada del amanecer se filtraba en la iglesia del monasterio a través de las policromas vidrieras. Solitario y sumido en mis pensamientos, permanecía sentado en el confesionario. Sólo los pasos del hermano lego de servicio, que limpiaba la iglesia, resonaban en las bóvedas. Entonces escuché un rumor cerca de mí y pude ver a una mujer alta y delgada, vestida de manera extraña y con un velo que cubría su rostro, que se acercaba a mí para confesarse, después de haber entrado por la puerta lateral. Se movía con gracia indescriptible; se arrodilló y dejó escapar de su pecho un profundo suspiro. Sentí su respiración ardiente y noté como si me envolviera una magia embelesadora, antes incluso de que hubiera comenzado a hablar. ¿Cómo podría describir el tono de su voz, tan particular y penetrante? Cada una de sus palabras estremeció mi pecho, cuando confesó que profesaba un amor prohibido contra el que luchaba en vano desde hacía ya largo tiempo, y que este amor era tanto más pecaminoso cuanto que al enamorado le ataban para siempre vínculos sagrados. Pero en la locura de su desesperación había maldecido ya esos vínculos. Se atragantó con un mar de lágrimas que ahogaban prácticamente las palabras, y confesó:

—¡Medardo, tú mismo eres al que amo de manera indecible!

Mis nervios se contrajeron como en una convulsión mortal. Estaba fuera de mí, un sentimiento todavía no experimentado de verla y abrazarla desgastó mi pecho. ¡Abrasado de placer y tormento, un minuto de bienaventuranza a cambio del eterno martirio en el infierno! Ella guardó silencio, pero la escuché respirar profundamente. Entonces se apoderó de mí una desesperación salvaje. De lo que pude decir en aquel momento no mantengo ningún recuerdo, pero percibí cómo ella se levantaba en silencio y se distanciaba, mientras yo presionaba con fuerza el paño ante mis ojos y, como aturdido e inconsciente, permanecía sentado en el confesionario.

Por suerte nadie más había entrado en la iglesia, así que pude deslizarme de manera imperceptible hasta mi celda. Cuán diferente me parecía ahora todo, qué necio y frívolo mi afán. Ni siquiera había visto el rostro de la desconocida y, sin embargo, ya vivía en mi interior, contemplándome con agraciados ojos azules perlados de lágrimas, que, como con un fuego absorbente recaían en mi alma y encendían una llama que ninguna oración, ninguna penitencia podrían ya apagar. Aunque esto fue precisamente lo que intenté: me azoté con la cuerda de nudos hasta sangrar, para escapar de la eterna condenación que me amenazaba. El fuego que la mujer desconocida me había inoculado despertaba en mí tales deseos que no sabía qué hacer para liberarme de aquel tormento libidinoso.

Un altar de nuestra iglesia estaba consagrado a Santa Rosalía, cuya espléndida imagen había sido pintada reflejando el momento de su martirio^[12]. Era mi amante, la

reconocí en el momento, incluso llevaba un traje extraño idéntico al de la desconocida. Entonces permanecí allí horas, como sumido en una locura de perdición, arrojado sobre los escalones del altar y lanzando horribles alaridos de desesperación. Los monjes quedaron horrorizados y me evitaban con recelo. En los instantes más tranquilos recorría el jardín del monasterio de arriba abajo, en la distancia la veía pasear, salir de la maleza, surgir de la fuente, gravitar sobre la pradera florida: ¡ella, siempre ella, ella por todas partes! Entonces maldije mis votos, mi existencia. Quería regresar al mundo y no parar hasta haberla encontrado y comprado con la salvación de mi alma. Al final me fue posible mitigar las erupciones de lo que era, para mis hermanos y el prior, inexplicable locura. Pude aparecer más sosegado, pero la llama corruptora me laceraba con creciente intensidad. ¡Sin dormir! ¡Sin tranquilidad! Perseguido por su imagen me revolví en el duro lecho, llamando a todos los santos, no para que me salvaran de la alucinación seductora, ni para salvaguardar mi alma de la perdición eterna, sino para que me entregaran a la mujer, para romper mi juramento, para que me regalaran la libertad de pecar y cometer apostasía.

Decidí poner punto final a mi tormento huyendo del monasterio. La liberación de los votos monacales me parecía la solución necesaria para ver a la mujer en mis brazos y apagar el deseo que me consumía. Determiné cortarme la barba y ponerme un traje mundano para así, irreconocible, vagar por la ciudad hasta encontrarla. No pensé en lo difícil, en lo imposible que podría resultar esta empresa, ni en que quizá, sin nada de dinero, no podría vivir ni siquiera un solo día fuera de los muros del monasterio.

El último día que pretendía permanecer en el Monasterio había llegado. Por casualidad logré conseguir un traje civil decoroso. Quería abandonar el monasterio la noche siguiente para no regresar nunca. Ya era tarde cuando el prior mandó llamarme de manera inesperada. Temblé, pues creía con certeza que había notado algo de mis preparativos secretos. Leonardo me recibió con una seriedad desacostumbrada, incluso con una dignidad imponente, ante la que me estremecí.

—Hermano Medardo —comenzó—, tu comportamiento insensato, que yo sólo tengo por la erupción de una exaltación espiritual que tú mismo, desde hace mucho tiempo y quizá con no muy puras intenciones, has causado, rompe nuestra tranquila convivencia, tiene efectos destructivos en la alegría y apacibilidad que aspiraba hasta ahora a mantener entre los hermanos como fruto de una vida piadosa. Quizá el culpable de ello ha sido algún acontecimiento hostil que te ha afectado. Habrías encontrado consuelo en mí, tu amigo paternal, y habrías podido confiarme todo. Pero callaste y no quiero apremiarte, porque no deseo ya sacrificar parte de mi tranquilidad, que a mi edad valoro sobre todas las cosas, por tu secreto. Has provocado a menudo, especialmente ante el altar de Santa Rosalía, con tus horribles e indecentes discursos que parecían salir de ti como en trance, un escándalo impío y no sólo entre los hermanos, sino también entre visitantes que se encontraban

casualmente en ese momento en la iglesia. Podría por tanto castigarte duramente con el Reglamento en la mano, pero no quiero hacerlo, ya que quizá un poder maligno, probablemente el mismo Satanás, al que no has ofrecido la resistencia necesaria, es culpable de tu extravío. Te recomiendo ser fuerte en la penitencia y en la oración. ¡Puedo ver profundamente en tu alma!

¡Quieres irte de aquí!

Leonardo me contemplaba de manera penetrante. No podía soportar su mirada. Sollozando me arrojé al suelo, consciente de mi insana intención.

—Te comprendo —continuó Leonardo—, y creo que el mundo, siempre que vivas en él con piedad, podrá salvarte de tu extravío mejor que la soledad del monasterio. Un asunto requiere el envío de un hermano a Roma. Te he elegido para esta misión y mañana podrás ya, provisto con los poderes e instrucciones necesarios, emprender el camino. Eres el indicado para el cumplimiento de este cometido, ya que eres joven, hábil en los negocios y estás sano, y además dominas el italiano. Regresa ahora a tu celda y reza fervientemente por la salvación de tu alma; yo haré lo mismo, pero evita cualquier mortificación de la carne, que sólo te debilitaría y te impediría viajar.

Te esperaré aquí, en esta habitación, cuando rompa el día.

Como un rayo del Cielo me iluminaron las palabras del venerable Leonardo. Le había odiado, pero ahora me atravesaba con dolor placentero el amor que antaño había sentido por él. Derramé ardientes lágrimas, besé sus manos. Me abrazó y me pareció como si conociese mis pensamientos más secretos y me otorgase la libertad de seguir mi destino fatal que, tras algunos minutos de bienaventuranza, podría precipitarme en la eterna perdición.

Ahora era la huida innecesaria. Podía abandonar el monasterio y perseguirla, perseguirla sin encontrar reposo ni salvación en este mundo hasta encontrarla. El viaje a Roma, la misión, me parecían discurridos por Leonardo sólo para hacerme salir del monasterio de manera conveniente.

Pasé la noche rezando y preparándome para el viaje. El resto del vino misterioso lo vertí en una damajuana, para servirme de él como medio eficaz comprobado, y coloqué el frasco, que había contenido el elixir, en la caja.

Cuál sería mi asombro al comprobar por las extensas instrucciones del prior que mi viaje a Roma estaba justificado, y que el asunto que reclamaba la presencia de un hermano con plenos poderes era de gran importancia y trascendencia. Me resultó triste haber pensado que lo primero que haría tras mis primeros pasos fuera del monasterio sería abandonarme a mi libertad, sin consideración al cometido del prior. Pero el pensamiento en ella me otorgó valor y decidí permanecer fiel a mis planes.

Los hermanos se reunieron, y la despedida, especialmente del hermano Leonardo, me llenó de profunda tristeza. Cuando finalmente se cerró la puerta del monasterio detrás de mí, me encontré preparado para el viaje y en plena libertad.

CAPÍTULO SEGUNDO

La entrada en el mundo

El monasterio quedaba allá abajo, en el valle, envuelto en una neblina azulada. El viento fresco de la mañana soplaba y me traía los cánticos devotos de los hermanos. Involuntariamente, les acompañé. El sol se alzó como una brasa encendida sobre la ciudad. Sus rayos dorados reverberaron en los árboles, y las gotas de rocío caían con alegre murmullo, como diamantes cristalinos, sobre miles de pequeños insectos multicolores que, zumbando y susurrando, saludaban al nuevo día. Los pájaros despertaban y revoloteaban alegres por el bosque, cantando y acariciándose con placer. Un cortejo de mozos de campo y de muchachas vestidas de fiesta descendía de la montaña.

—Alabado sea Jesucristo —exclamaron al pasar por mi lado.

—Por toda la Eternidad —respondí yo, y tuve la sensación como si entrara en mí una nueva vida, llena de placer y libertad, con miles de posibilidades propicias.

Nunca me había sentido así, tenía la impresión de ser otro y, como poseído y entusiasmado por una nueva fuerza, avancé con rapidez por el bosque, bajando la montaña. Pregunté a un campesino que encontré en el camino por el lugar donde debía pasar la noche según mi ruta de viaje. Me describió con precisión un atajo cercano, que se desviaba del camino principal y discurría a través de las montañas. Había avanzado ya un buen trecho, cuando el recuerdo de la mujer desconocida del monasterio revivió en mí, así como el fantástico plan de buscarla. Pero su imagen se había desdibujado como por obra de un poder extraño e ignoto, de tal manera que sólo con esfuerzo podía reconocer sus rasgos pálidos y alterados. Cuanto más intentaba aprehender su figura en mi espíritu, más se desvanecía su imagen en la niebla. Sólo ahora aparecía nítido ante mis ojos el licencioso comportamiento en el monasterio con motivo de la misteriosa aparición. Me resultaba incomprensible con cuánta indulgencia había soportado todo el prior y cómo, en vez de aplicarme el bien merecido castigo, me había enviado al mundo. Pronto me convencí de que la aparición de aquella dama desconocida sólo había sido una visión, la consecuencia de un esfuerzo demasiado intenso. En vez de haber atribuido, como habría hecho de otra suerte, aquella seductora y corruptora imagen engañosa a la continua persecución del Maligno, la achaqué exclusivamente a una alucinación provocada por los sentidos excitados, ya que la circunstancia de que la extraña estuviera vestida como Santa Rosalía me parecía demostrar que la imagen tan viva de la Santa, que realmente podía contemplar desde el confesionario, aunque desde una distancia considerable y de manera sesgada, había tenido parte considerable en los acontecimientos. Admiré profundamente la sabiduría del prior, que había elegido el remedio apropiado para mi curación, pues, encerrado en el monasterio, siempre rodeado de los mismos objetos, siempre incubando malos sentimientos y consumiéndome por dentro aquella visión a

la que la soledad otorgó colores brillantes y frescos, me habría llevado finalmente a la locura. Convencido cada vez más de que todo había sido un sueño, no pude resistir reírme de mí mismo, incluso bromeé, con una frivolidad que no era propia de mi naturaleza, sobre el absurdo pensamiento de que una Santa se hubiera enamorado de mí, por lo que al mismo tiempo pensé que yo mismo, con anterioridad, me había creído el propio San Antonio.

Había vagado varios días por las montañas, entre pavorosas masas de rocas que se levantaban osadas hacia el cielo, siguiendo estrechos senderos bajo los que bramaban raudos torrentes. El camino se fue tornando cada vez más yermo y penoso. Había llegado el mediodía, el sol castigaba mi cabeza desprotegida, me moría de sed, sin que ningún manantial se encontrara en las cercanías y todavía no había alcanzado el pueblo que, según las indicaciones, debería haber encontrado ya. Me senté sin fuerzas sobre una roca y no pude resistir la tentación de beber de la damajuana, a pesar de que quería gastar lo menos posible del extraño bebedizo. Nueva fuerza circuló entonces por mis venas, lo que me permitió, fresco y fortalecido, continuar el camino para alcanzar mi meta, que ya no podía encontrarse lejos. El bosque de abetos era cada vez más espeso. Un rumor provenía desde lo más profundo de la espesura y, poco después, escuché el fuerte relincho de un caballo que permanecía atado en las cercanías. Avancé unos pasos y casi quedé paralizado del susto al comprobar que me encontraba ante un escarpado y horrible barranco, desde el que se precipitaba siseando y bramando, entre agudas y ásperas rocas, una cascada cuyo estruendo estentóreo había escuchado ya desde la lejanía. Cerca, muy cerca del precipicio, en una roca que pendía sobre el abismo, estaba sentado un joven vestido de uniforme; el sombrero con penacho, la espada y un portafolio se encontraban a su lado. Prácticamente todo su cuerpo permanecía suspendido en el vacío. Parecía dormido y se inclinaba cada vez más. Su caída era inevitable. Osé acercarme hasta donde se hallaba e intenté sujetarle, mientras gritaba:

—¡Por el amor de Dios, señor! ¡Despertad! ¡Por el amor de Dios!

Tan pronto como le toqué, despertó del profundo sueño, pero, perdiendo el equilibrio, cayó en el abismo, golpeándose con los salientes de las rocas y escuchándose el crujido de sus miembros. Su penetrante alarido resonó desde la insondable profundidad del precipicio, desde la que después se percibió un sordo lamento, que finalmente también pereció. Permanecí exánime de horror, luego cogí el sombrero, la espada y el portafolio y quise huir lo más rápidamente posible del fatídico lugar. Entonces un joven, vestido como un cazador, salió a mi encuentro desde el bosque, me miró a la cara fijamente y comenzó a reír a carcajadas, provocando que un escalofrío helado recorriera mi cuerpo.

—Bien, señor conde —dijo finalmente el joven—, la mascarada es en verdad espléndida y completa. Si la señora no hubiera sido informada de antemano,

realmente no habría reconocido a su amado. Pero ¿dónde ha metido el señor el uniforme?

—Lo he lanzado al abismo —surgió la respuesta, hueca y apagada, de mi interior, pues no fui yo el que pronunció esas palabras, emitidas involuntariamente por mis labios.

Permanecí allí, pensativo, paralizado ante el abismo y temeroso de que el cuerpo ensangrentado del conde se alzara amenazante. Era como si lo hubiera asesinado. Todavía sujetaba, convulso, la espada, el sombrero y el portafolio. Entonces continuó hablando el joven:

—Bien, señor conde, cabalgaré descendiendo por el camino hasta la villa, donde me mantendré escondido en la casa, justo ante la puerta de la ciudad, a mano izquierda. El señor conde bajará al mismo tiempo hasta el castillo, donde ya tienen que estar esperándole; el sombrero y la espada los llevo conmigo.

Le ofrecí ambas cosas.

—Bueno, señor conde, ¡que le vaya bien y mucha suerte en el castillo! —gritó el joven, y desapareció en la espesura cantando y silbando alegremente.

Pude oír cómo soltaba al caballo, que estaba atado no muy lejos de donde nos encontrábamos, y continuaba su camino. Cuando me recuperé del estupor y reflexioné sobre los acontecimientos, tuve que reconocer que había sido una mera víctima de la casualidad, que con un empujón me había arrojado en la más extraña situación que pensarse pueda. Resultaba claro que una gran similitud de mis rasgos faciales y de mi figura con los del desgraciado conde habían confundido al cazador, y que el conde debía de haber elegido el disfraz de capuchino para emprender una aventura cualquiera en el cercano castillo. La muerte le sorprendió, y un destino extraordinario me había puesto en su lugar en ese mismo instante. El irresistible impulso interior de continuar representando el papel del conde, que parecía ser alentado por dicho destino, superó cualquier duda y silenció la voz interior que me implicaba en su muerte y en el insolente sacrilegio derivado de la misma. Abrí el portafolio, que había conservado. Cartas y gran cantidad de billetes cayeron en mis manos. Quise examinar los papeles uno por uno, leer las cartas para conocer las circunstancias en que había vivido el conde, pero el desasosiego, así como miles de ideas que hervían en mi cabeza, me lo impidieron.

Después de caminar unos pasos, me detuve de nuevo y me senté sobre una roca. Quería obligarme a conseguir un estado de ánimo tranquilo. Era consciente del peligro que corría, si osaba introducirme en un círculo extraño sin haberme preparado con anterioridad. Entonces resonaron animados cuernos de caza en el bosque y se aproximaron voces alegres y llenas de júbilo. El corazón me empezó a latir con fuerza, apenas podía respirar: ¡un mundo nuevo, una nueva vida se abrían ante mí! Torcí en un estrecho sendero que, descendiendo, me condujo a un declive. Cuando salí de la maleza divisé ante mí, en un valle, un gran castillo bellamente construido. Era el lugar en que debería haber tenido lugar la aventura que el conde había querido

emprender, y que yo ahora me disponía a afrontar con ánimo. Pronto me encontré en los caminos del parque que rodeaban el castillo. En una oscura alameda lateral vi a dos hombres paseando, de los cuales uno vestía como un clérigo secular. Se acercaron al lugar donde me encontraba, pero pasaron de largo ensimismados en profunda conversación, sin percatarse de mi presencia. El clérigo era un joven, en cuyo rostro, de una palidez mortal, se reflejaba una profunda preocupación que le consumía; el otro, vestido con sencillez pero decentemente, parecía un hombre de avanzada edad. Se sentaron en un banco de piedra, dándome la espalda, de manera que entendí todo lo que dijeron.

—¡Hermógenes! —dijo el mayor—, con vuestro obstinado silencio arrastráis a vuestra familia a la más completa desesperación. Vuestra sombría melancolía aumenta cada día, vuestra fuerza juvenil se quiebra, vuestro futuro se marchita, vuestra decisión de seguir la vida religiosa destruye todas las esperanzas y deseos de vuestro padre. Pronto renunciaría él a sus esperanzas si una verdadera vocación interna, una irresistible tendencia hacia la soledad mostrada desde la juventud hubiera fundado esa decisión. En tal caso no osaría oponerse a lo que el destino de una vez por todas ha prescrito. La repentina transformación de todo vuestro ser muestra claramente que algún suceso, que calláis de manera pertinaz, ha perturbado intensamente vuestra alma y todavía continúa su trabajo destructor. ¡Erais un joven tan despreocupado y amante de la vida! ¿Qué puede haberos distanciado así del mundo, que desesperáis de poder encontrar consuelo para vuestra alma enferma en un pecho humano?

¿Calláis? ¿Persistís fijo en vuestra actitud? ¿Suspiráis? ¡Hermógenes! Con anterioridad amabais a vuestro padre con singular intensidad, pero por más que ahora os resulte imposible abrirle vuestro corazón, al menos no le atormentéis con la ropa que lleváis puesta, que alude a la decisión que habéis tomado y que sabéis que él rechaza con horror. Yo os conmino, Hermógenes, a que arrojéis este traje odioso. Creedme, en las apariencias se esconde una fuerza misteriosa. No os perjudicará hacerlo, pues creo que me entenderéis perfectamente, si hago mención en este instante, aunque aparentemente de forma algo chocante, de los actores que, a menudo, cuando se enfundan en el vestuario de la representación, se sienten sugestionados por un espíritu extraño que les permite encarnar mucho más fácilmente al personaje. Dejadme hablar de esta cuestión con desenfado, conforme a mi naturaleza, como en realidad convendría hacerlo. ¿No opináis que, si este traje tan largo no entorpeciera vuestro paso y lo forzara a adoptar esa triste gravedad, no andaríais de nuevo rápido y alegre, incluso correríais y saltaríais como antes? El brillo de las charreteras, que antes resplandecían sobre vuestros hombros, arrojaría de nuevo fuego juvenil a vuestras pálidas mejillas, y el tintineo de las espuelas le sonaría como música encantadora al brioso caballo, que relincharía y bailararía de placer, inclinando el cuello poderoso ante su señor. ¡Arriba barón! ¡Abajo con el traje negro, que no os conviene! ¿Debe traer Federico vuestro uniforme?

El hombre mayor se levantó y quiso retirarse, pero el joven se arrojó en sus brazos.

—¡Ay, cómo me atormentáis, mi buen Reinaldo! —exclamó con voz apagada—. ¡Me atormentáis de manera indecible! ¡Ay, cuanto más os esforzáis por tocar las cuerdas de mi alma, que antes sonaban tan armoniosas, más fuerte siento cómo el puño férreo del destino me ha golpeado y abrumado de tal manera que, como en un laúd roto, sólo viven en mí discordancias!

—Así os lo parece, querido barón —terció el hombre mayor—. Habláis del destino espantoso que os ha arrebatado, pero silenciáis en qué consiste ese destino. Sin embargo, un joven como vos, con fuerza interior, armado de un valor fogoso y juvenil, debe ser capaz de protegerse contra los puños férreos del destino; debe incluso elevarse, como irradiado por una naturaleza divina, sobre su sino, y así, despertando e inflamando al ser superior que se encuentra en su interior, remontarse por encima de las penas de esta vida miserable. No sabría decir, barón, qué destino podría ser capaz de destruir esta poderosa voluntad.

Hermógenes retrocedió un paso y, clavando en el anciano su mirada sombría y llena de ira contenida, exclamó con voz sorda y cavernosa:

—Sabed que yo mismo soy el destino que me destruye, que un crimen horrible pesa sobre mi conciencia, una impiedad infame que tengo que expiar con miseria y desesperación. ¡Por eso, sé compasivo y ruega al Señor para que me deje escapar tras los muros!

—¡Barón! —interrumpió el anciano—, os encontráis en un estado de ánimo propio de almas absolutamente perturbadas. No debéis iros, no podéis marcharos de ninguna manera. En los próximos días viene la baronesa con Aurelia, a la que debéis ver.

Entonces rió el joven con escarnio y exclamó con una voz que retumbó en mi interior:

—¿Debo? ¿Debo permanecer? Sí, verdaderamente, anciano, tienes razón, debo permanecer y mi penitencia será aquí más horrible que tras los pesados muros.

Después de estas palabras, marchó repentinamente entre la maleza y dejó al anciano solo que, apoyando la cabeza inclinada en la mano, parecía abandonarse al dolor.

—¡Alabado sea Jesucristo! —saludé, apareciendo ante el anciano, que se sobrecogió. Me miró con sorpresa, pero pronto pareció acordarse de algo conocido al considerar mi aparición.

—¡Ah!, ¿sois vos, acaso, venerable señor, cuya llegada nos anunció la señora baronesa para consuelo de esta familia sumida en la tristeza?

Asentí a la pregunta, y Reinaldo adoptó rápidamente el carácter alegre que parecía serle propio. Atravesamos el espléndido parque y llegamos finalmente a un pequeño bosque cercano al castillo, desde donde se disfrutaba de una vista extraordinaria hacia las montañas. Obedeciendo a su llamada, un criado apostado en

la entrada del castillo se apresuró a servirnos un desayuno espléndido. Mientras vaciábamos las copas colmadas, me pareció como si Reinaldo me observara con creciente atención, como si intentara refrescar con esfuerzo un borroso recuerdo. Finalmente exclamó:

—¡Dios mío, venerable señor! Todo resultaría para mí ilusorio, si vos no fuerais el padre Medardo del monasterio capuchino en ...r, pero ¿cómo podría ser posible? ¡Y, sin embargo, lo sois! ¡Con certeza, lo sois! ¡Decid algo!

Como si me hubiera alcanzado un rayo del cielo, temblaron, tras las palabras de Reinaldo, todos mis miembros. Me vi desenmascarado, descubierto, culpado de asesinato, pero la desesperación me dio fuerzas, era cuestión de vida o muerte.

—Es cierto, soy el padre Medardo del monasterio capuchino de ...r, en camino a Roma con poderes y una misión que cumplir.

Lo dije con toda la tranquilidad y sosiego que pude fingir.

—Entonces es quizá sólo casualidad —dijo Reinaldo— que os encontraseis de viaje y que, extraviando el camino principal, llegarais aquí, o ¿cómo pudo ocurrir que conocieseis a la baronesa y os enviase aquí?

Sin apelar a la memoria, reproduciendo ciegamente lo que una voz extraña parecía susurrarme en mi interior, dije:

—Durante el viaje conocí al confesor de la baronesa que me recomendó ejecutar mi comisión aquí, en la casa.

—Es verdad —interrumpió Reinaldo—, así lo escribió la señora baronesa. Entonces, hay que dar gracias al Cielo que os ha traído por ese camino para la salvación de esta casa, de que un hombre piadoso y honrado como vos haya decidido retrasar su viaje para hacer aquí el bien. Hace algunos años pasé casualmente por ...r y escuché alguno de vuestros sermones, pronunciados desde el púlpito con tanta unción y entusiasmo celestial. Confío en vuestra devoción, en vuestra verdadera vocación de luchar con celo ardiente por la salvación de almas perdidas, en vuestra espléndida elocuencia, surgida de íntima inspiración, para que llevéis a cabo lo que a nosotros nos ha resultado hasta el momento imposible. Me agrada haberos encontrado antes de que hayáis hablado con el barón; aprovecharé así para informaros de la situación familiar con la franqueza que debo a un venerable señor como vos, que como un santo nos ha enviado el Cielo para nuestro consuelo. Para encaminar bien vuestros esfuerzos y conseguir el efecto deseado debéis conocer al menos algunos antecedentes sobre los que me gustaría callar. Todo puede ser explicado, por lo demás, sin gastar muchas palabras. He crecido con el barón, el mismo temple de ánimo nos hermanó, destruyendo el muro divisorio que en caso contrario habría levantado nuestro desigual nacimiento. Nunca me separé de él y me convertí en intendente de sus bienes, aquí en las montañas, desde el mismo instante en que, terminados nuestros estudios académicos, tomó posesión de ellos tras el fallecimiento de su padre. Fui su hermano y amigo más íntimo y, como tal, conocedor de los asuntos más secretos de su casa. Su padre había deseado la unión por

casamiento con una familia con la que tenía vínculos de amistad, deseo que se cumplió con alegría, ya que mi señor encontró en su prometida un ser espléndido, ricamente dotado por la naturaleza, por el que se sintió atraído de manera irresistible. Raras veces la voluntad de unos padres ha podido coincidir con tanta perfección con el destino que parecía determinar la vida de los niños en todas sus relaciones. Hermógenes y Aurelia fueron el fruto de ese matrimonio feliz. Muchas veces pasábamos el invierno en la capital vecina, pero desde que la baronesa enfermó, después del nacimiento de Aurelia, permanecemos también todo el verano en la ciudad, ya que necesitaba continuamente la presencia de médicos. Murió al llegar la primavera, cuando una mejoría aparente llenaba al barón de alegres esperanzas. Nos retiramos al campo y sólo el tiempo fue capaz de suavizar la aflicción profunda y destructiva que aquejó al barón. Hermógenes creció y se convirtió en un espléndido joven. Aurelia era la viva imagen de su madre. La cuidadosa educación de los niños constituía nuestra tarea diaria y nuestra alegría. Hermógenes mostró una inclinación decidida hacia la carrera militar, lo que obligó al barón a enviarle a la ciudad, para allí, bajo el cuidado de su amigo el gobernador, comenzar a aprender el oficio de las armas. Hace tres años el barón permaneció con Aurelia y conmigo de nuevo todo el invierno en la ciudad, como en los viejos tiempos, en parte para tener a su hijo cerca, en parte por sus amigos, que habían insistido incansablemente en que viniera para volver a verle. La sobrina del gobernador, recién llegada de la Corte, causó en aquella época sensación general. Era huérfana y había crecido bajo la protección de su tío, aunque de una de las alas del palacio, donde residía, hizo una casa propia y acostumbraba a reunir en torno a sí a la mejor sociedad. Sin detenerme a describir mejor a Eufemia, lo que resulta además innecesario, porque, venerable señor, no tardaréis en verla, me limitaré a decir que todo lo que ella hace y dice está animado de una gracia indescriptible, aumentando hasta lo irresistible el atractivo de su exuberante belleza corporal. Allá donde aparece, emerge la vida con nuevo esplendor y en todas partes se rinde homenaje a su persona con encendido entusiasmo. Sabía despertar de tal manera el interior de los seres más banales y sin vida, que éstos se alzaban por encima de su propia pobreza de espíritu y gozaban encantados de los placeres de una vida interior que de otro modo habría permanecido desconocida para ellos. No faltaban, naturalmente, adoradores que hacían a diario la corte con fervor a su diosa. No se podía decir con certeza que favoreciese a uno u otro, más bien sabía con traviesa ironía que, sin ofender a ninguno, les excitaba y estimulaba como especias fuertes y picantes, para envolver a todos con un lazo indisoluble, de modo que se movían, hechizados en un círculo mágico, con alegría y placer. Esta Circe causó al barón una extraordinaria impresión. Desde su aparición le prestó una atención que parecía surgir de un respeto infantil. En cada conversación mostró un sentido común y unos sentimientos tan profundos que él apenas recordaba haber encontrado en otra mujer. Con indescriptible tenacidad buscó y encontró la amistad de Aurelia, a la que trató con tal calidez que, incluso, no desdeñó preocuparse por sus

pequeñas necesidades de vestuario como lo hubiera hecho una madre. Supo apoyar de tal manera a una muchacha tan inexperta en la más brillante sociedad, que esta ayuda en vez de llamar la atención contribuyó a resaltar el entendimiento natural y el correcto estado de ánimo de Aurelia, que pronto gozó de un gran respeto. El barón se deshacía en alabanzas siempre que se hablaba de Eufemia, y aquí, quizá por vez primera en nuestra vida, fuimos de una opinión completamente distinta. Por costumbre yo hacía más en sociedad el papel de observador atento y no entraba directamente en animada conversación. Así, había observado también a Eufemia, con la que había cruzado aquí y allá un par de amigables palabras según su costumbre de no pasarse a nadie por alto, con peculiar atención y como a una aparición de gran interés. Tuve que reconocer que ella era la mujer más bella y espléndida de todas, que en todo lo que hablaba se reflejaba su sentido común e inteligencia y, sin embargo, experimenté un sentimiento inexplicable de rechazo hacia ella, no podía evitar tener una sensación fatal que se apoderaba instantáneamente de mí tan pronto como me miraba o empezaba a hablar conmigo. En sus ojos ardía a menudo un fulgor especial que, cuando creía no ser observada, despedía rayos centelleantes, como si irradiase violentamente un fuego interno y corrupto, sólo superado con esfuerzo. Por añadidura pendía a menudo de su delicada y bien formada boca una mueca de ironía hostil que me hacía temblar, ya que era la cruda expresión del escarnio malicioso. Que mirase a menudo a Hermógenes de esa manera, que se interesaba por ella muy poco o nada, me confirmaba que algo se escondía tras su bella máscara que nadie parecía sospechar. No podía, es cierto, oponer a las exageradas alabanzas del barón más que mis observaciones fisiognómicas, que él no tomó en consideración; más bien tomó mi aversión interna contra Eufemia como una extraña idiosincrasia. Me confió que Eufemia entraría probablemente a formar parte de la familia, ya que lo iba a intentar todo para unirla en el futuro a Hermógenes.

Éste penetró en la habitación justo cuando hablábamos seriamente sobre el asunto y yo buscaba posibles razones que justificasen mi opinión sobre Eufemia. El barón, acostumbrado a actuar en todo con celeridad y abiertamente, le comunicó sus planes y deseos respecto a Eufemia. Hermógenes escuchó con tranquilidad lo que el barón dijo con gran entusiasmo en su loa. Pero cuando terminó el discurso laudatorio, respondió que no se sentía en lo más mínimo atraído por Eufemia, que no podría amarla jamás y por ello solicitaba de todo corazón que se renunciase al plan de semejante unión. El barón quedó consternado al ver su amado proyecto destruido sin haber pasado del primer estadio, pero tampoco se esforzó por presionar a Hermógenes, sobre todo teniendo en cuenta que ni siquiera conocía los sentimientos de Eufemia al respecto. Con su acostumbrada alegría y afabilidad bromeó pronto acerca de su infeliz propósito, y opinó que probablemente Hermógenes compartía mi peculiar idiosincrasia, aunque no terminaba de comprender cómo en una mujer tan bella e interesante podía albergarse un elemento tan repulsivo. Su relación con Eufemia permaneció, evidentemente, igual. Se había acostumbrado tanto a ella que

no podía transcurrir un solo día sin verla. Una vez ocurrió que, estando de muy buen humor, le dijo, bromeando, que sólo había un hombre en su círculo que no estaba enamorado de ella, y éste era Hermógenes; que su hijo se había negado con obstinación a establecer lazos con ella, tal y como él había deseado de todo corazón.

»Eufemia opinó que bien podría haber llegado el momento de exponer lo que tenía que decir acerca del vínculo matrimonial, y que ella consideraba deseable cualquier relación cercana al barón, pero no a través de Hermógenes, al que tenía por excesivamente serio y caprichoso. A partir del momento en que tuvo lugar esta conversación, que el barón me contó poco después, Eufemia redobló su atención hacia el barón y Aurelia. Incluso dio a entender con ligeras insinuaciones que un vínculo con el mismo barón correspondería al ideal que ella se había hecho de un matrimonio feliz. Además, supo rebatir con decisión todo lo que se podía oponer respecto a la diferencia de edad o a cualquier otro motivo. Lo preparó todo de manera tan elegante y silenciosa, tan hábil, paso a paso, que el barón se veía obligado a creer que todas las ideas y todos los deseos que Eufemia insuflaba en su interior habían germinado realmente allí. De naturaleza fuerte y llena de vida, no tardó el barón en ser presa de la pasión fogosa de un joven. Yo no pude detener ya el vuelo salvaje, era demasiado tarde. En poco tiempo Eufemia era, para el asombro de la ciudad, la esposa del barón. Me pareció como si el ser amenazante y cruel que me había espantado desde la lejanía se hubiera introducido en mi vida, y como si tuviera que mantenerme alerta para velar por mi amigo y también por mí mismo. Hermógenes tomó la boda de su padre con fría indiferencia. Aurelia, la querida e inocente niña, se deshizo en lágrimas.

Poco tiempo después de la boda Eufemia deseó ir a las montañas. Llegó al castillo, y debo reconocer que su comportamiento se mantuvo tan amable que despertó en mí una involuntaria admiración. Así pasaron dos años de tranquila e ininterrumpida placidez. Los inviernos residíamos en la ciudad, pero también aquí mostró la baronesa tanto respeto a su esposo, tanta atención por sus deseos más nimios, que la envidia venenosa tuvo que enmudecer, y ninguno de los jóvenes señores que había soñado en tener campo libre para su galantería en casa de la baronesa se permitió la más pequeña glosa. El último invierno fui también el único que, aquejado de la vieja y apenas cicatrizada idiosincrasia, comenzó a abrigar un recelo malicioso.

»Con anterioridad al matrimonio del barón, el conde Victorino, un hombre joven y apuesto, comandante de la guardia de honor, sólo de vez en cuando en la ciudad, había sido uno de los más fervientes admiradores de Eufemia y, además, el único que se había distinguido del resto de sus pretendientes, aunque casi de forma imperceptible. Se habló incluso de que entre Eufemia y él podría haber existido una relación más estrecha de lo que las apariencias querían insinuar, pero el rumor desapareció de manera tan apagada como había surgido. El conde Victorino regresó en invierno a la ciudad y, como es natural, frecuentó el círculo de Eufemia, pero no

parecía esforzarse mucho por llamar su atención; todo lo contrario, parecía como si la evitase intencionadamente. No obstante, yo tenía la impresión de que, cuando creían pasar inadvertidos, sus miradas se encontraban, ardiendo en ellas como fuego devorador el deseo y un encendido anhelo. En casa del gobernador se reunió una noche lo mejor de la sociedad. Yo me encontraba junto a una ventana, de tal manera que uno de los pliegues ondulados de la rica cortina casi me ocultaba por completo. El conde Victorino se encontraba dos o tres pasos delante de mí. Entonces Eufemia, vestida más atractiva que nunca e irradiando belleza, pasó, rozándole, por su lado. El conde cogió con fuerza apasionada su brazo, aunque yo fui el único que pudo percibirlo. Ella tembló visiblemente, y su indescriptible mirada, que reflejaba el amor más ardiente, la voluptuosidad sedienta de placer, recayó sobre él. Musitaron algunas palabras que no comprendí. En ese instante Eufemia advirtió que la estaba mirando; se volvió rápidamente, pero pude oír claramente estas palabras: “¡Nos observan!”.

»¡Quedé paralizado de sorpresa y dolor! ¡Ay! ¿Cómo podría, venerable señor, describirle mis sentimientos? Piense en mi amor, en el fiel apego que me unía al barón, en mis malignas sospechas, que se habían cumplido, pues aquellas escasas palabras me habían convencido de que existía una relación secreta entre la baronesa y el conde. Por de pronto me vi obligado a guardar silencio, pero decidí vigilar a la baronesa con ojos de Argos, para, una vez alcanzada la certeza de su delito, disolver los vergonzosos vínculos con los que había atrapado a mi infeliz amigo. Pero ¿a quién le es posible contrarrestar argucias diabólicas? Mis esfuerzos fueron en vano, ¡completamente en vano, y hubiera sido ridículo comunicar al barón lo que había visto y oído, ya que esa mujer astuta habría encontrado suficientes salidas para hacerme quedar como un necio y absurdo visionario!

»En primavera, cuando regresamos al campo, la nieve cubría todavía las cimas. A pesar de ello emprendí algún que otro paseo por las montañas. En el pueblo cercano me encontré a un campesino que tenía algo extraño en su forma de caminar y en su comportamiento. Cuando se volvió, reconocí en él al conde Victorino, pero desapareció inmediatamente detrás de las casas sin dejar huella. ¿Qué podría haberle llevado a disfrazarse así, sino el entendimiento secreto con la baronesa? Incluso ahora sé, con certeza, que se encuentra aquí de nuevo. He visto a sus cazadores pasar por los alrededores cabalgando, aunque me resulta incomprensible por qué no se encuentra con la baronesa en la ciudad. Hace tres meses aconteció que el gobernador enfermó gravemente y manifestó su deseo de ver a Eufemia, que acudió acompañada de Aurelia. Una indisposición transitoria impidió que el barón se uniese a ellas. Entonces irrumpió la desgracia y la tristeza en nuestra casa, pues Eufemia escribió poco después al barón que Hermógenes erraba solitario, atacado de una repentina melancolía que le provocaba a menudo estados de furia demencial, en los que se maldecía a sí mismo y a su destino, siendo todos los esfuerzos de sus amigos y de los médicos en vano. Podéis imaginaros, venerable señor, qué impresión le causó esta noticia al barón. Como el encuentro con su hijo en estas circunstancias hubiera sido

perturbador, marché solo a la ciudad. Hermógenes había sido liberado al menos, con los fuertes medicamentos que se suelen emplear en estos casos, de los ataques salvajes de furiosa demencia, pero se había apoderado de él una apatía melancólica que los médicos consideraban incurable. Cuando me vio, se conmovió, y me confesó que un desgraciado destino pesaba sobre él y le impulsaba a abandonar su actual posición para siempre, ya que sólo como religioso en un monasterio podría salvar su alma de la condena eterna. Le encontré ya con la ropa con que le habéis visto hace un momento y, a pesar de su resistencia, me fue posible finalmente traerle hasta aquí. Ahora está tranquilo, pero no abandona su idea fija. Los esfuerzos para aclarar el suceso que le ha sumido en ese estado resultan infructuosos, aunque quizá el descubrimiento del secreto contribuiría de manera decisiva a encontrar algún medio para su curación.

»Hace algún tiempo la baronesa escribió que, por consejo de su confesor, enviaría a un religioso de la Orden, cuyo trato y exhortaciones podrían quizá ser más efectivos para Hermógenes que cualquier otro remedio, sobre todo teniendo en cuenta que su locura había tomado una clara tendencia religiosa. Me alegro en lo más profundo de que la elección haya recaído en vos, venerable señor, que por una afortunada casualidad os dirigíais a la ciudad. Podéis devolver la paz perdida a una familia apesadumbrada si vuestros esfuerzos, que el Señor bendiga, se concentran en un doble objetivo. Averiguad cuál es el horrible secreto de Hermógenes, su corazón se aliviará, aunque lo revele en sagrada confesión, y la Iglesia le devolverá a la alegre vida del mundo, a la que realmente pertenece, en vez de encerrarle tras los muros. Pero no dejéis de aproximaros también a la baronesa. Ya sabéis todo, estáis de acuerdo conmigo en que mis observaciones son de tal especie que sobre ellas no se puede fundamentar una acusación contra ella, pero tampoco constituyen una ilusión o una sospecha injusta. Compartiréis completamente mi opinión cuando veáis a Eufemia y la conozcáis mejor. Ella es religiosa por temperamento, quizá os sea posible penetrar profundamente en su corazón con vuestra elocuencia y, así, conmoviéndola, se la pueda de tal manera mejorar que cese de traicionar al amigo, lo que le está costando la bendición eterna. Todavía debo decir, venerable señor, que en algunos momentos parece como si el barón llevara un peso en el alma, cuyo origen no quiere revelar, pues, además de contra la aflicción causada por Hermógenes, lucha visiblemente contra un pensamiento que le persigue continuamente. Tengo la sospecha de que una casualidad maligna quizá le ha mostrado una prueba, mucho más definitiva que la que yo encontré, sobre las relaciones delictivas de la baronesa con el indeseable conde. También os recomiendo, en consideración a esta circunstancia, venerable Señor, el cuidado espiritual de mi amigo del alma, el barón.

Con estas palabras terminó Reinaldo su narración de los hechos, que me había torturado de múltiples maneras, haciendo que las más extrañas contradicciones se entrecruzaran en mi interior. Mi propio «Yo», inmerso en un juego cruel surgido de un destino caprichoso y diluyéndose en otras figuras extrañas, nadaba sin posibilidad

de asirse a ninguna tabla de salvación en un mar en el que todos los acontecimientos descritos formaban olas rugientes que se desencadenaban sobre mí. ¡No podía encontrarme a mí mismo! ¡Evidentemente Victorino fue al que la fatalidad, que guiaba mi mano pero no mi voluntad, despeñó en el abismo! Aparezco en su lugar, pero Reinaldo conoce al Padre Medardo, el predicador del monasterio capuchino fan...r, y entonces soy realmente el que soy. Pero la relación con la baronesa que mantenía Victorino me corresponde, pues yo mismo soy Victorino. Soy lo que parezco y no parezco lo que soy; soy un enigma inexplicable para mí mismo: ¡Mi «Yo» se ha escindido!

A pesar de la tormenta que tenía lugar en mi interior, me fue posible simular el sosiego propio de los sacerdotes y presentarme ante el barón. Encontré a un hombre envejecido, pero en los rasgos apagados quedaban todavía asomos de una fuerza y plenitud extrañas. No la edad, sino la pesadumbre había formado las profundas arrugas en su amplia y noble frente y había encanecido su pelo. No obstante, reinaban en su comportamiento y en todo lo que decía una alegría y apacibilidad tales que atraían irresistiblemente a cualquiera. Cuando Reinaldo me presentó, diciendo que mi llegada había sido anunciada por la baronesa, me contempló con una mirada penetrante, que se fue tornando cada vez más amistosa conforme Reinaldo le contaba cómo hacía varios años me había escuchado predicar en el monasterio capuchino en...r y había quedado impresionado por mi talento oratorio. El barón me extendió confiadamente la mano y, volviéndose hacia Reinaldo, dijo:

—No sé, querido Reinaldo, qué es lo que a primera vista me ha llamado la atención de manera tan extraña en los rasgos faciales del venerable señor; han despertado un recuerdo que en vano pugna por salir a la luz.

Me pareció como si fuera a recordarlo y decir: «es el conde Victorino», pues en aquel momento, poseído por un sentimiento extraordinario, creía ser realmente Victorino. Sentí entonces cómo la sangre hervía en mis venas y, agolpándose en la cabeza, hacía enrojecer mis mejillas. Confié en el apoyo de Reinaldo, que me conocía como el padre Medardo, aunque lo consideraba una mentira. Nada podía sacarme de mi estado de confusión.

Según deseo del barón, debía conocer inmediatamente a Hermógenes, pero no fue posible encontrarle por ninguna parte. Se le había visto caminar hacia las montañas, lo que no despertaba preocupación alguna, ya que varias veces se había ausentado de la misma forma durante todo el día. El resto de la jornada lo pasé en compañía del barón y de Reinaldo. Poco a poco cobré tal ánimo en mi interior que por la noche me sentía henchido de valor y fuerza para afrontar con audacia todos los acontecimientos maravillosos que parecían aguardarme. Abrí el portafolio en la soledad nocturna y quedé completamente convencido de que había sido el conde Victorino el que yacía destrozado en el fondo del precipicio. El contenido de las cartas que encontré dirigidas a él eran, sin embargo, insustanciales, y ninguna de ellas me aportó dato alguno acerca de sus relaciones sentimentales. Sin preocuparme más de ello, decidí

avenirme a lo que el destino dispusiera cuando la baronesa llegara y me viera. A la mañana siguiente, la baronesa y Aurelia llegaron de modo inesperado. Vi cómo descendían del carruaje y eran recibidas por el barón y Reinaldo, dirigiéndose luego a la puerta del castillo. Intranquilo, paseaba de un lado al otro de la habitación, asaltado por extraños presentimientos, cuando fui llamado. La baronesa salió a mi encuentro —una mujer bella y espléndida, todavía en el apogeo de su hermosura—. Cuando me miró, pareció quedar especialmente consternada. Su voz temblaba y apenas encontraba palabras. Su visible perplejidad me otorgó valor y la miré directamente a los ojos, dándole la bendición según costumbre monacal. Palideció y tuvo que tomar asiento. Reinaldo me contempló, sonriendo contento y satisfecho. En ese instante se abrió la puerta y el barón entró con Aurelia.

Tan pronto como vi a Aurelia me atravesó un rayo el corazón, despertando a la vida todas las secretas emociones, el anhelo más dulce, el hechizo del amor fervoroso, todo lo que había resonado en mi interior como un asomo lejano. Incluso la misma vida se despertó en mí, brillante y multicolor. Todo el pasado yacía a mis espaldas muerto y frío, como una noche triste. Ella, sí, ella misma era la que contemplé en aquella visión del confesionario. La mirada melancólica, piadosamente infantil de sus ojos de color azul oscuro, los labios bien formados, la nuca dulcemente inclinada como en orante meditación, la figura alta y delgada: no era Aurelia, sino la propia Rosalía. Incluso el chal azul, que Aurelia llevaba echado sobre su vestido rojo oscuro, presentaba en su diseño una similitud extraordinaria con el de la Santa en el cuadro y con el que llevaba la desconocida en la alucinación. ¿Cómo podía compararse la belleza exuberante de la baronesa con el encanto celestial de Aurelia? Sólo podía verla a ella, todo lo demás desapareció. Mi conmoción no podía pasar inadvertida entre los presentes.

—¿Qué le ocurre, venerable señor? —preguntó el barón—. Parecís especialmente consternado.

Éstas palabras me hicieron volver en mí mismo y sentí en ese instante cómo crecía en mi interior una fuerza sobrehumana, un valor jamás experimentado para salir airoso de cualquier prueba, ya que ella sería el premio de la lucha.

—¡Sois afortunado, señor barón! —exclamé, poseído de repentino entusiasmo—. ¡Sois afortunado! Una santa se encuentra entre estos muros, entre nosotros. Pronto se abrirá el Cielo en una bendita claridad y la propia Santa Rosalía, rodeada de ángeles, otorgará consuelo y bendición a los sumisos que, piadosos y creyentes, la han invocado. ¡Ya escucho los himnos de espíritus aureolados que llaman a la Santa con sus cánticos, descendiendo de esplendorosas nubes! ¡Ya veo su cabeza radiante, alzada hacia el coro de los Santos, en la Gloria celestial!

¡Sancta Rosalía, ora pro nobis!

Me arrodillé con la mirada dirigida a las alturas, las manos unidas en actitud orante, y todos siguieron mi ejemplo. Nadie me preguntó sobre lo acaecido, se atribuyó mi repentino entusiasmo a un momento de inspiración, por lo que el barón

decidió que se dijeran misas ante el altar de Santa Rosalía, en la iglesia principal de la ciudad. De esta manera espléndida me salvé de la perplejidad que me atenazaba, y cada vez estaba más dispuesto a arriesgarlo todo por la posesión de Aurelia, para lo cual estaba decidido incluso a vender mi vida. La baronesa parecía estar en un estado de ánimo especial: su mirada me perseguía, pero cuando fijaba abiertamente mi mirada en la suya, desviaba los ojos, que se tornaban erráticos. La familia había entrado en otra estancia. Yo me apresuré hasta el jardín y vagué por los caminos, ideando miles de planes y proyectos para mi futura vida en el castillo, que ejecutaría trabajando y luchando. Ya había anochecido cuando apareció Reinaldo y me dijo que la baronesa, contagiada de mi entusiasmo piadoso, deseaba hablarme en su habitación.

Cuando entré en la habitación de la baronesa, avanzó unos pasos hacia mí y, tomando mis brazos, me miró fijamente a los ojos, diciendo a continuación:

—¿Es posible? ¿Es posible? ¿Eres realmente Medardo, el monje capuchino? ¡Pero la voz, la figura, tus ojos, tu pelo! ¡Habla o pereceré de miedo y de dudas!

—Victorino —susurré ligeramente.

Entonces me abrazó con la salvaje vehemencia de una voluptuosidad desbordada. Una corriente de fuego recorrió mis venas, la sangre hervía, los sentidos se deshacían en un indescriptible placer, en un éxtasis demencial. Pero mi ánimo pecador se concentraba en Aurelia, y sólo por ella sacrificaría la salvación de mi alma con la ruptura de los votos Sagrados.

¡Sí! Sólo Aurelia vivía en mí, todo mi ser estaba henchido de ella y, sin embargo, un escalofrío me recorría cuando pensaba que volvería a verla, lo que sucedería aquella noche durante la cena. Me parecía como si su devota mirada me fuera a incriminar de pecados atroces o como si fuera a hundirme, desenmascarado y destruido, en el oprobio y en la condenación. Tampoco pude decidirme a volver a ver, tras esos momentos, a la baronesa, por lo que determiné permanecer en la habitación, poniendo de pretexto mis ejercicios espirituales, cuando fui llamado a la mesa. Pocos días hicieron falta para que superase toda timidez y mis prevenciones. La baronesa era la amabilidad en persona, y conforme nuestra unión se hacía más estrecha, más rica en placeres impíos, más atención prestaba al barón. Me confesó que mi tonsura, mi barba natural, así como mis movimientos monacales, que ya no mantenía con tanta severidad como anteriormente, la habían asustado de manera terrible. Incluso mi repentina y entusiasmada invocación de Santa Rosalía la había casi convencido de que algún error, o una casualidad hostil, había frustrado el astuto plan que había forjado con Victorino, y un condenado capuchino había ocupado su lugar. Admiraba mis precauciones, cómo me había tonsurado y dejado crecer la barba, cómo había estudiado tan bien mi papel, tanto en la actitud como en los movimientos, que a veces tenía que mirarme directamente a los ojos para no entrar en dudas aventuradas.

El cazador de Victorino se dejaba ver a veces, disfrazado de campesino, al final del parque, y yo no dejaba de hablar con él en secreto y de advertirle que estuviera

alerta por si fuera necesario huir. El barón y Reinaldo parecían estar muy satisfechos de mí, instándome a que me ocupara con todas mis fuerzas del pensativo Hermógenes. Todavía no me había sido posible, sin embargo, intercambiar una sola palabra con él, pues evitaba visiblemente toda oportunidad de encontrarse a solas conmigo. Cuando nos hallábamos en compañía del barón o de Reinaldo me miraba de manera tan extraña que me costaba un gran esfuerzo disimular mi evidente turbación. Parecía penetrar profundamente en mi alma y atisbar mis pensamientos más secretos. Un invencible e intenso disgusto, un rencor reprimido, una ira dominada sólo con esfuerzo se dibujaban en su pálido rostro tan pronto como me veía. Ocurrió que, en cierta ocasión, mientras paseaba placenteramente por el parque, le encontré inesperadamente. Me pareció el momento indicado para aclarar finalmente nuestra relación opresiva, por ello le tomé rápidamente de la mano cuando quería escabullirse, y mi elocuencia hizo posible que hablara de manera tan penetrante y sugestiva que pareció empezar a mostrar realmente atención e incluso no pudo contener la emoción. Nos habíamos sentado en un banco de piedra situado al final de un camino que conducía al castillo. Llevado de mi habilidad retórica le dije que es pecado cuando el ser humano, consumiéndose en su aflicción, desprecia el consuelo, la ayuda de la Iglesia que alienta a los siervos de Dios, y de esta manera contradice con hostilidad los fines de la vida, que el poder superior le ha asignado. Incluso el criminal no debe dudar de la gracia celestial, ya que esta duda es precisamente la que mata la bienaventuranza, que él, sin embargo, purificado por la penitencia y la devoción, puede alcanzar. Le insté finalmente a confesarse en ese momento y desahogarse ante Dios, prometiéndole la absolución de cada uno de los pecados que hubiese cometido. Entonces se levantó, sus cejas se contrajeron, sus ojos ardieron, su rostro, pálido como la muerte, enrojeció, para, a continuación, exclamar con una extraña voz aguda:

—¿Estás tan libre de pecado que pretendes, como el más puro, sí, incluso como Dios, al que escarneces, mirar en mi interior; que osas prometerme el perdón de los pecados, tú, que lucharás en vano por la redención, por la bendición del Cielo, que se cerrará para ti por toda la eternidad? ¡Miserable hipócrita, pronto llegará la hora de la venganza y, revolcándote en el polvo como un gusano venenoso, te contraerás en una muerte ignominiosa, solicitando en vano auxilio, suplicando la liberación de un tormento indescriptible, hasta que te condenes en la demencia y la desesperación!

Tras decir esto se esfumó rápidamente. Yo quedé destrozado, destruido, toda mi presencia de ánimo y mi valor habían desaparecido. Vi a Eufemia venir desde el castillo con sombrero y chal, como si fuera a dar un paseo. Sólo con ella podía encontrar consuelo y ayuda. Me precipité hacia donde estaba y se asustó al contemplar mi apariencia consternada. Me preguntó las causas de mi estado, y le conté fielmente toda la escena que había tenido con el demente Hermógenes, añadiendo mi miedo y preocupación de que quizá Hermógenes por una casualidad inexplicable había descubierto nuestro secreto. Eufemia no pareció dar la más

mínima importancia a todo lo que había dicho. Sonrió de manera tan extraña que un escalofrío me estremeció. A continuación dijo:

—Vayamos hacia el interior del parque, que aquí podemos ser observados y podría llamar la atención que el venerable padre Medardo hable conmigo con semejante vehemencia.

Nos encontrábamos en un bosquecillo retirado, cuando Eufemia me abrazó apasionadamente. Sus besos ardientes quemaban mis labios.

—Calma, Victorino —dijo Eufemia—, puedes estar tranquilo sobre todo lo que te ha turbado y asustado. Incluso me agrada que haya ocurrido lo de Hermógenes, pues así puedo y debo hablar contigo sobre algo que silencio desde hace mucho tiempo. Tienes que reconocer que he sabido lograr un extraño dominio espiritual sobre todo lo que concierne a mi vida, y creo que esto le es más fácil a la mujer que a vosotros. No poco contribuye a ello que además del indescriptible e irresistible atractivo de su apariencia externa, con la que la ha dotado la naturaleza, en ella habite un principio superior que funde aquel atractivo con un poder espiritual, pudiendo dominar la fuerza resultante de esta unión a voluntad. Es la propia, maravillosa capacidad de salir de sí misma, la que permite la contemplación del propio «Yo» desde otro punto de vista, lo que constituye el medio ideal forjado para una voluntad extraordinaria, dispuesta a alcanzar todas las metas propuestas y que dan sentido a una vida superior. ¿Hay algo más deseable que poder dominar la vida a través de la misma vida, que conjurar con un poder mágico todas sus manifestaciones, disfrutar de sus placeres, y todo con la voluntad propia de un ser soberano? Tú, Victorino, perteneces desde siempre a los pocos que me han comprendido plenamente. También tú has podido colocar tu propio punto de vista más allá de ti mismo, y no dudo por tanto en elevarte como marido consorte sobre mi trono en el más alto de los reinos. El secreto aumentaba el encanto de esta unión, y nuestra aparente separación sólo sirvió para otorgar espacio a nuestro estado de ánimo fantástico, que juega hasta la voluptuosidad con las relaciones supeditadas a la vida normal. ¿No constituye nuestra actual convivencia una pieza maestra de inteligente osadía que, pensada con un espíritu superior, se burla de la impotencia de la estrecha moral convencional? Incluso por tu apariencia extraña, que no sólo proviene de tu forma de vestir, me parece como si se sometiera lo espiritual al principio dominante, obrando con fuerza tan maravillosa hacia el exterior que, dando una nueva forma al cuerpo, parece adaptarse perfectamente a la pretensión previa. Ya sabes cómo desprecio de todo corazón, con esta visión de las cosas surgida de lo más profundo de mi ser, toda convención moral y cómo me gusta jugar con ella. El barón se ha convertido para mí en una fastidiosa y repulsiva máquina que, ya utilizada para mis fines, se limita a yacer muerta como un engranaje roto. Reinaldo es demasiado limitado como para preocuparme. Aurelia es una buena chica; sólo nos tiene que preocupar entonces Hermógenes. Debo confesarte que Hermógenes, la primera vez que le vi, me causó muy buena impresión. Le consideraré capaz de entrar en la vida superior, vida en la que

quise introducirle, equivocándome por primera vez. Había algo hostil en él, que en continua y excitante contradicción se sublevaba contra mí, incluso la magia, con la que sabía envolver involuntariamente a los demás, fracasaba ante su rechazo. Permaneció frío, sombrío y cerrado. Al resistirse a mis intentos con una fuerza propia maravillosa, excitaba mi sensibilidad y aumentaba el placer de comenzar la lucha en la que tendría que sucumbir. Decidí comenzar esta lucha cuando el barón me dijo que le había sugerido a Hermógenes una unión matrimonial conmigo, propuesta que él se había limitado a rechazar categóricamente. Como una chispa divina saltó en mi mente el pensamiento de casarme con el barón, y así limpiar de una vez por todas, de la manera más baja, las pequeñas contemplaciones convencionales que a menudo me encorsetaban. Pero ya he hablado contigo, Victorino, lo suficiente sobre aquel compromiso matrimonial. Refuté tus dudas con la acción, pues me fue posible hacer del viejo un estúpido y afectuoso amante en pocos días, teniendo que aceptar lo que yo quisiera como si fuese el cumplimiento de sus más íntimos deseos, que apenas habría osado contar en voz alta. Pero en mi interior permanecía todavía el pensamiento de vengarme de Hermógenes, lo que me sería ahora mucho más fácil y satisfactorio. El golpe fue así diferido, sólo para que resultase más letal y efectivo. Si conociera menos tu alma, si no supiera que eres capaz de elevarte a las alturas de mis consideraciones, tendría escrúpulos de contarte lo que ocurrió una vez. Me propuse penetrar en el alma de Hermógenes en toda su profundidad. Me mostré en la ciudad sombría y reservada, lo que contrastaba con el estado de ánimo de Hermógenes, que se movía alegre y divertido en las múltiples y agitadas obligaciones del servicio militar. La enfermedad de mi tío prohibía las reuniones brillantes y supe evitar las visitas de mi círculo más íntimo. Hermógenes vino a verme, probablemente sólo con el propósito de cumplir con la obligación debida a una madre. Me encontró sumida en tristes pensamientos y, cuando preguntó, sorprendido por mi insólita actitud, por los motivos de mis cuitas, confesé entre lagrimas que la precaria salud del barón, que él disimulaba con esfuerzo, me hacía temer un desenlace fatídico y que sólo la idea de perderle se volvía horrible e insoportable. Quedó profundamente impresionado. Después, conforme le describía con expresiones sentimentales la felicidad de mi matrimonio con el barón, mientras con ternura dibujaba los pequeños pormenores de nuestra vida en el campo y alababa con encarecimiento la persona del barón, de tal manera que resaltaba mi veneración sin límites, su asombro no cesaba de aumentar. Se le veía luchar consigo mismo, pero el poder que, como si fuese mi «Yo», había penetrado en su interior, venció sobre el principio hostil que anteriormente se resistía a mi influencia. Mi triunfo era cierto, cuando regresó la noche siguiente.

»Me encontró sola, más apesadumbrada y excitada que el día anterior. Hablé del barón y de mi infatigable anhelo de volver a verle. Hermógenes no era el mismo, estaba tan pendiente de mis miradas que encendió un fuego peligroso en su interior. Mientras mi mano descansaba en la suya, que se contraía convulsivamente, dejaba escapar profundos suspiros de su pecho. Había calculado correctamente el punto

culminante de esta consciente exaltación. La noche en la que debía sucumbir no desprecié valirme de aquellas artes tan gastadas, pero que al mismo tiempo, a pesar de ser tan repetidas, resultan del todo efectivas. ¡Funcionó! Los resultados fueron más devastadores de lo que había pensado, aumentando el sentimiento de triunfo y permitiéndome acreditar mi poder de manera brillante. La violencia con la que combatí el principio hostil, que de lo contrario se habría manifestado a través de extraños presentimientos, había roto su espíritu. La locura se apoderó de él, como sabes, sin que hubieras conocido hasta el día de hoy el motivo real. Es propio de dementes que, a menudo, como si estuvieran en contacto estrecho con espíritus y sugestionados inconscientemente por el principio espiritual ajeno, penetren en nuestros secretos más escondidos, expresándolos con misteriosas alusiones. Así, nos parece muchas veces que la voz horrible de un segundo “yo” nos intimida con horrible estremecimiento. Puede ser que, sobre todo respecto a la relación que los tres mantenemos, Hermógenes haya podido de manera misteriosa penetrar con su espíritu tu interior, por lo que muestra una actitud hostil hacia ti. Pero esta situación no ofrece mucho peligro. Piénsalo, aunque quisiera, impulsado por el odio, lanzarse abiertamente a la lucha, si él dijera: “No os fiéis del monje disfrazado”, ¿quién no lo tomaría sino por una idea surgida de su demencia, sobre todo teniendo en cuenta que Reinaldo ha creído reconocer en ti al padre Medardo? De todas formas queda claro, como había pensado y deseado, que no puedes influir en Hermógenes. Mi venganza le ha cumplido. Hermógenes es para mí tan inservible como un juguete roto, y se ha tornado tan pesado que, al tomar probablemente mi presencia como un ejercicio de penitencia, me persigue continuamente con su mirada hosca de un muerto en vida. ¡Se tiene que ir y he creído que podría utilizarte a ti para que reforzaras en él la idea de ingresar en un monasterio! Así se podría ablandar al barón y a su consejero Reinaldo para que permitan, ya que la saturación anímica de Hermógenes lo reclama, el cumplimiento de su deseo. Hermógenes se ha vuelto para mí bastante antipático, su presencia me estremece. ¡Tiene que irse! La única persona a la que ve de diferente manera es a Aurelia, a la pequeña y piadosa Aurelia. A través de su persona podrás influir en Hermógenes, y voy a ocuparme para que entres en estrecho contacto con ella. Si encuentras un contexto conveniente, podrías informar al barón y a Reinaldo de que Hermógenes ha confesado un grave crimen, que tú naturalmente no puedes revelar por la obligación de guardar silencio.

¡Pero hablaremos sobre esto más adelante! Ahora ya lo sabes todo, Victorino, actúa y sigue siendo mío. Reina conmigo sobre el pueril mundo de muñecas que nos rodea. La vida nos tiene que otorgar los más espléndidos placeres, sin obligarnos a observar sus limitaciones.

Vimos al barón en la distancia y nos encaminamos hacia él como si estuviéramos concentrados en piadosa conversación.

Es probable que sólo necesitase la explicación de Eufemia sobre la tendencia de su vida, para poder sentir por mí mismo el poder preponderante que, como la emanación de principios superiores, animaba mi interior. Algo sobrehumano se había introducido en mi alma, que me elevó repentinamente hasta una perspectiva desde la que todo parecía adquirir otro color o mostrar una relación diferente a la considerada con anterioridad. La fuerza espiritual, el poder sobre la vida del que Eufemia se vanagloriaba, me parecía digno de la más amarga ironía. En el instante en que la miserable se figuraba practicaba su loco e irreflexivo juego con las peligrosas circunstancias de la vida, en realidad se encontraba a merced de la casualidad o del destino maligno, que mi mano dirigía. Era sólo mi fuerza, inflamada por misteriosos poderes, la que podía obligarla a creer en la ilusión de tener al amigo y compañero por aquel que, incorporando para su fatalidad la apariencia externa de su amante, la tenía de tal modo, como un poder hostil, en sus garras, que no había libertad posible. Eufemia me parecía, en su vano egocentrismo, despreciable, y la relación con ella tanto más repulsiva, cuanto que Aurelia vivía en mi interior y sólo ella portaba la culpa de mis pecados, si hubiera mantenido todavía por pecados lo que en ese momento me parecía la cumbre de todos los placeres terrenales. Decidí hacer uso completo del poder que portaba en mí y manejar yo mismo la varita mágica para describir los círculos, en los que deberían moverse todas las apariciones a mi alrededor en aras de mi exclusivo placer. El barón y Reinaldo competían para hacerme la vida en el castillo más agradable. Sus corazones no albergaban ni la más mínima sospecha de mi relación con Eufemia. Todo lo contrario, el barón expresó a menudo, como en un involuntario desahogo, que sólo gracias a mí había retornado Eufemia a su lado, lo que me confirmó la veracidad de la suposición de Reinaldo de que el barón había descubierto por casualidad las huellas de los caminos prohibidos de Eufemia. A Hermógenes le veía poco. Me evitaba con visible miedo y ansiedad, lo que el barón y Reinaldo atribuyeron a la timidez ante mi persona piadosa y santa, así como ante mi fuerza espiritual, que lograba penetrar los ánimos desquiciados. También Aurelia parecía apartar intencionadamente su mirada de mí. Me evitaba, y cuando hablaba con ella se mostraba tan temerosa y ansiosa como Hermógenes. Poseía casi la certeza de que el demente Hermógenes había comunicado a Aurelia aquellas visiones horribles que me estremecieron, aunque me parecía todavía posible combatir la mala impresión causada. Probablemente a petición de la baronesa, que deseaba ponerme en relación con Aurelia para influir en Hermógenes a través de ella, el barón me solicitó que instruyera a Aurelia en los misterios de la religión. De esta manera, Eufemia me proporcionó el medio ideal para obtener lo más espléndido que mi ardiente imaginación había esbozado en miles de exuberantes imágenes. ¿Qué había sido aquella visión en la iglesia, sino la promesa del poder superior que me poseía de entregarme a la mujer, de cuya posesión esperaba el aplacamiento de la

tormenta que, desatada en mi interior, me arrojaba entre las olas furiosas? La mirada de Aurelia, su proximidad, el roce de su vestido inflamaban mi ser. La sangre ardiente subía hasta la enigmática fábrica de los pensamientos, por lo que hablaba de los maravillosos misterios de la religión con imágenes llenas de fuego, cuyo profundo significado residía en el voluptuoso furor de mi amor insatisfecho. Este ardor de mi discurso debería penetrar como impulsos eléctricos en el alma de Aurelia, que en vano podría ofrecer resistencia. Las imágenes vertidas en su interior debían desarrollarse, sin que ella lo notara, de manera maravillosa, surgiendo, brillantes, en su más profundo significado, para luego llenar su pecho con las visiones de placeres desconocidos, hasta que, torturada y desgarrada por un anhelo sin nombre, se arrojara en mis brazos. Me preparaba las clases de Aurelia con extremado cuidado. Sabía aumentar la expresión de mi discurso, pero la piadosa niña, pensativa, con las manos dobladas, con ojos humillados, no traicionaba ni con un movimiento, ni siquiera con un ligero suspiro, el más mínimo efecto profundo de mis palabras.

Mis esfuerzos no me llevaron muy lejos. En vez de encender en Aurelia el fuego corruptor, que debería haberla dispuesto para la seducción, el ardor que invadía mi alma se fue tornando más torturante y destructor. Frenético de dolor y lujuria, incubé planes para la perdición de Aurelia. Mientras simulaba ante Eufemia placer y embelesamiento, germinaba en mi alma un odio que, en crasa contradicción con mi comportamiento en presencia de la baronesa, poseía algo de salvaje y horrible, ante lo que ella misma temblaba. No podía ni siquiera intuir el secreto que albergaba mi pecho. Inconscientemente tuvo que dejar espacio al poder que, poco a poco, empecé a usurpar y a ejercer sobre ella. A menudo se me pasó por la cabeza terminar mi tormento mediante un golpe de fuerza, en el que Aurelia debería sucumbir, pero tan pronto como veía a Aurelia me parecía como si un ángel estuviera a su lado para protegerla y ofrecerle consuelo contra el poder del Enemigo. Un escalofrío recorría entonces mis miembros y se enfriaban todas mis perversas intenciones. Finalmente se me ocurrió rezar con ella, pues con la oración se hace más ardiente el fuego de la devoción y se despiertan las emociones más secretas, elevándose como olas rumorosas, extendiendo sus brazos de pólipo para perseguir lo desconocido, que debe silenciar el innombrable anhelo que desgarrar el corazón. A lo terrenal le es entonces posible, haciéndose pasar por lo celestial, afrontar con osadía el ánimo exaltado, y prometer el cumplimiento, aquí en la tierra y con el máximo placer, de todo lo infinito. La pasión inconsciente queda de este modo burlada, y la aspiración hacia lo santo y sobrenatural queda rota en el encanto sin nombre de los apetitos terrenales. Haciendo que repitiera oraciones redactadas por mí, creí lograr ventajas para mis perversas intenciones. ¡Y así fue! Pues, arrodillada a mi lado, con mirada alzada hacia el cielo y respondiendo a mis rezos, se enrojecieron sus mejillas, y su seno, agitado, subía y bajaba por la excitación. En ese instante, llevado del fervor de la oración, tomé sus manos y las presioné contra mi pecho. Me encontraba tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo; sus rizos sueltos caían sobre mis hombros. Me sentía

fuera de mí, poseído por un deseo frenético. La abracé con salvaje pasión, la besé ardientemente en la boca, en el pecho; entonces se soltó de mis brazos con un grito penetrante. No tuve fuerzas para detenerla. ¡Fue como si hubiese caído un rayo, aniquilándome! Huyó rápidamente a la habitación contigua. La puerta se abrió y Hermógenes apareció en el umbral. Permaneció de pie, mirándome fijamente con los ojos horribles y salvajes de la demencia. Entonces logré reunir todas mis fuerzas, salí con intrepidez a su encuentro y le grité con voz dominadora y soberbia:

—¿Qué quieres? ¡Fuera de aquí, loco!

Pero Hermógenes extendió hacia mí la mano derecha y dijo con voz apagada y escalofriante:

—¡Quería luchar contigo, pero no tengo espada y tú eres el crimen en persona, pues gotas de sangre brotan de tus ojos y se adhieren a tu barba!

Desapareció cerrando la puerta violentamente tras de sí. Me dejó solo, rechinando los dientes de ira contra mí mismo, porque me había dejado de tal manera llevar por la violencia del instante que la traición amenazaba ahora con perderme. Nadie se dejó ver. Tuve tiempo suficiente para sacar fuerzas de flaqueza, y el espíritu que habitaba en mi interior me proporcionó rápidamente los cálculos pertinentes para evitar las consecuencias perjudiciales de un comienzo tan negativo.

Tan pronto como fue posible fui a ver a Eufemia, a la que conté con osada insolencia todo lo ocurrido con Aurelia. Eufemia no pareció tomar el suceso tan a la ligera como yo había deseado. Esta postura me era completamente comprensible, ya que, a pesar de su afamada fortaleza de espíritu, de su elevada visión de las cosas, en ella vivían los bajos celos. También temía que Aurelia, al quejarse de mi comportamiento, disolviera el nimbo de santidad que me atribuían y pusiera en peligro nuestro secreto. Por una inexplicable vergüenza, silencié la entrada de Hermógenes, así como sus espantosas y penetrantes palabras.

Eufemia calló unos minutos y me miró fijamente; parecía sumida en sus pensamientos.

—¿No adivinas, Victorino —dijo finalmente—, qué espléndida idea, digna de mi espíritu, se me ha ocurrido? Pero no, no puedes. Agita, sin embargo, tus alas, para seguir el vuelo temerario que estoy dispuesta a emprender. Que tú, que deberías elevarte con pleno dominio de ti mismo sobre todas las manifestaciones de la vida, no puedas arrodillarte junto a una muchacha pasablemente bella sin abrazarla y besarla me maravilla, sin que por ello tome a mal el deseo que te consume. Por lo que conozco de Aurelia creo que callará el accidente llena de vergüenza y, como mucho, evitará continuar tus clases demasiado apasionadas, poniendo un pretexto cualquiera. No temo, por lo tanto, en lo más mínimo los molestos inconvenientes que tu frivolidad y lascivia incontrolada hubieran podido causar. No odio a Aurelia, pero su modestia, su tranquila devoción, tras la cual se esconde un orgullo insufrible, me disgustan profundamente. Nunca he logrado, a pesar de que no lo hubiera desdeñado, ganar su confianza. Siempre permaneció reservada y tímida. Esta aversión a

doblegarse ante mí, esta forma orgullosa de evitarme, despierta en mi pecho los sentimientos más adversos. Constituye un pensamiento sublime ver rota y marchita la flor que luce en su esplendor brillantes colores con tanto orgullo. Envidio que puedas ejecutar este pensamiento, y no te faltarán medios para alcanzar fácilmente y con seguridad el fin propuesto. ¡Sobre Hermógenes recaerá la culpa, que le destruirá!

Eufemia siguió hablando sobre su plan, y con cada palabra que añadía la odiaba más, pues veía exclusivamente en ella a una delincuente común. Cuanto más ansiaba la perdición de Aurelia, ya que sólo así podría liberarme del tormento sin límites del amor demencial que destrozaba mi corazón, más despreciable me resultaba la colaboración de Eufemia. Ante su asombro, sin embargo, rechacé su propuesta, ya que estaba decidido a llevar a cabo la empresa, para la que Eufemia quería prestarme su ayuda, con mi propio poder.

Como la baronesa había supuesto, Aurelia permaneció en su habitación, disculpándose con el pretexto de padecer una indisposición y librándose así de la próxima clase. Hermógenes, contra lo acostumbrado, frecuentaba ahora la compañía de Reinaldo y del barón. Parecía menos encerrado en sí mismo, pero más salvaje e iracundo. Se le escuchaba a menudo hablar en voz alta y noté que me contemplaba con rabia cada vez que la casualidad hacía que nos cruzásemos en el camino. El comportamiento del barón y de Reinaldo cambió de manera extraña en pocos días. Aunque sin descuidar aparentemente lo más mínimo la atención y respeto que desde un principio me mostraron, parecía como si, oprimidos por un sentimiento barruntador, no pudiesen encontrar ese tono agradable que con anterioridad animaba nuestro trato. Todo lo que hablaban conmigo era tan forzado y seco que tenía que esforzarme seriamente, invadido por toda clase de suposiciones, por aparentar despreocupación.

Las miradas de Eufemia, que siempre supe interpretar correctamente, me decían que algo extraño ocurría, por lo que se sentía especialmente excitada, pero era absolutamente imposible hablar durante el día de manera inadvertida.

Avanzada la noche, cuando todo dormía en el castillo desde hacía tiempo, se abrió una puerta disimulada en mi habitación, que yo mismo desconocía, y entró Eufemia con un aspecto desolador, como no la había visto nunca.

—Victorino —dijo—, nos amenaza la traición; ha sido el loco de Hermógenes el que, guiado por extraños presentimientos, ha descubierto nuestro secreto. Con todo tipo de insinuaciones, que resaltan las horribles y estremecedoras fórmulas del poder oscuro que nos gobierna, ha despertado en el barón una sospecha que, sin haber sido del todo especificada, me persigue y me atormenta. Parece que todavía no ha descubierto que el conde Victorino es quien se esconde tras las sagradas vestiduras, sin embargo afirma que toda traición, toda felonía y toda la corrupción que caerá sobre nosotros se debe a ti, incluso que el monje ha entrado en esta casa como el propio Satanás y que, poseído por un poder diabólico, incuba la traición y la condena. Esto no puede seguir así, estoy cansada de llevar esta carga que el anciano senil me

ha impuesto. Ahora, llevado por sus celos enfermizos, querrá vigilar continuamente, temeroso, cada uno de mis pasos. Quiero arrojar este juguete, que ya me aburre mortalmente, y tú, Victorino, te acomodará a mi deseo, así evitarás ser descubierto y que la relación genial que nuestro espíritu concibió, degenera en una vulgar mascarada o en una farsa matrimonial ordinaria. El fastidioso viejo debe desaparecer, y cómo podemos alcanzar con éxito este fin, es algo que debemos discutir ahora, pero primero escucha mi opinión. Ya sabes que el barón va solo todas las mañanas, cuando Reinaldo está ocupado, a las montañas para recrearse en la región a su antojo. Deslízate fuera del castillo por la mañana temprano e intenta unirme a él a la salida del parque. No muy lejos de aquí se halla una formación rocosa estremecedora. Cuando se asciende por ella, se abre a la derecha del caminante un precipicio sin fondo; justo allí, sobresaliendo en el abismo, se encuentra la denominada «silla del diablo». Se fabula que desde la profundidad ascienden vahos venenosos que narcotizan y atraen mortalmente al vacío al que osa mirar hacia abajo para investigar el secreto del abismo. El barón, burlándose de la leyenda, permanece a menudo en la roca sobre el precipicio para disfrutar de la espléndida vista. Resultaría bastante fácil instarle a que te llevase a la zona peligrosa. Si permanece allí de pie y contempla fijamente el panorama, un fuerte empujón nos salvaría para siempre del loco impotente.

—¡No! ¡Nunca jamás! —grité—. ¡Conozco el horrible abismo, conozco la «silla del diablo», nunca más! ¡Fuera de aquí, tú y el crimen que me exigés!

Entonces Eufemia se levantó de un salto. Un salvaje ardor inflamaba su mirada, su rostro estaba desfigurado por la pasión furiosa que hervía en su interior.

—¡Miserable endeble! —exclamó—. ¿Te atreves con tu estúpida cobardía a oponerte a lo que yo determino? ¿Prefieres soportar el yugo ignominioso a dominar conmigo? Pero estás en mis manos, ¡en vano intentarás evadirte del poder que te tiene atado a mis pies! ¡Ejecutarás mi encargo! ¡Mañana no puede seguir viviendo el que envenena mi existencia!

Mientras Eufemia decía estas palabras, me invadió el más profundo desprecio por sus pobres baladronadas, y reí estridentemente con amarga sorna. Ella se estremeció y una palidez mortal de pánico y del horror más profundo tiñó su rostro.

—¡Loca! —grité—. ¡Te crees que dominas la vida, te crees que puedes jugar con sus circunstancias! ¡Ten cuidado, que este juguete no se torne en tus manos en un arma afilada que termine matándote! ¡Sabe, miserable, que yo, al que en tu impotente demencia crees dominar, te mantengo encadenada a mi poder como el mismo destino! ¡Tu insolente juego es sólo el convulsivo retorcerse de la fiera encerrada en la jaula! ¡Sabe, miserable, que tu amante yace destrozado en el abismo del que hablabas, y que en vez de abrazarle a él, abrazaste al propio espíritu de la venganza! ¡Vete y desespera!

Eufemia titubeó. Estuvo a punto de caer al suelo sacudida por temblores convulsivos. La cogí y la empujé pasillo abajo por la puerta simulada. Me asaltó el pensamiento de matarla, pero lo abandoné inconscientemente, pues, justo después de

cerrar la puerta, ¡creí haber cometido el crimen! Oí un grito penetrante y puertas que se cerraban.

Ahora me había situado en una posición que me alejaba de la ordinaria acción humana. Ahora debía caer golpe tras golpe, y, creyéndome el espíritu maligno de la venganza, tenía que ejecutar mi monstruoso propósito. La perdición de Eufemia quedaba decidida: el odio más ardiente debería unirse con el fervor superior del amor, concibiendo el placer, sólo digno del espíritu sobrehumano que habitaba en mi interior. En el mismo instante en que Eufemia pereciera, Aurelia debía ser mía.

Quedé asombrado de la fuerza interna de Eufemia, que le permitió aparecer al día siguiente alegre y despreocupada. Ella misma explicó que la noche anterior había entrado en una especie de sonambulismo y que, después, había padecido convulsiones. El barón pareció compadecerse, las miradas de Reinaldo reflejaban dudas y recelo. Aurelia permaneció en su habitación. Cuanto más tiempo transcurría sin verla, más frenética rugía la ira en mi interior. Eufemia me invitó a deslizarme a través del pasillo de la puerta simulada hasta su habitación, cuando todo en el castillo se hubiera tranquilizado. Escuché sus palabras con entusiasmo, pues había llegado el instante en que se debía cumplir su fatídico destino. Escondí un pequeño y afilado cuchillo, que desde joven llevaba siempre conmigo y con el que sabía hacer tallas de madera, en el hábito. Así, decidido a cometer el crimen, fui a su habitación.

—Creo —comenzó a decir Eufemia— que ambos tuvimos ayer por la noche sueños angustiosos, en los que aparecieron abismos tenebrosos, ¡pero ya ha pasado todo!

Ella tomó de la manera acostumbrada mis fervorosas caricias. A mí me invadía una sorna horrible y diabólica, ya que sólo recibía el placer que despertaba el abuso de su propia infamia. Cuando se hallaba en mis brazos, el cuchillo se me cayó. Ella tuvo un escalofrío, como si la hubiera invadido un pánico mortal. Recogí el cuchillo rápidamente, postergando todavía el asesinato, ya que la ocasión me ponía otras armas en las manos. Eufemia había dispuesto que sirvieran en la mesa vino italiano y frutas. Cambió las copas, según pensé, de una forma bastante ruda y grosera, y saboreé sólo aparentemente de las frutas que también me había ofrecido, pero que yo dejé caer en mis amplias mangas. Había bebido dos o tres copas del vino, pero de la copa que Eufemia había colocado para ella, cuando con el pretexto de oír ruidos en el castillo me pidió que abandonase rápidamente la habitación. ¡Según sus intenciones tenía que morir en mi habitación! Me deslicé por los largos, mal iluminados pasillos, pasé por la habitación de Aurelia y, como fascinado, permanecí allí de pie. La veía, era como si estuviese suspendida en el aire, contemplándome llena de amor, como en aquella visión en la que me hacía señas para que la siguiera. La puerta cedió ante la presión de mi mano. Me hallaba en su habitación, la puerta del gabinete estaba sólo entornada, un aire bochornoso, que aumentó el ardor de mi pasión y me aturdió, se extendió a mi alrededor. Apenas podía respirar. Del gabinete surgían profundos suspiros de angustia, probablemente provocados por pesadillas de traiciones y

crímenes. ¡Podía escuchar cómo rezaba en sueños!

«Actúa, actúa, por qué titubeas, ahora o nunca», me instaba el poder desconocido. Había dado ya unos pasos en el gabinete, cuando alguien gritó a mis espaldas:

—¡Infame! ¡Asesino! ¡Ahora me perteneces!

¡Sentí cómo me agarraban con fuerza descomunal por la espalda! Era Hermógenes. Pude desasirme de él empleando todas mis fuerzas e intenté abrirme paso, pero de nuevo me atrapó por detrás, ¡destrozándome la nuca con furiosos mordiscos! En vano luché largo tiempo con él, loco de dolor y de furia; finalmente pude librarme con un fuerte empujón. Cuando intentó atacarme de nuevo, piqué el arma. Dos cuchilladas, y su cuerpo cayó de tal manera al suelo, ya con los estertores de la muerte, que resonó por todo el pasillo como un ruido seco. La lucha desesperada nos había sacado fuera de la habitación.

Tan pronto como Hermógenes cayó, bajé corriendo las escaleras poseído de furia salvaje; entonces empezaron a oírse voces agudas que gritaban por todo el castillo: «¡Al asesino, al asesino!». Luces se encendían aquí y allá, pasos presurosos retumbaban por los largos pasillos, el miedo me confundía. Me di cuenta de que había llegado a una escalera lateral aislada. Las voces se hicieron más altas, la claridad aumentó, cada vez estallaban con más fuerza las espantosas palabras: «¡Al asesino, al asesino!». Distinguí las voces del barón y de Reinaldo, que hablaban acaloradamente con el servicio. ¿Adónde huir? ¿Dónde podría esconderme? Hacía unos instantes, cuando quería matar a Eufemia con el mismo cuchillo con el que había matado al loco de Hermógenes, me parecía como si pudiera, confiando en mi poder y con el cuchillo ensangrentado en la mano, salir con osadía del peligro, ya que nadie se atrevería, atenzados todos por un pánico paralizante, a detenerme. Ahora era yo, sin embargo, el que se encontraba paralizado de miedo. Al fin encontré la escalera principal. El tumulto se desplazó hacia la habitación de la baronesa. Por un momento pareció reinar algo de tranquilidad. Con tres enérgicos saltos me planté abajo, a pocos pasos de la puerta principal. Entonces retumbó un grito estridente a través de los pasillos, muy similar al que oí la noche anterior. «Está muerta, asesinada con el veneno que había preparado para mí», me dije con voz ahogada. Pero entonces tornó a salir claridad de la habitación de Eufemia. Aurelia pidió ayuda, poseída por el pánico. De nuevo estallaron las horribles palabras: «¡Al asesino, al asesino!». Recogían el cadáver de Hermógenes. «¡Deprisa, tras el asesino!», escuché cómo gritaba Reinaldo. En aquel momento reí con tanta furia que las carcajadas resonaron por los pasillos, y grité con voz horrible:

—¡Dementes!, ¿queréis acosar al destino, que juzga a los pecadores infames?

Escucharon expectantes y permanecieron en la escalera como petrificados. Ya no quería huir, sino acometer a los impíos, anunciando la venganza divina con palabras estentóreas. Pero ¡aquella visión estremecedora! Ante mí se hallaba la figura ensangrentada de Victorino. No yo, sino él había pronunciado las últimas palabras. El horror hizo que se me erizara el pelo. Salí del castillo y me precipité a través del

parque invadido por el espanto. Pronto me hallé al aire libre; después oí trote de caballos detrás de mí y, al reunir mis últimas fuerzas para huir de la persecución, caí al suelo al tropezar con las raíces de un árbol. Los caballos me alcanzaron enseguida. Era el cazador de Victorino.

—Por el amor de Dios, señor —comenzó a hablar—, ¿qué ha ocurrido en el castillo, que gritan «¡al asesino!»? Incluso la aldea está ya revuelta. Bueno, sea lo que sea, un espíritu bondadoso me sugirió empacar y cabalgar desde la ciudad hasta aquí. Está todo en las alforjas de vuestro caballo, honorable señor, pues tendremos que separarnos provisionalmente. Es seguro que ha ocurrido algo peligroso ¿verdad?

Recobré el coraje y, subido ya en el caballo, indiqué al cazador que regresara a la ciudad y que esperase allí mis órdenes. Tan pronto como desapareció en las tinieblas, bajé del caballo y lo llevé con cautela hacia el espeso bosque que se extendía ante mí.

CAPÍTULO TERCERO

La aventura del viaje

Cuando los primeros rayos de sol irrumpieron a través del sombrío bosque de abetos, me encontré en un arroyo fresco y transparente que discurría sobre un fondo de guijarros resbaladizos. El caballo, al que había conducido con esfuerzo por la espesura, permanecía ahora tranquilo a mi lado, y como no tenía otra cosa que hacer, consideré oportuno investigar el contenido de las alforjas que portaba. Ropa blanca, trajes y una bolsa llena de oro cayeron en mis manos. Decidí cambiar enseguida de aspecto. Con la ayuda de una tijera pequeña y de un peine que encontré en un estuche, me corté la barba y me arreglé el pelo lo mejor que pude. Arrojé el hábito, en el que todavía permanecían el pequeño y funesto cuchillo, el portafolio de Victorino, así como la damajuana con el resto del elixir del diablo, y cuando finalmente estuve listo, con el traje civil y el sombrero de viaje en la cabeza, apenas pude reconocer mi imagen reflejada en el arroyo. Pronto me encontré en la salida del bosque, y el humo que surgía en la lejanía, así como el nítido sonido de campanas que llegaba hasta mí, me hicieron suponer que me hallaba en las cercanías de un pueblo. Apenas había alcanzado la cima del cerro que se elevaba ante mí, cuando pude divisar un valle hermoso y apacible, donde efectivamente se encontraba un pueblo grande. Tomé un camino amplio y sinuoso, y tan pronto como la pendiente se hizo menos abrupta, quise montar el caballo para habituarme en lo posible a esta actividad tan desacostumbrada para mí. Había escondido el hábito en un tronco hueco y con él había conjurado en el sombrío bosque todas las apariciones hostiles del castillo. Me sentía alegre y osado. Tenía la sensación de que sólo mi fantasía exaltada me había mostrado la figura horrible y sangrienta de Victorino, y empecé a creer que las últimas palabras que opuse a mis perseguidores habían surgido inconscientemente de mi interior, fruto del entusiasmo, mostrando con toda claridad la verdadera y secreta relación del azar que me había llevado hasta el castillo y había sido la causa de lo acaecido con posterioridad. Yo mismo aparecía como el destino triunfante, castigando la impiedad maligna y purificando al pecador en su caída. Sólo la encantadora imagen de Aurelia vivía en mí como antes y no podía pensar en ella sin que mi pecho se estrechara, sin sentir un dolor físico y penetrante en mi interior. Pero me parecía como si la tuviera que ver de nuevo en tierras lejanas, como si, arrebatada por un afán irresistible y encadenada a mí por lazos indisolubles, tuviera que ser necesariamente mía.

Noté que la gente que encontraba a mi paso se paraba y me contemplaba con sorpresa. Hasta el posadero del pueblo se quedó mudo de asombro ante mi presencia, lo que no me arredró. Mientras tomaba el desayuno y alimentaban a mi caballo, se reunieron varios campesinos en el mesón de la posada que no dejaban de murmurar, observándome de reojo con miradas asustadizas. Cada vez se agolpaban más

personas que, apretándose unas contra otras, me rodeaban mirándome pasmados y con la boca abierta. Me esforcé por permanecer tranquilo y despreocupado. Llamé al posadero con voz firme y le ordené que hiciera ensillar mi caballo y ponerle las alforjas. Se fue, sonriendo de manera equívoca, y regresó al poco tiempo con un hombre alto, que se presentó ante mí con un sombrío gesto oficial y una extraña gravedad. Me miró fijamente a los ojos y le devolví la mirada, mientras me levantaba y me plantaba ante él. Esto pareció desconcertarle, ya que miró con timidez a los campesinos reunidos a nuestro alrededor.

—Bien, ¿qué deseáis? —exclamé—. Según parece queréis decirme algo.

Entonces el hombre carraspeó con seriedad y, esforzándose en poner mucho peso en el tono de su voz, dijo:

—¡Señor! No podréis marcharos de aquí hasta que informéis detalladamente al juez, aquí presente, de quién sois, según todos los requerimientos, es decir cuál es vuestro lugar de nacimiento, estado y clase. También tenéis que declarar de dónde venís y adonde vais, según todos los requerimientos, es decir nombre del lugar, provincia, ciudad y lo que haya que consignar. Además tenéis la obligación de mostrar un pasaporte, por escrito, firmado y sellado según los requerimientos, como establece la ley y es costumbre.

No había pensado que era necesario adoptar un nombre y mucho menos se me había ocurrido que mi singular y extraña apariencia, causada por el traje que no quería adaptarse a mi apostura monacal, así como por las huellas de la barba mal cortada, impulsaba a investigar mi persona, ya que era evidente que mi aspecto externo producía auténtica perplejidad. La pregunta del juez del pueblo me resultó tan inesperada, que en vano pensaba en darle una respuesta satisfactoria. Decidí comprobar qué resultados podría obtener con una salida audaz, y dije con voz firme:

—Tengo poderosas razones para silenciar mi identidad, por consiguiente no intentéis que os muestre mi pasaporte; por lo demás, cuidaos mucho de detener ni siquiera un instante a una persona de mi categoría con vuestra pueril prolijidad.

—¡Ajá! —exclamó el juez, mientras sacaba una cajita en la que, después de haber aspirado una buena porción de rapé, se precipitaron las cinco manos de los regidores que se encontraban detrás de él, tomando a su vez grandes dosis—. ¡Ajá, no tan brusco, honorable señor! Su Excelencia se dignará contestar las preguntas del juez, aquí personado, y a mostrar su pasaporte, pues a decir verdad, desde hace algún tiempo se ven por estas montañas todo tipo de figuras extrañas que aparecen y desaparecen en el bosque en un Amén Jesús. Se trata de una patulea de ladrones que acechan a los viajeros y provocan toda clase de daños y perjuicios, asesinando e incendiando, y vos, honorable señor, tenéis un aspecto tan raro que presentáis una gran similitud con la imagen que el insigne gobierno regional nos ha enviado, por escrito y con una descripción según todos los requerimientos, de un ladrón y gran bergante. ¡Por lo tanto, y sin más circunloquios ni ceremonias, el pasaporte o a la torre!

Comprobé que por el camino iniciado no conseguiría nada con este hombre, así que decidí intentarlo con otra táctica.

—Señor juez —dije—, si Su Señoría me concediese la gracia de poder hablar a solas, podría aclarar fácilmente cualquier duda y, confiando en la inteligencia de Su Señoría, revelar el secreto que me ha llevado a tener este aspecto que os parece tan sospechoso.

—¡Ja, Ja! ¡Revelar secretos! —dijo el juez—, ya veo de qué se trata. Bueno, salid todos, ¡pero vigilad las puertas y las ventanas y no dejéis entrar ni salir a nadie!

Cuando nos quedamos solos, comencé a decir:

—Ante usía se encuentra un desgraciado prófugo, que gracias a sus amigos le fue posible escapar de una prisión ignominiosa y del peligro de ser encerrado para siempre en un monasterio. Dispensadme de los detalles de mi historia, que constituye un entramado de maldades e intrigas de una familia vengativa. El amor a una muchacha de clase baja fue el origen de mis penas. Durante el largo encierro en la prisión me creció la barba y ya se me había hecho la tonsura, como podéis apreciar; también estaba obligado a vestir en la prisión donde languidecía un hábito monacal. Sólo después de la huida, ya en el bosque, pude cambiarme, porque si no me habrían alcanzado. Ahora podéis daros cuenta de las razones que han causado lo llamativo de mi apariencia externa, que ha despertado vuestras sospechas. Como podéis comprender no os puedo mostrar ningún pasaporte, pero para apoyar la veracidad de mis afirmaciones poseo ciertas pruebas que os convencerán de la autenticidad de lo dicho.

Con estas palabras saqué la bolsa de dinero y dejé tres relucientes ducados en la mesa. La solemne seriedad del juez se tornó en una sonrisa de satisfacción.

—Vuestras pruebas, señor —dijo—, son con certeza lo suficientemente esclarecedoras, pero no me lo toméis a mal, falta todavía un cierto equilibrio en las piezas de convicción, según todos los requerimientos. Si queréis que tenga lo improbable por probable, tendréis que ajustar también las pruebas.

Comprendí al pícaro y añadí otro ducado.

—Ahora veo —dijo el juez— que he sido injusto con mi sospecha. Continudad vuestro viaje, pero tomad, como es vuestra costumbre, los caminos secundarios. Evitad el camino principal hasta que os hayáis desprendido de vuestra sospechosa apariencia.

Abrió la puerta y se dirigió en voz alta a la muchedumbre:

—La persona que está aquí presente es un noble señor, según todos los requerimientos. Me ha revelado en audiencia secreta su identidad. Viaja de incógnito, es decir no desea ser identificado, de tal manera, granujas, que no necesitáis saber nada sobre él. Bien, entonces, ¡buen viaje, honorable señor!

Cuando monté a caballo, los campesinos descubrieron sus cabezas respetuosos y en silencio. Quería salir lo más rápido posible por la puerta de la ciudad, pero el caballo comenzó a encabritarse, y mi impericia e ignorancia me impedían hacerle

avanzar un palmo de terreno. La cabalgadura empezó entonces a girar en torno a sí misma hasta que, entre las risotadas de los campesinos, me tiró en los brazos del juez y del posadero.

—¡Un mal caballo! —dijo el juez conteniendo apenas la risa.

—Un mal caballo —repetí yo, sacudiéndome el polvo.

Me ayudaron a subir de nuevo, pero el caballo volvió a encabritarse, resoplando y resollando, siendo imposible hacerle pasar por la puerta de la ciudad. Entonces gritó un anciano campesino:

—¡Eh, mirad, allí sentada en la puerta está la pordiosera, la vieja Liese, y no deja seguir al honorable señor, gastándole una mala pasada porque no le ha dado ni un céntimo!

En ese instante reparé en una vieja y haraposa pedigüeña, sentada en el camino que pasaba por la puerta y que se reía de mí con mirada de loca.

—¡Que se retire esa bruja del camino! —gritó el juez.

—¡El hermano de sangre no me ha dado ni un céntimo! —chilló la vieja—. ¿No veis al hombre muerto que yace ante mí? El hermano de sangre no puede saltar sobre él, porque el muerto se levanta. Si quiere pasar, que me dé un céntimo y yo echaré al muerto hacia abajo.

El juez había cogido al caballo de las riendas y quería, sin hacer caso de los gritos dementes de la vieja, hacerle pasar por la puerta. Pero todo esfuerzo fue en vano, y la vieja seguía gritando horriblemente:

—¡Hermano de sangre, hermano de sangre, dame un céntimo, dame un céntimo!

Entonces eché mano de la bolsa y arrojé dinero en su regazo. La vieja saltó de júbilo y gritó:

—¡Mirad qué hermosos céntimos me ha dado el hermano de sangre! ¡Mirad qué hermosos céntimos!

Mi caballo relinchó y corveteó a través de la puerta, soltado por el juez.

—Ahora podréis montarlo bien, honorable señor, según todos los requerimientos —dijo el juez.

Los campesinos, que me habían seguido hasta la puerta de la ciudad, se revolcaban de risa viéndome cómo volaba arriba y abajo con los saltos del caballo y gritaban:

—¡Mirad, mirad, monta como un capuchino!

El suceso en el pueblo, especialmente las ominosas palabras de la mujer demente, me habían alterado bastante. Las medidas más apremiantes que tenía que tomar eran, según mi parecer, suprimir a la primera oportunidad todo lo que llamara la atención en mi aspecto exterior y adoptar un nombre que me permitiera integrarme en la muchedumbre sin ser notado. La vida se abría ante mí como un destino sombrío y opaco. ¿Qué otra cosa podía hacer, como proscrito, sino dejarme llevar por las olas de

la corriente que me impulsaba con fuerza? Todos los hilos que me habían unido con determinadas circunstancias de la vida se habían roto y, por lo tanto, no había ya ninguna fuerza que pudiera detenerme. El camino principal se fue tornando más y más animado, y todo anunciaba la proximidad de la rica y alegre ciudad comercial a la que me dirigía. En pocos días estuvo al alcance de mi vista. Sin que nadie me preguntara e, incluso, sin ni siquiera haber sido observado, llegué a los arrabales. Una gran casa con claras ventanas de cristal esmerilado, sobre cuya puerta lucía un dorado león alado, llamó mi atención. Entraban y salían de la misma gran cantidad de personas, carruajes llegaban y partían. En las habitaciones inferiores se escuchaban risas y ruido de copas. Apenas había llegado a la puerta cuando saltó diligente el criado, que tomó al caballo de las riendas y se lo llevó en cuanto me hube bajado. Otro criado, elegantemente vestido, llegó con un manojo de tintineantes llaves y subió, precediéndome, las escaleras. Cuando nos encontrábamos en el segundo piso, me miró de nuevo fugazmente y me guió al piso superior, donde abrió una habitación sobria y me preguntó cortésmente qué es lo que ordenaba; también me dijo que a las dos se comía en la sala número diez del primer piso, etcétera.

—¡Traed una botella de vino! —fueron las primeras palabras que pude deslizar ante la diligencia y obsequiosidad de esta gente.

Apenas transcurrido un instante desde que salió el criado, llamaron a la puerta y apareció un rostro que semejava una extraña máscara, pero que me resultaba algo familiar. Tenía una nariz roja y puntiaguda, dos ojos pequeños y refulgentes, una barbilla protuberante, sobre todo ello un tupé empolvado que se elevaba como una torre y que, como pude percibir después, surgía inesperadamente de una cabeza rapada; además lucía una gran chorrera, un chaleco rojo brillante bajo el que asomaban dos cadenas de reloj, pantalones, un frac que a veces quedaba demasiado estrecho, otras demasiado grande, pero que nunca se adaptaba razonablemente a su tipo. Semejante figura entró realizando una reverencia, que había comenzado desde la puerta, con sombrero, tijeras y peine en la mano.

—Soy el peluquero de la casa —dijo— y ofrezco respetuosamente mis servicios, mis humildes servicios.

La escurrida figura era tan grotesca que apenas pude contener la risa. Pero el hombre me venía muy bien y no tuve reparos en preguntarle si creía posible arreglarme el pelo, tan castigado por el largo viaje y por un corte espantoso. Miró mi cabeza con ojos de experto en arte y, mientras llevaba al pecho la mano derecha graciosamente doblada y con los dedos extendidos, dijo:

—¿Arreglar el pelo? ¡Oh, Dios! Pietro Belcampo, al que los despreciables envidiosos llaman Peter Schönfeld a secas, no te han reconocido, como tampoco lo hicieron con el divino pífano y corneta del Regimiento, Giacomo Punto, Jakob Stich^[13]. ¿Pero no callas tus méritos en vez de anunciarlos al mundo? ¿Acaso la forma de esta mano, la chispa del genio que irradian estos ojos y que como una bella aurora iluminan la nariz, acaso todo tu ser no debería revelar a la mirada del experto

que en ti habita el espíritu que aspira al ideal? ¡Arreglar el pelo! ¡Qué expresión más fría, señor mío!

Solicité al singular hombrecillo que no se alterara tanto, ya que confiaba plenamente en su habilidad.

—¡Habilidad! —continuó en su exasperación—. ¿Qué es habilidad? ¿Quién ha sido hábil? ¿Aquel que mide cinco largos, salta luego treinta varas y cae en la tumba? ¿Aquel que logra hacer pasar una lenteja por el ojo de una aguja? ¿Aquel que cuelga cinco quintales de la espada y la balancea en la punta de la nariz seis horas, seis minutos, seis segundos y un instante? ¡Ja! ¿Qué es habilidad? La habilidad es ajena a Pietro Belcampo, al que le es accesible todo lo sagrado, todo el arte. ¡El arte, señor mío, el arte! Mi fantasía vaga por la arquitectura encrespada, por la estructura artística que el céfiro esculpe y destruye con ondas circulares. Aquí se crea, se produce y se trabaja. Ja, hay algo divino en el arte, pues el arte, señor mío, no es propiamente el arte del que tanto se habla, sino que se origina a partir de todo lo que se denomina arte. Vos me comprendéis, señor, pues me parecéis un hombre de pensamiento. Lo deduzco por el pequeño rizo que os cae en la parte derecha de vuestra noble frente.

Le aseguré que le entendía perfectamente y, mientras me deleitaba con la original locura del hombrecillo, determiné, reclamando para mí su tan afamado arte, no interrumpir en lo más mínimo ni su ardor ni su *pathos*.

—¿Pensáis entonces que podéis sacar algo de mi confusa cabellera? —pregunté.

—Todo lo que queráis —respondió—. Si deseáis consejo, sin embargo, de Pietro Belcampo, el artista, permitidme primero que considere en toda su anchura, largura y extensión vuestra valiosa cabeza, vuestra figura, gesticulación, vuestros andares, entonces podré deciros si os inclináis hacia lo romántico, lo heroico, lo noble, lo ingenuo, lo idílico, lo burlesco o lo humorístico. Luego conjuraré el espíritu de Caracalla, de Tito, de Carlomagno, de Enrique IV, de Gustavo Adolfo o de Virgilio, de Tasso o de Boccaccio. Animados por sus espíritus, se contraerán los músculos de mis dedos, surgiendo la obra maestra al compás sonoro de mis tijeras. Yo seré, señor mío, el que perfeccione la forma característica, como debe manifestarse en la vida. Pero ahora, os suplico que andéis un par de veces de un lado a otro de la habitación. ¡Quiero observar, percibir, advertir! ¡Por favor!...

Quise avenirme a lo dispuesto por el singular hombrecillo. Por lo tanto paseé de un lado a otro, como deseaba, mientras me esforzaba por esconder la cierta apostura monacal que todavía no me había sido posible suprimir del todo, aunque había abandonado el monasterio hacía tiempo. El hombrecillo me observó atentamente, luego comenzó a trotar a mi alrededor, suspirando y gimiendo. Sacó un pañuelo del bolsillo con el que se limpiaba las gotas de sudor de la frente. Finalmente se detuvo y le pregunté si ya había decidido la forma que le iba a dar a mi cabello. Entonces suspiró y dijo:

—Ay, señor, ¿qué os ocurre? No os habéis abandonado a vuestro ser natural,

había violencia en el movimiento, una lucha entre naturalezas contradictorias. ¡Todavía un par de pasos, señor!

Me negué en redondo a exhibirme de nuevo y le aclaré que si no se decidía en ese momento a cortarme el pelo, tendría que renunciar a beneficiarme de su arte.

—¡Entiérrate, Pietro! —exclamó el hombrecillo exaltado—, pues nadie te conoce en este mundo, donde ya no se puede encontrar lealtad ni rectitud. ¡Pero vos tenéis que admirar mi visión, que penetra hasta lo más profundo, adorar mi genio, señor mío! En vano he intentado acoplar todo lo que se manifestaba en vuestro ser, en vuestros movimientos. Hay algo en vuestra forma de andar que indica un origen eclesiástico. *¡Ex profundis clamavi ad te Domine — Oremus — Et in omnia saecula saeculorum Amen!*

Las últimas palabras fueron cantadas por el hombrecillo con voz ronca y llorosa, mientras adoptaba con fidelidad la postura y ademanes de un monje. Se dio la vuelta como si estuviera ante el altar, se arrodilló y luego se levantó, pero ahora asumió una apostura orgullosa y soberbia, arrugó la frente, abrió súbitamente los ojos y dijo:

—¡Mío es el mundo! Soy más rico, más inteligente y más prudente que todos vosotros, ciegas alimañas. ¡Inclinaos ante mí! Ve, señor —dijo el hombrecillo—, éstos son los principales ingredientes de vuestra apostura, y si lo deseáis quisiera mezclar, tomando en consideración vuestros rasgos y vuestra figura, algo de Caracalla, de Abelardo y de Boccaccio, y así, configurando en el fuego la figura y la forma, comenzar la maravillosa arquitectura clásico romántica de rizos etéreos.

Había mucho de verdad en las consideraciones del hombrecillo, por lo que creí conveniente darle la razón y confesarle que efectivamente había sido clérigo y mantenía la tonsura, que ahora deseaba ocultar todo lo posible.

Con extraños saltos, muecas y singulares discursos, el hombrecillo se ocupaba de mi cabello. Tan pronto semejaba sombrío y gruñón, como reía, tan pronto adoptaba una postura atlética, como se levantaba sobre las puntas de los pies; en resumen, apenas me fue posible reír más de lo que lo hice contra mi voluntad. Finalmente dio por terminado su trabajo. Le solicité, antes de que continuara el torrente de palabras que ya estaban prestas a salir de su boca, que trajera a alguien que, al igual que él del cabello, se ocupara de mi descompuesta barba. Entonces rió de manera extraña, se deslizó sobre las puntas de los pies hasta la puerta de la habitación y la cerró. Luego, regresando silenciosamente con el mismo paso hasta el centro de la habitación, dijo:

—Dorados tiempos aquéllos en los que todavía la barba y el cabello se confundían en un todo ensortijado para adorno del hombre, siendo objeto del dulce cuidado del artista. ¡Pero ese tiempo se ha perdido para siempre! El hombre ha repudiado su más bello adorno, y una clase ignominiosa se ha dedicado a suprimir la barba hasta las raíces con instrumentos horribles.

¡Oh, indignos, infames barberos, rapabarbas, afilad vuestras cuchillas con correas negras bañadas en aceites malolientes para escarnio del arte, balancead la grasienta bolsa, haced ruido con la bacía, espumead el jabón salpicando con agua caliente,

peligrosa, y preguntad con frescura e impiedad a vuestros pacientes si quieren que se les afeite sobre el pulgar o sobre la oreja! ¡Hay Pietros que contrarrestan los indignos resultados de vuestro oficio y, humillándose ante vuestra vergonzosa actividad consistente en extirpar barbas, intentan salvar lo que emerge sobre las olas del tiempo! ¿Qué ha sido de las mil variedades de patillas, con sus rizos y bucles, que tan pronto se adaptaban suavemente a la línea del óvalo como descendían tristes hasta la zona inferior del cuello, que ora se alzaban osadas sobre la comisura de los labios ora se estrechaban modestas en una línea delgada, o se desplegaban, temerarias, con ímpetu encrespado? ¿Qué son, sino el invento de nuestro arte en el que se desarrolla la elevada aspiración a lo bello y sagrado? ¡Ja, Pietro! Muestra el espíritu que habita en tu interior, sí, muestra lo que eres capaz de emprender por amor a tu arte, incluso descender al insufrible oficio de rapabarbas.

Dichas estas palabras, el hombrecillo sacó un estuche con todos los aperos del barbero y comenzó, con mano experta y ligera, a liberarme de la barba. Realmente mi aspecto salió transformado de sus manos, y sólo era necesario un traje menos llamativo para escapar del peligro de despertar la curiosidad por mi apariencia. El hombrecillo permanecía ante mí sonriente y satisfecho. Le dije que en la ciudad era un desconocido y que me gustaría vestirme según las costumbres del lugar. A continuación le puse un ducado en la mano por su esfuerzo y para animarle a llevar a cabo mi comisión. Quedó como transfigurado, mientras inspeccionaba el ducado en la palma de su mano.

—Apreciado protector y mecenas —dijo—, no me ha engañado el espíritu que dirigió mi mano, reflejándose de la manera más pura vuestro carácter en el vuelo de águila de las patillas. Tengo un amigo, un Demonio, un Orestes^[14], que perfecciona en el cuerpo lo que yo he comenzado en la cabeza, con el mismo sentido profundo, con el mismo genio. Habrá notado, señor, que hablo de un artista en la confección de trajes, pues así lo denomino en vez de utilizar la expresión tan vulgar y trivial de «sastre». Le encanta perderse en lo ideal, y así ha llenado un almacén, componiendo formas y figuras en la fantasía, con los más variados trajes. Allí contemplaréis a la elegancia personificada en todos sus matices, como quiera aparecer, ya sea con atrevimiento, ya retraída, ausente, inocente, irónica, graciosa, malhumorada, melancólica, estrafalaria, delicada o campechana. El joven que por vez primera desea hacerse una chaqueta sin el consejo coercitivo de la mamá o del preceptor; el cuarentón que se tiene que empolvar las canas; el anciano vividor; el erudito, tal y como se relaciona en el mundo; el rico comerciante; el acomodado burgués: de todo se exhibe en la tienda de mi demonio. En unos instantes se desplegarán las obras maestras de mi amigo ante vuestra mirada.

Salió de la habitación dando brincos y apareció al poco rato con un hombre alto, fuerte y vestido con decoro, que constituía la auténtica antítesis del hombrecillo, tanto en su aspecto externo como en lo que respecta a todo su ser. Me lo presentó como su demonio. El «demonio» me midió con la mirada y buscó luego en la caja, que un

mozo había traído con posterioridad, los trajes que correspondían a los deseos que mi persona le había sugerido. A continuación pude comprobar el fino tacto del artista en la confección de trajes, como el hombrecillo le había denominado, pues sin llamar la atención y sin ser notado destacaba por su capacidad de observación, eligiendo con absoluto tino, sin mostrar curiosidad por la clase social, por el oficio, etc. Es en verdad difícil vestirse de tal manera que cierto carácter general en el traje no saque a relucir una suposición acerca de uno u otro oficio, incluso que nadie caiga en la cuenta de pensar en ello. El traje del ciudadano del mundo queda condicionado sólo por lo negativo, que viene a ser lo mismo que lo que se denomina un comportamiento educado, consistente más en dejar de hacer que en el propio hacer. El hombrecillo se explayó con todo tipo de expresiones grotescas y originales e, incluso, como pocos debían prestarle tanta atención como yo, parecía entusiasmado de poder brillar con tanta intensidad. El «demonio», un hombre serio y, según me pareció, sensato, interrumpió repentinamente su cháchara, tomándole por el hombro y diciendo: — Schönfeld, parece que hoy has entrado en vena y no dejas de parlotear. Apuesto que al señor le duelen ya los oídos de todas las insensateces que no paras de decir.

Belcampo hundió la cabeza con tristeza. A continuación cogió rápidamente el sombrero empolvado y gritó mientras saltaba hacia la puerta:

—¡Así es como me prostituyen mis mejores amigos!

—Es un buen pusilánime, este Schönfeld —dijo el «demonio», volviéndose hacia mí—. Tanto leer le ha vuelto medio loco, pero fuera de eso es un hombre bondadoso y hábil en su oficio, por lo que le soporto. Si alguien rinde mucho en un terreno, siempre se puede permitir que se pase de la raya en otro.

Cuando me quedé solo empecé a ensayar la manera de andar ante el gran espejo que colgaba en la habitación. El pequeño peluquero me había dado un consejo acertado. A los monjes les es propia una cierta cadencia premiosa y desmañada en los andares, causada por el largo hábito que entorpece el caminar y por el deseo de moverse con rapidez, como lo exige el culto. Asimismo se aprecia algo tan característico en el cuerpo inclinado hacia atrás, en la postura de los brazos, que nunca cuelgan, ya que los monjes cuando no doblan las manos las guardan en las amplias mangas del hábito, que no puede pasar fácilmente desapercibido. Intenté desembarazarme de todas estas actitudes para borrar toda huella de mi estado. Sólo en ello encontré consuelo para mi ánimo, ya que consideraba mi vida como ya vivida, es decir como superada. Ahora entraba en un nuevo ser, como si un principio espiritual se apoderase de la nueva figura y sentía que el recuerdo de mi existencia precedente, tornándose más y más débil, terminaría por desaparecer completamente. El bullicio de la gente, el continuo ruido causado por las distintas actividades que animaban la calle, todo era nuevo para mí y al mismo tiempo comprendía que era lo indicado para mantener el estado de ánimo alegre en el que me había puesto el extraño hombrecillo. Con mi nuevo y decoroso traje me atreví a entrar en los múltiples mesones. Mi timidez desapareció por completo al percibir que nadie, ni

siquiera mi vecino más próximo, se tomaba el trabajo de mirarme cuando me sentaba a su lado. En el registro de forasteros me inscribí con el nombre de Leonardo, haciendo honor al prior que me había liberado, y aduje que estaba en la ciudad en privado, viajando por placer. En la ciudad debía de haber muchos viajeros en la misma situación, por lo que así evitaba la demanda de más información. Constituía una gran satisfacción pasear por las calles y me deleité mirando los escaparates de las lujosas tiendas, así como los cuadros y grabados que colgaban en las mismas. Por la noche visité los paseos públicos, donde mi aislamiento en medio del gran bullicio me llenó de amargos sentimientos. No ser reconocido por nadie, que en ningún pecho se hallara la más mínima sospecha de quién era o del extraño y maravilloso capricho del destino que me había arrojado en este entorno, que nadie supiera nada de lo que mi interior encerraba tendría que haber supuesto en mis circunstancias un factor bienhechor, sin embargo tenía para mí algo de estremecedor, ya que aparecía como un espíritu aislado que todavía vaga por la tierra aunque todo con lo que había estado familiarizado en la vida hacía tiempo que había muerto. Pensaba cómo antaño todos saludaban amigables y respetuosos al famoso predicador, cómo buscaban ansiosos su conversación, incluso sólo un par de palabras; entonces me asaltaba una amarga desazón. Pero aquel predicador era el monje Medardo, que yace muerto y enterrado en el abismo de las montañas. Yo ya no lo soy, pues vivo. La vida, que me ofrece sus placeres, acaba de comenzar de nuevo para mí. Así, cuando en sueños se repetían los sucesos del castillo me parecía como si le hubieran ocurrido a otro y no a mí. Este otro era, sin embargo, el capuchino, pero no yo. Sólo el pensamiento en Aurelia unía mi ser anterior con el actual, aunque como un dolor profundo e inextinguible mataba a menudo el placer que me invadía, arrancándome entonces repentinamente del círculo variopinto con el que la vida me iba rodeando. No descuidé visitar los múltiples establecimientos públicos, en los que se jugaba, bebía, etc.; especialmente me gustaba un hotel de la ciudad, en el que se reunía una amplia sociedad a causa del buen vino. En una mesa, situada en un cuarto contiguo, veía siempre a las mismas personas. Su conversación era animada e ingeniosa. Me resultó posible acercarme a aquellos hombres, que formaban un círculo cerrado, de la siguiente manera: al principio me mantuve en una esquina de la habitación, bebiendo mi vino, tranquilo y modesto. Cuando buscaban en vano algún dato literario interesante que en ese momento desconocían, intervenía yo: así me permitieron tomar asiento en su tertulia. Mi participación fue tanto mejor recibida cuanto que mi discurso y mis múltiples conocimientos, que ampliaba diariamente en todas las ramas del saber que me eran todavía desconocidas, les prometían mucho. Así logré establecer unas relaciones bienhechoras, que me fueron acostumbrando más y más a la vida en el mundo, y que provocaron un estado de ánimo alegre y abierto. Poco a poco fui limando las toscas aristas que me habían quedado de mi forma de vida anterior. Desde hacía unas noches se hablaba mucho en la sociedad que frecuentaba de un pintor desconocido que acababa de llegar y había organizado una exposición de sus cuadros. Todos, excepto

yo, habían visitado ya la exposición y alabaron tanto su excelencia que decidí también visitarla. El pintor no estaba presente cuando entré en la sala, pero un anciano hizo de cicerone y nombró a los maestros, cuyas obras el pintor había expuesto junto a las suyas. Eran piezas espléndidas, la mayoría originales de pintores famosos, que me entusiasmaron. Algunos de los cuadros, a los que el anciano se refirió fugazmente con el nombre de copias de pinturas al fresco, despertaron en mi alma recuerdos de la niñez que fueron adquiriendo vividos colores. Era evidente que se trataba de copias del Sagrado Tilo. Reconocí en una Sagrada Familia que los rasgos de San José coincidían con el rostro del peregrino extranjero que me trajo al niño maravilloso. Un sentimiento de profunda melancolía me invadió, pero no pude evitar lanzar una exclamación cuando mi mirada reconoció en un retrato de tamaño natural a la princesa, mi madrina. Estaba soberbia y concebida con esa similitud, en el sentido más profundo, que Van Dyck lograba en sus retratos, y pintada con el vestido que acostumbraba a llevar cuando precedía a las demás monjas en la procesión el día de San Bernardo. El pintor había inmortalizado justo el momento en que se disponía, una vez terminadas sus oraciones, a salir de su habitación para comenzar la procesión, mientras el pueblo aguardaba lleno de expectación en la iglesia, que se percibía en perspectiva en segundo plano. En la mirada de la espléndida mujer se manifestaba la expresión de un espíritu que se elevaba a lo celestial. ¡Ay, parecía como si rogase el perdón para el pecador impío que se había desprendido violentamente del corazón maternal! ¡Y este pecador era yo mismo! Sentimientos olvidados desde hacía tiempo invadieron mi pecho, un anhelo indescriptible arrastró mi ser, me encontraba de nuevo junto al buen Padre en el pueblo del convento cisterciense, un niño alegre, despierto, despreocupado, lleno de júbilo porque había llegado el día de San Bernardo. ¡Podía verla!

—¿Has sido bueno y piadoso, Francisco? —preguntó con una voz cuyo timbre quedaba suavizado por el amor y que hacía llegar hasta mí de manera encantadora y delicada—. ¿Has sido bueno y piadoso?

¡Ay! ¿Qué podía contestar? Impiedad tras impiedad he ido acumulando. ¡A la ruptura del voto siguió el crimen! Desgarrado por la pesadumbre y el arrepentimiento, caí de rodillas perdiendo casi el conocimiento y mis ojos derramaron abundantes lágrimas. Aterrado, se acercó el anciano a donde estaba y preguntó con vehemencia:

—¿Qué os ocurre, señor? ¿Qué os ocurre?

—La imagen de la abadesa se parece tanto a la de mi madre, fallecida de manera tan cruel —dije con voz apagada, e intenté mientras me levantaba recobrar en lo posible la presencia de ánimo.

—Venid, señor —dijo el anciano—, semejantes recuerdos son demasiado dolorosos, se pueden evitar. Aquí hay un retrato que mi señor considera como uno de los mejores. El cuadro fue pintado del natural y terminado hace poco. Lo hemos cubierto con un velo para que el sol no estropee los colores, que todavía no se han

secado del todo.

El anciano me colocó cuidadosamente en el ángulo de luz adecuado y retiró rápidamente el velo: ¡Era Aurelia! Un horror, que apenas podía combatir, se apoderó de mí. Reconocí la proximidad del Enemigo, que me quería arrojar violentamente al torrente agitado del que sería imposible salir y destruirme para siempre. Pude hacer acopio de valor y sublevarme contra el monstruo, que se precipitaba sobre mí en la misteriosa oscuridad.

Con ojos ávidos devoré los encantos de Aurelia, que irradiaban del cuadro hirviente de vida. La mirada infantil y dulce de la piadosa niña parecía acusar al infame asesino de su hermano, pero todo sentimiento de arrepentimiento agonizó en el amargo, hostil escarnio que, surgiendo en mi interior, me expulsó con sus venenosos agujones de la vida apacible. Sólo me afligía que Aurelia, en aquella noche fatal, no hubiera sido mía. ¡La aparición de Hermógenes frustró la empresa, pero lo pagó con su vida! ¡Aurelia vive, y eso es suficiente para mantener la esperanza de poseerla! Sí, es seguro que será mía, pues la fatalidad, de la que no podrá escapar, rige, y... ¿no soy yo esa fatalidad?

De esta manera estimulaba mi impiedad, mientras contemplaba fijamente el cuadro. El anciano parecía maravillado por mi conducta. No paraba de hablar sobre dibujo, tono, colorido, pero no escuchaba ninguna de sus palabras. El pensamiento en Aurelia junto con la esperanza de ejecutar la acción maligna provisionalmente aplazada me invadían tan intensamente que salí de allí de prisa, sin preguntar siquiera por el pintor desconocido, lo que impidió también que investigara qué circunstancias le habían llevado a pintar los cuadros que contenían, como en un ciclo, alusiones a mi vida entera. Para poseer a Aurelia estaba dispuesto a todo; me parecía como si yo mismo, situado sobre las apariciones de mi vida y penetrándolas con la mirada, nunca tuviera nada que temer, pero tampoco que arriesgar. Incubé todo tipo de planes y proyectos para llegar a la meta propuesta; especialmente creía poder conocer algo más a través del extraño pintor, investigar a través de él otras relaciones que pudieran servir como preparación para alcanzar mis fines. No tenía otra cosa en la mente que regresar al castillo con mi nueva apariencia, y este plan no me parecía especialmente temerario. Por la noche estuve en sociedad. Intentaba poner freno a la creciente tensión de mi espíritu, al trabajo desbocado de mi fantasía exaltada.

Se habló mucho de los cuadros del pintor desconocido, especialmente de la singular expresión con que sabía dotar a sus retratos. Coincidió en las alabanzas y con un especial brillo en mi discurso, que sólo era el reflejo de una ironía sarcástica que ardía como fuego en mi interior, describí el extraordinario atractivo que emanaba del rostro piadoso y angelical de Aurelia. Uno de ellos dijo que al día siguiente por la noche traería a la reunión al pintor, un artista muy interesante, aunque de edad avanzada, que todavía permanecía en el lugar para completar varios retratos ya comenzados.

Asaltado por sentimientos extraños y por visiones desconocidas, la noche

siguiente fui más tarde que de costumbre a la reunión. El pintor estaba sentado a la mesa, dándome la espalda. Cuando me senté y pude contemplarle, quedé paralizado ante los rasgos de aquel horrible desconocido que en el día de San Antonio, apoyado en la columna, me había llenado de pánico. Me miró un buen rato con profunda seriedad, pero el estado de ánimo en que me encontraba, después de haber visto la imagen de Aurelia, me dio fuerza y valor para soportar su mirada. El Enemigo había penetrado en mi vida de manera visible, y se trataba de comenzar contra él una lucha a muerte. Decidí esperar a que iniciase el ataque, para luego contraatacar con las armas en las que podía confiar. El desconocido no parecía prestarme una atención especial, sino que, desviando su mirada de la mía, continuó con la charla artística en la que estaba enfrascado cuando entré. Se empezó a hablar de sus cuadros y se alabó especialmente el retrato de Aurelia. Alguien afirmó que la imagen, aunque se percibía a primera vista que se trataba de un retrato, podría servir como estudio y ser utilizada para personificar a alguna santa. Me preguntaron mi opinión, ya que el día anterior había descrito el cuadro con todos sus méritos y excelencias, e involuntariamente manifesté la idea de que no podría imaginarme a Santa Rosalía de otra manera que como en aquel retrato. El pintor apenas pareció haber mostrado interés por mis palabras y siguió de inmediato:

—La doncella, fielmente retratada en el cuadro, es en verdad una santa que se dirige al Cielo en el momento de la lucha. La he pintado cuando, en un momento de terrible angustia, encuentra consuelo en la Religión y espera recibir ayuda de la Divina Providencia, que reina en las alturas. La expresión de esta esperanza, que sólo puede vivir en el alma que se eleva sobre lo terrenal, es la que he intentado captar en el cuadro.

La conversación se desvió hacia otros temas, y el vino, que en honor al pintor era de una calidad especial y se bebió en mayor cantidad que otras veces, alegró los ánimos. Cada uno supo contar algo entretenido, y el pintor, por más que sólo parecía reír interiormente, reflejándose esta risa interna exclusivamente en sus ojos, sabía mantener todo, a veces lanzando algunas palabras fuertes, bajo control. Cada vez que el forastero me miraba a los ojos, no podía evitar un siniestro sentimiento de horror, pero me fue posible ir superando poco a poco el espeluznante estado de ánimo que me invadió al principio. Hablé del burlesco Belcampo, que todos conocían, y supe, para el disfrute de los concurrentes, sacar de tal modo a la luz y con todo detalle su pusilanimidad, que un grueso y acomodado comerciante, que acostumbraba a sentarse frente a mí, me aseguró con lágrimas de risa en los ojos que desde hacía tiempo no pasaba una noche tan divertida. Cuando las risas comenzaron a ceder, preguntó de repente el forastero:

—¿Han visto al demonio alguna vez, señores?

Se tomó la pregunta como la introducción a una broma y se aseguró en general que todavía no se había tenido el honor. Entonces continuó el desconocido:

—Bien, pues poco faltó para que yo hubiera tenido ese honor y, en concreto, en el

castillo del barón E, en las montañas.

Yo temblé, pero los demás gritaron riendo: «¡Seguid, seguid!...».

—Probablemente conozcan —el pintor tomó de nuevo la palabra—, si han viajado por las montañas, esa zona salvaje y estremecedora en la que, cuando el caminante sale del bosque de abetos y entra en las elevadas masas rocosas, se abre un profundo y oscuro abismo. Es el denominado abismo del diablo, y arriba sobresale una roca, llamada la silla del diablo. Se dice que el conde Victorino estaba sentado precisamente en esa roca, planeando malas empresas, cuando el diablo apareció repentinamente, y como quería tener el gusto de ejecutar tales planes por sí mismo, lanzó al conde al vacío. El demonio apareció en el castillo del barón disfrazado de capuchino, y después de haber disfrutado de la baronesa la mandó al infierno. También asesinó al hijo demente del barón, que no podía tolerar al demonio de incógnito y anunció a gritos: «¡Es el demonio!», por lo que un alma piadosa fue salvada de la condenación que el astuto diablo había decretado. Después desapareció el capuchino de manera incomprensible. Se dice que huyó cobardemente de Victorino que, ensangrentado, se había alzado de la tumba. En todo caso les puedo asegurar que la baronesa murió envenenada, Hermógenes asesinado a traición y el barón murió poco después de pesadumbre. Aurelia, precisamente la piadosa santa que pinté en el castillo poco después de estos sucesos horribles, huyó, como huérfana abandonada, a tierras lejanas, en concreto a un convento cisterciense, cuya abadesa había tenido amistad con su padre. Habéis tenido ocasión de contemplar la imagen de esta espléndida mujer en mi galería. Pero todo os lo podrá contar mucho mejor y con más detalles este señor (me señaló a mí), ya que estuvo presente en el castillo cuando se desarrollaron los acontecimientos.

Todas las miradas se dirigieron hacia mí llenas de asombro. Indignado, salté y grité con voz firme:

—¡Eh, señor mío! ¿Qué tengo yo que ver con vuestras estúpidas historias de demonios y crímenes? ¡Vos no me conocéis, no me conocéis en absoluto, y os pido que me dejéis fuera de este juego!

Con esta excitación interna me fue bastante difícil darle a mis palabras un asomo de indiferencia. El efecto del misterioso discurso del pintor, así como mi apasionamiento, que en vano me esforzaba por ocultar, resultaban demasiado visibles. El alegre ambiente desapareció, y los concurrentes me miraban llenos de recelo y desconfianza, acordándose ahora de cómo, siendo para todos un desconocido, me fui acercando poco a poco hasta formar parte de la reunión.

El pintor desconocido se había levantado y me penetraba con sus ojos ceñudos de muerto en vida, como antaño en la iglesia de los capuchinos. No pronunciaba ninguna palabra, parecía estático y sin vida, pero su aspecto hacía que mi pelo se erizase. Un sudor frío bañó mi frente, todas mis fibras se estremecieron de horror.

—¡Lárgate de aquí! —grité fuera de mí—. ¡Tú mismo eres Satanás, tú eres el criminal impío, pero sobre mí no tienes poder alguno!

Todos se levantaron de sus asientos.

—¿Qué sucede, qué ocurre? —preguntaban en la confusión del momento.

Empezaron a entrar personas atropelladamente en la sala, abandonando el juego, asustados por el tono de mi voz.

—¡Un borracho, un loco! ¡Que lo saquen de aquí! ¡Que se lo lleven! —gritaron algunos. Pero el pintor desconocido permanecía sin mover un solo músculo, mirándome fijamente.

Loco de rabia y desesperación, saqué del bolsillo el cuchillo con el que había asesinado a Hermógenes y que siempre llevaba conmigo, arrojándome a continuación sobre el pintor, pero un golpe me derribó. El pintor rió con sorna tan terrible que retumbó en la habitación:

—Hermano Medardo, hermano Medardo, tu juego es falso; vete y desespera de arrepentimiento y vergüenza.

Sentí cómo me agarraban entre varios clientes del local; entonces saqué fuerzas de flaqueza y embestí contra los presentes como un toro furioso. Algunos cayeron al suelo, mientras me abría camino hasta la puerta. Atravesaba con rapidez el pasillo cuando se abrió una puerta lateral. Alguien tiró de mí y me hallé en el interior de una tenebrosa habitación. No me resistí, ya que oía muy cerca a mis perseguidores. Pasado el tumulto, un desconocido me llevó por una escalera secundaria hasta un patio, y luego por la parte trasera del edificio hasta la calle. Gracias a la claridad de los faroles pude reconocer a mi salvador, que no era otro que el burlesco Belcampo.

—Parece —comenzó a decir— que la fatalidad os ha enfrentado con el pintor forastero. Bebía en la habitación contigua un vaso de vino, cuando penetró el ruido y decidí, conociendo las peculiaridades de la casa, salvarlo, ya que yo soy el único culpable de esta fatalidad.

—¿Cómo es posible? —pregunté asombrado.

—¿Quién dispone el momento? ¿Quién puede resistirse a los esfuerzos de un espíritu superior? —continuó el hombrecillo en tono patético—. Cuando arreglé vuestro cabello, admirado señor, surgieron en mí *comme à l'ordinaire* las ideas más sublimes. Me abandoné a la erupción de una fantasía desbocada y olvidé no sólo alisar el rizo de la cólera situado en la coronilla formando una suave ondulación, sino que dejé incluso sobre la frente los veintisiete pelos del miedo y del horror. Éstos se enderezaron ante la mirada fija del pintor, que en realidad es un espectro, y se inclinaron, gimiendo, hacia el rizo de la cólera, que se dispersó siseando y restallando. Lo he visto todo. Entonces, admirado señor, ardiendo de cólera sacasteis un cuchillo en el que ya había huellas de sangre, pero era un esfuerzo vano enviar al Orco al que ya pertenecía al Orco, pues el pintor es Ashaverus, el judío errante, o Bertram de Bornis, o Mefístófeles, o Benvenuto Cellini, o San Pedro, brevemente un despreciable espectro al que no se puede conjurar sino con un rizo de metal ardiente que tuerza la idea que realmente representa, o con un hábil peinado de los pensamientos, realizado con peines eléctricos, que él debe aspirar para alimentar la

idea. Como podéis ver, mi admirado amigo, para mí, para el artista y fantaseador de profesión, todas estas cosas no son más que una auténtica pomada, dicho sacado de mi oficio y más significativo de lo que se piensa, ya que sólo la pomada contiene auténtica esencia de clavo.

La extravagante verborrea del hombrecillo, que mientras tanto corría conmigo por las calles, poseía en aquel instante algo siniestro, y cuando de vez en cuando me fijaba en sus saltos ridículos y en su cómico rostro no podía dejar de reír ruidosa y convulsivamente. Finalmente llegamos a mi habitación. Belcampo me ayudó a empacar y pronto estuvo todo preparado para salir de viaje. Puse en la mano del hombrecillo algunos ducados. Saltó de alegría y exclamó:

—¡Eh, ahora tengo oro digno, inyectado de sangre de un corazón, despidiendo rayos rojos y brillantes! Esto ha sido una ocurrencia y, además, divertida, señor, nada más.

La añadidura final hizo que notara mi extrañeza sobre sus exclamaciones. Me pidió otorgar al rizo de la cólera la debida redondez, cortar los pelos del horror y poder llevarse un rizo como recuerdo. Le dejé hacer, y él realizó todo con las actitudes y muecas más burlescas que pensarse pueda. Por último cogió el cuchillo, que había colocado en la mesa al cambiarme de ropa, y comenzó a dar puntadas en el aire, adoptando la posición de un espadachín.

—¡Ahora mato a vuestro adversario! —gritó— y como sólo es una idea, hay que matarle con una idea, la mía que, para fortalecer la expresión, acompaño con hábiles movimientos corporales. *Apage Satanás, apage, apage, Ashaverus, allez vous en...* Bueno, ya estaría hecho —dijo, dejando el cuchillo, respirando profundamente y secándose la frente, como alguien que ha realizado con bravura un trabajo pesado.

Quise esconder rápidamente el cuchillo y lo introduje en la manga, como si todavía llevase el hábito, lo que advirtió el hombrecillo, que sonrió taimado. Entonces se escuchó el silbido del postillón ante la casa. Belmonte cambió repentinamente tono y actitud, sacó un pequeño pañuelo, hizo como si se secara lágrimas en los ojos, se inclinó una y otra vez obsequioso y después de besarme la mano y la levita, imploró:

—¡Dos misas por mi abuela que murió de indigestión, cuatro misas por mi padre que murió de ayuno involuntario, venerable señor! Pero por mí, cuando muera, una a la semana. Por lo pronto absolución por mis numerosos pecados. Ah, venerable señor, en mi interior se esconde un infame pecador que dice: «Peter Schönfeld, no hagas el mono y creas que eres, pues yo soy en realidad tú, me llamo Belcampo y soy una idea genial, y si no lo crees te abatiré con un pensamiento fino y puntiagudo como un pelo». Este hombre hostil, llamado Belcampo, venerable señor, es capaz de todos los vicios. Entre otras cosas duda del presente, se emborracha con frecuencia, participa en camorras y tiene tratos lascivos con pensamientos hermosos y vírgenes. El tal Belcampo me ha desconcertado y confundido de tal modo a mí, a Peter Schönfeld, que salto a menudo de manera indecente y ensucio el color de la inocencia, mientras me siento en la inmundicia con medias blancas de seda cantando *in dulci júbilo*.

¡Perdón para los dos, Pietro Belcampo y Peter Schönfeld!

Se arrodilló ante mí e hizo como si sollozase. La locura del hombre me resultaba ya pesada.

—Sed razonable —le dije.

El mozo entró a recoger el equipaje. Belcampo dio un respingo y, recobrando su buen humor, ayudó al mozo a traer todo lo que yo solicitaba por las prisas, aunque sin dejar de parlotear.

—El tipo es un auténtico majadero. Con semejante personaje no se pueden trabar relaciones —gritó el mozo, mientras cerraba la puerta del carruaje.

Belcampo agitó el sombrero y, cuando le miré y coloqué significativamente el dedo sobre mis labios, exclamó: «Hasta el último aliento de mi vida».

Cuando comenzó a amanecer, la ciudad quedaba ya a una distancia considerable, y la figura de aquel hombre horrible, que me perseguía cruelmente como un misterio insondable, había desaparecido. La reiterada pregunta del cochero, «¿adónde?», me atosigaba continuamente, ya que había renegado de todas las relaciones surgidas en mi vida. Vagabundé abandonado a la merced de las olas de la casualidad. ¿No me había desprendido violentamente un poder irresistible de todo aquello con lo que había mantenido un vínculo amigable, para que el espíritu que habitaba en mi interior pudiese desarrollar y blandir sus armas sin fuerzas que lo frenasen? Infatigable recorrí aquella espléndida región, pero nunca encontraba sosiego. Sentía un impulso que me llevaba cada vez más hacia el sur, y me di cuenta de que mi ruta de viaje hasta ahora apenas se había desviado de la que Leonardo había designado. Así, el empujón con el que me había lanzado al mundo continuaba dirigiéndome en la dirección correcta como una fuerza mágica.

Una noche tenebrosa viajaba a través de un bosque espeso que, al parecer, según me dijo el administrador de Correos, se extendía más allá del próximo lugar de parada. El cochero me aconsejó por ello aguardar con él hasta que amaneciera, pero rechacé la propuesta porque quería alcanzar tan rápido como fuera posible una meta que para mí, sin embargo, constituía todavía un misterio. Nada más partir, unos relámpagos iluminaron la lejanía y en pocos instantes el cielo se llenó de nubes cada vez más negras, que la tormenta conglomeraba y perseguía rugiente. Los truenos resonaron espantosos con el eco, como si tuvieran mil voces, y rayos rojos atravesaron el horizonte hasta donde la vista podía alcanzar. Los altos abetos crujían, sacudidos hasta las raíces. Empezó a llover torrencialmente. Corríamos el peligro de ser aplastados por los árboles. Los caballos se encabritaron, atemorizados por la luz de los relámpagos. Llegó un momento en que ya apenas podíamos avanzar. Finalmente el coche quedó atrapado en el barro y se rompió la rueda trasera. Tuvimos que

permanecer en el lugar. Allí nos vimos obligados a esperar hasta que la tormenta amainó y la luna apareció entre las nubes. El postillón pudo comprobar ahora que, por causa de la oscuridad, se había desviado del camino principal y que nos encontrábamos en un sendero del bosque. No había otra posibilidad que seguir por ese camino costase lo que costase, y quizá llegar a un pueblo cuando abriese el día. Aseguramos el coche con un madero y así, paso a paso, fuimos avanzando. Al poco rato advertí en la lejanía, ya que iba por delante, el resplandor de una luz y creí oír ladridos. No me había equivocado, pues después de continuar por el camino unos minutos escuché claramente a los perros. Llegamos a una casa respetable, que se encontraba rodeada de un muro. El postillón llamó a la puerta y los perros saltaron y ladraron, pero la casa permaneció silenciosa, como muerta. Sólo cuando el postillón tocó el cuerno se abrió la ventana del piso superior, desde la que brilló una luz, y una voz profunda y ronca gritó:

—¡Christian, Christian!

—Sí, respetable señor —respondieron desde abajo.

—Alguien está llamando a la puerta, tocan el cuerno y los perros están endemoniados. Coge la linterna, la escopeta nº 3 y mira de una vez quién es.

Poco después oímos cómo Christian soltaba a los perros y le vimos acercarse con la linterna. El postillón opinaba que no había duda, en vez de seguir recto por el bosque nos habíamos desviado por una senda lateral, y debíamos encontrarnos en la casa del guarda forestal, a una hora de camino de la última parada. Cuando le contamos a Christian nuestra situación, abrió las dos alas de la puerta y ayudó a meter el coche. Los perros, ya aplacados, husmeaban moviendo los rabos a nuestro alrededor, y el hombre que permanecía en la ventana no cesaba de gritar:

—¿Quién es? ¿Quién ha llegado? —sin que Christian ni nosotros le diéramos noticia alguna al respecto.

Finalmente entré en la casa, mientras Christian se ocupaba del coche y de los caballos. A mi encuentro vino un hombre alto y fuerte, con el rostro quemado por el sol, en la cabeza un sombrero con penacho verde y, por lo demás, en camisa, con sólo zapatillas en los pies y un cuchillo de monte en la mano. Nada más verme gritó huraño:

—¿De dónde sois? ¿Quién es el que turba el sueño a estas horas de la madrugada? Esto no es una posada, ni una casa de postas. Aquí reside el guarda forestal de la comarca, y ése soy yo. Christian es un auténtico asno por haber abierto la puerta.

Le conté desalentado mi accidente y que sólo habíamos llegado hasta allí impulsados por la necesidad. Entonces se tornó el hombre algo más suave y dijo:

—Bien, es cierto que la tormenta ha sido fuerte, pero el postillón es un bribón por haber tomado el camino erróneo y haber roto el coche. Un tipo así debería saber atravesar el bosque con los ojos vendados, como si fuera su casa.

Me condujo hacia arriba y mientras dejaba el cuchillo de monte, se quitaba el sombrero y se ponía por encima la chaqueta, me suplicaba que no tomara a mal el

rudo recibimiento, ya que en una vivienda tan alejada había que estar alerta, sobre todo porque gentuza desalmada vagaba por el bosque. Concretamente con los cazadores furtivos, que ya habían intentado a menudo matarle, se encontraba casi en guerra abierta.

—Pero —continuó— esos rufianes no pueden habérselas conmigo, pues gracias a Dios llevo a cabo mi oficio fielmente y con rectitud, y confiando en Él y en mi escopeta les reparto consuelo.

Involuntariamente deslicé con unción, como no podía dejar de hacer por la vieja costumbre, algunas palabras sobre la fuerza que otorga la confianza en Dios, y el guarda forestal se volvió más y más accesible. A pesar de mis protestas, despertó a su mujer, una matrona entrada en años, aunque alegre y activa. No obstante haber sido despertada en medio del sueño, dio la bienvenida amablemente al huésped y se puso a preparar la cena por orden del marido. El postillón tenía que regresar a la parada anterior con el coche roto, así se lo ordenó el guarda forestal como castigo, y yo sería llevado cuando gustase por el propio guarda hasta la próxima parada. La decisión me agradó, ya que necesitaba por lo menos un pequeño descanso. Le expresé al guarda forestal mi deseo de permanecer allí hasta el mediodía, para recuperarme plenamente del agotamiento causado por el constante e ininterrumpido viajar durante varios días.

—Si me permitís daros un consejo, señor —respondió el guarda—, permaneced aquí todo el día de mañana y esperad hasta pasado mañana, entonces podrá llevaros mi hijo mayor, al que envió a la Corte del Príncipe, hasta la siguiente parada.

También quedé satisfecho con esta proposición. Además me agradaba la soledad del lugar, que consideraba magnífico.

—Bien, señor —dijo el guarda—, esto no es tan solitario. Probablemente llamaréis vos solitaria, según los conceptos acostumbrados en los habitantes de las ciudades, a toda casa aislada situada en el bosque, a pesar de que depende mucho de quién viva en ella. Si aquí viviera, como antaño, un viejo cascarrabias, encerrado entre cuatro paredes y sin ganas de salir al bosque o de cazar, entonces sí se podría hablar de soledad, pero desde que el anciano murió y Su Alteza el Príncipe regente adaptó el edificio como vivienda del guarda forestal, el lugar se ha vuelto mucho más animado. Sin duda, vos sois también un habitante de la ciudad que nada sabe del bosque y del placer de la caza. Así, no podéis imaginaros la vida alegre y espléndida que nosotros, cazadores, llevamos aquí. Mis cazadores y yo formamos una familia y, os parezca o no curioso, también incluyo a mis hábiles e inteligentes perros. Ellos me entienden, están atentos a mis palabras, a mis señas, y me son fieles hasta la muerte. ¿Veis la mirada comprensiva de mi *Waldmann*? Sabe que hablamos de él. Además, señor, siempre hay algo que hacer en el bosque. Por la tarde se realizan los preparativos y otras ocupaciones. Tan pronto como aclara el día, ya estoy fuera de la cama, tocando alguna pequeña pieza de cazador con mi cuerno. Entonces todo se despierta y cobra movimiento, los perros ladran de júbilo, de valor, de deseos de cazar. Los mozos se apresuran a vestirse, se echan el morral a la espalda, la escopeta

al hombro y entran en el comedor, donde mi vieja prepara el desayuno del cazador. Luego salimos llenos de alegría y placer. Llegamos a los puestos, donde se esconde la caza salvaje, allí ocupa cada uno su lugar, separado de los demás; los perros rastrean con la cabeza pegada al suelo, y husmean, escudriñan, miran al cazador con ojos inteligentes, humanos. El cazador permanece, conteniendo la respiración, con el dedo tenso en el gatillo, inmóvil, como si hubiera echado raíces en la tierra. Entonces, cuando la pieza surge de la espesura, restallan los tiros y los perros se lanzan en su persecución. ¡Ah, Señor! En ese instante sí que late de verdad el corazón y se es otro hombre. Y no hay partida de caza que se repita, pues siempre sucede algo especial que nunca ha acontecido con anterioridad. Sólo por la variedad de las piezas, mostrándose unas u otras según el momento, resulta el ejercicio de la caza algo tan espléndido que ningún hombre en la tierra terminaría por hartarse. Pero, señor, sólo el bosque, el bosque por sí mismo es tan animado y está tan lleno de vida, que nunca me siento solo. Aquí conozco cada lugar y cada árbol. Me parece realmente como si cada árbol, crecido ante mi propia vista y ahora extendiendo su copa reluciente hacia el cielo, también me conociera y me tuviera cariño, ya que le he cuidado y protegido, incluso creo verdaderamente que cuando susurra de manera tan maravillosa es como si hablara conmigo con su propia voz, aunque ello sería más bien una auténtica alabanza a Dios Todopoderoso y una oración que no se puede expresar con palabras. Resumiendo, un cazador justo y piadoso lleva una vida espléndida y alegre, pues le queda todavía algo de la antigua, hermosa libertad, con la que los seres humanos vivían de acuerdo con la naturaleza y no sabían nada de los melindres y afectaciones de la ciudad, donde hoy se torturan entre muros de prisiones. Los habitantes de las ciudades permanecen ajenos a todas las cosas espléndidas que Dios ha creado para que pudieran solazarse y edificarse como hacían los hombres libres de antaño, que vivían en amor y armonía con toda la naturaleza, como se puede leer en las viejas historias.

Todo esto lo dijo el guarda con un tono e intensidad que convencía plenamente de su sinceridad, y que además me hizo sentir una envidia franca de su vida afortunada, de su estado de ánimo profundamente tranquilo, tan distinto del mío.

El guarda me asignó un pequeño y bien aseado aposento en la otra parte del edificio, que, según pude comprobar, era bastante amplio. Allí encontré mi equipaje. Finalmente me abandonó, asegurándome que el ruido mañanero no me despertaría, ya que me encontraba aislado del resto de los habitantes, y por consiguiente podría descansar tanto como quisiera. Dijo que cuando yo llamase se me serviría el desayuno, pero que a él sólo podría verle durante la comida, pues se marchaba al bosque temprano con los muchachos y no llegaba antes del mediodía. Me arrojé sobre la cama y caí rápidamente, por causa de mi agotamiento, en un sueño profundo, pero una horrible pesadilla me torturó. De manera asombrosa comenzó la pesadilla tomando conciencia del sueño, así me dije a mí mismo: «Bien, es espléndido que me haya dormido enseguida y que dormite con tanto sosiego y tranquilidad, ello me

recuperará del cansancio. Ahora no debo abrir los ojos».

A pesar de mi intención de permanecer con los ojos cerrados, no lo conseguí, y sin embargo mi sueño no quedó interrumpido. Entonces se abrió la puerta y una figura oscura penetró en la habitación; comprobé horrorizado que era yo mismo, vestido con el hábito de capuchino, con barba y tonsura. La figura se acercó más y más a mi cama. Quedé inmóvil y cualquier sonido que luchaba por emitir permanecía sofocado por la parálisis que me había sobrecogido. La figura se sentó en mi cama y rió con sarcasmo.

—Tienes que venir ahora conmigo —dijo—. Vamos a subir al tejado, bajo la veleta, que canta una alegre canción de boda, porque el búho se casa. Allí lucharemos, y el que logre arrojar al otro al vacío será rey y podrá beber sangre.

Sentí cómo la figura me agarraba y me alzaba; entonces recobré la fuerza.

—¡Tú no eres yo, tú eres el demonio! —grité, y arañé el rostro del amenazador fantasma como si mis manos fuesen garras. Pero fue como si mis dedos taladrasen el vacío y se introdujeran en profundas cuencas vacías.

El espectro rió de nuevo de manera cortante. En ese instante desperté, como impulsado por una violenta sacudida. Las risas, sin embargo, todavía continuaban resonando en la habitación.

Me levanté. Los rayos luminosos de la mañana se filtraban por la ventana y pude ver ante la mesa, de pie, dándome la espalda, a una figura con el hábito capuchino. Quedé paralizado de terror: el espantoso sueño se hacía realidad. El capuchino registraba mis cosas, que se encontraban sobre la mesa. En ese momento se volvió, y yo recobré el valor. Ante mí se encontraba un rostro extraño, con una barba negra y salvaje, en cuyos ojos reía la demencia: algunos de sus rasgos recordaban remotamente a Hermógenes. Decidí esperar para ver qué hacía el desconocido y así poder contrarrestar cualquier acción dañina. Mi estilete se encontraba a mano, por lo que, contando también con mi fuerza corporal, de la que me fiaba, podía hacerme cargo del desconocido sin más ayuda. Parecía jugar con mis cosas como si fuera un niño; especialmente le gustaba el portafolio rojo, que arrojaba una y otra vez contra la ventana, saltando al mismo tiempo de forma extraña. Finalmente encontró la damajuana con el resto del vino misterioso. La abrió y olió el contenido; entonces empezaron a temblar todos sus miembros y lanzó un grito horrible y ahogado que resonó por toda la habitación. Un reloj en la casa dio las tres; inmediatamente después el desconocido emitió alaridos salvajes, como si le estuvieran torturando, pero de repente rompió a reír como lo había hecho anteriormente, durante mi sueño. Ahora giraba enloquecido, dando saltos salvajes. Bebió de la damajuana y, arrojándola lejos de sí, corrió hacia la puerta. Me levanté con rapidez y fui tras él, pero ya le había perdido de vista. Le escuché bajar unas escaleras alejadas y al final oí un fuerte golpe, como el de una puerta al cerrarse. Eché el cerrojo de la habitación para evitar una segunda visita y me metí de nuevo en la cama. Estaba demasiado agotado como para no dormirme otra vez. Presto y fortalecido, me levanté cuando el

sol resplandecía en mi estancia. El guarda forestal había estado, como dijo, en el bosque con sus hijos y otros cazadores. Una muchacha amable y en la flor de la vida, la hija más joven del guarda, me sirvió el desayuno, mientras la mayor estaba ocupada con la madre en la cocina. La moza sabía contar con gracia cómo vivían allí todos juntos, felices y en paz, aunque a veces había gran tumulto de gente, cuando el príncipe cazaba en la región y pernoctaba en la casa. Así pasaron un par de horas y, llegado ya el mediodía, se escucharon gritos de júbilo y el sonido de los cuernos que anunciaban el regreso del guarda. Vino con sus cuatro hijos, jóvenes espléndidos todos ellos, entre los cuales el más joven apenas llegaría a los quince, y tres muchachos cazadores. Me preguntó cómo había dormido y si no me había despertado el ruido antes de tiempo. No quise contarle la aventura superada, pues la aparición real del horrible monje se había encadenado de tal manera a la imagen onírica que difícilmente me era posible distinguir en qué momento el sueño había dado paso a la vida real. La mesa estaba puesta, la sopa humeaba, el guarda se alzó la capucha para comenzar la oración de gracias y entonces la puerta se abrió y entró el capuchino que había visto en la noche. El aspecto demencial había desaparecido de su rostro, pero tenía una apariencia sombría y recalcitrante.

—¡Sed bienvenido, venerable señor! —exclamó el guarda—. Decid la oración de gracias y comed con nosotros.

Entonces miró a su alrededor con ojos encendidos de ira y gritó con voz terrorífica:

—Que Satanás te destruya con tu «venerable señor» y tu maldita oración. ¿No me has atraído con halagos para que sea el decimotercero y dejar que me asesine el criminal desconocido? ¿No me has escondido tras este hábito para que nadie reconozca al conde, tu señor y dueño? ¡Pero guárdate, maldito, de mi ira!

Dicho esto, el monje tomó una jarra de la mesa y se la arrojó al guarda. Sólo gracias a una hábil maniobra pudo evitar el golpe, que probablemente le habría destrozado el cráneo. La jarra se estrelló contra la pared, rompiéndose en mil añicos. Al instante los muchachos sujetaron firmemente al loco.

—¡Qué! —gritó el guarda—. ¡Demente, blasfemo! ¿Osas irrumpir aquí de nuevo, entre gente piadosa, con tu actitud enfurecida? ¿Osas intentar quitarme la vida, a mí, que te saqué de unas condiciones bestiales y te salvé de la condenación eterna? ¡Fuera de aquí! ¡A la torre!

El monje cayó de rodillas; rogaba misericordia lanzando alaridos, pero el guarda dijo:

—A la torre, y no podrás regresar hasta que sepa que has renegado de Satanás, que te ha cegado, si no morirás.

Entonces el monje lanzó un grito de angustia, como el lamento sin consuelo de un condenado a muerte. Los muchachos se lo llevaron y dijeron que se había quedado tranquilo tan pronto como había entrado en la estancia de la torre. Christian, que le vigilaba, contó también que el monje había estado dando tumbos por los pasillos

durante toda la noche y que, en concreto, después del amanecer, había gritado:

—¡Dame más de tu vino y me daré a ti por siempre jamás! ¡Más vino! ¡Más vino!

Realmente le había parecido a Christian como si el monje titubeara como un borracho, aunque no comprendía cómo había podido tener acceso a una bebida tan embriagadora. No vacilé en contar ahora la aventura sucedida, sin olvidar la damajuana que el monje había vaciado.

—¡Vaya! —dijo el guarda—. Eso no es bueno, pero me parecéis un hombre piadoso y con valor, otro podría haber muerto del susto.

Le pedí que me contara con más detalle las circunstancias que incidían en el monje demente.

—¡Ah! —respondió el guarda—. Ésa es una larga y accidentada historia. Algo así no le va a la comida. Ya ha sido lo suficientemente malo que ese hombre infame nos haya turbado de tal modo con sus impiedades, justo cuando queríamos degustar con paz y alegría lo que Dios nos ha otorgado. Pero ahora comamos.

Se quitó la gorra, dio las gracias al Señor, y comimos, entre alegres y divertidas conversaciones, platos de la tierra, fuertes y sabrosos.

En honor al huésped mandó el guarda traer buen vino, del que me hizo beber, según costumbre patriarcal, en una bella copa. La mesa se quitó y los cazadores descolgaron algunos cuernos de la pared, entonando a continuación una canción de caza. En el segundo estribillo cantaban las muchachas, y con ellas repetían los hijos del cazador en coro la última estrofa.

Mi pecho se ensanchaba de forma maravillosa. Hacía tiempo que no me había sentido interiormente tan bien como con estos hombres simples y piadosos. Se cantaron varias canciones agradables, hasta que el guarda se levantó y con el grito: «¡Vivan todos los hombres buenos que honran la caza!», vació su vaso. Todos gritamos con él, dándose con ello por concluida la alegre comida, que en mi honor había sido enaltecida con vino y cánticos.

El guarda me dijo a continuación:

—Bien, señor, me echo un sueñecito de media hora, pero después iremos al bosque y le contaré cómo llegó el monje a mi casa y qué es lo que sé de él. Después ya habrá anochecido, así que iremos al puesto de caza, ya que, según me ha dicho Franz, hay perdices. También vos recibiréis una buena escopeta y buscaréis vuestra suerte.

Todo esto era nuevo para mí, ya que como seminarista alguna vez había apretado el gatillo, pero jamás había disparado a piezas vivas. Acepté, pues, la proposición del guarda, que pareció alegrarse de mi decisión e intentó hacerme partícipe con toda prisa y buen ánimo de corazón, antes de dormirse, de los imprescindibles principios básicos del arte de disparar.

Me pertrecharon de escopeta y morral. De esta guisa me interné en el bosque con el

guarda, que comenzó la historia del extraño monje como sigue:

—El próximo otoño hará dos años desde que mis muchachos oyeron en el bosque un alarido espantoso que, aunque tenía tan poco de humano, podía provenir, como opinaba Franz, mi más joven aprendiz en aquel tiempo, de un ser humano. Franz estaba destinado a ser hostigado por el monstruo aullador, pues cuando iba al puesto, los alaridos que sonaban a su lado bien fuertes ahuyentaban a los animales, e incluso pudo ver, cuando quería disparar a una pieza, a un ser esquivo e irreconocible saltando desde los matorrales, que le hizo precipitar el disparo. Franz tenía la cabeza llena de todas las leyendas de caza relativas a espectros que su padre, un viejo cazador, le había contado, y se inclinaba a tomar al extraño ser por el propio Satanás, que le quería quitar el gusto de la caza o tentarle de alguna manera. Los otros muchachos, incluyendo a mis hijos, se declararon conformes con su sospecha, lo que con más razón me impulsó a seguir de cerca la pista a este asunto, que yo tenía por astucia de los cazadores furtivos para asustar a mis cazadores y que se fueran de los puestos. Ordené por lo tanto a mis hijos y al muchacho que increparan a la figura en caso de que se mostrara, y si no se detenía o daba cuenta de sí misma, que dispararan sin más según la normas del cazador. A Franz correspondió de nuevo ser el primero en toparse con el monstruo en el camino hacia el puesto. Le llamó, encarándole con la escopeta, y la figura saltó entre los matorrales. Franz quiso disparar, pero la escopeta falló; luego salió corriendo muerto de pánico hacia donde se encontraban los demás, convencido de que había sido Satanás el que, obstinado, le ahuyentaba la caza y le había embrujado la escopeta. Realmente, desde que se le aparecía el monstruo no atinaba a un solo animal, tan bien como había disparado antes. El rumor sobre el espectro del bosque se extendió, y ya se contaba en el pueblo cómo Satanás había salido al encuentro de Franz y le había ofrecido balas infalibles y no sé qué más historias. Decidí terminar con todo ese desenfreno y perseguir al monstruo, que todavía no me había echado a la cara, hasta los lugares donde acostumbraba a mostrarse. Durante mucho tiempo no tuve suerte alguna. Finalmente, cuando en una tarde neblinosa de noviembre permanecía justo en el puesto donde Franz lo vio por primera vez, escuché ruidos en los arbustos cercanos. Me llevé silenciosamente la escopeta a la cara, creyendo que era un animal, pero una figura atroz surgió con ojos rojos refulgentes, pelos negros hirsutos y con harapos colgando del cuerpo. El monstruo me miró ceñudo, mientras emitía horribles tonos indescifrables. ¡Señor!, fue un momento que podría aterrorizar al más valiente. Me parecía como si realmente Satanás estuviera ante mí y sentí cómo empezaba a sudar de miedo. Pero con fuertes rezos, que pronuncié en voz alta, pude recobrar bastante el ánimo. Tan pronto como empecé a rezar y a pronunciar el nombre de Jesucristo, el monstruo aulló con más furia, terminando por proferir finalmente horribles maldiciones y blasfemias. Entonces grité:

»—¡Maldito canalla, deja de blasfemar y date por preso o disparo!

»El hombre cayó al suelo gimiendo y suplicó misericordia. Mis muchachos

pasaban por allí cerca, así que atamos bien al desconocido y lo llevamos a casa, donde hice que le encerraran en la torre del edificio contiguo. A la mañana siguiente presentaría el caso a las autoridades. Nada más llegar a la torre quedó sumido en un estado letárgico. Cuando fui a verle al día siguiente, estaba sentado en el lecho de paja que había dicho que le prepararan y lloraba amargamente. Se echó a mis pies y suplicó clemencia. Desde hacía varias semanas vivía en el bosque y no había comido nada excepto hierbas y frutas salvajes. Dijo que era un pobre capuchino de un monasterio lejano y que se había escapado de la prisión en la que, por causa de su locura, había sido encerrado. El hombre se encontraba realmente en un estado digno de misericordia. Tuve compasión e hice que le trajeran comida y vino para fortalecerle, con lo que se recuperó visiblemente. Me solicitó con apremio si podía quedarse en casa unos días y que le consiguiésemos un nuevo hábito de la Orden. Después regresaría por propia voluntad al monasterio. Cumplí sus deseos y su demencia pareció remitir, ya que los paroxismos se volvían más espaciados y menos agudos. Durante los ataques frenéticos lanzaba discursos horribles, y noté que cuando le hablaba con duras expresiones, sobre todo cuando le amenazaba con la muerte, pasaba a un estado de contrición en el que se mortificaba, e incluso apelaba a Dios y a los santos para que le liberasen de aquel tormento infernal. Parecía como si entonces se creyera San Antonio. Se ensoberbecía siempre en el paroxismo de los ataques de ser un conde y señor principal, que mandaría asesinarlos en cuanto llegaran sus sirvientes. En los momentos de lucidez me pedía por el amor de Dios que no le expulsase, porque sentía que sólo su estancia en mi casa podría curarle. Una vez hubo un fuerte altercado con él, cuando el príncipe cazaba en este coto y pernoctaba en mi casa. El monje, después de ver al príncipe con todo su brillante séquito, parecía transformado. Apareció reacio y cerrado, se alejaba rápidamente cuando rezábamos y temblaban todos sus miembros cuando escuchaba una palabra piadosa. Además miraba a mi hija Ana con tal lascivia que decidí llevármelo para evitar cualquier desmán. En la noche anterior al día en que quería ejecutar mi plan, me despertó un grito penetrante en el pasillo. Salté de la cama y corrí rápidamente con una luz hacia la estancia donde duermen mis hijas. El monje había escapado de la torre, donde le había encerrado toda la noche, y había corrido con ardor animal hacia la estancia de mis hijas, cuya puerta había destrozado de una patada. Por suerte una sed insoportable había llevado a Franz fuera de la habitación, en la que duermen los muchachos, y quería dirigirse justo en ese momento a la cocina para beber agua, cuando escuchó al monje hacer ruido en el pasillo. Corrió hacia él y le cogió por detrás en el momento en que rompía la puerta, pero el joven era demasiado débil para dominar la furia del monje. Se pelearon en la puerta, acompañados de los gritos de las muchachas, ya despiertas. Llegué en el instante en que el monje había arrojado a Franz al suelo y le sujetaba a traición por el cuello. Sin dudar agarré al monje y liberé al joven, pero de repente, sin saber cómo, brilló un cuchillo en el puño del monje. Se abalanzó sobre mí, pero Franz, ya levantado, cayó sobre su brazo. Entonces me fue

posible, gracias a que soy un hombre fuerte, presionar de tal modo al enajenado contra la pared que casi dejó de respirar. Todos los muchachos estaban despiertos por el ruido y habían acudido presurosos. Atamos al monje y lo arrojamos a la torre. Pero por el camino cogí la fusta y le propiné algunos golpes como método disuasorio para futuras fechorías de este cariz. Gemía y lloriqueaba de manera lastimosa mientras recibía el castigo, así que le dije:

»—Miserable, es demasiado poco lo que recibes por tu infamia al intentar seducir a mi hija y pretender quitarme la vida: deberías morir.

»Aulló de miedo y horror, pues el miedo a la muerte parecía destruirle. A la mañana siguiente no fue posible llevárselo de allí. Yacía como muerto, totalmente relajado, inspirándome auténtica compasión. Hice que le preparasen una estancia mejor y una buena cama. Mi mujer cuidó de él, dándole fuertes sopas y sacando de la farmacia casera lo que parecía convenirle. Ella tiene la buena costumbre, cuando está sentada a solas, de entonar una canción piadosa, pero cuando quiere sentirse interiormente bien, tiene que cantarle mi Ana con su voz clara una canción. Esto mismo ocurrió ante la cama del enfermo. Entonces comenzó a suspirar profundamente, y miraba a mi mujer y a Ana con miradas melancólicas, brotándole lágrimas que le bañaban el rostro. A veces movía la mano y los dedos como si quisiera bendecirlas, pero no lo conseguía y la mano caía sin fuerza. Otras veces murmuraba, como si intentase cantar con ellas. Finalmente empezó a recuperarse. Ahora mantenía la cruz según costumbre monacal y rezaba en voz baja. De manera imprevista cantó canciones en latín, que con sus maravillosos tonos sagrados llegaban a lo más profundo de los corazones de mi mujer y de mi Ana —a pesar de no entender ni una sola palabra—, sin poder decir hasta qué punto se sentían edificadas. El monje se recuperó de tal manera que pudo levantarse y pasear por la casa, pero su aspecto exterior, su ser se había transformado del todo. Sus ojos miraban con dulzura, en vez de brillar en ellos un pérfido fuego; se desplazaba según costumbre monacal, silenciosa y piadosamente, con las manos dobladas; toda huella de demencia había desaparecido. Sólo comía verduras, pan y agua. Raras veces podía convencerle de que se sentara a la mesa y degustase otros platos, así como de que bebiera un poco de vino. Cuando lo hacía, pronunciaba la oración de gracias y nos deleitaba con sus sermones, que sabía improvisar con gran facilidad. A menudo paseaba solitario por el bosque, y en cierta ocasión me encontré con él y sin pensar le pregunté si no quería regresar pronto al monasterio. Pareció afectado, tomó mi mano y dijo:

»—Amigo mío, te debo la salud de mi alma, me has salvado de la condenación eterna. Todavía no puedo abandonarte, déjame permanecer en tu casa. Ah, ten compasión de mí, al que Satanás tentó, y que se habría perdido irremediablemente si el santo al que imploraba durante horas angustiosas no le hubiese traído enajenado hasta este bosque. Me encontrasteis —continuó el monje tras un silencio— en un estado de profunda degeneración y sin sospechar que antaño fui un joven ricamente dotado por la naturaleza, al que sólo llevó al monasterio una inclinación exaltada

hacia la soledad y los estudios. Mis hermanos me amaban sin excepción, y vivía tan alegre como sólo se puede vivir en un monasterio. Con devoción y un comportamiento modélico empecé a encumbrarme, incluso se veía en mí al próximo prior. Ocurrió que uno de los hermanos regresó de un viaje que le había llevado a tierras lejanas, y trajo al monasterio varias reliquias que había conseguido en el camino. Entre las mismas se encontraba un frasco cerrado, que San Antonio le habría quitado al diablo y que supuestamente contenía un elixir tentador. También esta reliquia fue cuidadosamente custodiada, a pesar de que todo el asunto me parecía contrario al espíritu de la devoción, que deberían fomentar las verdaderas reliquias, así como de mal gusto. Pero se apoderó de mí un deseo indescriptible de investigar lo que realmente contenía el frasco. Me fue posible apartar la reliquia y la abrí, encontrando en su interior una bebida fuerte, de espléndido aroma y dulce sabor, que libé hasta la última gota. No puedo describir cómo se transformaron mis sentidos, cómo sentí una sed ardiente por los placeres del mundo; cómo el vicio, adquiriendo una figura seductora, se presentaba como la cumbre de la vida; resumiendo, mi vida se tornó en una sucesión de crímenes infames. Cuando, a pesar de mis diabólicas argucias fui traicionado, el prior me condenó a prisión de por vida. Transcurridas varias semanas en la húmeda y sofocante mazmorra, maldije mi existencia, blasfemé de Dios y de los santos; entonces apareció ante mí Satanás con un halo rojo hirviente y me dijo que si apartaba mi alma del Supremo y le servía a él me liberaría. Lanzando alaridos me arrojé de rodillas al suelo y exclamé:

«—¡No es a Dios a quien sirvo. Tú eres mi señor, de tu fuego mana el placer de la vida!

»Entonces el viento bramó como en un huracán y los muros temblaron como estremecidos por un terremoto; un sonido cortante silbó por las mazmorras, los barrotes de la ventana cayeron destrozados y me encontré, proyectado por una fuerza invisible, en el claustro del monasterio. La luna apareció clara entre las nubes y su luz hizo brillar la estatua de San Antonio, que estaba situada en el centro del claustro, junto a un surtidor. Un miedo indescriptible laceró mi corazón. Me arrojé contrito ante el Santo, repudié al Maligno y supliqué misericordia, pero en ese momento surgieron nubes negras y de nuevo bramó el huracán. Perdí el sentido y cuando lo recobré me encontraba en el bosque, por el que vagué loco de hambre y desesperación hasta que me salvasteis.

»Así lo contó el monje, y su historia me causó tal impresión que transcurridos muchos años estaré de nuevo en disposición, como hoy, de repetirla palabra por palabra. Desde entonces el monje se comportó de forma tan piadosa y benevolente que ganó nuestro amor, por lo que me resulta incomprensible la causa de que su demencia se haya manifestado de nuevo la noche anterior.

—¿Sabéis acaso —interrumpí al guarda— de qué monasterio capuchino escapó el infeliz?

—Nunca me lo ha dicho —respondió el guarda—, y no he querido preguntarle

acerca de ello, porque tengo casi la certeza de que se trata del mismo desgraciado que hace no mucho tiempo estaba en todas las conversaciones de la Corte, aunque nadie sospechaba su cercanía. No quise por tanto expresar mis suposiciones en la Corte por el bien del monje.

—Pero yo puedo saberlo —tercié—, ya que soy forastero, y además prometo callar por mi conciencia y honor.

—Debéis saber —siguió el guarda— que la hermana de nuestra princesa es la abadesa del convento cisterciense en ***. Ella aceptó al hijo de una pobre mujer, cuyo marido debió de estar en ciertas relaciones secretas con la Corte, y contribuyó a su educación. Por inclinación se hizo capuchino y luego se volvió bastante famoso por sus sermones. La abadesa escribía frecuentemente a su hermana acerca de su protegido, y hace poco tiempo manifestó la profunda tristeza que le había causado su pérdida. Parece que el monje debió de pecar gravemente al profanar una reliquia y fue expulsado del monasterio, del que hasta ese momento había sido un motivo de honra. Todo esto lo sé a través de una conversación del médico de cámara del príncipe con otro señor de la Corte que pude escuchar hace un tiempo. Mencionaron algunas circunstancias muy extrañas que, como no conozco todas las historias a fondo, me resultaron incomprensibles, y cayeron luego en el olvido. Cuando el monje narra su salvación de la prisión del monasterio de otra manera, como si hubiese sucedido a través de Satanás, creo que todo ello no es más que pura fantasía, fruto de su demencia, y opino que el monje no puede ser otro que el propio hermano Medardo, al que la abadesa quería educar para el estado eclesiástico y al que el demonio tentó para cometer todo tipo de pecados, hasta que Dios, como castigo, le sumió en un impío frenesí.

Cuando el guarda pronunció el nombre de Medardo, un estremecimiento recorrió mi cuerpo. Toda la historia me había torturado, como si recibiera puñaladas mortales en mi interior. Bien sabía que el monje había dicho la verdad, ya que sólo un bebedizo semejante del diablo, que él había libado con voluptuosidad, podía haberle sumido de nuevo en su demencia blasfema e infame. Pero yo mismo había degenerado en mero juguete del poder misterioso y pérfido que me mantenía sometido con vínculos indisolubles, de tal manera que, creyendo ser libre, me movía exclusivamente dentro de la jaula en la que estaba encerrado sin salvación. Me acordé de los consejos del piadoso Cirilo, que no seguí, de la aparición del conde y de su frívolo mayordomo. Ahora conocía el origen de la repentina agitación en mi alma, de la transformación de mi temperamento. Me avergoncé de mis impíos comienzos, y esta vergüenza sustituyó en aquel instante al profundo arrepentimiento y contrición que debería haber sentido con una penitencia verdadera. Me había sumido en mis pensamientos y apenas escuchaba al guarda, que hablaba otra vez de la caza, describiéndome un encuentro que había tenido con los malvados cazadores furtivos. Estaba

anocheciendo y habíamos llegado a los matorrales, donde deberían encontrarse las perdices. El guarda me colocó en mi puesto y me encareció para que no hablara ni me moviera mucho y que escuchara cuidadosamente con el gatillo tenso. Los cazadores se deslizaron silenciosamente hasta sus puestos; yo permanecí solo en la creciente oscuridad. Entonces surgieron figuras de mi vida en el bosque tenebroso. Vi a mi madre y a la abadesa, que me miraban con ojos condenatorios. Eufemia murmuraba hacia mí con un rostro de palidez mortal y me miraba fijamente con sus negros ojos ardientes. Levantó amenazante sus manos ensangrentadas; ¡ah!, eran gotas de sangre manadas de las heridas mortales de Hermógenes. No pude resistir más y grité. En ese instante algo vibró sobre mí con un fuerte aleteo. Disparé al aire ciegamente, y dos perdices cayeron abatidas.

—¡Bravo! —gritó el mozo más cercano a mi posición, abatiendo la tercera.

Disparos estallaban ahora por doquier. Luego se reunieron los cazadores trayendo sus piezas. El cazador vecino contó, no sin echarme alguna que otra mirada taimada, que había gritado como si hubiera recibido un gran susto, ya que las perdices habían pasado bien cerca de mi cabeza, pero que, sin ni siquiera apuntar, disparando ciegamente, había acertado a las dos perdices. Incluso había tenido la impresión, quizá por las tinieblas, de que había apuntado hacia la dirección opuesta. Sin embargo las dos piezas habían caído. El guarda rió de buena gana de que me hubiera asustado de las perdices y de que me hubiera defendido disparando a discreción.

—Por lo demás, señor —continuó bromeando—, quiero creer que sois un honorable y piadoso cazador, y no un cazador furtivo que, aliado con el mal, puede disparar a donde quiere sin fallar.

Esta broma inocente del guarda me causó un profundo desasosiego, y el afortunado disparo en aquel estado de ánimo agitado, guiado sólo por la casualidad, me llenó de espanto. Malquistado como nunca con mi propio ser, quedé confundido y rodeado de un horror interno que me amenazaba con su fuerza destructiva.

Cuando regresamos a la casa, Christian nos informó de que el monje se había comportado con tranquilidad en la torre, no había dicho una palabra ni tomado alimento alguno.

—No puedo tenerlo aquí por mucho más tiempo —dijo el guarda—, pues quién me puede asegurar que su incurable demencia, como todo parece indicar, después de algún tiempo no experimente un rebrote y origine aquí, en casa, una horrible desgracia. Mañana por la mañana temprano Christian y Franz se lo llevarán a la ciudad. Mi informe acerca del asunto hace tiempo que está terminado, así que lo tendrán que dejar en el manicomio.

Cuando me encontraba a solas en la habitación, se presentó ante mí la figura de

Hermógenes, pero cuando quise hacerle frente con mirada afilada, se transformó en el monje demente. Ambas figuras se fundieron en mi interior, constituyendo la advertencia del poder superior que ya había escuchado cuando me encontraba próximo al abismo. Reparé en la damajuana, que todavía se encontraba en el suelo. El monje la había vaciado hasta la última gota, así que quedaba libre de la tentación de gozar de su contenido. Pero arrojé el propio frasco, del que todavía emanaba un aroma embriagador, por la ventana y por encima del muro que rodeaba la casa, con el fin de destruir de una vez por todas cualquier posible efecto del ominoso elixir. Poco a poco me fui tranquilizando. El pensamiento de que en todo caso tenía que ser superior en sentido espiritual a aquel monje que, tomando la misma bebida que yo, había caído en una salvaje demencia, me otorgó valor. Sentí cómo ese destino horrible había pasado rozándome; incluso consideré el hecho de que el guarda tomara al monje por el infeliz Medardo, es decir por mí mismo, como una señal del poder superior sagrado, que no quería dejar que me hundiera en una miseria sin consuelo. ¿No parecía como si la demencia, que siempre surgía en mi camino, pudiera entrever mi interior y me advirtiera cada vez con más urgencia del espíritu hostil que se me presentaba, como yo creía, como la figura amenazadora y fantasmal del pintor?

Marché a la Corte llevado por un impulso irresistible. La hermana de mi madrina que, como recordaba, ya que había visto muchas veces su imagen, se parecía mucho a la abadesa, podría hacerme volver a la vida inocente y piadosa que antaño había disfrutado, pues para ello sólo necesitaba en mi estado de ánimo su presencia y los recuerdos que su persona despertaría en mí. Dejé a la casualidad, sin embargo, la manera de acercarme a ella.

Apenas había amanecido cuando pude escuchar la voz del guarda forestal. Tenía que salir temprano con sus hijos, así que me vestí con rapidez. Cuando bajé, se hallaba ya dispuesta para el viaje una carreta con asientos de paja ante la puerta. Trajeron al monje, que se dejaba guiar con un rostro descompuesto y de una palidez mortal. No respondía a ninguna pregunta; no quiso comer nada, ni siquiera parecía darse cuenta de las personas que le rodeaban. Se le subió a la carreta y se le ató con firmeza, ya que su estado parecía preocupante, y nadie estaba seguro de que no sufriese un ataque repentino de furia contenida. Cuando se le ataron las manos, torció la cara de manera convulsiva y suspiró. Su estado me conmovió hasta lo más profundo; sentía que un parentesco nos unía, que incluso debía mi salvación a su perdición. Christian y otro mozo se sentaron a su lado en la carreta. Justo cuando salieron posó su mirada en mí y pareció invadido de un repentino asombro. Mientras la carreta se alejaba (les habíamos seguido hasta el muro), su cabeza y mirada permanecían fijas en mí.

—Veis —dijo el guarda—, cómo os mira con fijación. Creo que vuestra presencia

en el comedor, que él no esperaba, ha contribuido al frenético rebrote de su enfermedad, pues incluso en sus buenos momentos permanecía extremadamente tímido y tenía la obsesión de que un extraño vendría y le asesinaría. Siente un pánico desmesurado ante la muerte, y sólo con la amenaza de pegarle un tiro pude contrarrestar muchas veces sus ataques de furia.

Ahora que el monje, cuya aparición había reflejado mi propio «yo» con rasgos desfigurados y horribles, se había alejado, me encontraba mucho mejor y más ligero. Me alegré de mi viaje a la Corte, pues me parecía que allí se aliviaría la carga del pesado y sombrío destino que me presionaba, incluso creía que en la Corte, fortalecido, me sería posible escapar de las garras del poder hostil que determinaba mi vida. Terminado el desayuno, trajeron el flamante carruaje del guarda, al que estaban enganchados caballos veloces. Apenas me fue posible poder darle algo de dinero a la mujer del guarda, que con tanta hospitalidad me había aceptado, así como ofrecer a las bellas hijas algunos regalos galantes, que por casualidad llevaba conmigo. Toda la familia se despidió de mí de la manera más amable, como si me hubiesen conocido desde hace mucho tiempo. El guarda todavía bromeó sobre mi talento de cazador. Partí de allí alegre y animado.

CAPÍTULO CUARTO

La vida en la corte del príncipe

La ciudad en la que residía el príncipe soberano era precisamente lo contrario de la ciudad comercial que acababa de abandonar. De dimensiones considerablemente más reducidas, estaba diseñada sin embargo de una manera más regular y bella, aunque sus calles aparecían normalmente desiertas de gente. Varias avenidas, plantadas de álamos, parecían más los anexos de un parque que una parte integrante de la ciudad. Todo se movía con tranquilidad y solemnidad; el silencio reinante raras veces quedaba roto por el traqueteo de un carruaje. En la misma forma de vestir y en el decoro de los habitantes, incluso entre los hombres de más baja condición, se dejaba traslucir una cierta elegancia, un afán por mostrar una cuidada apariencia externa.

No se podía decir que el palacio del Soberano fuese pequeño. Aunque su estilo arquitectónico carecía de grandeza, en lo que respecta a la elegancia y a sus correctas proporciones constituía, no obstante, uno de los edificios más bellos que había visto en mi vida. Junto al palacio se extendían amenos jardines, que el liberal Soberano abría a los habitantes para que pudieran pasear.

En la posada donde estaba hospedado me dijeron que la familia del Soberano acostumbraba a dar un paseo por el parque todas las tardes, y que muchos de los habitantes no perdían nunca la ocasión de ver al bondadoso regente. Me apresuré para llegar al parque a la hora adecuada. El Soberano salió con su esposa del palacio, rodeados de reducido séquito. ¡Ah! ¡Pronto sólo tuve ojos para la Soberana, que tanto se parecía a mi madrina! La misma grandeza, la misma gallardía en cada uno de sus movimientos, la misma mirada inteligente, la misma frente amplia, la sonrisa celestial. Si bien me parecía más alta y joven que la abadesa. Hablaba cariñosamente con varias doncellas, que también se encontraban en la alameda, mientras el Soberano parecía enfrascado en una interesante y vehemente conversación con un hombre serio. Los trajes, el comportamiento de la familia del Soberano, su séquito, todo armonizaba perfectamente. Se apreciaba cómo la actitud decorosa, reflejada en la tranquilidad y dignidad sin pretensiones que mantenía la ciudad, procedía de la Corte. Casualmente, me encontraba al lado de un hombre despierto, que contestaba a todas las preguntas que le hacía y sabía intercalar jocosas observaciones. Cuando la familia del Soberano había pasado de largo, me propuso dar un paseo por el parque para mostrarme los bellos parajes que se encontraban por doquier. Acepté la propuesta, y realmente encontré que el espíritu de la dignidad y del gusto bien entendido se extendía por todas partes, aunque me pareció que los edificios

diseminados por el parque a menudo reflejaban una tendencia hacia las formas clásicas que sólo toleran las proporciones grandiosas, y que al arquitecto le habían hecho caer en algunas mezquindades. Columnas clásicas, cuyos capiteles puede tocarlos con la mano un hombre no muy alto, resultan ridículos. Por otro lado, y con un estilo totalmente contrapuesto, se podían contemplar un par de edificios góticos que, dadas sus escasas dimensiones, resultaban demasiado nimios. Creo que la imitación de las formas góticas es casi más peligrosa que la imitación de las clásicas. Pero es cierto, sin embargo, que las capillas pequeñas ofrecen al arquitecto, limitado por las dimensiones del edificio y por el presupuesto, motivos suficientes como para construir en ese estilo, aunque no se debería abusar de los arcos ojivales, de las columnas estrafalarias o de las volutas, imitando a una u otra iglesia, ya que sólo puede lograr algo verdadero aquel arquitecto que se siente poseído del profundo saber que vivía en los viejos maestros. Ellos sabían realmente armonizar de manera tan espléndida todo lo aparentemente heterogéneo que al final lograban un conjunto pleno de significado. En pocas palabras, al constructor gótico le debe guiar el extraordinario sentido por lo romántico, ya que aquí no se puede hablar de líneas directivas a las que hay que someterse, como cuando se trata de las formas clásicas. Todo esto se lo expliqué a mi acompañante, que coincidió conmigo plenamente. Como disculpa por aquellos pequeños desaciertos adujo que la exigida variedad en un parque, e incluso la necesidad de construir aquí y allá edificios para resguardarse de chaparrones repentinos o sólo para el descanso y solaz de los visitantes, eran factores que habían contribuido casi por sí mismos a cometer semejantes errores. Le contesté que yo, por el contrario, prefería las casitas campestres más simples y sin pretensiones, fabricadas de madera, con techos de paja y escondidas entre arbustos, que cumplían mucho mejor los cometidos comentados, a todos aquellos templetes y capillitas. Si, en otro caso, se tuviera que emplear la piedra y trabajo de carpintería, el constructor inteligente, limitado por los costes y dimensiones de la obra, podría optar por un estilo que puede inclinarse hacia lo clásico o lo gótico, pero que tiene como fin, lejos de imitaciones mezquinas o pretensiones de emular los grandiosos modelos antiguos, mostrar armonía de formas y despertar una impresión bienhechora en el ánimo contemplativo.

—Soy enteramente de su opinión —dijo mi acompañante—. Pero todos estos edificios, incluso la disposición del parque, han sido idea del propio Soberano, y esta circunstancia aminora, al menos entre nosotros, los ciudadanos, cualquier defecto. El Soberano es una de las mejores personas que puede haber en el mundo. Siempre ha presidido su actuación el principio verdaderamente patriótico de que los súbditos no están aquí para servirle, sino que más bien él está aquí para servir a sus súbditos. La libertad de expresión; los bajos impuestos y, por consiguiente, los precios asequibles en todos los órdenes de la vida diaria; la actuación medida de la policía, que sin ruido pone fin a la insolencia maliciosa y está muy lejos de atormentar a los ciudadanos y forasteros con un exceso de celo profesional; la ausencia de desenfreno militar; la

agradable tranquilidad con la que se hacen los negocios: todo esto que os he enumerado hará de vuestra estancia en nuestro pequeño principado algo satisfactorio. Apuesto a que nadie os ha preguntado hasta ahora acerca de vuestro nombre y clase social, ni siquiera el posadero, que en otras ciudades, sin ni siquiera haber transcurrido el primer cuarto de hora, ya se aproxima solemne con el libraco bajo el brazo, en el que os conmina a garabatear vuestros datos personales con pluma roma y tinta desvaída. En resumen, toda la organización de nuestro pequeño Estado, en el que domina la verdadera sabiduría de la vida, tiene su origen en nuestro espléndido Soberano, ya que con anterioridad, según me han dicho, los hombres eran atormentados por la pedantería estúpida de una Corte que parecía la edición de bolsillo de la gran Corte vecina. El Soberano ama el arte y las ciencias, por ello es bienvenido todo artista hábil y todo sabio brillante, para el que sólo el grado de su saber constituye la prueba de nobleza que le capacita para aparecer en la compañía del Soberano. Pero precisamente en el arte y la ciencia del polifacético gobernante se ha deslizado algo de la pedantería que le inculcaron en su educación, y que ahora se manifiesta en su predilección obtusa por algunas formas. Con aprensiva precisión, prescribió y diseñó para el maestro constructor el más mínimo detalle de los edificios. La más pequeña desviación del modelo expuesto, que había sacado con esfuerzo de todas las obras clásicas posibles, le angustiaba sobremanera, así como, por ejemplo, cuando alguien se negaba a añadir la nueva proporción, forzada por la necesidad de reducir las dimensiones. Debido a la dependencia de determinadas formas, a las que había tomado cariño, nuestro teatro también padece de múltiples defectos, ya que no se desvió del estilo preestablecido, al que hubo que añadir los elementos más heterogéneos. El Soberano cambia sus actividades favoritas, que nunca han molestado a nadie. Cuando se diseñó el parque, era un apasionado constructor y jardinero, luego quedó entusiasmado por el impulso musical que se experimenta en los últimos tiempos. A ese entusiasmo hay que agradecer la creación de una excelente orquesta. A continuación se dedicó a la pintura, en la que ha alcanzado una pericia desacostumbrada. Incluso en los entretenimientos diarios de la Corte tienen lugar transformaciones. Antaño se bailaba mucho, ahora se juega al faro^[15] en los días de sociedad, y el Soberano, sin ser realmente un jugador, se divierte con las extrañas concatenaciones del azar; pero otra novedad, introducida por cualquier iniciativa, se incluye fácilmente en el orden del día. Este rápido cambio de inclinaciones ha alentado el reproche de que a nuestro buen Soberano le falta la profundidad de espíritu, en la que, como en un lago claro y soleado, se refleje sin distorsiones la imagen multicolor de la vida. Según mi opinión, se le hace una injusticia, pues una especial vivacidad del espíritu sólo le lleva a dedicarse con plenitud y pasión a una actividad mientras dura el impulso, sin por ello tener que olvidar o descuidar lo más noble. Así, podéis apreciar lo bien cuidado que está el jardín. Su apoyo logra que nuestra orquesta y el teatro queden afianzados de la mejor manera para el futuro, y que la colección de pintura se enriquezca en todo lo posible. En lo que respecta a los

cambios de divertimento en la Corte, resulta un animado juego en la vida que nadie debería censurar, pues sirven como descanso a un príncipe activo de los serios y a menudo complejos asuntos de Estado.

Pasamos por espléndidas agrupaciones de arbustos y árboles, que poseían en su distribución un profundo sentido paisajista. Manifesté mi admiración, y mi acompañante dijo:

—Todos estos parterres, estas plantas y agrupaciones florales son obra de la eximia Soberana. Ella es una perfecta pintora paisajista y, además, la historia natural es su ciencia preferida. Aquí encontraréis, por lo tanto, árboles de tierras lejanas, flores y plantas exóticas, pero no expuestas simplemente a la vista, sino ordenadas con un profundo sentido y repartidas de manera tan natural, como si hubieran nacido en su suelo original sin necesidad del artificio humano. La princesa expresó su rechazo por todas las figuras de piedra arenisca que representaban a dioses y diosas, náyades y dríades, de las que antaño el parque se encontraba plagado. Todas estas estatuas han sido proscritas, y encontraréis sólo algunas buenas copias según modelos de la Antigüedad, que el Soberano, debido a bellos recuerdos, deseaba mantener en el parque, pero que la Soberana hábilmente —tomando la iniciativa con dulzura conforme a la voluntad del Soberano— supo exponer de tal manera que ejercen un efecto maravilloso, incluso en aquellos que desconocen las relaciones secretas a las que hacen referencia.

Se había hecho tarde y abandonamos el parque. Mi acompañante aceptó la invitación para comer conmigo en la posada, y se presentó finalmente como el inspector de la galería de pintura del principado.

Una vez que durante la comida habíamos ganado la suficiente confianza, le manifesté mi ferviente deseo de entrar en contacto con la familia del Soberano. Me aseguró que nada era más fácil de cumplir, pues cualquier forastero instruido e inteligente sería bienvenido en el círculo de la Corte. Tendría solamente que visitar al mayordomo mayor y solicitarle que me presentara al Soberano. Esta forma diplomática de acceder hasta él no me gustaba en absoluto, pues apenas tenía la esperanza de poder evadirme de ciertas preguntas comprometedoras del mayordomo mayor, como las que afectaban a mi procedencia, clase social y carácter. Decidí entonces confiar en el azar, que quizá me señalaría el camino más corto, como en efecto ocurrió. Cuando una mañana paseaba placenteramente por el parque, precisamente a la hora en que estaba desierto, me encontré con el Soberano, que vestía un sencillo gabán. Le saludé, como si me fuera completamente desconocido, y él se detuvo preguntándome si era forastero. Asentí a la pregunta, añadiendo que había llegado hacía un par de días y que simplemente pasaba por allí. Le dije que el encanto del lugar, especialmente la serenidad y apacibilidad que reinaban por doquier, me habían impulsado a quedarme algún tiempo más. Como era una persona independiente y vivía sólo para el arte y la

ciencia, estaría encantado de permanecer allí durante un largo tiempo, ya que los alrededores me atraían sobremanera. Al Soberano pareció agradaarle lo que había dicho y se ofreció a mostrarme como cicerone las distintas zonas del parque. Me guardé mucho de revelar que ya lo había visto todo, y me dejé guiar por todas las grutas, templos, capillas góticas y pabellones, escuchando pacientemente los prolijos comentarios que el Soberano creía oportuno manifestar. Nombró los modelos según los cuales se había trabajado en cada una de las construcciones, dirigió mi atención a la correcta ejecución de los problemas planteados, y se extendió sobre la tendencia que había servido de principio fundamental al diseño del parque, que, además, debería presidir la organización de todo parque. Me preguntó mi opinión. Yo alabé la belleza del lugar, la espléndida y exuberante vegetación, pero tampoco omití manifestarme respecto a los edificios y contra la opinión del inspector de la galería. Me escuchó con atención. No pareció rechazar algunos de mis juicios, pero cortó cualquier inicio de discusión sobre esta materia alegando que quizá, en un sentido ideal, podría tener razón, pero que parecía faltarme el conocimiento de lo práctico y de la verdadera forma en que debía ser ejecutado un proyecto para la vida. La conversación se centró a continuación en el arte. Me mostré buen conocedor de la pintura, y como aficionado a la música osé contrariar algunos de sus juicios, que, inteligentes y precisos, expresaban su convencimiento, pero que también dejaban percibir que su educación artística, si bien superaba con mucho la que acostumbraban a recibir los de su rango, permanecía sin embargo demasiado superficial como para sospechar la profundidad de la que el verdadero artista hace surgir su arte, y cómo se enciende en él la chispa divina del afán hacia la verdad. Mis disensiones, mis puntos de vista, los tomaba como pruebas de mi diletantismo, que, como era usual, no quedaba iluminado por las intenciones prácticas y reales. Me adoctrinó sobre las verdaderas tendencias de la pintura y de la música, sobre las reglas que deben regir en un cuadro, en la ópera. Me informó sobre colorido, vestuario, agrupaciones piramidales, sobre música seria y cómica, sobre escenas para la prima donna, sobre coros, efectos, claroscuro, iluminación, etc. Escuché todo sin interrumpirle, ya que parecía tener placer en la conversación. Finalmente terminó su discurso con la inesperada pregunta:

—¿Jugáis al faro?

Le respondí que no.

—Es un juego espléndido —continuó—; en su enorme simpleza constituye en verdad un auténtico juego para hombres inteligentes. Hace que el que interviene salga de sí mismo o, mejor dicho, el participante se coloca en un punto de vista desde el que se pueden contemplar las extrañas conexiones y los inesperados enlaces que el poder secreto, al que llamamos azar, teje con hilos invisibles. Ganancia y pérdida son los resortes gracias a los cuales se mueve la misteriosa máquina que nosotros ponemos en marcha, y que sólo el espíritu que vive en su interior hace que siga funcionando según su propio arbitrio. Debéis aprender el juego, yo mismo seré

vuestro maestro.

Le aseguré que hasta ahora jamás había sentido interés por ningún juego, y que me habían advertido que es extremadamente peligroso y corruptor. El príncipe sonrió y, mirándome fijamente con sus ojos claros y vivos, continuó:

—¡Vaya! Eso sólo lo pueden afirmar almas cándidas. Al final me vais a considerar un jugador que os quiere hacer caer en la red. Yo soy el Príncipe Soberano. Si os gusta la ciudad, permaneced aquí y visitad mi círculo, en el que a veces jugamos al faro, que por ahora no ha trastornado a nadie; aunque el juego debe poseer algún componente de importancia para llegar a resultar interesante, pues el azar se muestra perezoso cuando sólo se le ofrecen banalidades.

Dispuesto ya a abandonar mi compañía, se volvió todavía un momento para preguntarme:

—¿Con quién he tenido el gusto de hablar?

Le contesté que me llamaba Leonardo, y que era un erudito que vivía de las rentas; que de ninguna manera pertenecía a la nobleza, y que por ello quizá no podría hacer uso de su graciosa invitación para aparecer en su círculo de la Corte.

—¡Qué nobleza, qué nobleza!... —repuso el príncipe con vehemencia—. Vos sois, como me he podido convencer por mí mismo, un hombre instruido e inteligente. La ciencia os ennoblece y os capacita para aparecer en mi entorno.

¡Adiós, señor Leonardo! ¡Hasta la vista!

Así quedó cumplido mi deseo, mucho más pronto y más fácil de lo que había pensado. Por primera vez en mi vida iba a aparecer en una Corte, incluso, en cierta manera, viviría en la Corte, lo que hizo que se me pasaran por la cabeza todas las aventuras de intrigas, enredos y conjuras leídas en mil historias como las que maquinan escritores de novelas ingeniosas o de comedias. Según los argumentos que dominan en estos géneros de la literatura, el príncipe regente tenía que estar rodeado de facinerosos de toda condición; especialmente el mayordomo mayor debía ser un hombre vanidoso, sin gusto y orgulloso de sus antepasados; el primer ministro, un malvado intrigante y avaricioso; los ayudas de cámara, por otro lado, hombres laxos de costumbres y seductores de jovencitas. En cada semblante se marcan gestos artificiales de amistad, pero en el corazón anidan la mentira y la traición. Todos se derriten en cordialidad, en delicadeza; se inclinan, se humillan, pero en realidad son enemigos irreconciliables. Se intenta con astucia poner la zancadilla al otro, de tal manera que caiga sin posibilidad de salvación para ocupar su lugar, hasta que el que empleó semejante argucia cae a su vez víctima de su propia táctica. Las damas de la Corte serían feas, orgullosas, intrigantes, enamoradas de sí mismas; colocarían trampas y redes, de las cuales habría que protegerse como del fuego. Ésta era la idea de la Corte que había arraigado en mi alma, cuando leía tanto sobre ello en el seminario. Me parecía como si el demonio pudiera llevar a cabo en estos lugares su juego sin estorbos de ninguna clase. A pesar de que Leonardo me había contado cosas de las cortes en las que había estado que no querían adaptarse a mis ideas

preconcebidas, me quedó una cierta timidez ante la vida cortesana que, ahora que estaba en condiciones de visitar una Corte real, afloró y me causó cierto desasosiego. No obstante, el deseo de ver a la Soberana y una voz interior que me decía constantemente y con palabras oscuras que aquí se decidiría mi destino, me impulsaban irresistiblemente a continuar con mi propósito. A la hora fijada me encontré, no sin ansiedad, en la antesala del palacio.

Mi prolongada estancia en una ciudad comercial como la de donde venía había servido para desterrar del todo lo desmañado, rígido y torpe de mi comportamiento que todavía perduraba de mi vida monacal. Mi cuerpo, por naturaleza ágil y bien formado, se había acostumbrado fácilmente al movimiento libre y desenvuelto, propio de un hombre de mundo. La palidez, que también altera los bellos rostros de los monjes jóvenes, había desaparecido de mi semblante. Me encontraba en los años de plenitud física. La fuerza enrojecía mis mejillas y relampagueaba en mis ojos. Mis rizos castaño oscuros escondían lo que quedaba de la tonsura. Por añadidura, llevaba un traje elegante y fino, de color negro, a la última moda, que había traído de la ciudad comercial. Mi aparición no podía, por consiguiente, dejar de crear una impresión agradable entre los reunidos, como su conducta deferente dejó traslucir, y que, manteniéndose en los límites de la cortesía más exquisita, no resultó impertinente. De acuerdo con mi teoría del príncipe inspirada por novelas y comedias, cuando el príncipe regente me habló en el parque y pronunció las palabras «yo soy el Soberano», tendría que haberse desabrochado rápidamente el gabán y haber hecho brillar ante mi persona una gran estrella. Siguiendo la misma teoría, todos los señores que rodeaban al Soberano tendrían que lucir levitas bordadas y peinados enhiestos. Me quedé asombrado cuando comprobé que sólo había trajes sencillos pero con gusto. Me di cuenta de que mi idea de la vida cortesana sólo correspondía a un prejuicio infantil, por lo que perdí mi timidez. El Soberano, que se acercó a mí, terminó de animarme con las palabras:

—¡Mirad, aquí llega el señor Leonardo! —y bromeó sobre mi severa mirada artística, que había pasado revista a su parque.

Las puertas se abrieron, y la Soberana entró en la sala, acompañada sólo por dos damas. ¡Cómo temblé ante su presencia, cómo con el brillo de las luces se parecía más que nunca a mi madrina! Las damas de la Corte la rodeaban. Me presentaron y me miró con asombro, que un ligero movimiento traicionó. Susurró unas palabras, que no comprendí, y se volvió hacia una dama de edad avanzada que le dijo algo en voz baja, sobre lo que se intranquilizó, mirándome a continuación fijamente. Todo ocurrió en un momento. Entonces se formaron grupos pequeños y grandes, comenzaron conversaciones animadas, dominando un tono natural y libre, aunque no se podía olvidar que se estaba en la Corte y en presencia del Soberano. Este hecho, sin embargo, no oprimía la atmósfera en absoluto. No encontré ninguna figura que

hubiera podido coincidir con la imagen de la Corte que había tenido con anterioridad en la mente. El mayordomo mayor era un anciano alegre y despierto; los ayudas de cámara, animados jóvenes que no parecían precisamente traerse ninguna perfidia entre manos. Las dos damas parecían hermanas; eran muy jóvenes e insignificantes, por suerte arregladas con corrección y sin pretensiones. Un hombre pequeño, de nariz respingona, ojos brillantes y vivos, vestido de negro y la larga daga de acero en el costado, encendía por todas partes una extraordinaria animación, ya fuera yendo con extremada rapidez de un sitio a otro, sin permanecer mucho tiempo en cada grupo y sin dejar a nadie decir palabra, ya contando chispeante cientos de chistes y ocurrencias sarcásticas. Se trataba del médico personal del Soberano. La dama de edad, con la que había hablado la Soberana, había sabido aislarme de manera tan hábil que, antes de que me hubiera podido percatar, me encontraba con ella a solas junto a la ventana. Entabló rápidamente una conversación conmigo que, aunque comenzó de manera astuta, no pudo dejar de traicionar su única meta: informarse sobre las circunstancias de mi vida. Estaba preparado para algo semejante y, convencido de que en estos casos la historia más simple y sencilla es la menos dañina y peligrosa, me limité a decirle que había estudiado teología, pero que ahora, después de recibir una rica herencia tras la muerte de mi padre, viajaba por placer. Mi lugar de nacimiento lo trasladé a la zona polaca ocupada por Prusia, pronunciando un nombre tan bárbaro, perjudicial para los dientes y la lengua, que herí el oído de la dama y le quité las ganas de seguir preguntando.

—Ay, señor —dijo la dama de edad—, poseéis un rostro que aquí podría despertar ciertos tristes recuerdos, y sois quizá más de lo que queréis aparentar, pues vuestra distinción no corresponde en absoluto a la de un estudiante de teología.

Después de que sirvieran algunos refrescos, nos acercamos a la sala donde la mesa del faro ya estaba preparada. El mayordomo mayor hacía de banquero. Según me dijeron, estaba de tal manera conchabado con el Soberano que se quedaba con todas las ganancias, pero que el Soberano le resarcía de las pérdidas en caso de que debilitasen la banca. Los señores se reunieron alrededor de la mesa, excluido el médico, que nunca jugaba y permanecía por tanto con las damas, que tampoco tomaban parte en el juego. El Soberano me llamó. Tenía que permanecer a su lado. Después de haberme explicado en pocas palabras la mecánica del juego, escogió mis cartas. El Soberano perdía, y seguí sus instrucciones con tanta precisión que yo también me encontré con pérdidas significativas, ya que un luis de oro era la apuesta mínima. Mi saldo estaba bastante afectado, y empecé a pensar qué pasaría si perdía el último luis de oro, por lo que consideré el juego, que podía empobrecerme de buenas a primeras, una fatalidad. Comenzó una nueva partida, y pedí al Soberano que me dejase jugar a mi aire, ya que parecía como si yo, como perdedor consumado, le trajera mala suerte. El príncipe regente opinó sonriendo que quizá habría podido recuperar lo perdido si hubiera seguido el consejo de un jugador experimentado, pero que ahora quería ver cómo me comportaba, ya que tanta confianza mostraba en mí

mismo. Tomé una de mis cartas sin verla, era una dama. Sonará ridículo decirlo, pero en el rostro pálido e inerte de la carta creí reconocer los rasgos de Aurelia. Miré fijamente la carta, apenas podía ocultar mi desasosiego. La llamada del banquero, preguntando si el juego podía continuar, me despertó del embelesamiento. Sin pensar, saqué del bolsillo los últimos cinco luises que me quedaban y los aposté por la dama. Ganó; entonces seguí apostando una y otra vez a la dama, y cada vez una cantidad mayor, de tal manera que las ganancias aumentaban. Cada vez que sacaba la dama, gritaban los jugadores:

—¡No, es imposible, ahora tiene que ser la dama infiel! —pero las cartas del resto de los jugadores caían boca abajo.

—Esto es milagroso, algo inaudito —resonaba por todas partes, mientras yo, tranquilo y encerrado en mí mismo, con mi pensamiento en Aurelia, apenas prestaba atención al oro que el banquero no dejaba de acumular ante mí.

En resumen, en las últimas cuatro partidas había ganado la dama, y yo tenía los bolsillos llenos de oro. La suerte con la dama me había procurado dos mil luises de oro y, aunque libre de perplejidad, no pude evitar que me invadiera un sentimiento fatídico. Encontré de modo maravilloso un vínculo secreto entre el disparo al azar que abatió la pieza y mi suerte en el juego. Me resultó claro que no yo, sino el poder extraño que había penetrado en mi interior, era el que realmente realizaba todas estas empresas extraordinarias, y que mi persona sólo era un instrumento del que se servía aquel poder con un fin desconocido para mí. El conocimiento de esta disensión, que dividía mi interior de manera hostil, me otorgaba sin embargo consuelo al anunciarme el paulatino resurgir de mi propia fuerza que, creciendo en intensidad, podría hacer frente y luchar contra el Enemigo. El eterno reflejo de la imagen de Aurelia no podía ser otra cosa que una impía seducción para comenzar de nuevo el camino del mal, y precisamente esta perversa utilización de su piadosa y amada imagen me llenaba de horror y desprecio.

En un estado de ánimo sombrío, paseaba por la mañana por el parque cuando el Soberano, que también acostumbraba a pasear a aquella hora, salió a mi encuentro:

—Bien, señor Leonardo —dijo—, ¿qué opináis del juego del faro? ¿Qué decís del humor del azar, que os dispensó un comienzo extravagante y os arrojó oro? Afortunadamente disteis con la «carte favorite», pero no debéis confiar siempre tan ciegamente en la «carte favorite».

Se extendió prolijo sobre el concepto de «carte favorite», me explicó las reglas más ingeniosas de cómo se podía dominar el azar en los juegos de cartas, y concluyó diciendo que ahora yo perseguiría mi suerte en el juego con mucho más ahínco. Le aseguré francamente, por el contrario, que mi intención más firme era no volver a tocar una carta en toda mi vida. El Soberano me miró maravillado.

—Precisamente mi suerte de ayer —continué— me ha ayudado a tomar esta

decisión, pues todo lo que había oído de la peligrosidad e influencia funesta de este juego ha quedado confirmado. Para mí hay algo horrible en el hecho de que, al tomar ciegamente una carta cualquiera, se despertase en mí un recuerdo doloroso y desgarrador. Fui manipulado por un poder desconocido que me dio suerte y me arrojó el dinero como si proviniese de mi interior, como si, pensando en aquel ser que aparecía en la carta inerte con colores brillantes, pudiera dominar al azar, descifrando sus secretos.

—Os comprendo —me interrumpió el Soberano—, amasteis sin fortuna, y la carta reflejó en vuestra alma la imagen de la amada, aunque eso, si me lo permitís, me suena algo cómico, sobre todo al imaginarme el rostro amplio, pálido y extraño de la dama de corazones que cayó en vuestras manos. Pero vos pensasteis en vuestra amada, que os fue quizá más fiel y bienhechora en el juego que en la vida real. Lo que pueda haber en ello de horrible y espantoso, no lo entiendo en absoluto, más bien creo que os debe alegrar que la suerte os acompañara. Por supuesto, si os parece siniestra la ominosa conexión del juego de azar con vuestra amada, no es el juego el que tiene la culpa, sino vuestro estado de ánimo.

—Puede ser, honorable señor —respondí—, pero encuentro demasiado real que no sea sólo el peligro de entrar en una situación penosa por pérdidas significativas lo que hace corruptor al juego, sino más bien la audacia. En guerra abierta sucede lo mismo, pues hay que habérselas con el poder secreto que surge brillante de la oscuridad y nos seduce con imágenes engañosas hasta un lugar en el que nos toma y destroza con escarnio. Precisamente la lucha contra ese poder parece ser la aventura más atrayente que al hombre, confiando con candidez en sus fuerzas, le gusta emprender, y que, una vez comenzada, la continúa, incluso esperando la victoria en lucha mortal, sin poder abandonarla jamás. De aquí proviene, según mi parecer, la pasión demencial por el juego del faro y la depravación del espíritu que la simple pérdida de dinero no es capaz de provocar por sí sola. Pero considerado desde un aspecto secundario, las pérdidas también pueden crear miles de problemas, incluso el hundimiento en la pobreza, en un jugador ocasional en el que todavía no se ha introducido ese principio hostil, ya que él juega abandonado a las circunstancias. Puedo reconocer, honorable señor, que ayer estuve a punto de perder todo mi dinero de viaje.

—Eso lo habría advertido —intervino con rapidez el Soberano— y os habría cubierto las pérdidas, incluso os habría devuelto el triple de lo perdido, pues no quiero que nadie se arruine por causa de mi placer. En mi casa eso no puede suceder, porque conozco a mis jugadores y no los pierdo de vista.

—Pero precisamente esa limitación —repliqué—, suprime la libertad del juego y coloca barreras a aquellas peculiares conexiones del azar, cuya consideración, honorable señor, os hace el juego tan interesante. ¿Creéis vos que uno u otro de los que han sido poseídos irresistiblemente por la pasión del juego no encontrará, para su perdición, medios para escapar de vuestra vigilancia y cometer un error que le

pierda? ¡Disculpad mi franqueza, honorable señor! Creo, además, que toda limitación de la libertad, aunque se hubiese hecho un uso impropio de la misma, le resulta al ser humano en el acto insoportable y opresiva.

—Parece que estáis una vez más en desacuerdo conmigo, señor Leonardo — adujo el Soberano, y se alejó rápidamente, dirigiéndome un ligero adiós.

Apenas comprendía cómo podía haber manifestado mi opinión tan abiertamente. Nunca había meditado lo suficiente sobre el juego, al margen de que en la ciudad había sido espectador de importantes partidas, para ordenar mis pensamientos con la convicción con la que involuntariamente habían salido de mis labios. Lamenté haber perdido el favor del Soberano y el derecho a aparecer en el círculo de la Corte, así como la oportunidad de conocer mejor a la Soberana. Sin embargo, me había equivocado, pues aquella misma noche recibí una invitación para un concierto en la Corte, y el príncipe me dijo con simpatía al pasar:

—Buenas noches, señor Leonardo, quiera el Cielo que hoy mi orquesta alcance honra y mi música os agrade más que mi parque.

La orquesta interpretó las distintas obras de manera bastante satisfactoria. La ejecución fue precisa, pero la elección de las piezas me pareció desafortunada, ya que una destruía el efecto de la otra. Especialmente una de ellas, bastante larga, que parecía compuesta según una fórmula determinada, me aburrió sobremanera. Me guardé mucho de expresar mi verdadera opinión, y fui afortunado por ello, ya que a continuación me dijeron que precisamente la larga composición era del Soberano.

Sin darme cuenta, me encontré en el círculo más íntimo de la Corte, y estaba dispuesto a participar en el juego del faro para reconciliarme del todo con el Soberano, pero quedé asombrado al no ver la banca preparada para el juego. En realidad se habían cambiado algunas mesas de sitio, comenzando los presentes, sentados alrededor del Soberano, una conversación animada e inteligente. Uno u otro encontraba algo divertido que contar, incluso no se desdeñaron anécdotas bastante incisivas. Mi talento oratorio me ayudó, y supe narrar de manera atractiva acontecimientos de mi propia vida, ocultos con el velo de la poesía romántica. De este modo pude ganar la atención y el aplauso del círculo. El Soberano gustaba más, sin embargo, de lo humorístico, y aquí nadie superaba a su médico de cabecera, que con sus miles de ocurrencias burlescas y juegos de palabras parecía inagotable.

Esta forma de conversar experimentó una ampliación temática, ya que siempre había alguien que había escrito algo que quería leer en sociedad. De esta manera todo adquirió el aspecto de un círculo estético literario bien organizado, presidido por el

Soberano, y en el que los participantes abordaban la materia que creían más prometedora. Una vez nos sorprendió un erudito, un físico profundo y acertado, con nuevos e interesantes descubrimientos en el ámbito de su ciencia. Su conferencia gustó mucho a los que tenían conocimientos científicos suficientes como para entender sus palabras, pero aburrió solemnemente al grupo, al que todo le era desconocido y ajeno. El propio Soberano no parecía encontrarse especialmente cómodo en ese campo y esperaba el final con impaciencia. El profesor terminó, y el médico de cabecera, especialmente entusiasmado, prorrumpió en alabanzas y palabras de admiración, mientras añadía que a la profunda ciencia debía seguir algo que animase el espíritu y cuya aspiración no fuese más allá de esta meta. Los débiles, a los que había humillado la compleja ciencia, se consolaron, e incluso se dibujó una sonrisa en el semblante del Soberano que demostraba lo bien que le sentaba el regreso a la vida normal.

—Ya sabéis, honorable señor —se alzó el médico, volviéndose hacia el Soberano—, que durante mis viajes jamás he dejado de incluir fielmente en mi Diario todos los acontecimientos divertidos que me han sucedido, tal y como se presentan en la vida, pero especialmente los más extravagantes y cómicos. Precisamente de este Diario voy a contar algo que, sin ser especialmente significativo, me parece bastante divertido. En el viaje que emprendí el año pasado llegué bastante tarde en la noche a un bello pueblo, situado a cuatro horas de B. Decidí alojarme en una posada, en la que el vivaz dueño me recibió con gran amabilidad. Cansado, destrozado por el largo viaje, me metí inmediatamente en la cama para poder descansar lo suficiente. Pero debía de ser la una, cuando me despertó una flauta que alguien tocaba en la habitación vecina. Nunca en mi vida había oído tocar de aquella manera. Aquel hombre tenía que tener unos pulmones enormes, pues con un tono penetrante y estridente, que destruía del todo el carácter del instrumento, tocaba siempre el mismo pasaje con reiteración, de manera que creaba sonidos de lo más desagradable y absurdo que pensarse pueda. Insulté y maldije al condenado loco que me robaba el sueño y me destrozaba los oídos, pero el pasaje se repetía con la monotonía de la maquinaria de un reloj al que se le ha dado cuerda, hasta que finalmente escuché un golpe sordo, como si hubieran arrojado algo contra la pared. Entonces todo quedó tranquilo y pude seguir durmiendo plácidamente.

»A la mañana siguiente escuché una fuerte disputa en el piso inferior de la casa. Distinguí la voz del posadero y la de un hombre que gritaba sin parar: “¡Maldita sea vuestra casa! ¡Ojalá no hubiera pasado del umbral de la puerta! ¡El demonio me ha traído hasta esta posada, en la que ni se puede beber ni comer! ¡Todo es infame, malo y endiabladamente caro! ¡Aquí tenéis vuestro dinero! ¡Adiós, no me volveréis a ver más en vuestro maldito figón!”. Dicho esto, un hombre bajo, escuálido, con una casaca marrón café y una peluca esférica de color rojo subido, sobre la que llevaba un sombrero gris ladeado y marcial, salió rápidamente de la casa y se dirigió al establo, del que le vi salir al poco rato cabalgando pesadamente hacia la Corte sobre un

jamelgo bastante entumecido.

»Naturalmente le tomé por un forastero que se había disgustado con el posadero y que ahora partía hacia su destino. Precisamente por ello me quedé maravillado cuando al mediodía, ya que todavía me encontraba en la posada, vi entrar a la misma extraña figura con la casaca marrón café y la peluca color rojo subido que había emprendido viaje por la mañana, y que ahora, sin embargo, tomaba asiento sin ceremonias a la mesa puesta. Era el semblante más feo y cómico con el que me he topado en mi vida. En todo el ser de aquel hombre había algo tan chistosamente serio que al contemplarle apenas podía aguantar la risa. Comimos el uno al lado del otro, y sostuve una parca conversación con el posadero, sin que el forastero, que propiamente devoraba, quisiera tomar parte en ella. A todas luces fue malicia del posadero, según deduje después, que desviara la conversación hábilmente hacia las distintas peculiaridades nacionales, y me preguntara con intención si ya había conocido a irlandeses y si sabía alguno de sus *bulls* o chistes. “¡Por supuesto!”, repliqué, mientras pasaban por mi cabeza una buena hilera de esos *bulls*. Le hablé de aquel irlandés que a la pregunta de por qué llevaba la media al revés, respondió ingenuo: “¡En la parte derecha tengo un agujero!”. Me acordé también de aquel espléndido *bull* sobre un irlandés que tuvo que dormir junto a un iracundo escocés y que había sacado el pie desnudo fuera de la manta. Un inglés, que también se hallaba en la habitación, se percató de la circunstancia y abrochó al vuelo la espuela, que había tomado de su bota, al dedo del irlandés. Éste volvió a meter el pie dentro de la manta y, todavía dormido, arañó al escocés, que, como consecuencia de ello, se despertó y le propinó al irlandés una sonora bofetada. A continuación tuvo lugar la siguiente conversación ingeniosa: “¿Qué diablos te pasa? ¿Por qué me golpeas?”. “¡Porque me has arañado con las espuelas!”. “Pero ¿cómo es posible, si estoy en la cama con los pies desnudos?”. “Pues así es, y si no lo crees, mira”. “¡Que el Señor me condene, es verdad! El maldito criado me ha quitado las botas y me ha dejado puestas las espuelas”.

»El posadero rompió en una carcajada exagerada, pero el forastero, que ya había acabado de comer y se había bebido una gran jarra de cerveza, me contempló con seriedad y dijo: “Tenéis razón, los irlandeses dicen a menudo semejantes tonterías, pero el problema no estriba en el carácter del pueblo, que es activo e inteligente, sino en que allí sopla un viento maldito que facilita el contagio de esas excentricidades como si se tratara de la gripe, pues, señor mío, yo mismo soy inglés, aunque nacido y educado en Irlanda, y por tanto también víctima de la condenada enfermedad de los *bulls*”.

»El posadero rió todavía más fuerte, y yo no pude más que acompañarle involuntariamente, ya que era bastante gracioso que el irlandés, al hablar sobre los *bulls*, diera una de las mejores muestras de ellos. El forastero, muy lejos de sentirse ofendido por nuestras risas, abrió súbitamente los ojos, puso el dedo en la nariz y dijo: “Los irlandeses son en Inglaterra la especia más fuerte que se ha añadido a la

sociedad para hacerla más sabrosa. Yo mismo soy bastante parecido a Falstaff, ya que no sólo soy a menudo gracioso, sino que despierto la gracia en los demás, lo que en estos tiempos tan prosaicos no deja de ser una buena virtud. ¿Creeríais vos que en semejante alma de posadero cervecero, vacía y de cuero, logra animarse algo por mi causa? Pero este posadero es un buen posadero, él no echa mano a su escaso capital de buenas ocurrencias, sino que toma prestada alguna aquí y allá, con elevados intereses, de la sociedad de los ricos. Si no está seguro de los intereses, como ahora, sí lo estará de la encuadernación del libro principal, que es su risa exagerada, pues en esta risa va envuelta su gracia. ¡Queden con Dios, señores!”.

»Terminado su pequeño discurso, el original hombrecillo se dirigió hacia la puerta, y le solicité al hostelero que me informara enseguida sobre él. “Este irlandés —dijo el posadero—, que se llama Ewson y que por esta causa quiere hacerse pasar por inglés, ya que su árbol genealógico tiene raíces en Inglaterra, está aquí desde hace poco tiempo, hará ahora veintidós años. Compré esta posada cuando era joven y celebrábamos mi matrimonio, cuando el señor Ewson, que también era joven, pero que ya entonces llevaba su peluca color rojo subido, un sombrero gris y la casaca marrón café del mismo corte que la que lucía ahora, pasó por aquí en camino hacia su tierra y, seducido por la música de baile que sonaba alegremente, decidió quedarse. Juró que sólo se entienda de bailes en los barcos, donde él había aprendido desde su niñez, sacando para demostrarlo una corneta, que tocó entre dientes de manera horrible. En uno de sus brincos se retorció el pie de tal manera que tuvo que quedarse aquí para curarse. Desde entonces no ha vuelto a abandonarme. Con sus peculiaridades encuentro resarcimiento. Todos los días, desde hace muchos años, anda conmigo a la greña. Se queja de la forma de vida, me reprocha que le subo los precios, que no puede vivir por más tiempo sin *roastbeef* y *porter*, prepara sus alforjas, se coloca sus tres pelucas una encima de otra, se despide de mí y monta en su viejo jamelgo. Pero es sólo para dar un pequeño paseo a caballo. Al mediodía regresa por la otra puerta de la ciudad, se sienta, como hoy habéis comprobado, tranquilamente a la mesa y engulle por tres la bazofia que le sirvo. Todos los años sufre una extraña transformación; entonces se despide de mí con tristeza, me llama su mejor amigo y derrama abundantes lágrimas, por lo que a mí también se me escapan las lágrimas, pero de resistir el ataque de risa. Después de que, sintiéndose entre la vida y la muerte, ha redactado su última voluntad y, según dice, ha dejado a mi hija mayor todo su patrimonio, sale cabalgando lentamente de la ciudad completamente abatido. El tercer, o como mucho el cuarto día, ya se encuentra sin embargo aquí de nuevo y trae dos casacas marrón café, tres pelucas color rojo subido a cual más brillante, seis camisas, un sombrero gris nuevo y otros accesorios para su traje. A mi hija mayor, su preferida, le trae un cucurucho de dulces como si fuese una niña, aunque ya sobrepasa los dieciocho años de edad. Entonces ya no vuelve a pensar ni en su estancia en la ciudad ni en el regreso a casa. Salda su cuenta todas las noches, y el dinero del desayuno me lo arroja iracundo todas las mañanas, cuando se va para no

regresar nunca más. Salvo estas peculiaridades, es la persona más bondadosa del mundo: hace regalos a mis hijos cada vez que encuentra oportunidad y participa en obras de beneficencia para los pobres del pueblo. Al único que no puede tolerar es al predicador, porque, según pudo saber el señor Ewson a través del maestro, había retirado una pieza de oro que Ewson había echado en el cepillo de las limosnas y, en su lugar, había introducido muchos céntimos de cobre. Desde aquel momento le evita por completo y no ha vuelto a ir a la iglesia, por lo que el predicador le tilda de ateo. Como le he dicho, a menudo abusa de mi paciencia y amistad, ya que es irascible y sufre de ataques de locura. Precisamente ayer por la noche, cuando llegaba a casa, oí desde la lejanía un fuerte griterío, distinguiendo la voz de Ewson. Al entrar en casa, le encontré en plena regañina con la sirvienta. Como ocurre siempre que entra en cólera, había arrojado su peluca, así que permanecía ante la sirvienta con la cabeza calva, sin casaca y en mangas de camisa, sosteniendo un gran libro bajo las narices de la mujer, gritando y maldiciendo mientras indicaba algo con el dedo. La sirvienta apoyaba con fuerza sus manos en las caderas y gritaba que buscara a otra para sus grescas, que era un hombre malo que no creía en nada, etc. Con esfuerzo logré separar a los contendientes y llegar al fondo del asunto. El señor Ewson había reclamado que la sirvienta le procurase una oblea para sellar una carta. La sirvienta no le entendió en un principio, pero luego cayó y supuso que se trataba de la oblea que se utiliza para la Sagrada Comunión, creyendo entonces que el señor Ewson quería cometer una bufonada impía con la Sagrada Forma, ya que el Padre le había dicho sin más que era un ateo. Ella se opuso por esta razón, y el señor Ewson, que creía no haber hablado correctamente y por consiguiente que no le habían entendido, fue a coger de inmediato un diccionario inglés-alemán para demostrarle a la sirvienta, que por cierto no sabe leer una palabra, lo que quería. Por último empezó a hablar sólo en inglés, lo que la sirvienta interpretó como el ininteligible parloteo del diablo. Sólo mi intermediación pudo evitar que llegaran a las manos, situación en la que el señor Ewson tal vez se hubiera llevado la peor parte”.

»Interrumpí al posadero en su narración acerca de aquel hombre tan gracioso, para preguntarle si quizá también el señor Ewson había sido el que me había molestado y enfurecido la noche anterior con su horrible música de flauta. “¡Ah!, señor —continuó el posadero—, ésa es una de las peculiaridades del señor Ewson con la que casi ahuyenta a mis huéspedes. Hace tres años vino mi hijo de la ciudad. El joven toca una espléndida flauta y ensayaba diligentemente con su instrumento durante horas. Entonces se acordó el señor Ewson de que antaño también él había tocado la flauta, y no paró hasta que le compró a mi Fritz por una considerable suma de dinero su flauta y una partitura que también había traído consigo. El señor Ewson, que carece por completo de oído y de tacto para la música, comenzó a tocar de la partitura con gran celo. Sin embargo, no pudo llegar más allá del segundo *solo* del primer *allegro*. Aquí topó con un pasaje que no era capaz de ejecutar, y precisamente es este pasaje el que desde hace tres años se dedica a repetir casi cien veces al día,

hasta que lleno de cólera arroja contra la pared primero la flauta y luego la peluca. Como semejante trato lo resisten sólo pocas flautas, necesita a menudo nuevas, por lo que suele tener en su poder entre tres y cuatro. Si se rompe un tornillo o queda dañada una llave, arroja la flauta por la ventana con un “¡Dios te maldiga, sólo en Inglaterra fabrican instrumentos que sirven para algo!”. Lo que resulta un espanto, es que esta obsesión con la flauta le acomete a veces por la noche, despertando a mis huéspedes del sueño más profundo. Pero ¿crearíais vos que aquí, en la casa, se hospeda desde hace casi tanto tiempo como el señor Ewson un médico inglés, llamado Green, que simpatiza con él, y que es igual de original y posee el mismo humor extraño? Ambos están continuamente a la greña y, sin embargo, no pueden vivir el uno sin el otro. Recuerdo ahora que el señor Ewson ha pedido un ponche para esta noche, ya que ha invitado al doctor Green y al alcalde. Si desea permanecer el señor hasta mañana temprano, podría ser testigo esta noche en mi casa del trébol más cómico que pueda encontrarse”.

»Podéis imaginaros, honorable señor, que no tuve inconveniente en posponer mi viaje, pues tenía la esperanza de ver al señor Ewson en plena forma. Entró ya anochecido en la habitación y fue tan cortés de invitarme al ponche, mientras añadía cuánto sentía tener que servirme el brebaje tan indigno que aquí se denomina ponche. Sólo en Inglaterra se bebía ponche, y como volvería en corto tiempo, tenía la esperanza de que yo alguna vez visitara Inglaterra para demostrarme cómo se prepara la exquisita bebida. Ya sabía lo que tenía que pensar. Poco tiempo después entraron los invitados. El alcalde era un hombrecillo redondo, extremadamente amigable, con ojos satisfechos, chispeantes y una naricilla roja. El doctor Green era un hombre robusto de mediana edad, con llamativo rostro nacional, vestido a la última moda, aunque con descuido. Llevaba anteojos y sombrero. «¡Traedme champaña, que mis ojos se pongan rojos! —gritó patético mientras avanzaba hacia el posadero y le daba un fuerte abrazo—. ¡Granuja, Cambises^[16], habla! ¿Dónde están las princesas? ¡Huele a café y no al elixir de los dioses!». «¡Déjame, oh héroe, retira tu fuerte puño, me estás destrozando las costillas con tu furia!», gritó el posadero jadeante. «¡No te dejaré, cobarde debilucho —continuó el doctor—, antes de que el dulce humo del ponche ofusque nuestros sentidos y cosquillee nuestras narices, ya lo sabes, indigno posadero!». Entonces Ewson cargó con furia contra el doctor: «¡Despreciable Green, lo verás todo verde, gimotearás apesadumbrado, si no abandonas tan vergonzoso acto!». Ahora, pensé, se desencadenará un tumulto y acabarán peleándose, pero el doctor dijo: «¡Así me tranquilizaré, burlándome de la cobarde impotencia, y esperaré al elixir de los dioses que has preparado, digno Ewson!». Dejó libre al posadero, que salió corriendo y se sentó a la mesa con el gesto de un Catón. Tomó la pipa llena de tabaco y exhaló grandes nubes de humo. «¿No os parece como si estuviéramos en el teatro?», me comentó el amigable alcalde. «Desde que el doctor, que nunca ha

tomado otro libro alemán en las manos, encontró casualmente en mi casa las obras de Shakespeare traducidas por Schlegel, no deja de interpretar, según su expresión, antiguas y conocidas melodías con un instrumento ajeno. Habréis notado que hasta el posadero habla con ritmo; el doctor le ha, por decirlo así, 'yambizado'.» El posadero trajo la fuente con el ponche humeante y, a pesar de que Ewson y Green juraron que era imbebible, no dejaron de vaciar en sus gznates un gran vaso tras otro de la denostada bebida. Mantuvimos una razonable conversación. Green permaneció parco en palabras, sólo de vez en cuando expresaba su opinión de manera extraña y para llevar la contraria. El alcalde habló, por ejemplo, del teatro de la ciudad. Aseguré que el primer actor era excelente. «Yo no lo encuentro así —intervino el doctor casi al mismo tiempo—. ¿No creéis que si el hombre hubiese actuado seis veces mejor, hubiera sido más digno de aplauso?». Tuve que reconocerlo a la fuerza y añadí solamente que este interpretar seis veces mejor le hacía falta al actor, que tan lastimosamente interpretaba a los padres cariñosos. «¡Yo no lo encuentro así —repitió Green—, el hombre da todo lo que tiene! ¿Puede acaso evitar tender a lo malo? ¡Ha logrado una gloriosa perfección dentro de lo malo, por ello se le debe alabar!».

»El alcalde estaba sentado, con su talento para suscitar todo tipo de locas ocurrencias y opiniones, en medio de los dos, como el principio de sugestión. Así continuó la conversación hasta que el fuerte ponche empezó a hacer efecto. Entonces Ewson sufrió un ataque de buen humor turbulento: graznó canciones nacionales, arrojó casaca y peluca por la ventana y comenzó a danzar de manera tan burlesca y con muecas tan extrañas que cualquiera podría haberse revolcado de risa. El doctor permaneció serio, aunque experimentaba las más extrañas visiones. Tomó la fuente del ponche por un violín y quería a toda costa tocarlo y acompañar a Ewson con la cuchara, de lo que sólo le pudieron apartar las firmes protestas del posadero. El alcalde se había vuelto cada vez más silencioso, al final trastabilló en una de las esquinas de la habitación, donde se sentó y comenzó a llorar. Comprendí la señal del posadero y pregunté al alcalde por el motivo de su profundo dolor. «¡Ay! ¡Ay! —sollozó—, el príncipe Eugenio fue un general tan grande, y sin embargo semejante héroe tuvo que morir. ¡Ay!», volvió a llorar con tanta fuerza que las lágrimas corrían por sus mejillas.

»Intenté consolarle en lo posible de la pérdida del valiente príncipe del pasado siglo, pero era en vano. El doctor Green había cogido mientras tanto una gran despabiladera y se precipitó con ella hacia la ventana abierta. Su intención no era otra que limpiar la luna, cuya claridad resplandecía en la habitación. Ewson saltó y gritó como si estuviera poseído por mil demonios, hasta que el sirviente, haciendo caso omiso de la claridad de la luna, entró en la habitación con una linterna y exclamó: «¡Aquí estoy, caballeros, ya pueden salir!». El doctor se plantó delante de él y, echándole el humo a la cara, le dijo: «¡Bienvenido, amigo! ¿Eres Squenz, el que trae la luz de la luna, el perro y la zarza^[17]? ¡Te he limpiado, bribón, por eso reluces tanto! ¡Buenas noches, creo que he bebido demasiado del despreciable bebedizo!

¡Buenas noches, noble posadero! ¡Buenas noches, mi Píladés^[18]!».

»Ewson juró que nadie debería irse a casa sin romperse la crisma, pero nadie le prestó atención. El sirviente cogió al doctor por un brazo y al alcalde, que no cesaba de lamentar la pérdida del príncipe Eugenio, por otro, y así se tambalearon por la calle hasta llegar al Ayuntamiento. Con esfuerzo pudimos llevar al loco de Ewson hasta su habitación, donde todavía se dedicó a alborotar con la flauta hasta altas horas de la madrugada, de tal suerte que no pude pegar ojo. Sólo al día siguiente, durmiendo en el coche, pude recuperarme de aquella noche loca en la posada.

La narración del médico de cámara fue interrumpida a menudo con fuertes risas, en la medida en que esto es posible en el círculo de una Corte. El Soberano pareció haberse divertido bastante.

—Sólo una figura —le comentó al médico— habéis colocado en la pintura muy en segundo plano, y es la vuestra, pues apuesto que vuestro a veces maligno humor incitó al loco de Ewson y al patético doctor a decir mil absurdas extravagancias, y que vos erais realmente el principio de sugestión y no el lamentable alcalde.

—Aseguro, honorable señor —replicó el médico—, que este club compuesto de locura tan extraña, era tan perfecto en sí que todo lo extraño habría producido una disonancia. Para permanecer en el símil musical, los tres hombres constituían el más puro tritono, cada uno distinto, pero sonando armónicamente. El posadero aparecía como la séptima.

Se continuó hablando en este mismo tenor hasta que, como era usual, el Soberano y su familia se retiraron a sus habitaciones y la reunión se disolvió de muy buen humor. Me adentraba animado y dichoso a vivir en un mundo nuevo. Cuanto más entraba en contacto con la tranquila y placentera vida en la Corte, cuanto más espacio se me otorgaba en el que podía afirmarme con honor y reconocimiento, menos pensaba en el pasado, así como en la posibilidad de que mis actuales circunstancias pudiesen en algún momento modificarse. Al príncipe regente parecía agradaarle especialmente mi persona, y a través de distintas insinuaciones fugaces pude deducir que deseaba mantenerme de uno u otro modo en su proximidad. No se podía negar que una cierta uniformidad en la educación, incluso una cierta conducta estereotipada en la actividad científica y artística, que se extendía desde la Corte a toda la capital, habría terminado por disgustar en un periodo corto de tiempo a un hombre inteligente y acostumbrado a la libertad sin condiciones. Sin embargo, esta costumbre de someterse a las formas, que al menos regulan la vida exterior, por muy fastidiosa que se tornase debido a las limitaciones surgidas por la estrechez de miras que dominaba en la Corte, me resultó positiva. Mi anterior vida monacal era sin duda la que aquí surtía efecto de manera inadvertida. No obstante, por más que el Soberano me ensalzaba y por más que me esforzaba por atraer la atención de la Soberana, ella permanecía fría y cerrada. Incluso parecía como si mi presencia la perturbara de una

manera especial, pues sólo con esfuerzo era capaz de intercambiar conmigo algunas palabras como hacía con los demás. Con las damas que la rodeaban tenía más éxito. Mi aspecto parecía haber causado una buena impresión y, al moverme con asiduidad en su círculo, me fue posible adquirir la maravillosa educación mundana, denominada galantería, que no consiste en otra cosa que en transferir la ductilidad corporal externa, adaptada a cualquier momento y lugar, a la conversación. Consiste por lo tanto en el talento extraordinario de charlar sobre nada utilizando palabras importantes, para así despertar en las mujeres un cierto placer por el que, teniendo en cuenta la manera en que se ha originado, no tienen que reprocharse nada a sí mismas. Que esta propia y elevada galantería no tiene nada que ver con toscas lisonjas, se deduce de lo dicho, aunque en este tipo de conversación interesante, que suena como un himno para el halagado, todo proviene del ser más íntimo, de tal manera que el «sí mismo» parece surgir claro y reverberar con satisfacción en el reflejo del propio «yo». ¿Quién habría podido reconocer en mí al monje? El único lugar que todavía consideraba peligroso era la iglesia, en la que me fue difícil evitar aquellos ejercicios espirituales monacales que se distinguen por un ritmo y tiempo especiales.

El médico de cámara era el único que no había aceptado el cuño con el que todos, como si fuesen monedas, habían sido marcados, lo que hizo que me acercara a él. También él se sintió atraído por mi persona, ya que, como bien sabía, yo había manifestado mi oposición y mis opiniones sin embozo, que, además, habían penetrado en el Soberano, tan accesible a las verdades audaces, y habían logrado proscribir el odiado juego del faro de una vez por todas.

Así ocurrió que pasábamos mucho tiempo juntos, ya fuese hablando de arte o de ciencias, ya sobre la vida que se abría ante nosotros. El médico veneraba a la Soberana tanto como yo, y aseguraba que sólo era ella la que evitaba cierta insulsez del príncipe regente, ya que sabía disipar aquella extraña forma de aburrimiento que le llevaba superficialmente de una a otra cosa, de tal manera que a menudo y de forma inadvertida le ponía un juguete inocente en las manos. No dejé de quejarme, aprovechando la oportunidad, de que la Soberana experimentara ante mi presencia un irrefrenable malestar, sin que hubiera podido averiguar a qué se debía. El médico se levantó enseguida y sacó, ya que nos encontrábamos en su habitación, un pequeño retrato de su escritorio. Mientras lo ponía en mis manos, me recomendó que lo examinara atentamente. Así lo hice y quedé asombrado al reconocer en las facciones del retratado las mías propias. Sólo el peinado y el traje, que había sido pintado de acuerdo a una moda ya pasada, diferían. Si se añadían las grandes patillas, obra maestra de Belcampo, se trataba de mi mismo retrato. Lo reconocí abiertamente ante el médico.

—Y esta similitud —dijo— es la que asusta e intranquiliza a la Soberana tantas veces como os encontráis en su proximidad, pues vuestro rostro aviva el recuerdo de un acontecimiento horrible que, hace años, sacudió a la Corte como un golpe demoledor. El médico anterior, que murió hace algunos años y del que soy discípulo

científico, me reveló el suceso que afectó a la familia del Soberano y me dio al mismo tiempo el cuadro en el que está retratado el, por aquel entonces, favorito del príncipe, Francesco, retrato que, desde el punto de vista artístico, como podéis observar, constituye una auténtica obra de arte. Proviene del maravilloso pintor forastero que en aquel tiempo residía en la Corte y que jugó el papel principal en la tragedia que se desencadenó.

Al contemplar el retrato surgieron en mi mente ideas confusas, que en vano intentaba clarificar. Aquel acontecimiento parecía albergar un secreto en el que yo mismo estaba implicado, por lo que apremié al médico para que me confiase lo que me parecía justificar el casual parecido con Francesco.

—Comprendo —dijo el médico— que este suceso tan extraño despierte vuestra curiosidad y, aunque no me gusta hablar acerca de este tema, sobre el que además, en lo que a mí concierne, pesa todavía un velo enigmático que ya no deseo descubrir, os contaré todo lo que sé. Han transcurrido muchos años y los protagonistas ya han desaparecido de la escena; sólo el recuerdo es el que sigue obrando con hostilidad. Os pido que no reveléis a nadie nada de lo que vais a oír.

Se lo prometí, y el médico comenzó su narración como sigue:

—En el tiempo en que nuestro Soberano contrajo matrimonio, regresó su hermano de un largo viaje, acompañado de un hombre al que llamaba Francesco, aunque se sabía que era alemán, y de un pintor. El príncipe era uno de los hombres más hermosos que se han visto y ya sólo por ello destacaba ante nuestro Soberano, si no fuera porque también le superaba en vitalidad y fuerza espiritual. También causó una extraordinaria impresión en la joven Soberana, que en aquellos años mostraba gran alegría, pero a la que el Soberano trataba con demasiada frialdad y formalidad. Así ocurrió que el príncipe se sintió atraído por la bella y joven esposa del hermano. Sin pensar en una relación pecaminosa, tuvieron que rendirse al poder irresistible que, encendiéndose recíprocamente, condicionaba sus vidas interiores y alimentaba la llama que fundió sus seres en uno. Sólo Francesco podía ser comparado en todos los respectos con su amigo, y de la misma manera que el príncipe impresionaba a la esposa de su hermano, así lo hacía Francesco con la hermana mayor de la Soberana. Francesco se dio cuenta rápidamente de su fortuna y la utilizó con astucia, creciendo la inclinación de la princesa hasta convertirse en el amor más fuerte y ardiente. El Soberano estaba demasiado convencido de la virtud de su esposa como para no despreciar todo el malicioso chismorreó, aunque las relaciones tensas con el hermano le pesaban. Sólo a Francesco le era posible mantenerle en una cierta calma, ya que había ganado su amor gracias a su extraordinario espíritu y prudencia. El Soberano quería elevarle a una de las más altas dignidades de la Corte, pero él se contentaba con las prerrogativas secretas del preferido y con el amor de la princesa. La Corte se movía, tan bien como podía, al compás de estas relaciones, pero sólo las cuatro personas unidas por lazos secretos eran felices en el Eldorado del amor que habían construido para sí, y del que quedaban excluidos los demás. Bien podría haber

organizado el Soberano, sin que nadie lo supiera, la aparición con mucha pompa de una princesa italiana en la Corte, que con anterioridad había sido considerada como posible esposa del príncipe, y por la que él, cuando se encontraba de viaje en la Corte del padre, había mostrado una ostensible inclinación. Ella debió de ser excepcionalmente bella y la gracia en persona, lo que queda confirmado por el espléndido retrato que todavía podéis contemplar en la galería. Su presencia animó la Corte hundida en un sombrío aburrimiento, logró irradiar alegría a todos, incluso a la Soberana y a su hermana. El comportamiento de Francesco se alteró de manera llamativa poco después de la llegada de la italiana. Parecía como si una enigmática aflicción consumiera la plenitud de su vida. Se tornó adusto, cerrado, empezó a descuidar a su amante. En cuanto al príncipe, se volvió pensativo, se sentía invadido por sentimientos que no era capaz de contrarrestar. La llegada de la italiana supuso para la princesa una puñalada en el corazón. Para ella, que tanto tendía al entusiasmo, toda felicidad en este mundo había huido con el amor de Francesco. Así, los cuatro afortunados y envidiados se sumieron en pesadumbre y tristeza. El príncipe se resarcía primero al no poder resistirse, teniendo en cuenta la severa virtud de su cuñada, a los encantos de la seductora mujer. La relación ingenua con la Soberana, surgida desde lo más profundo de su interior, se desmoronó en el placer sin nombre que le prometía la italiana. Entonces ocurrió que fue víctima de las antiguas ataduras, de las que no hacía mucho tiempo había logrado desasirse. Cuanto más quedaba prendido el príncipe de este amor, más llamativo se volvía el comportamiento de Francesco, al que ya apenas se le veía en la Corte. Vagaba solitario de un lado a otro, ausentándose a menudo de la Capital durante semanas. El pintor, por el contrario, que era extraordinariamente tímido, se dejaba ver con mucha más asiduidad. Le encantaba trabajar en el *atelier* que la italiana había hecho construir en su casa. La pintó varias veces con una expresión incomparable. Parecía no tenerle ningún afecto a la Soberana; evitó pintarla a toda costa, y sin embargo terminó el retrato de su hermana de manera espléndida y con un parecido excepcional, sin que hubiese posado ni una sola vez. La italiana concedía al pintor tantas atenciones, y él a su vez la trataba con tal galantería y confianza que el príncipe comenzó a sentir celos. Cuando una vez le encontró trabajando en el *atelier*, con la mirada fija en el rostro de la italiana, como si estuviera hechizado, y no pareció advertir su entrada, le dijo que hiciera el favor de no trabajar más allí y que se buscara un nuevo estudio. El pintor dejó el pincel con tranquilidad y elegancia y, a continuación, tomó en silencio el cuadro del caballete. Con gran despecho el príncipe se lo arrebató de las manos con la excusa de que estaba muy conseguido y deseaba poseerlo. El pintor, siempre con sosiego y relajado, le pidió que le permitiera completar el cuadro con algunas pinceladas. El príncipe colocó de nuevo el cuadro en el caballete. Transcurridos unos minutos, el pintor se lo devolvió, sonriendo abiertamente cuando el príncipe contempló el rostro horrible y deformado en que se había convertido el retrato. Después salió el pintor lentamente de la sala, pero ya cerca de la puerta se volvió,

miró al príncipe con mirada seria y penetrante y le dijo con voz apagada y solemne: «¡Ahora estás perdido!».

»Todo esto ocurrió cuando la italiana ya había sido declarada oficialmente prometida del príncipe y la solemne ceremonia iba a tener lugar en pocos días. El príncipe no volvió a ocuparse del comportamiento del pintor, ya que éste tenía fama de ser a veces víctima de ataques de locura. A partir de aquel suceso se contaba que permanecía sentado en su pequeña habitación mirando todo el día un lienzo, mientras aseguraba trabajar en cuadros espléndidos. De esta manera olvidó la Corte y fue a su vez olvidado por ella.

»La boda del príncipe con la italiana se celebró en la Corte de la manera más solemne. La Soberana se había conformado con su destino y había renunciado a una inclinación insatisfactoria y sin objeto. Su hermana se hallaba transfigurada, pues su amado Francesco había aparecido de nuevo, más lleno de alegría de vivir que nunca. El príncipe ocuparía con su esposa una de las alas del palacio, que había sido construida y habilitada para este fin según propias instrucciones del Soberano. Con las obras se encontraba en su esfera de acción; sólo se le veía rodeado de arquitectos, pintores, tapiceros, hojeando grandes libros, desplegando planos, bocetos, que en parte él mismo había trazado y de los cuales muchos no se llevaron a buen término. Ni el príncipe ni su prometida podían ver la obra concluida hasta la noche del día de la boda, en el que, conducidos por el Soberano, serían llevados en procesión solemne hasta las lujosas estancias, que en verdad estaban decoradas con gran ostentación y gusto. El baile en una sala espléndida, que semejaba un jardín florido, pondría fin a la fiesta. Por la noche surgió en el ala del príncipe un ruido sordo, que poco a poco fue derivando en un auténtico estrépito, y que terminó por despertar al Soberano. Intuyendo la desgracia; saltó de la cama y se apresuró, acompañado de la guardia, hacia las alejadas estancias del príncipe. Entraba en el amplio pasillo, cuando traían al príncipe, que había sido encontrado muerto con una cuchillada en el cuello ante la puerta de la cámara nupcial. Os podéis imaginar el horror del Soberano, la desesperación de la princesa italiana y la profunda, desgarradora pena de la Soberana. Cuando el Soberano se tranquilizó empezó a preguntarse cómo había podido ocurrir el crimen, cómo había podido huir el asesino con los pasillos vigilados por la guardia. Se buscó en todos los posibles escondrijos, pero en vano. El paje que servía al príncipe contó cómo había iluminado el camino a su señor hasta la antecámara nupcial. Según dijo, al príncipe le había invadido con anterioridad un sentimiento de angustia y había estado intranquilo, paseando largo tiempo de un lado a otro de la habitación, hasta que finalmente se desvistió. Al llegar a la antecámara, el príncipe tomó la luz y le mandó de regreso. Apenas había entrado, cuando se escuchó un grito ronco, un golpe y el tintinear de la lámpara. Regresó rápidamente y pudo ver gracias al resplandor de una llama que todavía ardía en el suelo, al príncipe ante la puerta de la cámara nupcial y junto a él un cuchillo pequeño ensangrentado. Después gritó pidiendo ayuda. Según la narración de la esposa del infeliz príncipe, él había entrado,

una vez que se habían alejado las damas de compañía, en la habitación con impetuosidad y sin luz. Había permanecido con ella alrededor de media hora y luego se había alejado. Minutos después aconteció la tragedia. Cuando todas las posibilidades acerca de la autoría del crimen fueron tomadas en consideración y no se encontraba ningún medio de conocer al autor del crimen, entró en escena una de las damas de cámara de la princesa, que había sido testigo del embarazoso encuentro entre el pintor y el príncipe (había permanecido en la habitación contigua con la puerta abierta), contando todas las circunstancias al respecto. Nadie dudó entonces que el pintor había sabido deslizarse hasta el palacio y había asesinado al príncipe. El pintor tenía que ser detenido al instante; sin embargo hacía dos días que había desaparecido de la casa y nadie sabía adonde había ido. Todas las investigaciones acerca de su paradero resultaron infructuosas. La Corte quedó sumida en una profunda tristeza, compartida por toda la ciudad. Sólo Francesco, de nuevo visitante asiduo en la Corte, supo conjurar en el pequeño círculo familiar con algunos rayos de sol las sombrías nubes.

»La princesa italiana sintió que estaba embarazada, y como parecía evidente que el asesino de su esposo había tomado su figura para cometer una infamia, se trasladó a un lejano castillo del Soberano para que el nacimiento pasase inadvertido y así el fruto de una impiedad infernal, traicionada por la ligereza de una sirvienta al contar los acontecimientos en la cámara nupcial, permaneciera oculta al mundo y no dañase la memoria del infeliz esposo.

»La relación de Francesco con la hermana de la Soberana se tornó en aquellos tiempos de tristeza más fuerte y espiritual, y también aumentó la amistad que la pareja regente sentía por él. El Soberano conocía hacía tiempo el secreto de Francesco, y no pudo resistir por mucho tiempo la insistencia de su esposa y de la princesa, por lo que otorgó su consentimiento a una boda secreta. Francesco tendría que adquirir un alto grado militar al servicio de una Corte lejana y a continuación anunciar públicamente su matrimonio con la princesa. En aquella Corte este plan era posible por aquellos tiempos, gracias a las relaciones que sostenía el Soberano.

»El día de la ceremonia llegó. El Soberano, con su esposa y dos hombres de confianza de la Corte (entre ellos mi antecesor), eran las únicas personas presentes en la pequeña capilla del palacio. Un paje, que conocía el secreto, vigilaba la puerta.

»La pareja estaba ante el altar, el confesor del Soberano, un anciano sacerdote de gran dignidad, comenzó a pronunciar las fórmulas pertinentes después de que la ceremonia hubiera transcurrido con tranquilidad, cuando Francesco palideció y con su mirada hosca dirigida hacia los pilares del altar mayor gritó con voz ronca: “¿Qué quieres de mí?”. Apoyado en uno de los pilares se encontraba el pintor con un traje extraño, la capa violeta echada sobre los hombros, penetrando a Francesco con la mirada espectral de sus cavernosos ojos negros. La princesa estaba a punto de desmayarse; todos temblaban invadidos por el horror; sólo el sacerdote permaneció tranquilo y se dirigió a Francesco: “¿Por qué te espanta la presencia de este hombre si

tu conciencia está limpia?”. Entonces Francesco se levantó de pronto, ya que todavía se hallaba de rodillas, y acometió al pintor con un pequeño cuchillo en la mano, pero antes de que lo hubiese alcanzado cayó sin sentido lanzando un sordo lamento. El pintor desapareció tras uno de los pilares. Todos despertaron de una especie de estupor y se lanzaron a ayudar a Francesco, que yacía como si estuviera muerto. Para evitar cualquier escándalo, fue llevado por los dos hombres de confianza a la habitación del Soberano. Cuando recobró el sentido, reclamó con insistencia que se le dejase volver a su casa, sin querer responder a ninguna de las preguntas del Soberano acerca del enigmático suceso en la iglesia. A la mañana siguiente Francesco había huido de la ciudad con las joyas que el favor del Soberano y del príncipe le habían procurado. El Soberano intentó por todos los medios averiguar el secreto que se escondía tras la fantasmal aparición del pintor. La capilla tenía sólo dos entradas, de las cuales una llevaba desde la habitación interior del palacio hasta una zona cercana al altar mayor; la otra, por el contrario, desde el pasillo principal hasta la nave de la capilla. Esta entrada había sido vigilada por el paje para que ningún curioso se aproximase, la otra estaba cerrada. Era por tanto incomprensible cómo el pintor había aparecido y desaparecido de la capilla. Francesco había sujetado el cuchillo, blandido contra el pintor, con tal fuerza, a pesar de estar inconsciente, que pareció como si la mano hubiera estado rígida y atrofiada. El paje (el mismo que en aquella desgraciada noche nupcial había ayudado a desvestir al príncipe y que ahora había vigilado la puerta) afirmó que el cuchillo era el mismo que había visto al lado del príncipe, ya que su empuñadura de plata brillante le había llamado la atención. Poco después de estos acontecimientos llegaron noticias de la princesa. El mismo día en que Francesco tenía que haberse casado, había dado a luz un niño y había fallecido poco después del alumbramiento. El Soberano lamentó su pérdida, aunque el secreto de la noche de bodas pesaba en su corazón y en cierta manera despertaba quizá alguna sospecha injusta contra ella. El hijo, el fruto de un acto impío e infame, fue educado en tierras lejanas bajo el nombre de Victorino. La princesa (quiero decir la hermana de la Soberana), destrozada interiormente por los horribles acontecimientos que sobre ella se habían desencadenado en un periodo de tiempo tan breve, eligió el convento. Ella es, como os será conocido, la abadesa del convento cisterciense en ***. También con extraños y enigmáticos componentes, en relación a nuestra Corte, se desarrollaron hace no mucho tiempo determinados sucesos en el castillo del barón F., que dispersaron su familia como había acontecido con la del Soberano. La abadesa, sintiendo compasión por la miseria de una pobre mujer que, acompañada de un niño pequeño, regresaba de una peregrinación al Sagrado Tilo, había...

Aquí una visita interrumpió la narración del médico, y me fue posible disimular la tormenta que se desencadenaba en mi interior. Ante mi alma estaba claro que Francesco era mi padre. ¡Él había asesinado al príncipe con el mismo cuchillo con el

que yo había matado a Hermógenes! Decidí viajar a Italia y salir del círculo en el que el poder maligno y hostil me había confinado. Aquella misma noche aparecí en el círculo de la Corte. Se hablaba mucho de una señorita espléndida y bellísima, que como dama de la Corte haría por primera vez su aparición acompañando a la Soberana, ya que había llegado a la ciudad el día anterior.

Las puertas se abrieron, la Soberana entró acompañada de la forastera. Reconocí a Aurelia de inmediato.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

La crisis

¡En qué vida no surge alguna vez el enigma de un amor maravilloso, guardado en lo más profundo del corazón! Quienquiera que seas y leas estas páginas en el futuro, evoca aquel tiempo luminoso, contempla de nuevo aquella encantadora imagen de mujer que salió a tu encuentro encarnando al mismo espíritu del amor. Entonces sólo creíste reconocer en ella a tu ser superior. ¿Recuerdas todavía cómo los murmullos de las fuentes, el susurro de los árboles, el acariciador viento de la noche te hablaban tan nítidamente de ella, de tu amor? ¿Puedes sentir todavía cómo las flores te miraban con sus ojos claros y amables, trayéndote saludos y besos de tu amada? Y ella vino a ti, quiso ser tuya del todo. ¡La abrazaste lleno de pasión ardiente y quisiste, elevándote por encima de la tierra, inflamarte en un anhelo vehemente! Pero el misterio no llegó a consumarse. Un poder tenebroso te atrajo fuerte y violento hacia la tierra, cuando te esforzabas por alcanzar con ella el lejano más allá. Antes de que hubieses osado albergar esperanzas, ya la habías perdido. Todos los sonidos, todas las voces se extinguieron, y sólo pudo escucharse la queja desesperada del solitario, gimiendo espantosamente a través del sombrío yermo. ¡Tú, desconocido! Si un dolor semejante te ha destrozado alguna vez el alma, entonces comprenderás el lamento sin consuelo del envejecido monje que, recordando en la celda tenebrosa el tiempo luminoso de su amor, baña con sus lágrimas de sangre el duro lecho, y cuyos suspiros de angustia resuenan en la noche tranquila por los sombríos corredores del monasterio. Pero tú, tú que compartes los sentimientos de mi alma, tú también crees que la mayor bendición del amor, la consumación del misterio, llega con la muerte. Así nos lo anuncian voces oscuras y vaticinadoras, que no provienen de ninguna dimensión temporal mensurable con escalas terrenales. ¡Como en los Misterios que celebraban los hijos de la naturaleza, también para nosotros la muerte significa la consagración del amor!

¡Un rayo recorrió mi interior, mi respiración se hizo agitada, el pulso se aceleró, el corazón latía desenfrenado, como si quisiese salirse del pecho! ¡Hacia ella, hacia ella! ¡Abrazarla con un amor loco y ardiente! «¿De qué te resistes, desventurada, del poder que te une a mí de forma indisoluble? ¿No eres mía, mía para siempre?». Pero esta vez pude dominar mi pasión demencial mejor que antaño, cuando vi a Aurelia por vez primera en el castillo del barón. Además, todas las miradas estaban fijas en ella, así que me fue posible dirigirme hacia un círculo de personas más indiferentes, sin que nadie advirtiera nada extraño en mí o me hablara, lo que me habría resultado insoportable, ya que sólo quería ver, oír y sentir a Aurelia.

Que no se diga que el vestido más simple es el que mejor luce en una joven realmente bella. El arreglo en una mujer ejerce un encanto misterioso que no podemos resistir fácilmente. Es posible que radique en su profunda naturaleza, que una vez arreglada y maquillada surja de su interior todo más bello y resplandeciente, como las flores que sólo se muestran en su perfección cuando se abren exuberantes en plenitud multicolor. Cuando contemplaste por primera vez a tu amada elegantemente arreglada, ¿no te recorrió un extraño sentimiento a través de los nervios y de las venas? Te resultó tan extraña, pero eso mismo le otorgó un atractivo indescriptible. ¡Cómo te estremeció el placer y la concupiscencia cuando pudiste estrechar furtivamente su mano! A Aurelia sólo la había visto con un vestido simple; hoy aparecía, de acuerdo con la costumbre en la Corte, en todo su esplendor. ¡Qué hermosa era! ¡Cómo me sentí agitado ante su presencia por un innombrable encanto, por un dulce deleite! Pero entonces el espíritu del mal surgió poderoso en mi interior y alzó su voz, a la que presté un oído obediente. «¿Te das cuenta, Medardo —me susurraba—, te das cuenta, cómo te domina la fatalidad, cómo el azar, sometido a tu voluntad, sólo une hábilmente los hilos que tú mismo urdes?». Había mujeres en el círculo de la Corte que podían ser consideradas de una belleza perfecta, pero el encanto arrebatador de Aurelia hacía palidecer a todas como si se tratase de colores deslucidos. Un entusiasmo especial excitó a los más pasivos, incluso a los hombres de más edad se les escapó el hilo de la acostumbrada conversación cortesana, en la que se trata de simples palabras que sólo cobran cierto sentido desde el exterior, pero que de repente lo pierden. Era divertido observar cómo cada uno luchaba con esfuerzo visible por aparecer con gesto y palabra, conforme a la costumbre del domingo, ante la forastera. Aurelia recibía todos estos homenajes con los ojos caídos, enrojeciendo con gracia encantadora. Pero cuando el Soberano reunió a su alrededor a todos los hombres de edad, y algunos jóvenes de gran belleza se acercaron tímidos y con palabras amistosas a Aurelia, entonces se volvió visiblemente más animada y abierta. Especialmente le fue posible a un capitán de la guardia llamar su atención, de tal manera que pronto parecieron estar sumidos en una alegre conversación. Yo conocía al capitán como uno de los hombres predilectos de las mujeres. Con economía de medios, que parecían inofensivos, sabía excitar y confundir el espíritu y los sentidos. Escuchando cualquier sonido con fino oído, hacía vibrar rápidamente a voluntad, como un hábil jugador, todos los acordes que armonizaban, de tal modo que la víctima sólo creía oír en los tonos ajenos su propia música interior. No me encontraba muy lejos de Aurelia, aunque ella no parecía haber advertido mi presencia. Quería ir hacia donde estaba, pero como si estuviera impedido por cadenas de hierro, no me fue posible moverme del sitio. Mirando de nuevo fijamente al capitán, me pareció de repente como si Victorino estuviese al lado de Aurelia. En ese momento reí con un sarcasmo feroz:

—¡Eh! ¡Eh, tú, maldito! ¿Te has encamado ya de tal manera con el diablo que intentas levantarle encelado la manceba al monje?

No sé si realmente dije esas palabras, pero me escuché a mí mismo reír y desperté como de un profundo sueño cuando el viejo mayordomo mayor me preguntó, tomándome ligeramente de la mano:

—¿De qué os alegráis tanto, querido señor Leonardo? Un escalofrío recorrió mi cuerpo.

¿No eran ésas las mismas palabras del piadoso hermano Cirilo, que me preguntó de la misma manera cuando advirtió mi risa impía durante la ordenación? Apenas me fue posible balbucear algo fuera de contexto. Sentí que Aurelia ya no estaba en mi proximidad, pero no osé mirar. Salí corriendo a través de las salas iluminadas. Bien pudo ocurrir que todo mi ser diese una impresión intranquilizadora, pues advertí cómo todos me evitaban con timidez cuando me precipité, más que bajé, por las escaleras principales.

Eludí la Corte, ya que me parecía imposible volver a ver a Aurelia sin traicionar mi más profundo secreto. Paseaba solo por la campiña y el bosque, pensando exclusivamente en ella. La convicción de que una oscura fatalidad había unido su destino al mío se hizo más y más fuerte; también que lo que a mí me parecía a veces una pecaminosa impiedad no era más que el cumplimiento de una sentencia eterna e irrevocable. Dándome ánimos con razonamientos de este tenor, me reí del peligro de que Aurelia reconociera en mí al asesino de Hermógenes. Esto me pareció, además, altamente improbable. Qué desdichados me resultaban ahora aquellos jovencitos que, con sus frívolos impulsos, se esforzaban por atraer su atención, sin saber que era del todo mía, que su más tenue hábito estaba condicionado por mi ser. Qué son para mí todos esos condes, barones, gentilhombres de cámara, esos oficiales en sus casacas multicolores, con sus brillantes órdenes, sino pequeños insectos engalanados e impotentes, que si me llegaran a ser incómodos destrozaría con mi fuerte puño. Apareceré ante ellos llevando el hábito, con Aurelia vestida de novia en mis brazos, y la orgullosa princesa deberá preparar con sus propias manos el lecho nupcial al monje victorioso que desprecia. Sumido en semejantes pensamientos grité a menudo el nombre de Aurelia, riendo y aullando como un demente. Pero la tormenta pasó pronto. Me tranquilicé y fui capaz de tomar aquellas decisiones que me acercarían a Aurelia. Precisamente un día que paseaba por el parque, cavilando si sería aconsejable acudir a la reunión de aquella noche, que el Soberano había hecho anunciar, alguien a mis espaldas tocó mi hombro. Me volví, y el médico se encontraba ante mí:

—Permitidme tomaros el pulso —dijo con celeridad, y tomó mi brazo mientras me miraba fijamente.

—¿Qué significa esto? —pregunté asombrado.

—No mucho —continuó—, aquí se puede haber deslizado en silencio e inadvertida alguna locura que asalta a los hombres como un bandido y coloca en la

situación de tener que prorrumpir en berridos, aunque a veces todo se queda en una risa demencial. Por otro lado se puede tratar sólo de una fiebre benigna provocada por el calor y por algún fantasma o diablo enloquecido, así que permitidme tomar vuestro pulso.

—Le aseguro, señor, que no entiendo nada de lo que decís —fue lo único que se me ocurrió. Pero el médico ya había tomado mi brazo y contaba con la mirada dirigida hacia el cielo: uno-dos-tres.

Su extraño comportamiento me parecía enigmático. Volví a instigarle para que me dijera lo que quería.

—¿No sabéis entonces, querido señor Leonardo, que habéis sumido a toda la Corte en perplejidad y horror? La mujer del mayordomo de palacio sufre bis dato de calambres, y el presidente del Consistorio falta a las sesiones más importantes, ya que se le ha antojado correr con sus pies afectados de podagra, por lo que, sentado en su butaca, brama doliéndose considerablemente de las punzadas. Todo esto ocurrió cuando vos, aquejado de extraña locura, salisteis de la sala después de haber reído de tal manera y sin motivo aparente que todos quedaron horrorizados y con los pelos de punta.

En aquel instante pensé en el mayordomo de palacio y dije que sólo me acordaba de haberme reído en pensamiento, y que en ese caso no podría haber provocado un efecto tan extraño, ya que el mayordomo de palacio me preguntó sin alterarse de qué me alegraba.

—¡Eh! ¡Eh! —continuó el médico de cabecera del príncipe—. Eso no quiere decir nada, el mayordomo de palacio es tal *homo impavidus* que tiene en nada al mismísimo diablo. Permaneció en su tranquila *dolcezza*, aunque el mencionado presidente del Consistorio opinaba realmente que el demonio había reído, querido amigo, a través de vos, por lo que nuestra bella Aurelia quedó de tal modo espantada que todos los esfuerzos que se hicieron por tranquilizarla fueron en vano. Abandonó la reunión muy pronto, para la desesperación de todos los señores, en los que el fuego amoroso hacía humear los exaltados tupés. En el instante en que vos, honorable Leonardo, reisteis tan risueño, Aurelia gritó con un tono espeluznante que penetraba en el corazón: «¡Hermógenes!». ¿Qué puede significar? Probablemente vos lo sabéis. Sois un hombre divertido, inteligente y amable, señor Leonardo, y no me disgusta haberos confiado la extraña historia de Francesco, ya que será para vos aleccionadora.

El médico continuaba sujetando con fuerza mi brazo y me miraba fijamente a los ojos.

—No sé —respondí, soltándome bruscamente— cómo debo interpretar vuestro discurso, señor mío, pero debo reconocer que cuando vi a Aurelia rodeada de todos aquellos hombres acicalados en los que, como vos habéis indicado con gracia, los exaltados tupés humeaban de fuego amoroso, asaltó mi alma un amargo recuerdo de juventud, lo que hizo que, poseído de horrible sarcasmo sobre el comportamiento de

algunos hombres estúpidos, no pudiese evitar reír abiertamente. Siento mucho que, sin quererlo, haya originado tanta desgracia, pero expió mi culpa, ya que me he desterrado a mí mismo voluntariamente de la Corte por un tiempo. Espero que la Soberana y Aurelia puedan perdonarme.

—¡Eh, querido señor Leonardo! —repuso el médico—, se tienen extraños arranques que se pueden frenar fácilmente, siempre y cuando se sea puro de corazón.

—¿Quién puede vanagloriarse de tener un corazón así aquí en la tierra? —me pregunté con voz ahogada.

El médico cambió repentinamente mirada y tono de voz:

—Me dais la impresión —dijo con suavidad y seriedad—, me dais la impresión de que estáis realmente enfermo. Tenéis un aspecto pálido y alterado..., vuestros párpados están caídos y los ojos arden irritados..., el pulso es febril..., habláis con voz apagada..., ¿queréis que os recete algo?

—Veneno —contesté de forma apenas audible.

—¡Vaya! —exclamó el médico—. ¿Así están las cosas? Bien, bien, en vez del veneno, el deprimente remedio de una compañía que os distraiga. También puede ser..., extraño es..., sin embargo..., quizá...

—¡Os suplico, señor —grité indignado—, que no me atormentéis más con vuestras expresiones entrecortadas, sino que me digáis todo!...

—¡Alto! —me interrumpió el médico—. Se dan los equívocos más extraños, señor Leonardo. Tengo casi la certeza de que, basándose en una impresión momentánea, se ha construido una hipótesis que posiblemente puede ser desmentida en pocos minutos. Allí vienen la Soberana y Aurelia; aprovechad este encuentro casual, disculpad su comportamiento, realmente... ¡Dios mío!, en verdad sólo habéis reído..., aunque es cierto que de una manera bastante extraña, pero ¿qué se puede hacer para que personas con una debilidad nerviosa no se asusten? ¡Adiós!

El médico de cámara se alejó con la agilidad que le caracterizaba. La princesa y Aurelia bajaban por el sendero. Temblé e intenté sobreponerme empleando todas mis fuerzas. Sentía, después de escuchar las enigmáticas palabras del médico, que todo dependía de que supiera afirmar mi posición. Atrevido, salí al encuentro de las paseantes. Cuando Aurelia me vio, cayó como muerta lanzando un grito desgarrador; quise acercarme, pero la Soberana me hizo gestos de rechazo para que me fuera mientras gritaba pidiendo ayuda. Huí a través del parque como si fuese azotado por furias y demonios. Me encerré en mi casa y me arrojé en el lecho, rechinando los dientes de furia y desesperación. Llegó la noche; entonces escuché cómo abrían la puerta de entrada. Varias voces murmuraban y susurraban; la escalera vaciló y sentí cómo subían a tientas. Finalmente llamaron a mi puerta y me ordenaron abrir en nombre de la autoridad. Sin poseer una clara conciencia del peligro que corría, creí que estaba perdido. Salvarme huyendo, pensé rápidamente, y rompí la ventana. Pude ver hombres armados ante la casa; uno de ellos me descubrió al instante: «¿Adónde va?», me preguntó. En ese instante derribaron la puerta de mi habitación. Entraron

varios hombres. Por la luz de una linterna que portaba uno de ellos pude distinguir que eran guardias. Me mostraron la orden de detención expedida por el juez de lo criminal. Cualquier resistencia hubiese sido una locura. Me arrojaron en el interior del coche que permanecía delante de la casa. Cuando llegué al que parecía el lugar de destino, pregunté dónde me hallaba y recibí esta respuesta: «en las cárceles del castillo de la zona alta». Sabía que aquí encerraban a criminales peligrosos durante los procesos. No transcurrió mucho tiempo hasta que trajeron mi cama, y el vigilante preguntó si deseaba algo más para mi comodidad. Respondí que no, quedándome por fin solo. Los pasos, que resonaban en la lejanía, así como el abrir y cerrar de muchas puertas, me hicieron suponer que me encontraba en uno de los calabozos más profundos de la prisión. De forma inexplicable me había ido tranquilizando durante todo el viaje, que había sido bastante largo, incluso había quedado sumido en una especie de aturdimiento de los sentidos que dotaba a las imágenes que pasaban ante mí de colores pálidos, casi diluidos. No pude conciliar el sueño, más bien caí en una inconsciencia paralizante de los pensamientos y de la fantasía. Cuando desperté con la claridad de la mañana, empecé a recordar poco a poco lo sucedido y a dónde había sido llevado. El calabozo abovedado donde yacía, casi con la forma de una celda monacal, apenas habría podido ser considerado una mazmorra, si no fuese por la pequeña ventana provista de sólidas barras de hierro que estaba situada a una altura que hacía imposible alcanzarla con los brazos estirados, y por la que mucho menos me podía asomar. Sólo algunos exiguos rayos solares penetraban a través de la pequeña abertura. Me entró curiosidad por investigar los alrededores del lugar en el que me encontraba, así que acerqué mi cama a la pared de la ventana y puse la mesa encima. Precisamente cuando me iba a subir, apareció el vigilante, que se maravilló de mi proceder. Me preguntó qué hacía y le respondí que sólo quería mirar por la ventana. Volvió entonces a poner mesa, cama y silla en su sitio y cerró de nuevo la puerta. No había transcurrido una hora, cuando regresó acompañado de dos hombres. Me llevaron, subiendo y bajando escaleras, hasta una pequeña sala, donde me esperaba el juez. A su lado se sentaba un joven, al cual dictó a continuación todas las respuestas que di a las preguntas que me dirigió. Probablemente debía agradecer la cortesía con que se me trató a mis relaciones y buena reputación en la Corte, que durante tanto tiempo había disfrutado. Todo ello me hizo también pensar que sólo presunciones, que exclusivamente podían basarse en las sospechas y vagas suposiciones de Aurelia, constituían los motivos de mi detención. El juez reclamó que aportara datos correctos acerca de mis condiciones de vida hasta ese día. Le pedí que me comunicara antes el motivo de mi repentina detención. Replicó entonces que sobre el crimen que se me imputaba habría tiempo suficiente para hablar. Ahora sólo se trataba de conocer con exactitud toda mi peripecia vital hasta la llegada a la capital. Me recordaba, además, que al tribunal de lo criminal no le faltarían medios para constatar todos los datos que aportase, hasta los más insignificantes, por lo que me conminaba a permanecer fiel a la verdad. Esta advertencia del juez, un hombre

pequeño y escuálido con pelos de color rojo subido, voz lloriqueante, ronca y ridícula, cayó en terreno sembrado. Ahora me acordaba de que en mi narración debía simplemente tomar el hilo y seguir tejiendo en la misma dirección que había apuntado, cuando indiqué mi nombre y lugar de nacimiento en la Corte. También sería necesario, evitando todo lo llamativo, concentrarme en la vida cotidiana, pero intentar que ésta se desarrollara en lugares lejanos e inciertos, de tal modo que, en todo caso, las averiguaciones resultasen complejas y difíciles. En ese instante recordé a un joven polaco con el que había estudiado en el seminario de B. Decidí apropiarme de sus sencillas circunstancias personales. Preparado de esta manera, comencé como sigue:

—Es posible que se me inculpe de un grave delito. Durante este tiempo he vivido ante los ojos del Soberano y de toda la ciudad, y en el periodo de mi residencia aquí no ha sido cometido ningún crimen por el que yo tuviera que responder ante la justicia, ya fuese como autor o como cómplice. Debe de ser, por consiguiente, un forastero el que me acusa de un delito cometido antes de mi llegada, y ya que me siento completamente libre de toda culpa, puede ser que un parecido desafortunado haya despertado la sospecha de mi culpabilidad. Teniendo en cuenta esta situación, encuentro muy duro que por causa de presunciones vacías y prejuicios se me trate igual que a un criminal y se me encierre en la cárcel. ¿Por qué no se persona aquí mi frívolo y tal vez maligno acusador?... Seguro que termina por ser un imbécil que...

—Despacio, despacio, señor Leonardo —dijo el juez con voz chillona—, moderaos en vuestras deducciones, si no podríais ofender de manera abyecta a personas de elevada condición, y el forastero que os ha reconocido, señor Leonardo, o señor... —se mordió rápidamente los labios—, no es ni frívolo ni imbécil, sino... Bien, entonces tenemos buenas noticias de...

Nombró una región, donde se encontraban los bienes del barón E, y todo se aclaró para mí. Era evidente que Aurelia me había reconocido como el monje que había asesinado a su hermano. Este monje era, sin embargo, Medardo, el famoso predicador del monasterio capuchino en B. Como tal le había reconocido Reinaldo, y así lo había manifestado. Que Francesco era el padre del tal Medardo, lo sabía la abadesa, así que debió de ser mi similitud con él, que a la Soberana le resultó tan inquietante desde un principio, la que elevó la presunción, posiblemente objeto de correspondencia entre la princesa y la abadesa, casi a certeza. También era posible que se hubiesen reunido informaciones en el mismo monasterio capuchino en B., y que se hubiese seguido la pista hasta establecer mi identidad como el monje Medardo. Todo esto lo pensé con celeridad y comprendí la seriedad de mi situación. El juez continuaba su plática, lo que me favorecía, ya que así pude recordar el nombre de la ciudad polaca que tanto tiempo había buscado en vano en mi memoria, y que había indicado a la anciana dama de la Corte como mi lugar de nacimiento. Apenas había terminado el juez su sermón con la brusca advertencia de que contara mi vida sin desviarme del asunto, cuando comencé:

—En realidad me llamo Leonardo Krczynski y soy hijo único de un noble que vendió su pequeño lote de tierras para instalarse en la ciudad de Kwieczzewo.

—¿Qué? ¿Cómo? —exclamó el juez, mientras se esforzaba en vano por pronunciar tanto mi supuesto nombre como el de mi ciudad de nacimiento. El protocolante no sabía en absoluto cómo debía escribir las palabras. Tuve que escribirlas yo mismo y continué.

—Apreciaréis, señor, lo difícil que es para una lengua alemana pronunciar un nombre tan rico en consonantes, aquí reside primordialmente el motivo por el que, tan pronto como llegué a Alemania, prescindí de él y me presenté sólo con mi nombre propio, Leonardo. Por lo demás, no hay vida más simple que la mía. Mi padre, un autodidacta, aceptó mi vocación científica y quería enviarme a Cracovia con un eclesiástico emparentado con la familia, Stanislaw Krczynski. Pero mi padre murió, así que nadie se preocupó ya de mí. Vendí la casa y lo poco que teníamos, liquidé algunas deudas y me trasladé efectivamente con el patrimonio heredado de mi padre a Cracovia, donde estudié unos años bajo la atenta vigilancia de mi pariente. Luego fui a Dantzig, y después a Königsberg. Finalmente, impulsado por una fuerza irresistible, emprendí un viaje hacia el sur. Tenía la esperanza de sobrevivir con el resto de la herencia y luego encontrar un puesto en cualquier universidad, pero me habría ido realmente mal si no hubiese obtenido ganancias considerables en la partida de faro del Soberano, lo que me permitió quedarme aquí algún tiempo más con comodidad para después, como tenía planeado, seguir viaje hacia Italia. Algo extraordinario que sea digno de contar no ha acaecido en mi vida. Pero debo mencionar que me habría sido fácil demostrar sin lugar a dudas la veracidad de mis datos, si no fuese por una casualidad que me hizo perder mi cartera, en la que portaba mi pasaporte, mi ruta de viaje y otros documentos que habrían servido para este fin.

El juez se enfureció repentinamente de manera ostensible, me miró fijamente y preguntó con un tono casi sarcástico qué casualidad era la que me había impedido que legitimara mi situación, como se reclamaba.

—Hace varios meses —expliqué— me encontraba en camino hacia aquí por las montañas próximas. El tiempo primaveral y la región, tan espléndida y romántica, me animaron a seguir la senda a pie. Cansado, reposaba un día en la posada de un pueblo. Mandé que me sirvieran refrescos y tomé una hoja de papel de mi cartera para anotar algo que se me había ocurrido. La cartera estaba ante mí, en la mesa. Poco después irrumpió un jinete, cuyo extraño traje y aspecto salvaje llamaron mi atención. Entró en la sala, reclamó una bebida y se sentó frente a mí, mirándome sombrío y con timidez. Su presencia me inquietó, así que salí al aire libre. Al poco rato salió también el jinete, pagó al posadero y se marchó con prisa, saludándome a escape. Estaba dispuesto a seguir viaje, cuando me acordé de la cartera que había dejado en el interior de la posada, sobre la mesa. Entré y la encontré en el mismo sitio en que la había depositado. El día siguiente, cuando saqué de nuevo la cartera, comprobé que no era la mía, sino que probablemente pertenecía al extraño, que seguramente las

había intercambiado por error. En el interior encontré sólo algunas anotaciones para mí indescifrables y varias cartas dirigidas a un tal conde Victorino. Esta cartera, junto con su contenido, se puede encontrar todavía entre mis cosas. En la mía, como he dicho, se encontraban mi pasaporte, mi ruta de viaje y, ahora que me acuerdo, incluso mi partida de nacimiento. Todo esto perdí con aquella confusión.

El juez hizo que describiera a la persona mencionada desde la cabeza hasta los pies, y yo no dejé de adaptar hábilmente su aspecto con todas las peculiaridades al del conde Victorino y al mío propio cuando huí del castillo del barón F. El juez no cesaba de preguntarme acerca de las circunstancias de este suceso y, mientras contestaba a todo de manera satisfactoria, la imagen se iba redondeando de tal manera en mi interior que yo mismo empecé a creérmelo todo y así no corría ningún peligro de incurrir en contradicciones. Con justicia puedo considerar un pensamiento afortunado —para justificar la posesión de cartas que, efectivamente, todavía se encontraban en el portafolio, dirigidas al conde Victorino— la introducción en la trama de una persona fingida, que en el futuro, según lo fueran determinando las circunstancias, podría representar al huido Medardo o al conde Victorino. También se me ocurrió que quizá, entre los papeles de Eufemia, podrían encontrarse cartas que incluyeran referencias al plan de Victorino, consistente en aparecer en el castillo disfrazado de monje. De este modo contribuirían a la confusión y oscurecimiento de toda la causa. Conforme el juez me preguntaba, mi fantasía continuaba trabajando, surgiendo nuevos mecanismos para protegerme de cualquier descubrimiento. Empecé a creer que estaba asegurado contra lo peor. Ahora esperaba, ya que parecía haber dado suficiente cuenta de mi vida, que el juez se centraría en los crímenes que me imputaban, pero no ocurrió así. Por el contrario, me preguntó por qué había tratado escapar de la prisión. Le aseguré que semejante empresa no se me había pasado por la cabeza. El testimonio del vigilante, que me sorprendió trepando hasta la ventana, parecía, sin embargo, desmentir mi afirmación. El juez me amenazó, diciendo que si había un segundo intento de fuga me encadenarían. Fui llevado de nuevo a la celda. Me habían quitado la cama y preparado un lecho de paja en el suelo, la mesa había sido atornillada y, en vez de la silla, encontré un banco demasiado bajo. Pasaron tres días sin que me preguntaran nada más. Sólo veía el semblante hosco de un viejo carcelero que me traía la comida y apagaba por las noches la lámpara. Entonces disminuyó la tensión que me invadía, similar a la de afrontar una lucha a vida o muerte en la que tenía que participar como un osado combatiente. Caí en tristes y sombrías cavilaciones; todo me era indiferente, incluso la imagen de Aurelia había desaparecido. Pero pronto renació de nuevo mi espíritu combativo, aunque sólo para recaer a continuación, con más fuerza si cabe, en el sentimiento enfermizo y siniestro de estar encerrado, que la soledad y el pesado aire de la prisión habían creado y que no era capaz de resistir. No podía dormir. Los extraños reflejos que la luz temblorosa y sombría de la lámpara proyectaba en las paredes y en el techo semejaban rostros deformes. Apagué la lámpara, oculté mi rostro en los cojines de paja, pero entonces

sonaban, rompiendo la horrible tranquilidad nocturna, el espantoso ruido de las cadenas y los sordos quejidos de los presos. A veces me parecía escuchar los gritos agónicos de Eufemia y de Victorino. «¿Soy acaso culpable de vuestra perdición? ¿No fuisteis en realidad vosotros, impíos, los que os entregasteis a mi brazo vengador?», exclamé. Pero luego resonó un suspiro mortal en la bóveda, y con profunda desesperación aullé: «¡Eres tú Hermógenes!... ¡La venganza está próxima!... ¡Ya no existe salvación!...». En la novena noche ocurrió, cuando, casi inconsciente de terror, yacía en el frío suelo de la celda. Entonces pude oír claramente un ligero golpeteo debajo de mí. Escuché con atención, el golpeteo continuaba, pero una extraña risa se filtraba, entre golpe y golpe, a través del suelo. Me levanté y me arrojé sobre el lecho de paja, pero continuaba sonando. Risas y gemidos acompañaban al ruido funesto. Finalmente se pudo oír un grito lejano que, con una voz balbuceante y horrible, pronunciaba: «¡Me-dar-do... Me-dar-do!». Una corriente de hielo recorrió mis miembros. Me repuse y grité:

—¿Quién va? ¿Quién hay ahí?

Rió con más fuerza, gimió, se lamentó, golpeó y balbuceó con un tono más ronco: «¡Me-dar-do... Me-dar-do!». Me levanté del lecho.

—¡Quienquiera que seas, que vagas como un espectro, aparece ante mí para que pueda verte o cesa de reírte cruelmente y de golpear!

Así grité en la tenebrosa oscuridad, pero justo debajo de mis pies golpeó con más fuerza y balbuceó: «Jijiji... Jijiji... hermanito... hermanito... Me-dar-do... estoy aquí... aquí... abre... abre... vamos al bosque... al bosque». Ahora resonaba la voz oscura en mi interior como antes lo había hecho en el exterior. Ya la había oído con anterioridad, pero no tan rota y lóbrega. Con horror creía escuchar mi propia voz. Involuntariamente, como si quisiera comprobar si en efecto era así, balbuceé:

—Me-dar-do... Me-dar-do.

Entonces volvió a reír, pero con sarcasmo y furia: «¿Her-ma-ni-to... her-ma-ni-to... me has... me has... reconocido? ¡Abre... abre... vamos al bosque... al bosque!».

—Pobre demente —surgió de mí una voz ronca y espantosa—, no te puedo abrir, ni salir al hermoso bosque, al espléndido aire libre primaveral, que debe de soplar fuera. ¡Estoy encerrado en una oscura y tenebrosa mazmorra como tú!

A continuación se oyó un quejido sin consuelo, y el golpeteo se fue haciendo más débil e inaudible, hasta que finalmente desapareció. Los primeros rayos de la mañana atravesaron la ventana, se descorrieron los cerrojos y el carcelero, al que no había visto durante todo este tiempo, entró en la celda.

—Esta noche —comenzó— se han escuchado en vuestra celda todo tipo de ruidos y voces. ¿Qué ha ocurrido?

—Tengo la costumbre —respondí tan tranquilo como me fue posible— de hablar con fuerza cuando duermo, y también de conversar a solas cuando estoy despierto. Espero que esto al menos esté permitido.

—Probablemente os será conocido —continuó el carcelero— que cualquier intento de huir y cualquier entendimiento con los demás prisioneros se hace pagar caro.

Le aseguré que nada podía estar más lejos de mis intenciones. Dos horas más tarde me llevaron ante el tribunal de lo criminal. No fue el juez que me había interrogado con anterioridad, sino otro bastante más joven, y según pude comprobar a simple vista muy superior en inteligencia y perspicacia, el que salió a mi encuentro con gesto amable y me invitó a tomar asiento. Todavía le veo ante mí. Para su edad era bastante corpulento, apenas tenía pelo y llevaba lentes. De todo su ser se desprendía una bondad y afabilidad que logró que me sintiera bien; precisamente por este rasgo pocos criminales podrían resistírsele, quizá sólo los más empedernidos. Preguntaba con ligereza, casi con el tono propio de una conversación, pero las preguntas habían sido cuidadosamente estudiadas y las formulaba de forma tan precisa que sólo eran posibles respuestas concretas.

—Antes que nada debo preguntaros —así comenzó— si todo lo que habéis indicado sobre vuestra vida está realmente fundado o si, después de haber reflexionado, no habéis recordado alguna circunstancia que deseéis todavía mencionar.

—He dicho todo lo que sobre mi simple vida se puede decir.

—¿Habéis frecuentado la compañía de eclesiásticos..., de monjes?

—Sí, en Cracovia... Dantzig... Frauenburg... Königsberg. En la última ciudad con miembros del clero secular, que ocupaban plazas de párrocos o de capellanes en la Iglesia.

—No habéis mencionado con anterioridad que habíais estado en Frauenburg.

—Porque no consideré de importancia mencionar una corta estancia de ocho días cuando iba en camino de Dantzig a Königsberg.

—¿Así que habéis nacido en Kwiecziczewo?

Esta pregunta la formuló el juez repentinamente en polaco y, además, en auténtico dialecto polaco, con gran fluidez. Permanecí un instante confuso, pero me recuperé y me acordé de un poco de polaco que había aprendido de mi amigo Krczynski en el seminario. Respondí:

—En la pequeña finca de mi padre en Kwiecziczewo.

—¿Cómo se llama la finca?

—Kwiecziczewo, patrimonio de mi familia.

—Para ser de nacionalidad polaca, no habláis el idioma con mucha soltura. Para decirlo correctamente, lo habláis con bastante dialecto alemán. ¿Cómo es posible?

—Desde hace muchos años sólo hablo alemán. Incluso ya en Cracovia tenía mucho trato con alemanes que querían aprender polaco conmigo. Debí de asimilar su dialecto imperceptiblemente, tan fácilmente como se asimila un acento regional, olvidando lo mejor y más peculiar del mismo.

El juez me miró, una ligera sonrisa iluminó su semblante; luego se dirigió al

protocolante y le dictó algo en voz baja. Distinguí claramente las palabras: «Visiblemente confuso». Quise extenderme algo más sobre mi mal polaco, pero el juez preguntó:

—¿Habéis estado alguna vez en B.?

—¡Nunca!

—El camino que conduce de Königsberg hasta aquí os pudo llevar hasta esa ciudad.

—Vine por otro camino.

—¿No habéis conocido nunca a un monje del monasterio capuchino en B.?

—¡No!

El juez hizo sonar una campana e impartió una orden al ayudante del juzgado que acababa de entrar. Poco después se abrió la puerta y temblé de espanto al ver entrar al padre Cirilo. El juez preguntó:

—¿Conocéis a este hombre?

—¡No! Nunca lo he visto con anterioridad.

Entonces Cirilo esforzó su vista, dirigida fijamente hacia mí. Se acercó, juntó las manos y, mientras copiosas lágrimas brotaban de sus ojos, gritó:

—¡Medardo, hermano Medardo!... Por amor de Dios, cómo es posible que os encuentre como un impío criminal, seducido por el demonio. ¡Hermano Medardo, vuelve en ti, confiesa, arrepiéntete... la bondad de Dios es infinita!

El juez pareció mostrarse insatisfecho con las palabras de Cirilo. Le interrumpió con la pregunta:

—¿Reconocéis a este hombre como el monje Medardo del monasterio capuchino en B.?

—Que Dios me ayude —respondió Cirilo—, no puedo creer otra cosa que este hombre, a pesar de vestir de paisano, es aquel Medardo que fue novicio ante mis ojos y recibió las sagradas órdenes en el monasterio capuchino en B. Pero Medardo tenía una señal roja en forma de cruz en la parte izquierda del cuello, si este hombre...

—Ya veis —interrumpió el juez— que os toman por el capuchino Medardo, del monasterio en B., y que a este Medardo se le imputan graves crímenes. Si no sois el monje, os será fácil demostrarlo. Como el susodicho Medardo tiene una cicatriz en el cuello, vos, si los datos que habéis suministrado son ciertos, no podéis tenerla. Así que se os presenta ahora la oportunidad de mostrar la veracidad de lo expuesto. Dejad libre vuestro cuello.

—No es necesario —repliqué sereno—, una fatalidad parece haber creado una similitud asombrosa entre el acusado, el para mí totalmente desconocido monje Medardo, y mi persona, pues yo también tengo una señal roja en la parte izquierda de mi cuello.

Así era realmente. Aquella herida en el cuello que me produjo la cruz de diamantes de la abadesa había dejado una cicatriz roja en forma de cruz, que el tiempo no había podido suprimir.

—Dejad libre vuestro cuello —repitió el juez. Hice lo que ordenaba. Entonces exclamó Cirilo:

—¡Virgen Santísima! ¡La pequeña cruz, es la pequeña cruz!... Medardo... Ay, hermano Medardo, ¿has renegado de la salvación eterna?

Llorando y casi desvanecido, permaneció hundido en su asiento.

—¿Qué podéis replicar a la afirmación de este venerable monje? —preguntó el juez.

En ese instante algo recorrió mi ser como un rayo flamígero. Toda la debilidad que amenazaba hacerme sucumbir se apartó de mí. Era el mismo Renegado, que me susurraba:

«¿Qué pretenden estos pusilánimes contra ti, mucho más fuerte en espíritu y conciencia?...

¿Debes, acaso, renunciar a Aurelia?». Repliqué con un tono casi salvaje e irónico:

—Este monje, que yace inconsciente en la silla, es un anciano estúpido y débil mental que me ha tomado en su loca fantasía por un capuchino fugado de su monasterio, con el que a lo mejor poseo una vaga similitud.

El juez había mantenido hasta el momento una actitud sosegada, sin cambiar el gesto ni el tono. Pero por primera vez se tornó su semblante sombrío y adquirió un aspecto de penetrante seriedad. Se levantó y me miró fijamente a los ojos. Debo reconocer que hasta el brillo de sus lentes tenía para mí algo insoportable, espantoso. No pude seguir hablando. Invasado de una furia desesperada, alcé el puño ante la frente y grité:

—¡Aurelia!

—¿Qué queréis decir? ¿Qué significa ese nombre? —preguntó el juez con insistencia.

—Una oscura fatalidad me condena a una muerte vergonzosa —dije con voz ronca y apagada—, pero soy inocente, seguro..., soy completamente inocente, dejadme ir... tened compasión. Siento cómo la locura empieza a apoderarse de mí a través de venas y nervios.

¡Dejadme ir!

El juez, ya tranquilo del todo, dictó al protocolante cosas que no entendí. Finalmente me leyó un acta en la que constaba todo lo que había preguntado y lo que yo había respondido, así como lo que Cirilo había añadido. Tuve que firmar con mi nombre; entonces el juez me instó a escribir algo en alemán y en polaco. Así lo hice. El juez tomó la hoja en alemán y se la entregó al padre Cirilo, que mientras tanto ya se había recuperado, con la pregunta:

—¿Tiene esta caligrafía similitud con la del hermano Medardo?

—Es su letra, sin duda, hasta en las mínimas peculiaridades —repuso Cirilo, y se volvió hacia mí. Quiso hablarme, pero una mirada del juez le recomendó silencio.

El juez examinó detenidamente la hoja escrita por mí en polaco; luego se levantó, vino hasta mí y dijo con un tono de voz decidido y serio:

—Vos no sois polaco. El escrito está lleno de errores gramaticales y ortográficos. Ningún polaco escribiría así, aunque hubiese recibido una educación científica inferior a la que vos habéis recibido.

—He nacido en Kwieczzewo, por consiguiente soy polaco. Pero incluso en el caso de que no lo fuese, de que enigmáticas circunstancias me obligasen a silenciar condición y nombre, no por ello tendría que ser el capuchino Medardo, que se fugó, como debo suponer, del monasterio en B.

—Ay, hermano Medardo —terció Cirilo—, ¿no te envió nuestro venerable prior Leonardo, confiando en tu fidelidad y piedad, a Roma?... ¡Hermano Medardo! ¡Por el amor de Dios, no niegues por más tiempo de manera tan impía la condición sagrada que has ostentado y de la que intentas escapar!

—Os suplico que no nos interrumpáis —dijo el juez, y continuó, dirigiéndose a mí:

—Debo llamaros la atención de cómo la declaración fidedigna de este venerable señor fortalece la presunción de que realmente sois el hermano Medardo, por el que se os tiene. No puedo tampoco ocultar que se os confrontará con otras personas que os han reconocido sin lugar a dudas como el citado monje. Entre estas personas se encuentra una que, si las suposiciones son ciertas, deberéis temer especialmente. Incluso entre vuestras cosas se ha encontrado algo que apoya las sospechas alzadas contra vos. Pronto llegarán noticias sobre vuestras pretendidas circunstancias familiares, que se han solicitado al juzgado de Posen... Todo esto os lo digo de una manera más abierta de lo que exige mi oficio, para que quedéis convencido de lo poco que cuento con una maniobra para, si las presunciones tienen una base, haceros confesar la verdad. Preparaos como queráis. Si sois realmente el acusado Medardo, entonces tened por cierto que la mirada del juez terminará por penetrar en vuestros pensamientos más ocultos. Entonces sabréis también con precisión de qué crímenes se os acusa. Si realmente sois, por el contrario, Leonardo de Krczynski, por el que además os tenéis, y un extraño capricho de la naturaleza, en lo que concierne a determinados rasgos y señales, ha creado una similitud física con el susodicho Medardo, no os será difícil encontrar pruebas que demuestren claramente esa identidad. Me parece que os encontráis en un estado de ánimo bastante excitado, por lo que interrumpo aquí el interrogatorio; además quisiera otorgaros un espacio de tiempo para que podáis reflexionar. Después de lo que ha ocurrido hoy, no creo que os falte materia para ello.

»—¿Entonces tenéis mis datos por enteramente falsos?... ¿Veis en mí al monje fugado, a Medardo? —pregunté nervioso.

El juez dijo con una ligera inclinación:

—¡Adiós, señor de Krczynski! —y me llevaron de nuevo a mi celda.

Las palabras del juez se clavaron en mi interior como agujones ardientes. Todo lo

que acababa de ocurrir me parecía estéril y absurdo. Que la persona ante la que me deberían confrontar y que tanto debería temer era Aurelia, me resultaba demasiado evidente. ¿Cómo podría soportarlo? Reflexioné sobre cuál de entre mis cosas podía resultar sospechosa. Entonces, y para dolor de mi corazón, me acordé de que todavía poseía un anillo, proveniente precisamente de mi residencia en el castillo del barón E, con el nombre de Eufemia, así como las alforjas de Victorino, que llevé conmigo en mi huida, ¡y que estaban todavía atadas con el cordón del hábito capuchino! ¡Me tuve por perdido! Desesperado, recorría la celda de un lado a otro. En ese instante ocurrió como si alguien me susurrara en el oído: «¡Imbécil! ¿Qué te acobarda? ¿No has pensado en Victorino?

» —¡Ja! No estoy perdido, sino ganado está el juego —exclamé en voz alta.

Mi cerebro trabajaba con ardor. Ya desde un principio había pensado que entre los papeles de Eufemia podría encontrarse algo que hiciese referencia al plan de Victorino de aparecer en el castillo disfrazado de monje. Apoyándome en ello, debía pretender de algún modo haberme encontrado con Victorino, incluso con Medardo, por el que se me tenía. Luego contaría la aventura en el castillo, que terminó de forma tan horrible, como si fuera un cuento de oídas y me introduciría hábilmente en la historia jugando un papel inocente, haciendo uso de mi parecido con ambos. Había que tener en cuenta hasta el más mínimo detalle. Decidí escribir la novela que me salvaría. Se me concedió el material de escritura que solicité para cotejar por escrito algunas circunstancias de mi vida aún no mencionadas. Trabajé intensamente hasta la noche. Mientras escribía, se exaltaba mi fantasía, todo adquiría la forma de un poema perfecto, y el tejido de infinitas mentiras que deberían ocultar al juez la verdad se tornaba cada vez más tenso.

La campana del castillo acababa de tocar las doce, cuando empezaron a oírse de nuevo, lejanos y ahogados, los golpes que el día anterior tanto me habían desasosegado. No quise prestar atención, pero los golpes, siguiendo una cadencia, se hicieron cada vez más fuertes, y también comenzaron a oírse risas y gemidos. Golpeando fuertemente la mesa, grité:

—¡Silencio allá abajo!

Así creí darme ánimos ante el horror que me invadía. Sin embargo, la risa, estridente y cortante, resonó en la bóveda con fuerza. Un balbuceo se hizo audible:

—¡Her-ma-ni-to, her-ma-ni-to..., quiero ir contigo... contigo... abre... abre!

Algo comenzó a raspar, arañar, rechinar en el suelo, justo a mi lado, y otra vez gemidos y risas. Los ruidos se hicieron cada vez más fuertes, pero entremezclados con golpes que retumbaban como el desprendimiento de pesadas rocas. Me había levantado y sostenía la lámpara en la mano. Algo se movió entonces debajo de mi pie. Me retiré y vi cómo en el sitio en el que había permanecido se desencajaba una piedra del pavimento. La desplacé por completo sin esforzarme en demasía. Un tétrico resplandor se abrió paso por la abertura; un brazo desnudo, con un cuchillo refulgente en la mano, salió a mi encuentro. Invaso de profundo espanto, me retiré

tembloroso. El balbuceo, proveniente desde abajo, se repitió:

—¡Her-ma-ni-to! ¡Her-ma-ni-to! ¡Me-dar-do está aquí... aquí! ¡Huye! ¡Huye! ¡Al bosque! ¡Al bosque!

Rápidamente pensé en la huida y en mi salvación. Superado el horror que me paralizaba, tomé el cuchillo, que la mano me cedió sin resistencia, y comencé a raspar infatigablemente la argamasa que había entre las piedras del suelo. El que estaba abajo presionaba con fuerza. Cuatro, cinco baldosas yacían a mi lado ya desprendidas. De repente se alzó desde la profundidad un hombre desnudo hasta la cintura que me miró fijamente, de un modo espectral. Sus ojos, como su horrible risa, eran propios de un demente. El resplandor de la lámpara iluminó su rostro. Me reconocí a mí mismo y pensé que mis sentidos fallaban. Un dolor intenso en los brazos me despertó de mi estado de inconsciencia. Alrededor había claridad, el carcelero permanecía ante mí con una lámpara cegadora; ruido de cadenas y golpes de martillo resonaban en la bóveda. Me estaban encadenando. Además de manillas de hierro y grillos, me sujetaron a la pared con una cadena que terminaba en un anillo férreo alrededor del cuerpo.

—Ahora dejará probablemente el caballero de pensar en huidas —dijo el carcelero.

—¿Qué ha hecho el tipo? —preguntó uno de los herreros.

—¡Vaya! —respondió el carcelero—. ¿Todavía no te has enterado, Jost?... Toda la ciudad lo sabe, es un maldito capuchino que ha asesinado a tres personas. Ya lo han descubierto todo. En pocos días tendremos una gran gala; entonces funcionarán las ruedas.

No pude oír nada más, perdí de nuevo el sentido y la capacidad de razonar. Sólo con esfuerzo pude recuperarme del aturdimiento. Permanecí en tinieblas hasta que, finalmente, penetraron algunos rayos de luz apagados en la bóveda de apenas seis pies de altura, a la que, como ahora pude comprobar con horror, me habían traído desde mi celda. Me moría de sed, intenté alcanzar el cántaro de agua que había a mi lado. Algo húmedo y frío se deslizó por mi mano. Vi a un repugnante sapo salir pesadamente del agua. Lleno de asco y repugnancia dejé caer el cántaro. «¡Aurelia!», gemí, con el sentimiento de infinita miseria que me poseía. «¿Y para esto las miserables negaciones y las mentiras ante el juez? ¿Todas las artes hipócritas del embaucador diabólico? ¿Para esto, para prolongar algunas horas más una vida atormentada y rota? ¿Qué quieres, demente? ¿Poseer a Aurelia, que sólo podría ser tuya cometiendo un crimen infame? Pues aunque proclamases tu inocencia al mundo, ella seguiría reconociendo en ti al impío asesino de Hermógenes y te despreciaría profundamente. Miserable, estúpido loco, ¿dónde están ahora tus grandes planes, la fe en tu poder sobreterrenal, con el que creías manipular el destino a tu antojo? Ni siquiera eres capaz de matar al gusano que roe mortalmente tu corazón. Estás perdido de manera ignominiosa en tu desconsuelo, aunque el brazo de la justicia perdone tu vida». Así, lamentándome en voz alta, me arrojé sobre la paja y sentí en ese instante

una presión en el pecho, que parecía proceder de un cuerpo duro en el bolsillo de mi chaleco. Me llevé la mano a ese lugar y saqué un cuchillo pequeño. Nunca, desde que estaba en prisión, había poseído un cuchillo, debía de ser, por tanto, el mismo que mi fantasmal sosia me había dado. Me levanté con esfuerzo y sostuve el cuchillo a la luz de uno de los fuertes rayos de sol que penetraban en la celda. Discerní la brillante empuñadura de plata. ¡Enigma indescifrable! Era el mismo cuchillo con el que había matado a Hermógenes y que echaba en falta desde hacía semanas. Pero ahora renacía en mi interior, luciendo con intensidad, la esperanza de salvación y de consuelo ante la ignominia. La extraña manera en que había recibido el cuchillo me pareció una señal del Poder eterno de cómo tenía que expiar mis crímenes y cómo debería con mi muerte reconciliarme con Aurelia. Como un rayo divino de puro fuego me invadió en ese momento el amor a Aurelia, el anhelo pecaminoso había huido de mi ser. Era como si la viera antaño, cuando apareció en el confesionario de la iglesia del monasterio capuchino. «¡Sabes que te amo Medardo, pero tú no me comprendiste!... ¡Mi amor es la muerte!», así me susurraba ahora la voz de Aurelia. Decidí confesar al juez libremente la extraña historia de mis desvaríos y luego darme muerte.

El carcelero entró y me trajo mejor comida de la que habitualmente había recibido, así como una botella de vino.

—Ordenado así por el Soberano en persona —dijo, mientras ponía la mesa que uno de los ayudantes había traído y soltaba la cadena que me mantenía sujeto a la pared.

Le solicité que le dijera al juez que deseaba prestar declaración, ya que quería confesarle cosas que turbaban mi conciencia. Prometió hacerlo así, pero luego esperé en vano a que me llamaran a declarar. Nadie se dejó ver, hasta que el ayudante, cuando ya había anochecido, entró y encendió la lámpara que pendía de la bóveda. En mi interior estaba más tranquilo que nunca, pero me sentía completamente agotado y me hundí pronto en un profundo sueño. Entonces fui llevado a una amplia y sombría sala abovedada en la que pude vislumbrar una hilera de clérigos vestidos de negro talar, que se sentaban a lo largo de la pared en sillas elevadas. Frente a ellos, ante una mesa cubierta con un paño color rojo sangre, se sentaba el juez, y junto a él un fraile dominico con el hábito de la Orden. «Tu caso ha sido asumido por el tribunal eclesiástico —dijo el juez con voz majestuosa y solemne—, ya que tú, monje impío y obstinado, has renegado de tu condición y nombre. Francisco, con el nombre monacal de Medardo, habla: ¿qué crímenes has cometido?». Yo quería confesar abiertamente todos los actos pecaminosos e impíos que había cometido, pero para mi espanto lo que decía no se correspondía con lo que pensaba y quería decir. En vez de una confesión seria y arrepentida, me perdí en justificaciones disparatadas y fuera de contexto. Entonces habló el dominico, que permanecía ante mí con su enorme estatura y me penetraba con su terrible y refulgente mirada: «Al tormento contigo,

monje contumaz y porfiado». Las extrañas figuras sentadas alrededor se levantaron y extendieron sus largos brazos hacia mí, gritando al unísono con voz horrible: «¡Al tormento con él!».

Saqué el cuchillo y lo dirigí hacia mi corazón, pero el brazo tomó otra dirección sin que pudiera hacer nada para remediarlo. Se clavó en el cuello, justo donde tenía la cicatriz en forma de cruz, y la hoja saltó, sin herirme, como un pedazo de vidrio roto. En ese momento me cogieron los verdugos y me empujaron hasta un profundo subterráneo abovedado. El dominico y el juez vinieron detrás. Una vez más me conminó el juez a que confesase. Una vez más me esforcé en hacerlo, pero entre mi pensamiento y mis expresiones existía una desavenencia demencial. Lleno de arrepentimiento, compungido y preso de profunda vergüenza, confesaba absolutamente todo en mi interior, pero lo que salía de mi boca era confuso y absurdo. Obedeciendo la señal del dominico, los verdugos me desnudaron, me ataron las manos a la espalda y, al izarme, sentí cómo las articulaciones extendidas crujían y amenazaban con romperse. Atenazado por un dolor furioso y atroz, grité y me desperté. El dolor en las manos y en los pies duraba todavía. Había sido ocasionado por las cadenas que llevaba, pero además sentía una presión en los ojos que me impedía abrirlos. Por fin me pareció como si repentinamente me hubieran quitado un peso de la frente. Me puse de pie con rapidez y pude ver ante mi lecho de paja a un monje dominico. Mi sueño se hacía realidad, la sangre se heló en mis venas. Inmóvil como una columna, con los brazos cruzados, el monje me miraba fijamente con sus profundos ojos negros. Reconocí al horrible pintor y caí casi inconsciente en el lecho. Quizá sólo era una ilusión causada por la excitación del sueño. Me recuperé, me levanté, pero no, allí estaba el monje, estático, mirándome fijamente con sus insondables ojos negros. Entonces grité con una desesperación demencial:

—¡Ser espantoso, vete... vete de aquí! ¡No!... ¡No eres un ser humano, eres el Renegado en persona que quiere mi eterna perdición! ¡Vete de aquí, impío!

—¡Pobre y ciego necio, yo no soy el que pretende atraparte con férreos lazos indestructibles, ni el que quiere desviarte de la obra sagrada, para la que el Poder eterno te ha destinado! ¡Medardo, pobre y ciego necio! Espantoso, horrible debí de aparecer ante ti, cuando osaste mirar irreflexivamente en la fosa abierta de la condenación eterna. Te advertí, pero no me entendiste. ¡Levántate! ¡Acércate a mí!

El monje dijo todo esto con un tono de voz ahogado, como una queja profunda que rompía el corazón. Su mirada, anteriormente tan terrible, se había tornado suave y dulce, ablandando la forma de su rostro. Una tristeza indescriptible invadía mi pecho. Como un enviado del Poder eterno para animarme, para consolarme de mi infinita miseria, aparecía ahora ante mí el antaño espantoso pintor. Me levanté del lecho y me acerqué a él; no era ningún espectro, pude tocar su hábito. Me arrodillé sin pensar, y él puso su mano sobre mi cabeza, como bendiciéndome. Entonces pude contemplar en mi interior espléndidas imágenes de luminosos colores. ¡Ah! ¡Me hallaba en el bosque sagrado! Era el mismo lugar en el que, durante mi infancia, el

peregrino vestido de manera extraña me había traído aquel niño maravilloso. Quise avanzar, entrar en la iglesia, que podía contemplar tan cerca de mí. Allí podría (así me lo parecía), con penitencia y arrepentimiento, recibir el perdón de mis pecados mortales. Pero permanecí inmóvil; no podía percibir mi propio «yo», no podía aprehenderlo. Una voz ronca y sombría dijo: «¡El pensamiento es el acto!». Los sueños se confundían. Era el pintor el que había pronunciado esas palabras.

—Ser incomprendible, ¿eras tú mismo?, ¿eras tú el que aquella mañana desafortunada en la iglesia del monasterio capuchino en B. ... en la ciudad comercial y ahora?...

—¡Detente! —me interrumpió el pintor—. En efecto, era yo el que en todas partes estaba a tu lado para salvarte de la perdición y de la ignominia, pero tus sentidos permanecieron cerrados. La obra, para la que has sido elegido, debe ser llevada a término para tu salvación.

—¡Ah! —grité lleno de desesperación—. ¿Por qué no sujetaste mi brazo cuando llevado de mi impiedad... aquel joven?...

—No me fue concedido —respondió el pintor—. ¡No preguntes más! Resulta temerario querer anticiparse a lo que el Poder eterno ha decidido. ¡Medardo... te diriges hacia tu fin... mañana!

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, pues creí haber comprendido del todo al pintor. El conocía y consentía el suicido por el que me había decidido. Se fue lenta y silenciosamente hacia la puerta de la mazmorra.

—¿Cuándo volveré a verte? ¿Cuándo?

—¡Al final! —gritó, volviéndose otra vez hacia mí, y su voz, fuerte y solemne, retumbó en la bóveda.

—Entonces, ¿mañana?

La puerta se cerró con lentitud; el pintor había desaparecido.

Tan pronto como amaneció, apareció el carcelero con sus ayudantes, que liberaron mis manos y pies magullados de las cadenas. Iba a ser llevado a declarar en breve, según decían. Ensimismado en mi interior, familiarizado con el pensamiento de mi muerte inminente, entré en la sala del tribunal. Había organizado de tal manera mi confesión que esperaba contar hasta el más mínimo detalle, aunque todo concentrado en un corto relato de los hechos. El juez vino con rapidez a mi encuentro. Debía de tener un aspecto muy desfavorecido, pues al contemplarme se le borró la sonrisa que en un principio se había dibujado en su rostro, y que fue sustituida de inmediato por una expresión de profunda compasión. Tomó mis manos y me llevó con cuidado hasta su sillón. Entonces me miró fijamente y anunció lentamente y con solemnidad:

—¡Señor Von Krczynski, tengo que daros una buena noticia! ¡Sois libre! La investigación ha sido interrumpida por orden del príncipe regente. Se os ha confundido con otra persona. El asombroso parecido que mostráis con ella ha sido el culpable de esta confusión. ¡Vuestra inocencia ha sido probada con claridad! ¡Sois

libre!

Todo zumbaba y daba vueltas a mi alrededor. La figura del juez lanzaba destellos, multiplicada por cien, en la tupida niebla. Todo desaparecía en brumas tenebrosas. Finalmente sentí cómo alguien me frotaba la frente con un paño húmedo y me recuperé del estado de inconsciencia en el que había quedado sumido. El juez me leyó un breve protocolo, que daba fe de que me había comunicado la cancelación del proceso y había dispuesto la liberación de la prisión. Firmé en silencio. Era incapaz de decir una palabra. Un indescriptible y destructivo sentimiento no dejó que experimentara la más mínima alegría. Cuando el juez me contempló con su sincera bondad de corazón, me pareció que era el momento indicado, ya que se creía en mi inocencia y querían liberarme, de confesar abiertamente todas las impiedades cometidas, para luego clavarme el cuchillo en el corazón. Quería hablar, pero el juez parecía desear mi salida. Fui hacia la puerta, él me siguió y me dijo en voz baja:

—Ahora dejo de ser juez. Desde el primer instante en que os vi, vuestra persona me interesó muchísimo. Tanto como las apariencias estaban contra vos (esto lo tendréis que reconocer), así deseaba yo que no fuerais el monje despreciable y criminal por el que se os tenía. Ahora os puedo decir con confianza... no sois polaco. No habéis nacido en Kwiecziczewo. No os llamáis Leonardo von Krczynski.

Respondí con serenidad, seguro de mí mismo:

—¡No!

—¿Tampoco eclesiástico? —siguió preguntando el juez, que cerró los ojos, probablemente para ahorrarme su mirada inquisitorial.

Algo hervía en mi interior.

—Escuchad —empecé a decir.

—Tranquilo —me interrumpió el juez—. Lo que desde un principio sospeché y todavía sospecho se confirma. Ya veo que aquí rigen circunstancias enigmáticas, y que vos estáis inmiscuido en un secreto juego del destino con ciertas personas de la Corte. No pertenece a mi profesión penetrar más profundamente en el caso, y consideraría una indiscreción pretenden que me revelarais algo acerca de vuestra persona o de las, con probabilidad, especiales condiciones que determinan vuestra existencia. Pero ¿qué opinaríais de abandonar el lugar para huir de la tranquilidad amenazada? Después de lo que ha ocurrido, no creo que os siente bien prolongar aquí vuestra estancia.

Tan pronto como el juez terminó de hablar, fue como si todas las nubes tenebrosas que habían presionado todo mi ser se dispersasen rápidamente. Había recobrado la vida, y mis arterias y nervios recuperaron el placer de vivir. «¡Aurelia!», volví a pensar en ella. ¿Y tendría que ausentarme del lugar, irme lejos de su presencia? Suspiré profundamente.

—¿Y abandonarla? —dije en voz alta.

El juez me miró asombrado y dijo rápidamente:

—¡Ah, ahora creo comprender! Quiera el cielo, señor Leonardo, que una visión

maligna que acaba de aparecer claramente ante mí no se cumpla.

Todo se había transformado en mi interior. El arrepentimiento había desaparecido, y casi era un signo de frivolidad impía cuando le pregunté al juez con serenidad disimulada:

—¿Y, sin embargo, vos me consideráis todavía culpable?

—Permitidme, señor —replicó el juez muy serio—, que guarde para mí mis convencimientos, que sólo parecen estar basados en un fuerte instinto. Se ha constatado de la mejor manera que vos no podéis ser el monje Medardo, ya que el susodicho Medardo se encuentra aquí; al que, además, el padre Cirilo, que se dejó confundir por vuestro extraordinario parecido, ha reconocido como tal, incluso él mismo no niega ser el monje capuchino. Con ello ha ocurrido todo lo que podía ocurrir para descargaros de toda sospecha, y así debo creer que os sentís libre de toda culpa.

Un ayudante del juzgado llamó al juez, por lo que la conversación quedó interrumpida justo cuando comenzaba a tornarse desagradable.

Me dirigí a mi casa, donde encontré todo tal y como lo había dejado. Mis papeles habían sido confiscados y ahora descansaban sellados en un paquete encima del escritorio. Sólo eché de menos la cartera de Victorino, el anillo de Eufemia y el cordón del hábito capuchino. Mis suposiciones en la cárcel resultaron, por tanto, ciertas. No había transcurrido mucho tiempo, cuando apareció un servidor del Soberano, que, junto con una nota manuscrita, me entregó una caja de oro llena de piedras preciosas. «Se os jugado una mala pasada, señor Von Krczynski, escribía el príncipe regente, pero ni yo ni mis tribunales hemos sido culpables de ello. Tenéis un parecido asombroso con un hombre especialmente malvado. Ahora todo ha sido aclarado en vuestro favor. Os envío un signo de buena voluntad y albergo la esperanza de poder veros pronto». La gracia del Soberano me era tan indiferente como su regalo. Una tristeza sombría, que se deslizaba por mi interior matando mi espíritu, era la secuela necesaria de la severa estancia en prisión. Sentía que corporalmente necesitaba ayuda, así que me alegré cuando vi entrar al médico de cámara. Todo lo relativo al aspecto médico fue tratado con brevedad.

—¿No creéis —comenzó el médico entonces— que constituye un auténtico capricho del destino, que justo en el instante en el que se tenía la convicción de que vos erais el despreciable monje que había originado tantas desgracias en el castillo del barón F, apareciera realmente el monje, liberando así a vuestra persona de toda sospecha?

—Debo asegurar que no he sido informado de los pormenores que han incidido en mi liberación. Sólo me dijo en general el juez que el capuchino Medardo, al que se perseguía y con el que se me confundió, había sido encontrado aquí.

—No encontrado, sino traído, atado en un carruaje y casualmente al mismo

tiempo en que vos llegasteis a la ciudad. Ahora me acuerdo de que, cuando os quería contar aquellos extraños sucesos que tuvieron lugar en nuestra Corte, fui interrumpido precisamente en el momento en que había llegado al hostil Medardo, el hijo de Francesco, y a su crimen impío en el castillo del barón F. Por consiguiente, tomo de nuevo el hilo de los acontecimientos donde quedó roto. La hermana de nuestra Soberana, como sabéis abadesa en el convento cisterciense en B., recibió amigablemente a una mujer pobre y a su hijo, que regresaban de un peregrinaje al Sagrado Tilo.

—La mujer era la viuda de Francesco, y el hijo, Medardo.

—Muy bien, pero ¿cómo habéis llegado a esta conclusión?

—De una manera extraña me han sido dadas a conocer las enigmáticas circunstancias del capuchino Medardo. He sido informado con exactitud hasta el momento en el que huyó del castillo del barón F.

—¿Pero cómo?... ¿Por quién?

—Un sueño vívido me lo ha mostrado todo.

—¿Os burláis?

—De ninguna manera. Realmente ha ocurrido así, como si hubiera escuchado en sueños la historia de un desgraciado que, como un juguete en manos de poderes oscuros, ha sido impulsado de crimen en crimen. Desde el bosque me trajo el postillón y se equivocó de camino. Llegué a la casa del guarda forestal, y allí...

—¡Ja! Ya comprendo todo, allí encontrasteis al monje.

—Así es, pero estaba loco.

—No parece seguir estándolo. ¿Ya en aquel tiempo tenía momentos de lucidez y os confió todo?...

—No precisamente. Por la noche entró en mi habitación sin haber sido informado de mi llegada. Quedó espantado por mi parecido asombroso. Me tomó por un doble, que venía a anunciarle la muerte. Balbuceó, tartamudeó confesiones. Sin querer, agotado por el viaje, fui vencido por el sueño. Me parece como si el monje hubiese seguido hablando tranquilo y contenido, y realmente no sé ni cómo ni dónde comenzó el sueño. Creo recordar que el monje afirmó que él no había matado a Eufemia y a Hermógenes, sino que el asesino de ambos había sido el conde Victorino.

—Extraño, muy extraño, ¿pero por qué callasteis todo esto al juez?

—¿Cómo podía esperar que el juez otorgase algún peso a la historia, que, además, le tendría que sonar novelesca? ¿Puede creer, acaso, un esclarecido tribunal de lo criminal en lo prodigioso?

—Por lo menos podríais haber supuesto que se os confundía con el monje demente, y haber designado a éste como el capuchino Medardo.

—Es cierto, y además después de que un anciano senil, creo que se llama Cirilo, me hubiese reconocido sin lugar a dudas como su hermano del monasterio. No se me ocurrió que el monje loco pudiera ser Medardo y que el crimen que me confesó

podiera constituir la materia del proceso. El guarda forestal me dijo que jamás le había revelado su nombre, ¿cómo se llegó pues al descubrimiento?

—De la manera más simple. Como sabéis, el monje había vivido algún tiempo en casa del guarda forestal. Parecía curado, pero fue preso de la locura de nuevo. Sus ataques eran tan perniciosos que el guarda se vio obligado a traerlo a la ciudad, donde fue encerrado en el manicomio. Allí permanecía sentado noche y día con la mirada fija, sin moverse, como una columna. No decía una palabra y tenía que ser alimentado, ya que era incapaz de mover una mano. Los distintos remedios que se emplearon para sacarle de esa apatía paralizante resultaron infructuosos. Sin embargo, no se pasó a los más fuertes por miedo a que entrara en un delirio furioso. Hace algunos días llegó el hijo mayor del guarda a la ciudad. Fue al manicomio para visitar al monje. Lleno de compasión por el estado en que se hallaba el infeliz, se encontró a la salida con el padre Cirilo del monasterio capuchino en B., que casualmente pasaba por allí. Habló con él y le pidió que visitara al desgraciado hermano de su Orden, que se encontraba encerrado en el manicomio, ya que posiblemente los buenos consejos y el consuelo de uno de sus hermanos podría serle beneficioso. Cuando Cirilo vio al monje, retrocedió con espanto: «¡Virgen Santísima! ¡Medardo, infeliz Medardo!». Así gritó Cirilo, y en ese instante los ojos del monje cobraron vida. Se levantó y con un grito ahogado cayó de nuevo al suelo sin fuerzas. Cirilo, junto a los demás que presenciaron el suceso, se dirigió enseguida al tribunal de lo criminal para hablar con su presidente y contarle todo. El juez que llevaba vuestro asunto se desplazó con Cirilo hasta el manicomio. Encontraron al monje muy débil, pero libre de locura. Confesó que era el monje Medardo del monasterio capuchino en B. Cirilo aseguró a su vez que vuestro increíble parecido con Medardo le había confundido. Ahora se daba cuenta de cómo el señor Leonardo se distinguía apreciablemente del monje Medardo en el lenguaje, la mirada, la actitud y la forma de caminar. Se descubrió también la significativa marca en forma de cruz en la parte izquierda del cuello, que tanta importancia adquirió en vuestro proceso. Luego el monje fue interrogado acerca de los acontecimientos en el castillo del barón F. «Soy un despreciable e impío criminal —dijo con una voz apagada y casi incomprensible—. Lamento profundamente lo que he hecho. ¡Ah! Me dejé engañar por egoísmo, por la inmortalidad de mi alma. ¡Tened compasión de mí! ¡Dadme tiempo... quiero confesarlo todo... todo!». Informado el Soberano del desarrollo de los acontecimientos, ordenó cancelar de inmediato vuestro proceso y que os soltasen. Ésta es la historia de vuestra liberación. El monje ha sido trasladado a la cárcel.

—¿Y ha confesado todo? ¿Ha asesinado a Eufemia y a Hermógenes? ¿Qué pasa con el conde Victorino?

—Por lo que sé, comienza el proceso criminal contra el monje precisamente hoy. En lo que se refiere al conde Victorino, parece como si todos los acontecimientos acaecidos y que han estado en relación con esta Corte, debieran permanecer oscuros e incomprensibles.

—Sinceramente no entiendo cómo los sucesos en el castillo del barón F. pueden estar conectados con aquella catástrofe acaecida en la Corte.

—En realidad me refería más a las personas que al suceso en sí.

—No os comprendo.

—¿Recordáis con exactitud mi relato acerca de la catástrofe que llevó al príncipe a la muerte?

—Sí, me acuerdo.

—¿No resultaba evidente que Francesco amaba con pasión criminal a la italiana, que era él quien se deslizó antes que el príncipe en la cámara nupcial y le apuñaló? Victorino es el fruto de aquel acto impío. Él y Medardo son hijos del mismo padre. Victorino ha desaparecido sin dejar rastro, toda investigación acerca de su paradero ha sido en vano.

—Fue arrojado por el monje al abismo del diablo. ¡Maldito sea el loco asesino del hermano!

Muy bajo, muy bajo comenzó, después de haber pronunciado estas palabras con fuerza, a sonar aquel golpeteo causado por el monstruo espectral de la cárcel. Intenté combatir el horror que me invadía, pero fue inútil. El médico no parecía advertir ni el golpeteo, ni mucho menos la lucha interna en la que estaba involucrado. Continuó:

—¿Qué?... ¿Os ha confesado el monje que también Victorino cayó por su mano?

—¡Sí!... Al menos eso fue lo que pude deducir de sus expresiones entrecortadas. Si se ponen en relación con la desaparición de Victorino, el asunto pudo desenvolverse así.

¡Maldito sea el loco asesino del hermano!

El golpeteo se hizo más fuerte y se empezaron a escuchar suspiros y gemidos. Una risa ligera silbó por la habitación, sonaba como «¡Medardo... Medardo..., a... a... ayúdame!».

El médico siguió sin notar nada:

—Un secreto especial parece pesar todavía acerca del origen de Francesco. Muy posiblemente estaba emparentado con la casa del príncipe. Lo que sí es seguro es que Eufemia, la hija...

La puerta se abrió con un golpe tan terrible que hizo saltar los goznes. Una risa espectral resonó en mi interior.

—¡Jo, jo... jo... jo, hermanito! —grité como un demente— jo jo..., aquí... aquí, al aire libre, si quieres luchar conmigo... el búho se casa: ahora subiremos al tejado y lucharemos. El que arroje al otro al vacío será rey y podrá beber sangre.

El médico me tomó del brazo y exclamó:

—¿Qué os pasa? ¿Qué os pasa? Estáis enfermo..., verdaderamente..., gravemente enfermo. A la cama enseguida, a la cama.

Pero yo estaba paralizado ante la puerta abierta. Temía que entrase mi doble, pero no vi nada y pude recuperarme del espanto salvaje que me había atrapado con garras heladas. El médico insistió en que estaba más enfermo de lo que yo podía suponer, y explicó todo con el tiempo pasado en la cárcel y la alteración del ánimo causada por

el proceso. Necesitaba sus remedios, pero más que su arte contribuyó a mi rápida mejoría el no oír más los golpeteos, por lo que parecía que el espantoso doble me había abandonado del todo.

Una mañana el sol de primavera lanzó con suavidad sus rayos dorados en el interior de mi habitación. El terso aroma de las flores penetraba por la ventana. Un infinito anhelo me impulsó a respirar al aire libre y, desobedeciendo la prohibición del médico, salí y me dirigí al parque. Allí saludaron, susurrando y murmurando, los árboles y las matas al convaleciente de una enfermedad mortal. Respiré profundamente, como si hubiera despertado de un sueño largo y pesado. Suspiros profundos fueron palabras imaginarias de bienestar que inserté en el trinar de los pájaros, en el alegre zumbido de los insectos.

No sólo el pasado reciente, sino toda mi existencia desde que había abandonado el monasterio, cuando me encontraba en uno de los senderos flanqueado de oscuros plátanos, me parecía un sueño. Estaba en el jardín de los capuchinos en B. Sobre un arbusto lejano destacaba la elevada cruz, en la que a menudo imploraba con profundo fervor la fuerza necesaria para combatir cualquier tentación. La cruz parecía ser ahora la meta a la que debía aspirar, para, arrojado en el suelo, expiar y arrepentirme de la impiedad causada por sueños pecaminosos que me había procurado el diablo. Avancé con las manos dobladas y elevadas hacia lo alto, la mirada dirigida hacia la cruz. El viento sopló cada vez más fuerte. Creí escuchar los himnos de los hermanos, pero sólo eran los sonidos maravillosos que el viento producía al agitar los árboles del bosque. Sin respiración por causa del viento, tuve que detenerme agotado y apoyarme en un árbol para no caer al suelo. Pero algo me impulsaba con un poder irresistible hacia la lejana cruz. Hice acopio de todas mis fuerzas y seguí vacilante, pero sólo pude llegar hasta un asiento cubierto de musgo situado justo delante del arbusto. Un agotamiento mortal aquejó a todos mis miembros, que repentinamente quedaron paralizados. Me agaché lentamente, como un débil anciano, y con ahogados suspiros intenté aliviar el pecho oprimido. Se oían murmullos a mi alrededor... ¡Aurelia! Tan pronto como el pensamiento cruzó mi mente, se encontraba ante mí. Lágrimas de anhelo ferviente brotaban de sus ojos celestiales, pero a través de las lágrimas también brillaba una luz esplendorosa. Era la expresión indescriptible del deseo, tan ajena a Aurelia. Pero así había refulgido también la mirada llena de amor de aquel ser enigmático en el confesionario, que había visto tantas veces en mis sueños más dulces.

—¿Podréis perdonarme alguna vez? —susurró Aurelia.

Me arrojé ante ella, vencido por su indecible encanto, y tomé sus manos.

—¡Aurelia... mártir por ti... muerto!

Sentí cómo me alzaban con delicadeza. Aurelia se inclinó sobre mi pecho. Besos ardientes inundaron mi rostro. Asustada por un ruido cercano, se alejó finalmente de mis brazos. No pude detenerla.

—Mi anhelo y mi esperanza se han cumplido —dijo en voz baja.

En ese instante vi venir a la Soberana por el sendero. Me metí en el arbusto y pude comprobar con extrañeza que había confundido una rama seca y delgada con un crucifijo.

Ya no sentía el agotamiento. Los besos de Aurelia me habían proporcionado una nueva fuerza vital. Me parecía como si ahora se hubiera descubierto, de manera clara y espléndida, el secreto de mi existencia. ¡Ah! Era el maravilloso secreto del amor, que se revelaba en su gloria pura y esplendorosa. Me encontraba en el momento culminante de mi vida. A partir de este instante venía el descenso para que se cumpliera el destino que el poder superior había urdido.

En esa época de mi vida, que me envolvía como un sueño celestial, empecé a registrar por escrito todo lo que me aconteció tras el encuentro con Aurelia. A ti, desconocido que leerás estas páginas algún día, te pido que evoques aquellos tiempos luminosos de tu vida, entonces comprenderás el lamento sin consuelo del monje que encaneció con dura penitencia y expiación y compartirás sus quejas. Ahora te pido nuevamente que dejes que aquel tiempo irradie tu interior, y no será necesario que te diga cómo el amor de Aurelia iluminó mi ser y todo a mi alrededor, cómo mi espíritu contempló y tomó con mayor intensidad la vida dentro de la vida, cómo, pleno de entusiasmo divino, me invadió una alegría celestial. Ningún pensamiento tenebroso pasó por mi alma. El amor de Aurelia me había purificado de pecado, incluso germinó en mí de manera maravillosa la convicción de que yo no había sido el desalmado que en el castillo del barón F. había asesinado a Eufemia y a Hermógenes, sino que el monje demente que encontré en la casa del guarda forestal era el autor del crimen. Todo lo que confesé al médico de cámara no me parecía en absoluto una mentira, por el contrario, creía que era el verdadero y enigmático desarrollo de los acontecimientos, aunque todavía seguían siendo para mí incomprensibles. El Soberano me había recibido como a un amigo que creía haber perdido pero que había vuelto a encontrar. Este comportamiento daba naturalmente el tono, que todos debían compartir; sólo la Soberana, aunque más dulce que de costumbre, se mantuvo seria y retraída.

Aurelia se comportaba conmigo con una naturalidad ingenua, su amor no representaba una culpa que tuviera que esconder al mundo, y mucho menos podía yo disimular en lo más mínimo el sentimiento gracias al que vivía. Todos notaron la relación que sostenía con Aurelia, nadie hablaba sobre ello, porque leían en la mirada

del Soberano que quería tolerar en silencio, aunque no favorecer, nuestro amor. Así ocurrió que pude encontrarme con Aurelia más a menudo, incluso sin testigos. La apretaba entre mis brazos, ella respondía a mis besos, pero, sintiendo cómo temblaba en su timidez virginal, no podía dar rienda suelta a mis deseos pecaminosos. Todo pensamiento impío agonizó en el escalofrío que recorría mi interior. Ella no parecía sospechar ningún peligro y realmente no existía ninguno, pues cuando permanecimos sentados en una habitación solitaria uno al lado del otro, cuando su atractivo celestial era más fuerte que nunca y un salvaje deseo empezó a inflamar mi pecho, entonces miró al pecador arrepentido con tan indescriptible dulzura y castidad que sentí como si el Cielo me permitiera, ya aquí en la tierra, acercarme a los santos. No era Aurelia, sino Rosalía en persona. Me arrojé a sus pies y exclamé:

—¡Oh, piadosa santa! ¿Puede el amor terrenal llegar a conmover tu corazón? Entonces me dio su mano y me dijo con voz dulce:

—¡Ah! No soy ninguna santa, pero soy piadosa y te quiero mucho.

Hacía varios días que no veía a Aurelia. Se había ido con la Soberana a pasar un tiempo a un castillo de recreo. No lo pude soportar más y corrí hacia allí. Llegué por la noche y encontré en el jardín a una camarera que me indicó la habitación de Aurelia. Abrí la puerta sin hacer ruido y entré. Un aire pesado y un maravilloso aroma a flores turbó mis sentidos. ¡Los recuerdos venían a mí como oscuros sueños! ¿No era ésa la habitación de Aurelia en el castillo del barón, donde yo?... Tan pronto como tuve ese pensamiento, me asaltó la impresión de que una figura espectral se alzaba a mis espaldas, y grité en mi interior: «¡Hermógenes!». Aterrado, corrí hacia adelante, la puerta del gabinete sólo estaba entornada. Aurelia estaba arrodillada ante un taburete sobre el que había un libro abierto, dándome la espalda. Atenazado por el miedo miré involuntariamente hacia atrás. No vi nada. Entonces exclamé encantado:

—¡Aurelia, Aurelia!

Se volvió enseguida, pero antes de que hubiese podido levantarse yacía a su lado y la abrazaba con fuerza.

—¡Leonardo, amado mío! —murmuró.

Un deseo salvaje y pecaminoso ardió en mi interior. Ella descansaba sin fuerzas en mis brazos: su pelo, sujetado con cintas, se había soltado y los exuberantes rizos caían sobre mis hombros; los pechos brotaban juveniles. Suspiró. ¡Ya no me conocía! La alcé con violencia y pareció fortalecida. Sus ojos despedían un extraño fulgor. Devolvió mis besos furiosos con fogosidad. En ese instante sonó detrás de nosotros un poderoso portazo. Un sonido cortante, como el grito de angustia de un moribundo, retumbó en la estancia.

—¡Hermógenes! —gritó Aurelia y perdió el conocimiento en mis brazos. Aturdido por el horror, salí corriendo. Encontré a la Soberana, que regresaba de dar un paseo, en el pasillo. Me miró seria y orgullosa, mientras decía:

—¡Me resulta sorprendente veros aquí, señor Leonardo!

Dominando mi perplejidad al instante, le respondí en un tono decidido que, a menudo, se lucha en vano contra estímulos intensos, y que a veces la apariencia más impertinente puede pasar por la más conveniente.

Cuando regresaba a la ciudad en noche tenebrosa, me parecía como si llevase a alguien a mi lado. Una voz parecía susurrar:

—¡Sigo... sigo... con... tigo... herma-nito... hermanito Medardo!

Miré a mi alrededor y comprobé que mi doble espectral era un mero producto de mi fantasía. Sin embargo, era imposible librarme de esa espantosa imagen.

Había llegado a un estado en el que quería hablar con él y contarle lo estúpido que había sido el dejarme aterrorizar por el loco de Hermógenes. Santa Rosalía debía ser pronto mía, del todo mía, pues para ello era monje y me había consagrado. Entonces mi doble rió y gimió, como ya antes había hecho, y tartamudeó:

—Pero ra... pido... rápido.

—Ten paciencia, muchacho —dije—, ten paciencia, todo saldrá bien. A Hermógenes no le he acertado bien, tiene una condenada cruz en el cuello, como nosotros, pero mi reluciente cuchillito está todavía afilado y puntiagudo.

—¡Ji, ji... acierta... acierta bien ahora!

Así murmuraba la voz del doble en el fragor del viento de la mañana, impulsado por el fuego púrpura que ardía en el este.

Acababa de llegar a mi casa, cuando fui llamado por el Soberano, que me acogió muy amigablemente.

—De hecho, señor Leonardo —comenzó a decir—, habéis ganado mi inclinación en alto grado. No puedo ocultaros que mi buena voluntad hacia vos se ha tornado en verdadera amistad. No quisiera perderos y me gustaría veros feliz. Por lo demás, se os debe toda posible indemnización por lo que habéis padecido. ¿Sabéis, señor Leonardo, quién fue el causante único de vuestro maligno proceso? ¿Quién os acusó?

—No, honorable señor.

—¡La baronesa Aurelia!... ¿Os sorprende? Sí, sí, la baronesa Aurelia, señor Leonardo.

¡Ella —rió en voz alta—, ella os tomó por un capuchino! ¡Por Dios, Nuestro Señor! Si fuerais un capuchino, seríais el monje más galante que vio ojo humano. Decid con sinceridad, señor Leonardo, ¿sois realmente una pieza de monasterio?

—Honorable señor, no sé qué perversa fatalidad insiste en que sea monje.

—¡Bien, bien! ¡No soy ningún inquisidor! Sería una fatalidad que algún voto os atara. ¡Al asunto! ¿No os gustaría tomar venganza del mal que os hizo la baronesa?

—¿En qué pecho humano puede anidar semejante pensamiento contra un ser celestial?

—¿Amáis a Aurelia? —preguntó el Soberano, mirándome a los ojos con

severidad. Callé, mientras llevaba mi mano al pecho. El príncipe regente continuó:

—Ya sé, amáis a Aurelia desde el mismo momento en que apareció en la sala con la Soberana. Sois correspondido y, además, con un fuego que jamás hubiera sospechado en la dulce Aurelia. Ella vive sólo para vos, la Soberana me lo ha contado todo. ¿Podéis creer que Aurelia, tras vuestra detención, quedó sumida en un estado de ánimo tan desesperado que tuvo que guardar cama por enfermedad, hallándose cerca de la muerte? Aurelia os tomaba en aquel tiempo por el asesino de su hermano, así que para nosotros su dolor resultaba todavía más inexplicable. Ya entonces os amaba. Bien, señor Leonardo, o mejor, señor Von Krczynski, ya que pertenecéis a la nobleza, os mantendré fijo en la Corte de una manera que os agradará. Os casaréis con Aurelia. Dentro de unos días celebraremos el compromiso, yo mismo representaré al padre de la novia.

Permanecí mudo, desgarrado por sentimientos contradictorios.

—¡Adiós, señor Leonardo! —gritó el Soberano y desapareció de la estancia, dirigiéndome una seña amistosa.

¡Aurelia, mi mujer! ¡La mujer de un monje criminal! ¡No! ¡Los poderes oscuros no pueden pretenderlo, cualquiera que sea el destino que pese sobre la pobre! Este pensamiento se impuso, venciendo contra todo lo que podía oponerse. Sentí la necesidad absoluta de tomar una decisión al instante, pero en vano consideraba medios indolores para separarme de Aurelia. La idea de no volver a verla me era insoportable, pero que pudiese llegar a ser mi esposa me llenaba de una aversión inexplicable. Claramente se afianzaba en mí el presentimiento de que, cuando el monje asesino permaneciese ante el altar del Señor para cometer un sacrilegio impío con los sagrados votos, aparecería la figura del extraño pintor, pero esta vez no consolándome con dulzura, como en la prisión, sino anunciando horriblemente venganza y perdición, como en la boda de Francesco. Su aparición me hundiría en una deshonra sin nombre, en una miseria eterna. Pero entonces escuché una voz interna y oscura: «¡Aurelia debe ser tuya! ¡Estúpido necio! ¿Cómo crees poder cambiar el destino que pesa sobre vosotros?». Luego gritó de nuevo: «¡Al suelo, arrójate al suelo! ¡Ser cegado por la infamia! ¡Nunca será tuya! Es la misma Santa Rosalía a la que pretendes abrazar con amor mundano». Desgarrado por la discrepancia entre los poderes espantosos que me zarandeaban de un lado a otro, no era capaz de pensar ni de idear qué debía hacer para escapar de la perdición que me amenazaba por todas partes. El estado de ánimo exaltado en el que había transcurrido toda mi vida, incluida mi enigmática estancia en el castillo del barón F., me parecía un sueño profundo, un sentimiento desaparecido. En sombrío desaliento, me veía ahora como un vulgar libertino y como un delincuente común. Todo lo que le había dicho al juez, al médico de cámara, no eran nada más que mentiras necias y mal inventadas, en ningún caso se trataba de una voz interior, de lo que, para colmo de males, yo mismo intentaba convencerme.

Sumido en mis pensamientos, concentrada la atención exclusivamente en mí mismo y sin escuchar nada de lo que ocurría en mi entorno, me deslicé por la calle. Los gritos del cochero y el estrépito de un carruaje me despertaron. Salté rápidamente a un lado. El carruaje de la Soberana pasó de largo. El médico hizo una ligera inclinación tras la portezuela del coche y me dirigió una seña amistosa. Le seguí hasta su casa. Bajó del coche de un salto y me cogió por el brazo con estas palabras:

—Vengo de ver a Aurelia. ¡Tengo que deciros algo! Llegamos a su habitación.

—¡Ay, ay, ay! —comenzó—. ¡Imprudente! ¡Impetuoso! ¿Qué habéis hecho? Aparecisteis ante Aurelia repentinamente como si fueseis un fantasma, y la pobre, con sus nervios tan débiles, ha enfermado.

El médico notó cómo empalidecí.

—Bueno, bueno —continuó—, no es tan grave. Ella pasea ya por el jardín y regresará mañana con la Soberana a la ciudad. Aurelia habló mucho de vos, señor Leonardo. Siente gran deseo de veros de nuevo y de disculparse. Cree haberos dado una impresión necia e infantil.

No supe, al pensar en lo que había ocurrido en el castillo, cómo interpretar las manifestaciones de Aurelia.

El médico parecía estar informado de los planes que albergaba el Soberano respecto a mi futuro. Me lo dio a entender con claridad, y con su acostumbrada vitalidad, que contagiaba a todos los que se hallaban a su alrededor, logró sacarme del estado de ánimo sombrío en que había caído. Así, la conversación se desarrolló con amenidad. Me describió cómo había encontrado a Aurelia que, como un niño que no ha terminado de salir de un sueño profundo, se quejaba en la cama, con ojos sonrientes y lagrimosos y la cabecita apoyada en la mano, de visiones enfermizas. Repitió las palabras de Aurelia, imitando su voz tímida, interrumpida por ligeros suspiros y supo, al representar sus quejas con tonos graciosos, elevar la escena con una ironía tan audaz que logró que apareciera su imagen ante mí vívida y real. A esta descripción se sumó como contraste la de la solemne Soberana, que no me divirtió menos.

—¿Pensasteis —comenzó finalmente—, pensasteis cuando llegasteis a la capital que os iban a ocurrir cosas tan extraordinarias? Primero la absurda confusión que os puso en las manos del tribunal de lo criminal, y luego la fortuna envidiable que os prepara el Soberano.

—Debo reconocer que la recepción amigable inicial del Soberano me satisfizo mucho, pero siento, tanto como he ganado en respeto ante el príncipe regente y ante la Corte, que todo se lo tengo que agradecer a la injusticia sufrida.

—No sólo a ello, sino también a otra pequeña circunstancia que podéis fácilmente adivinar.

—En absoluto.

—En verdad se os llama, como vos queréis, señor Leonardo, como antes, pero ahora todos saben que pertenecéis a la nobleza, ya que las noticias llegadas de Posen

confirman vuestros datos.

—¿Cómo puede eso influir en el Soberano, en el respeto que gozo en el círculo de la Corte? Cuando el príncipe regente me conoció y me invitó a formar parte de su círculo, objeté que yo era de origen burgués. A esta objeción respondió el príncipe diciendo que la ciencia me ennoblecía y me capacitaba para aparecer en su entorno.

—Y así lo cree realmente, coqueteando en sentido ilustrado con la ciencia y el arte. Habréis podido observar en la Corte algunos eruditos y artistas de origen burgués, pero los que están dotados de un mayor tacto entre ellos, aquéllos a los que les falta la necesaria ligereza anímica y que no pueden situarse en un punto de vista superior, alcanzado a través de una ironía que abarque el todo, a éstos los veréis raramente, permanecen completamente al margen. Junto con la mejor voluntad de mostrarse libre de prejuicios, en el comportamiento de la nobleza respecto al burgués se mezcla también «algo» que se puede interpretar como condescendencia, tolerancia de lo indecoroso. Eso no lo soporta ningún hombre que siente un orgullo bien entendido. En el ámbito de la nobleza, sin embargo, es el que debe ser tolerado y perdonado por su falta de gusto y vulgaridad espiritual. Vos mismo pertenecéis a la nobleza, señor Leonardo, pero, como puedo escuchar, habéis recibido una excelente instrucción científica y espiritual. Por ello es posible que seáis el primer noble en el que no he notado nada noble, en el peor sentido del término, dentro del círculo de la Corte. Podéis creer que, como burgués, sólo digo lugares comunes o que alguna experiencia personal ha despertado en mí un prejuicio, pero no es así. Pertenezco a una de las clases que, más allá de ser simplemente toleradas, son realmente protegidas y cuidadas. Los médicos y los confesores son auténticos regentes, señores sobre cuerpos y almas, por consiguiente, y de una vez por todas, pertenecientes a la mejor nobleza. ¿No debería una indigestión o la eterna condenación incomodar menos a un cortesano? En lo que respecta a los confesores, sólo tiene validez con los católicos. Los predicadores protestantes, al menos en este país, son sólo oficiantes de andar por casa que, después de haber conmovido algo la conciencia de Sus Majestades, se sientan humillados en la última esquina de la mesa para disfrutar del vino y de los asados. Es posible que sea difícil desprenderse de un prejuicio tan arraigado, pero muchas veces falta también la buena voluntad que haga posible que un noble tome conciencia de que sólo por ser quien es puede mantener una posición en la vida a la que nada ni nadie en el mundo le da derecho. El orgullo genealógico de la nobleza constituye, en estos tiempos cada vez más intelectualizados, una aparición que raya en lo ridículo. Tomando su origen en la caballería, en las guerras y en el ejercicio de las armas, se forma una casta que tiene como misión exclusiva la defensa de las demás clases, y la relación subordinada del protegido frente al protector surge por sí misma. Ya puede el sabio elogiar su ciencia; el artista, su arte; el comerciante, el artesano, su actividad, que el caballero llegará y dirá: «Mirad, aquí llega un enemigo, un intruso, al que vosotros, inexpertos en el arte de la guerra, no podéis hacer frente, pero yo, ducho en el ejercicio de las armas, me pondré, portando mi

espada de batalla, ante vosotros, y lo que constituye para mí un juego y un motivo de alegría salvará vuestra vida y propiedad». Pero la violencia feroz desaparece de la tierra y el Espíritu es el que crea e impulsa, desplegando su fuerza dominadora. Pronto se reconocerá que un fuerte puño, una armadura, una espada poderosamente blandida no son suficientes para vencer lo que el Espíritu quiere. Incluso la guerra y el ejercicio de las armas se someten al principio espiritual del tiempo. Cada uno quedará en el futuro más y más abandonado a sí mismo, de su patrimonio intelectual deberá sacar lo que le otorgue valor ante el mundo, aunque el Estado pueda ofrecerle algo todavía de su brillo cegador. Precisamente en el principio contrario se basa el orgullo de estirpe defendido por la nobleza, que encuentra su fundamento en la frase:

«Mis antepasados eran héroes, ergo yo soy un héroe». Cuanto más lejos se pueden remontar, mucho mejor, pues, si se puede fácilmente alcanzar a ver de dónde le viene al abuelo el sentido heroico y dónde se le concedió la nobleza, entonces no se confía en él con tanta seguridad, lo mismo ocurre con todo lo maravilloso que acontece en nuestra cercanía. Todo tiene relación de nuevo con el valor heroico y la fuerza corporal. Padres robustos y fuertes tienen por regla general hijos de la misma condición, y de la misma manera se heredan el valor y el espíritu bélico. Mantener pura la casta guerrera era, por consiguiente, una necesidad de la época caballeresca y en ningún caso suponía un pobre beneficio que una mujer de rancio abolengo diera a luz un «Junker», al que el pobre mundo burgués rogase: «Por favor, no nos devores, protégenos de otros hidalgos». Con el patrimonio intelectual no ocurre lo mismo. Muchos padres sabios engendran a menudo hijos tontos, dándose el caso, precisamente porque la época de la caballería física ha sido desplazada por la psíquica, de que sea más temible, respecto a demostrar una nobleza heredada, descender de Leibniz que de Amadís de Gaula o de otro caballero de recia estirpe perteneciente a la Tabla Redonda. El «Espíritu del Tiempo» avanza hacia adelante en la dirección determinada desde un principio, y la situación de la nobleza orgullosa de sus antepasados empeora ostensiblemente. De aquí proviene también su comportamiento sin tacto, compuesto de una mezcla de reconocimiento de los méritos y de desprecio y altivez, que se dirige fundamentalmente contra el mundo y el Estado en que prima lo burgués. Esta actitud puede ser el producto del sentimiento oscuro y cobarde que engendra la sospecha de que ante los ojos de los sabios el oropel anticuado ha perdido en valor por el transcurso del tiempo, apareciendo ahora ridículo en su desnudez y vulgaridad. Gracias sean dadas al Cielo de que muchos nobles, hombres y mujeres, reconocen el «Espíritu del Tiempo» y se elevan a las espléndidas alturas de la vida que les ofrecen las ciencias y el arte. Ellos serán los conjuradores de aquella hostilidad.

La conversación del médico me había llevado a un terreno desconocido. Nunca se me había ocurrido reflexionar acerca de la nobleza y su relación con la burguesía. El

médico de cámara no sospechaba que yo antes había pertenecido a la segunda clase, a la que, según su afirmación, no afectaba el orgullo nobiliario. ¿No había sido yo, acaso, el confesor más venerado y respetado en las casas más nobles de B.? Continué meditando sobre ello y reconocí cómo había influido de nuevo en mi destino al mencionar el nombre Kwiecziczewo a aquella anciana dama de la Corte, por el que quedaba justificado mi origen noble y que, sin duda, había influido en la idea del Soberano de casarme con Aurelia.

La Soberana había regresado. Yo me apresuré a encontrarme con Aurelia. Me recibió con una encantadora timidez virginal. La estreché entre mis brazos y en ese instante creí que podría ser mi mujer. Aurelia estaba más tierna y afectuosa que de costumbre. Sus ojos estaban llenos de lágrimas y el tono en el que hablaba era una súplica melancólica, del mismo modo en que la ira irrumpe en el niño mimado en el momento de cometer una falta. Pensé en mi visita al castillo de la Soberana y la incité para que me contase todo. Le supliqué que me confiase lo que en aquel momento la aterrorizó. Ella calló y bajó los ojos, pero tan pronto como me poseyó el pensamiento de mi horrible doble, grité:

—¡Aurelia, por el amor de Dios! ¿Qué espantosa figura vislumbraste a nuestras espaldas? Me miró extrañada. Su mirada se fue volviendo más y más fija hasta que dio un salto repentino, como si quisiese huir, pero permaneció en su sitio y sollozó, tapándose los ojos con las manos.

—¡No, no, él no puede ser!

La tomé con dulzura y ella se recostó agotada.

—¿Quién, quién no puede ser? —pregunté con insistencia, presagiando lo que estaba teniendo lugar en su interior.

—¡Ah, amigo mío, mi amado! —dijo en voz baja y triste—, ¿me tomarías por una loca visionaria si te contase todo... todo lo que me perturba una y otra vez en la plena felicidad del amor más puro? Un sueño horrible se repite en mi vida y sus espantosas imágenes se interpusieron entre los dos el día que te vi por vez primera. Sentí su hálito frío y mortal cuando entraste de manera sorpresiva en mi habitación del castillo de la Soberana. Como tú aquella vez, un monje loco se arrodilló antaño a mi lado para utilizar la oración con fines impuros. ¡Cuando rondaba a mi alrededor como un animal salvaje que acecha a su presa, asesinó a mi hermano! ¡Ah, y tú... tus rasgos! ... Tu forma de hablar... tu imagen... Deja que calle... deja que calle...

Aurelia se inclinó hacia atrás. Recostada en la esquina del sofá, apoyaba la cabeza en la mano. Los perfiles de su cuerpo juvenil destacaban exuberantes. Permanecía ante ella, mis ojos concupiscentes se abandonaban al goce del deseo infinito, pero con el placer luchaba el sarcasmo demoníaco que gritaba en mi interior: «¡Tú, infeliz, vendida a Satanás! ¿Pretendes escapar del monje que te tentó durante la oración? ¡Ahora eres su prometida... su prometida!». En ese instante, el amor que sentía por

Aurelia, que parecía haber sido iluminado por un rayo celestial cuando la encontré en el parque después de escapar de la muerte y de la prisión, había desaparecido de mi interior, y el pensamiento de que su perdición constituiría el momento culminante de mi vida me invadía por completo. Llamaron a Aurelia de parte de la Soberana. Comprendí que la vida de Aurelia encerraba relaciones que me afectaban y que seguían siendo desconocidas para mí. Sin embargo, no encontraba ningún camino para descubrirlas, ya que Aurelia, a pesar de mis súplicas, no quería aclararme el sentido último de sus expresiones. La casualidad permitió que supiera aquello que Aurelia pretendía silenciar.

Un día me encontraba en la habitación del funcionario de palacio que se encargaba de expedir las cartas privadas del príncipe regente y de otros miembros de la Corte. Se encontraba ausente, cuando la criada de Aurelia entró con una carta voluminosa, que dejó en la mesa con las otras cartas allí acumuladas. Un fugaz vistazo me convenció de que la dirección, escrita de puño y letra de Aurelia, era la de la abadesa, la hermana de la Soberana. La sospecha de que todo lo que para mí permanecía aún desconocido formaba parte del contenido, me vino a la mente como un rayo. Antes de que hubiese regresado el funcionario, ya estaba yo fuera con la carta de Aurelia.

Tú, monje, o ser inmerso en la actividad mundana que buscas escarmiento y una lección en mi vida, lee las páginas que a continuación reproduzco, lee las confesiones de una piadosa y devota muchacha regadas con las lágrimas de un pecador arrepentido y desconsolado. Que un alma piadosa te bendiga como un consuelo luminoso en el momento del pecado y de la impiedad.

AURELIA A LA ABADESA DEL CONVENTO CISTERCIENSE EN...

Querida y buena madre: Con qué palabras puedo anunciarte que tu niña es feliz, que por fin la horrible figura que entró en mi vida como un espectro amenazante, impidiendo cualquier comienzo, destruyendo todas las esperanzas, ha sido conjurada por el hechizo del amor divino. Pero ahora me pesa en el alma, considerando la memoria que guardas de mi infeliz hermano y de mi padre, al que mató la pesadumbre, y el consuelo que me ofreciste en mi lastimoso estado, no haberte abierto mi corazón como en sagrada confesión. Ahora, sin embargo, me es posible revelarte el secreto ominoso que oculto profundamente en mi pecho. Parece como si un poder maligno y siniestro hubiese hecho coincidir de manera falaz la mayor felicidad de mi vida con un espectro horrible. Me vi obligada a oscilar de un lado a otro como

llevada por un mar encrespado y probablemente a sucumbir sin salvación posible. Pero el Cielo me ayudó, como si fuese un milagro, justo en el instante en que mi miseria sin nombre alcanzaba límites insuperables. Pero debo regresar a mis años de infancia para contarlo todo, todo, pues ya en aquellos años se inoculó en mi interior el germen que durante años creció de manera funesta. Tenía tres o cuatro años de edad cuando, en la época más bella de la primavera, jugaba en el jardín de nuestro castillo con Hermógenes. Recogíamos todo tipo de flores y Hermógenes se dejó convencer para hacer guirnaldas con las que yo me adornaba. «Ahora podemos ir a ver a nuestra madre», dije, después de haberme colocado la guirnalda alrededor de mi cuello. Entonces Hermógenes se levantó bruscamente de un salto y exclamó con voz salvaje: «¡Quedémonos aquí, pequeña, nuestra madre se encuentra ahora en la salita azul hablando con el diablo!». No comprendí lo que quería decir, sin embargo quedé paralizada de horror y terminé llorando. «Hermana tonta, ¿de qué te lamentas? —gritó Hermógenes—. Nuestra madre habla todos los días con el diablo. ¡Y no le hace nada!». Tuve miedo de Hermógenes, sobre todo porque miró ante sí de manera sombría, habló con crudeza y luego calló tranquilo. Nuestra madre estaba ya en aquella época enferma. Sufría convulsiones espantosas que daban paso a un estado comatoso. A Hermógenes y a mí nos retiraban cuando tenían lugar los ataques. Yo no paraba de quejarme, pero Hermógenes decía con voz apagada: «¡El diablo se lo ha hecho!». Así se despertó en mi mente infantil el pensamiento de que mi madre tenía relaciones con un horrible y malvado espectro, ya que no me imaginaba al diablo de otra manera, pues todavía desconocía la doctrina de la Iglesia. Un día me dejaron sola y empecé a sentirme mal, angustiada, y me fue imposible poder huir por causa del miedo que me poseyó cuando me di cuenta de que me encontraba en la salita azul, donde según afirmaciones de Hermógenes nuestra madre hablaba con el diablo. Las puertas se abrieron y entró nuestra madre pálida como un cadáver y se situó justo delante de una pared vacía. Gritó con voz profunda y lastimosa: «¡Francesco, Francesco!». Entonces se pudo escuchar un ruido detrás de la pared, que se abrió y dejó al descubierto un retrato de tamaño natural de un hombre hermoso y maravillosamente vestido con una capa violeta. La figura, el rostro de aquel hombre me causaron una fuerte, indescriptible impresión. Grité de júbilo. Mi madre, mirando a su alrededor, reparó por fin en mí y exclamó: «¿Qué haces aquí, Aurelia? ¿Quién te ha traído?». De carácter dulce y bueno, ahora estaba furiosa, como nunca la había visto. Creí ser culpable de ello. «Ay —balbuceé entre lágrimas—, me han dejado aquí sola. Yo no quería quedarme». Pero cuando comprobé que el cuadro había desaparecido, exclamé: «Ay, el cuadro tan bonito, ¿dónde está?». Mi madre me subió en brazos, me besó y abrazó, luego dijo: «¡Eres mi niña

buena y querida, pero nadie puede ver el cuadro, ahora ha desaparecido para siempre!». No conté a nadie lo sucedido, sólo le dije una vez a Hermógenes: «¡Oye, nuestra madre no habla con el diablo, sino con un hombre hermoso, pero sólo es un cuadro que surge de la pared cuando nuestra madre lo llama!». Hermógenes miró fijamente ante sí y murmuró: «El diablo puede tomar la apariencia que quiere, dice nuestro señor padre, pero a nuestra madre no le hace nada». Me invadió de nuevo el horror y supliqué a Hermógenes que no hablase más del diablo. Fuimos a la capital, el cuadro se desvaneció en mi memoria y ni siquiera después de la muerte de mi madre, cuando regresamos al campo, recobró su viveza. El ala del castillo, en la que se encontraba la salita azul, permaneció deshabitada. Allí estaban las estancias de mi madre, que mi padre no podía pisar sin que se despertasen en él los recuerdos más dolorosos. Reparaciones en el edificio hicieron finalmente necesario abrir las habitaciones. Entré en la salita azul precisamente cuando los trabajadores estaban quitando el pavimento. Tan pronto como uno de ellos levantó una mesa situada en el centro de la habitación, algo sonó detrás de la pared y apareció el cuadro de tamaño natural del desconocido. Se descubrió el resorte en el suelo que, al ser presionado, ponía en funcionamiento una máquina que desplazaba el revestimiento de la pared. En aquel instante pensé vivamente en mis años de infancia, mi madre estaba de nuevo ante mí, derramé lágrimas ardientes, pero no pude apartar la mirada del hombre espléndido y desconocido que me contemplaba desde el cuadro con ojos refulgentes. Probablemente informaron a mi padre del hallazgo poco después de que se produjo. Entró en la habitación cuando yo todavía permanecía ante el cuadro y bastó una fugaz mirada para que el horror le invadiera. Quedó estático y murmuró: «Francesco, Francesco». Después se volvió hacia los trabajadores y ordenó con voz poderosa: «Descolgad el cuadro inmediatamente de la pared, enrolladlo y dádselo a Reinaldo». Tuve la sensación de que nunca podría volver a ver a aquel hombre hermoso que, con su espléndido traje, aparecía ante mí como un príncipe del espíritu. Pero una timidez insuperable me impidió rogar a mi padre que no lo hiciese destruir. Pocos días después había desaparecido por completo la impresión que me había causado el hallazgo del cuadro. Había cumplido ya catorce años y era todavía una niña irreflexiva y salvaje, por lo que desentonaba con el serio y solemne Hermógenes. Le decía a mi padre que Hermógenes parecía una niña tranquila y yo un chico bastante travieso. Pero esto cambiaría pronto. Hermógenes comenzó a ejercitarse en el arte de caballería con pasión y fuerza. Vivía sólo para la lucha y la batalla y, como pronto habría guerra, le solicitó a mi padre entrar enseguida a prestar servicio de armas. Yo quedé sumida en aquel tiempo en un inexplicable estado de ánimo, que pronto perturbó todo mi ser. Un extraño malestar, que parecía proceder del alma, afectaba violentamente a todos los pulsos vitales.

Muchas veces estuve al borde del desmayo, luego experimentaba todo tipo de sueños e imágenes extraordinarias. Me parecía como si pudiese contemplar un cielo radiante pleno de placer y bendiciones, aunque mis ojos permanecían cerrados como los de un niño somnoliento. Sin saber por qué, podía a menudo estar mortalmente afligida y, sin embargo, alegre y desenvuelta. La más mínima causa me hacía derramar lágrimas. Un anhelo inexplicable se tornaba tan intenso que me producía dolores corporales, de tal modo que mis miembros se agitaban convulsos. Mi padre se dio cuenta de mi estado, lo atribuyó a unos nervios sobreexcitados y buscó la ayuda de un médico que recetó todo tipo de medicamentos sin resultado. Yo misma no sé cómo ocurrió, pero repentinamente apareció en mi mente tan vívido el cuadro olvidado del hombre desconocido que me parecía como si realmente estuviera ante mí, dirigiéndome una mirada compasiva. «Ay, ¿debo morir acaso? ¿Qué es lo que me atormenta de manera tan indecible?», pregunté a la fantasmagórica visión. Entonces el desconocido rió y respondió: «Tú me amas Aurelia, ése es tu tormento, pero ¿puedes romper el voto del consagrado?». Advertí con asombro que el desconocido vestía el hábito de la Orden de los capuchinos. Intenté hacer acopio de todas mis fuerzas para despertar de aquel extraño estado onírico. Lo conseguí. Estaba firmemente convencida de que aquel monje había sido una imagen engañosa liberada por mi fantasía, pero también me resultó demasiado evidente que me había sido revelado el secreto del amor. ¡Sí! Amaba al desconocido con toda la fuerza del nuevo sentimiento que experimentaba, con toda la pasión y fervor de que es capaz un corazón juvenil. En aquellos momentos de ensueño, cuando creía ver al desconocido, mi malestar pareció alcanzar su punto culminante. Luego empecé a sentirme mejor al remitir mi debilidad nerviosa y sólo la permanencia de aquella imagen, el amor fantástico hacia un ser que vivía exclusivamente en mi interior, me otorgaba la apariencia de una soñadora. Había enmudecido para todos. Me sentaba en sociedad sin hacer un movimiento y, como estaba sólo pendiente de mi ideal, no prestaba atención a lo que se hablaba, por lo que daba a menudo respuestas incoherentes. Esto se interpretó como simpleza de carácter. En la habitación de mi hermano vi sobre la mesa un libro extraño. Era una novela traducida del inglés: *¡El Monje!* Un estremecimiento helado acompañó al pensamiento de que mi amado desconocido era un monje. Nunca había sospechado que el amor a un consagrado a Dios pudiera ser pecaminoso. Recordé repentinamente las palabras que pronunció la figura onírica: «¿Puedes romper los votos del consagrado?». Sólo ahora me hirieron profundamente al caer con todo su peso en mi interior. Se me ocurrió que quizá aquel libro pudiera darme alguna aclaración. Lo tomé y empecé a leerlo. La extraña historia me entusiasmó, pero cuando tuvo lugar el primer crimen, cuando el horrible monje comete impiedad tras impiedad hasta que finalmente

pacta con el mal, entonces me invadió un espanto sin nombre, pues pensé en las palabras de Hermógenes: «¡Nuestra madre habla con el diablo!». Ahora creía, tal y como acontecía con el monje de la novela, que el desconocido era un aliado del mal y que intentaba seducirme. Sin embargo, me era imposible dominar el amor que sentía por el monje que vivía en mi interior. Sólo a partir de aquel instante supe que existe un amor impío, y mi aversión luchó con el sentimiento que henchía mi pecho. Esta lucha me hizo irritable. A menudo, cuando me encontraba en la cercanía de un hombre, se apoderaba de mí un sentimiento siniestro, ya que repentinamente me asaltaba la impresión de que era el monje que quería seducirme y arrastrarme a la perdición. Reinaldo regresó de un viaje y habló mucho de un capuchino, un tal Medardo, que se había convertido en un famoso predicador y al que había podido escuchar en ...r con admiración. Pensé en el monje de la novela y se apoderó de mí la extraña idea fija de que el amado y temido desconocido de mis sueños podía ser Medardo. Este pensamiento me parecía horrible, aunque no sabía por qué, y mi estado empeoró sensiblemente cuando creí que podía resistirlo. Nadaba en un mar de visiones y sueños. Pero en vano intentaba desterrar la imagen del monje de mi interior. Yo, niña infeliz, era incapaz de resistirme al amor pecaminoso que sentía por un hombre consagrado a Dios. Un sacerdote visitó a mi padre, como acostumbraba a hacer de vez en cuando. Se extendió acerca de las múltiples tentaciones del diablo y una chispa cayó en mi alma al describir el estado sin consuelo del espíritu juvenil, en el que el mal intenta abrirse camino, encontrando sólo una débil resistencia. Mi padre añadió algo más, como si hiciese referencia a mí. Sólo una determinación inamovible, dijo finalmente el sacerdote, sólo una confianza ilimitada, no sólo en personas a las que nos une una especial amistad sino también en la Religión y en sus servidores, pueden traer salvación. Esta extraña conversación fue la que me decidió a buscar consuelo en la Iglesia y a aligerar mi pecho arrepentido en sagrada confesión. El día siguiente por la mañana temprano quise ir, ya que nos encontrábamos precisamente en la Capital, a la iglesia del monasterio situado al lado de nuestra casa. Había pasado una noche horrible y angustiosa. Imágenes impías y repugnantes, como nunca había visto ni pensado, intentaban seducirme, y allí en medio se encontraba el monje, ofreciéndome su mano como pidiendo salvación: «¡Di que me amas —gritó— y quedarás libre de toda angustia!». Entonces respondí de manera involuntaria: «¡Sí, Medardo, te amo!». Y los espíritus infernales desaparecieron. Finalmente me levanté, me vestí y fui a la iglesia del monasterio. La luz de la mañana penetraba en la iglesia a través de vidrieras multicolores, un hermano lego limpiaba los corredores. No muy lejos de la puerta lateral por la que había entrado había un altar consagrado a Santa Rosalía. Allí recité una corta oración y me acerqué al confesionario, en el que pude ver a un monje. ¡Que el

Cielo me ayude! ¡Era Medardo! No había ninguna duda, un poder superior me lo confirmó. Entonces me poseyeron un miedo y un amor demenciales, pero comprendí que sólo un valor imperturbable podía salvarme. Le confesé mi amor pecaminoso por un hombre consagrado a Dios. ¡Mucho más! ¡Dios misericordioso! En aquel instante me parecía como si ya hubiese maldecido a menudo en una desesperación desconsolada los lazos sagrados que ataban a mi amado, y también lo confesé. «Tú mismo, Medardo, tú mismo eres a quien amo de manera indecible», fueron las últimas palabras que pude emitir, pero ahora fluía un suave consuelo de la iglesia, como un bálsamo celestial de los labios del monje, que, súbitamente, ya no parecía Medardo. Poco después un anciano y venerable peregrino me tomó en brazos y me llevó con paso lento a través de los corredores hasta la puerta principal de la iglesia. Me dijo palabras espléndidas y santas, pero yo me adormecí como un niño que es mecido con tonos dulces y suaves. Perdí del todo la conciencia. Cuando desperté me hallaba vestida en el sofá de mi habitación. «¡Que Dios y todos los santos sean loados, la crisis ha pasado, se recupera!», exclamó una voz. Era el médico, que hablaba con mi padre. Me dijeron que me habían encontrado por la mañana en un estado comatoso y rígido, parecido a la muerte, que temían que hubiese sufrido una crisis nerviosa. Como ves, madre querida y piadosa, mi confesión con el monje Medardo sólo había sido un sueño vívido producido por un estado de excitación, pero Santa Rosalía, a la que rogaba a menudo y cuya imagen incluso apareció en el sueño, había hecho que sucediese todo así, para que pudiese ser salvada de la trampa tendida por las astucias del mal. El amor demencial que había sentido por la visión con hábito monacal había desaparecido. Me recuperé del todo y entré, alegre y desenvuelta, en la vida. Pero, Dios mío, de nuevo tuvo que herirme mortalmente aquel monje odiado. Por aquel Medardo, con el que me había confesado en sueños, tomé por un instante al monje que llegó a nuestro castillo. «¡Ése es el diablo con el que hablaba nuestra madre! ¡Guárdate de él! ¡Guárdate! ¡Está detrás de ti!», gritaba el infeliz Hermógenes. Ay, no hubiera necesitado su advertencia. Desde el primer momento en que el monje me contempló con sus ojos brillantes de deseo y en que invocó a Santa Rosalía con un tono de fingida cautivación, me pareció un ser horrible y espantoso. Ya conoces, querida madre, todos los acontecimientos pavorosos que se produjeron después. Pero debo también confesarte que el monje también resultaba peligroso en otro sentido, ya que se despertó en mi interior un sentimiento similar al pensamiento pecaminoso que antaño había surgido en mí y que me impulsó a luchar contra las tentaciones del mal. Había instantes en que, cegada, confiaba en los piadosos y seductores sermones del monje, incluso me parecía como si su espíritu irradiase un fulgor celestial que podría encender en mí un amor puro y sobrenatural. Pero luego intentó con impías

astucias, incluso aprovechándose del estado exaltado provocado por la oración, avivar un ardor que procedía del infierno. Como a mi ángel de la guarda, me enviaron los santos, a los que rezaba con fervor, a mi hermano. Piensa, querida madre, mi horror cuando al aparecer por vez primera en la Corte se acercó a mí un hombre en el que a primera vista creí reconocer al monje Medardo, a pesar de que vestía ropas mundanas. Perdí el conocimiento al verle. Despertando en los brazos de la princesa, grité: «Es él, el asesino de mi hermano». «Sí, es él —dijo la princesa—, el monje Medardo disfrazado, que huyó del monasterio. La asombrosa similitud con su padre Francesco...». Ayúdame, Dios misericordioso, mientras escribo este nombre recorren mi cuerpo escalofríos. Aquel retrato que tenía mi madre era de Francesco... ¡El engañoso ser en hábito monacal que me atormentaba tenía sus rasgos! Reconocí a Medardo como aquel producto de mi imaginación que apareció en mi sueño de la confesión. Medardo era el hijo de Francesco, Franz, al que tú, mi buena madre, educaste de manera tan piadosa y que cayó en el pecado y la impiedad. ¿Qué relación tenía mi madre con aquel Francesco, cuyo retrato conservaba en secreto y ante el que parecía abandonarse al recuerdo de una época bienaventurada? ¿Cómo es posible que Hermógenes viese en ese cuadro al diablo, y que fuese la causa de mi singular extravío? Estoy sumida en sospechas y dudas. ¡Dios mío! ¿Me he liberado del poder maléfico que me mantenía en sus redes? ¡No, no puedo seguir escribiendo, me parece como si la noche hubiese caído sobre mí y no brillase ninguna estrella de esperanza que me mostrase el camino que debo seguir!

(UNOS DÍAS DESPUÉS).

¡No! Ninguna duda sombría debe estropear me los días claros y soleados que están por llegar. El venerable padre Cirilo te ha informado ya detalladamente, querida madre, del nuevo rumbo perjudicial que tomó el proceso de Leonardo, al que mi precipitación entregó en las manos del hostil tribunal de lo criminal. Que el Medardo real haya sido detenido, que su demencia quizá fingida remita pronto, que haya confesado sus crímenes, que espere su justa pena... pero para qué seguir, pues el destino ominoso del criminal que de niño te fue tan querido heriría profundamente tu corazón. El extraño proceso constituía el único objeto de conversación en la Corte. Tenían a Leonardo por un criminal contumaz y obstinado, porque lo negaba todo. ¡Dios misericordioso! Algunas charlas me parecían golpes de daga, pues una voz me decía de manera

maravillosa: «Es inocente, y quedará tan claro como la luz del día». Sentí una profunda compasión por él. Tuve que reconocer que su imagen despertaba de nuevo en mí sentimientos que no podía malinterpretar. ¡Sí! Ya le amaba de manera indecible cuando aparecía ante el mundo como un impío criminal. Un milagro nos tenía que salvar, pues yo moriría en el mismo instante en que Leonardo cayese por obra del verdugo. Es inocente, me ama y pronto será mío. Así se hará realidad, se tornará en una espléndida vida placentera, una visión oscura que me acompaña desde mi infancia y que un poder maligno quiso perturbar con perfidia. ¡Oh, otórgame, otorga a mi amado tu bendición, madre piadosa! ¡Ah, si pudiera tu afortunada niña consolarse de su placer celestial en tu corazón! Leonardo tiene un gran parecido con aquel Francesco, pero parece más alto, también le distingue fácilmente de Francesco y del monje Medardo un rasgo característico de su nación (ya sabes que es polaco). Fue bastante tonto por mi parte confundir, aunque sólo fuese un instante, al señorial, inteligente y distinguido Leonardo con el monje dado a la fuga. Pero tan fuerte fue la espantosa impresión que sufrí después de aquella escena brutal en nuestro castillo que, a menudo, cuando entra Leonardo de improviso y me mira con sus ojos brillantes tan parecidos a los de Medardo, me asalta una angustia irreprimible y corro peligro de herir a mi amado con mi comportamiento infantil. Me parece que sólo la bendición del sacerdote podría conjurar la oscura figura que todavía arroja con hostilidad sombras sobre mi vida. ¡Tennos presentes, a mí y a mi amado, en tus oraciones, madre querida! El Soberano desea que la boda se celebre pronto. Te comunicaré el día exacto, para que puedas acordarte de tu niña en su hora más solemne y decisiva, etcétera.

Leí una y otra vez las páginas escritas por Aurelia. Me parecía como si el espíritu celestial, que surgía luminoso de ellas, penetrase en mi interior y disolviese con un rayo puro todo el ardor impío y pecaminoso. Ante la mirada de Aurelia me invadió un temor sagrado, no osé más precipitarme sobre ella para acariciarla como antes. Aurelia notó el cambio de comportamiento y le confesé arrepentido el robo de la carta dirigida a la abadesa. Me disculpé aduciendo un impulso incontrolable que, como si fuese la fuerza de un poder superior, no pude resistir. Afirmé que precisamente aquella visión en el confesionario había tenido lugar para mostrarme hasta qué punto nuestro vínculo correspondía a la voluntad divina.

—Sí, niña piadosa y celestial —dije—, también yo tuve un sueño maravilloso en el que me declarabas tu amor, pero yo era un monje desgraciado, aniquilado por la fatalidad, cuyo pecho era destrozado por mil tormentos infernales. A ti, sólo a ti amaba con fervor indecible, pero impío; hipócrita era mi amor, pues yo era realmente

un monje y tú Santa Rosalía.

Aurelia me interrumpió aterrorizada:

—¡Por Dios! —dijo—. ¡Por Dios, Nuestro Señor, un profundo e impenetrable secreto determina nuestras vidas! Ay, Leonardo, no toquemos el velo que lo cubre, quién sabe, podríamos encontrar algo oculto, espantoso y horrible. Seamos piadosos y mantengámonos juntos y fieles a nuestro amor, así podremos contrarrestar los efectos del poder oscuro que nos amenaza. Que hayas leído mi carta, bueno, tuvo que suceder. Ay, todo te lo tuve que haber revelado antes, ningún secreto debe existir entre los dos. Y, sin embargo, tengo la sensación de que luchas con algo que hace tiempo penetró en tu vida con efecto pernicioso y que no te atreves a decir por un temor injusto. ¡Leonardo, sé sincero! ¡Ah, cómo aliviaría tu corazón e iluminaría nuestro amor una confesión voluntaria!

Después de escuchar las palabras de Aurelia, sentí, mortificado, cómo habitaba en mí el espíritu de la mentira y cómo hacía sólo unos instantes había engañado impíamente a una niña tan piadosa. Este sentimiento me dominó con más y más fuerza, y experimenté la necesidad de descubrirle todo a Aurelia y, no obstante, ganar su amor.

—Aurelia, mi niña santa, que me salva de...

Justo en ese momento entró la Soberana. Su mirada, llena de escarnio y del pensamiento de mi perdición, me arrojó repentinamente al infierno. Ahora estaba obligada a tolerarme. Permanecía frente a ella, audaz y temerario, como el prometido de Aurelia. En ningún caso se podía decir que estaba libre de malos pensamientos cuando me quedaba a solas con Aurelia. Pero entonces también llegaba hasta mí la bendición del Cielo. Sólo ahora deseaba con fuerza el matrimonio con Aurelia. Una noche se me apareció mi madre y quise tomar su mano, pero comprobé que sólo se trataba de una fragancia que había tomado forma. «¿Por qué un engaño tan estúpido?», grité enfurecido. Entonces los ojos de mi madre derramaron lágrimas cristalinas que se convirtieron en estrellas plateadas y refulgentes, de las cuales cayeron gotas luminosas que oscilaron alrededor de mi cabeza como si quisiesen formar un nimbo, pero un puño horrible y negro destrozaba siempre el círculo. «Tú, que naciste puro de todo crimen —dijo mi madre con voz dulce—, ¿ha quedado tu fuerza tan debilitada que es incapaz de resistir las tentaciones de Satanás? ¡Ahora puedo ver en tu interior, pues he sido aliviada de la carga terrenal! ¡Levántate, Francisco! ¡Quiero adornarte con lazos y flores, ya que el día de San Bernardo ha llegado y debes volver a ser un niño piadoso!».

Sentí la necesidad de entonar como antaño un himno en alabanza del Santo, pero algo espantoso ocurrió entre tanto y mi canto se tornó en un aullido salvaje. Velos negros se alzaron entre mi madre y yo. Varios días después de esta visión me encontré con el juez en la calle. Se acercó a mí amigablemente.

—¿Sabéis ya —comenzó—, que el proceso del capuchino Medardo ha tomado un rumbo equívoco? La sentencia, que muy probablemente le hubiese supuesto la

muerte, debería haberse redactado ya, pero ha mostrado de nuevo huellas de demencia. El tribunal de lo criminal recibió además la noticia de la muerte de su madre. Le informé sobre ello, pero entonces rió como un salvaje y, con una voz que hubiese atemorizado al espíritu más firme, gritó: «¡Ja, ja, ja, la princesa de... — nombró a la esposa del hermano asesinado de nuestro Soberano— hace tiempo que está muerta!». Ha sido dispuesto un nuevo reconocimiento médico; se cree, sin embargo, que la locura del monje es fingida.

Me informé sobre el día y la hora en que se había producido el fallecimiento de mi madre. Comprobé que se me había aparecido en el mismo instante de su muerte. Penetrando en mi alma, mi madre, descuidada por mí durante tantos años, se había convertido en la mediadora entre el alma celestial que iba a ser mía y yo. Me había vuelto más sensible y sentimental. Ahora comprendía mucho mejor el amor de Aurelia y me resistía a abandonarla, considerándola como un ángel protector. Mi ominoso secreto me pareció que ocultaba un acontecimiento impenetrable, impuesto por poderes superiores. El día escogido por el Soberano para celebrar la boda había llegado. Aurelia quería contraer matrimonio por la mañana temprano ante el altar de Santa Rosalía, en la iglesia del convento vecino. Pasé la noche despierto y, por primera vez durante mucho tiempo, rezando con fervor. ¡Ay, ciego de mí, no sabía que la oración con la que pretendía fortalecerme para evitar el pecado constituía una impiedad infernal! Cuando vi a Aurelia, vino hacia mí vestida de blanco, adornada con aromáticas rosas y con la belleza encantadora de un ángel. Su vestido y su tocado tenían algo arcaico de gran singularidad. Un oscuro recuerdo se despertó en mi mente y, cuando repentinamente apareció ante mí el altar de Santa Rosalía en el que íbamos a contraer matrimonio, sentí cómo un escalofrío recorría mi cuerpo. El cuadro representaba el martirio de la Santa, y precisamente estaba vestida como Aurelia. Me fue difícil esconder la horrible impresión que sufrí. Aurelia me dio su mano con una mirada de la que emanaba todo un cielo lleno de amor y bendición. La llevé a mi pecho y con un beso arrebatador de pureza experimenté de nuevo el sentimiento de que sólo a través de Aurelia podría salvar mi alma. Un servidor del príncipe regente anunció que Su Majestad estaba ya dispuesta para recibirnos. Aurelia se puso rápidamente el guante y yo tomé su brazo; entonces la camarera advirtió que el peinado se había desordenado. Salió corriendo a buscar alfileres para el pelo. Esperamos en la puerta, lo que parecía resultarle bastante desagradable a Aurelia. En ese instante se produjo un ruido sordo en la calle, voces huecas gritaban en la confusión y se pudo escuchar el estrépito causado por un carruaje pesado que avanzaba con lentitud. ¡Me apresuré hasta la ventana! Pude ver ante el palacio la carreta conducida por el verdugo, en la que iba sentado el monje. Un capuchino se encontraba ante él, rezando en voz alta y con fervor. Su rostro estaba descompuesto, con la palidez generada por un miedo mortal y con las barbas desgñadas. Pero los rasgos de mi horrible doble me eran demasiado conocidos. Tan pronto como la carreta, impedida en su avance un instante por la aglomeración de gente, pudo

reanudar su camino, lanzó una mirada espantosa y bestial hacia mí, riendo y aullando:

—¡Eh, novio, novio... sube al tejado... al tejado... allí lucharemos y el que lance al otro al vacío será rey y beberá sangre!

Yo grité:

—¡Ser espantoso!... ¿Qué quieres... qué quieres de mí?

Aurelia me tomó con ambos brazos y, apartándose violentamente de la ventana, dijo:

—¡Por el amor de Dios! ¡Virgen Santísima... se llevan a Medardo... al asesino de mi hermano al patíbulo! ¡Leonardo! ¡Leonardo!

Los espíritus infernales se rebelaron en ese momento en mi interior con el poder que les había sido concedido para actuar contra el pecador impío. Cogí a Aurelia con una furia tan terrible que se sobresaltó.

—Ja, ja, ja... mujer demente y estúpida... yo... yo, tu galán, tu prometido, soy Medardo... soy el asesino de tu hermano... tú, la novia del monje, ¿quieres que la perdición caiga sobre tu prometido? ¡Ja, ja, ja... yo soy rey... beberé tu sangre!

Saqué el cuchillo, se lo clavé y la dejé caer al suelo. Un chorro de sangre bañó mi mano. Bajé las escaleras, atravesé la masa de gente y llegué hasta la carreta. Cogí al monje y lo arrojé al suelo. Entonces me rodearon, pero furioso me abrí paso con el cuchillo. Pude liberarme y salir huyendo, aunque me acosaban y sentí cómo me habían herido en el costado. Con el cuchillo en la mano derecha y dando fuertes puñetazos pude llegar hasta el muro que rodeaba el parque. Lo salté acompañado por un horrible vocerío:

—¡Al asesino, al asesino! ¡Detened al asesino!

Seguí escuchando gritos a mis espaldas. Pude oír ruido de cadenas, querían romper la puerta de la verja del parque, que estaba cerrada. Corrí sin detenerme. Llegué a la zanja que separaba el parque del bosque, un salto poderoso y ya estaba en el otro lado. Seguí corriendo sin parar a través del bosque hasta que, agotado, me eché bajo un árbol. Era noche profunda cuando desperté como de un profundo letargo. En mi mente existía sólo el pensamiento de huir como un animal acosado. Me levanté, pero apenas había dado unos pasos, surgió un hombre de unos matorrales y saltó sobre mi espalda, apretándome el cuello con fuerza. En vano intenté desembarazarme de él. Me arrojé al suelo, choqué de espaldas contra un árbol, pero todo fue inútil. El hombre emitía una risa sarcástica. La luna apareció a través de los oscuros abetos iluminando el entorno y el rostro horrible y pálido del monje, del pretendido Medardo, que ahora me miraba fijamente de la misma manera en que lo había hecho desde la carreta.

—¡Ji, ji, ji... hermanito... hermanito, siempre contigo... no me dejes, no me dejes, no puedo andar... me tienes que llevar... me tienes que llevar... vengo del patíbulo... del patíbulo... el suplicio de la rueda... de la rueda... Ji, ji...

Así reía y aullaba el espantoso espectro, mientras yo, fortalecido por el terror que sentía, salté como un tigre aprisionado por una pitón. Me lancé contra árboles y rocas

para, si no matarle, al menos herirle gravemente y que me soltase. Pero él rió todavía más fuerte y yo me sentí lacerado por un dolor repentino. Intenté desasirme de sus manos enlazadas como nudos en torno a mi cuello, pero la fuerza del monstruo amenazaba con aplastarme la garganta. Finalmente, después de una lucha furiosa, cayó repentinamente. Sin embargo, apenas había logrado avanzar unos metros libre de su carga, cuando lo tenía otra vez sobre mi espalda, riendo y balbuceando palabras horribles. De nuevo hice salvajes esfuerzos, de nuevo pude liberarme, pero al instante tenía otra vez las manos del espectro en torno a mi cuello. Me es imposible poder decir cuánto tiempo huí por el sombrío bosque perseguido por mi doble. Me parece como si hubieran sido meses, durante los cuales ni comí ni bebí. Sólo me acuerdo con claridad de un instante, después me sumí en una completa inconsciencia. Precisamente había logrado desembarazarme del doble cuando un rayo de luz solar penetró en el bosque acompañado del tañido alegre de las campanas de un monasterio. Distinguí una campanada que tocaba a maitines. «¡Has asesinado a Aurelia!». Este pensamiento se apoderó de mí con los brazos helados de la muerte, y perdí el conocimiento.

CAPÍTULO SEGUNDO

La expiación

Un suave calor penetró en mi interior. Sentí cómo la sangre empezaba a circular por las arterias y borboteaba de manera extraña. La sensación se tornó en pensamiento, aunque mi «yo» estaba escindido en cien partes. Cada una de las partes poseía su propia conciencia de vida, y en vano intentaba la cabeza imponerse a los miembros, que, como vasallos infieles, no querían someterse a su dominio. A continuación, los pensamientos de las partes independientes comenzaron a girar como puntos luminosos, cada vez más rápido, de tal modo que formaron un círculo de fuego que se hacía más pequeño conforme aumentaba su velocidad, hasta constituir, por último, una bola ígnea homogénea. De la misma salían despedidos rayos ardientes que se movían como llamas coloreadas. «¡Son mis miembros, que empiezan a cobrar vida, ahora me despierto!», pensé con claridad, pero en ese preciso instante experimenté un dolor intenso y una serie de campanadas destrozaron mis oídos. «¡Huir, seguir adelante! ¡Adelante! ¡Adelante!», grité. Quise sacar fuerzas de flaqueza, pero caí de nuevo preso de la debilidad. Por fin me fue posible abrir los ojos. Las campanadas continuaban. Creía que estaba todavía en el bosque, pero quedé asombrado al observar los objetos que me rodeaban y al tomar conciencia de mí mismo. Yacía en un jergón bien acolchado, situado en una habitación simple, y estaba vestido con el hábito de capuchino. Un par de sillas de mimbre, una mesa pequeña y la cama sencilla eran los únicos muebles que había en la habitación. Comprendí que mi estado de inconsciencia había durado un periodo de tiempo considerable y que, de una u otra manera, había ido a parar a un monasterio que admitía enfermos. Mi traje debió de romperse, así que me habían puesto provisionalmente un hábito. Me pareció que había escapado del peligro. Esta suposición me tranquilizó del todo y decidí aguardar al desarrollo de los acontecimientos, ya que presumía que alguien, más tarde o más temprano, vendría a visitar al enfermo. Me sentía extenuado, aunque sin dolores. Habían transcurrido sólo unos minutos después de haber recobrado por completo la conciencia cuando oí pasos lejanos que se acercaban por un pasillo. Se abrió la puerta de mi habitación y pude ver a dos hombres, de los cuales uno vestía un traje civil y el otro llevaba el hábito de la Orden de los Hermanos de la Caridad. Se acercaron a mí en silencio. El que iba vestido de civil me miró fijamente a los ojos y parecía maravillado.

—Acabo de volver en mí, señor —dije con voz fatigada—, gracias sean dadas al Cielo que me ha despertado a la vida. Pero ¿dónde me encuentro? ¿Cómo he llegado hasta aquí?

Sin responderme, el hombre vestido de civil se volvió hacia el monje y le dijo en italiano:

—Es realmente asombroso, la mirada ha cambiado, su lenguaje es claro, algo

fatigado..., ha debido de entrar en una crisis especial.

—Me parece —replicó el clérigo—, me parece como si recobrase la salud de manera incuestionable.

—Eso depende —dijo su acompañante— de cómo evolucione su estado en los próximos días. ¿Entendéis alemán lo suficiente como para hablar con él?

—Lamentablemente no —respondió el monje.

—Yo hablo y comprendo el italiano —interrumpí—. Díganme cómo he llegado hasta aquí y dónde estoy.

El hombre vestido de civil, como ya había supuesto, un médico, pareció gratamente sorprendido.

—¡Ah! —exclamó—, eso está bien. Os encontráis, honorable señor, en un lugar en el que se hará todo lo posible por vuestra salud. Hace tres meses os trajeron aquí en un estado crítico. Estabais muy enfermo, pero gracias a nuestros cuidados parecís hallaros en el buen camino para recobrar vuestra salud. Si hay suerte y lográis recuperaros por completo, podréis seguir con tranquilidad vuestro camino, pues, según he oído, os dirigíais a Roma.

—¿Llegué hasta aquí —pregunté— vestido de esta manera?

—Así es —respondió el médico—, pero dejad las preguntas, no os intranquiliéis, ya conoceréis todos los pormenores. Lo importante es que recobréis la salud.

Me tomó el pulso. El monje había traído mientras tanto una taza, que ahora me acercó.

—Bebed —dijo el médico— y decidme de qué bebida se trata.

—Se trata —respondí después de haber bebido— de un caldo de carne bastante fuerte. El médico rió satisfecho y, volviéndose hacia el monje, exclamó:

—¡Bien, muy bien!

Ambos abandonaron la habitación. Mi suposición era cierta, me hallaba en un hospital público. Me daban comidas consistentes y fuertes medicamentos, así que, transcurridos tres días, ya era capaz de levantarme. El clérigo abrió una de las ventanas. Un aire templado y espléndido, como no lo había respirado en mi vida, penetró en la estancia. El edificio daba a un jardín en el que proliferaban árboles exóticos floridos y de maravilloso verdor; una parra ascendía exuberante por el muro, pero, ante todo, la delicadeza del cielo azul oscuro me pareció digna de un mundo mágico y lejano.

—Pero ¿dónde estoy? —exclamé entusiasmado—. ¿Me han concedido los santos vivir en una tierra celestial?

El clérigo rió con satisfacción y dijo:

—¡Os halláis en Italia, hermano, en Italia!

Mi asombro aumentó hasta lo inconcebible. Intenté que el monje me revelase las circunstancias exactas en las que había llegado a aquella casa, pero me remitió al médico, quien por fin me contó que hacía tres meses un hombre extraño me había traído y había pedido que me acogiesen. Yo me encontraba ahora en un hospital

regido por la Orden de los Hermanos de la Caridad. Conforme me iba fortaleciendo comprobé que el médico y el monje empezaban a entablar conmigo conversaciones, dándome la oportunidad de hablar durante largo tiempo. Mis extensos conocimientos en todas las facetas del saber me proporcionaban suficiente materia. El médico me propuso escribir algo que luego leyó en mi presencia, mostrándose satisfecho del resultado. Pero me parecía extraño que en vez de alabar mi trabajo, se limitase a decir: «¡Bien... parece que va bien... no me he equivocado!

¡Extraordinario! ¡Extraordinario!». Sólo podía pasear por el parque a determinadas horas. Allí contemplaba a veces a seres horriblemente desfigurados, de una palidez cadavérica, tan escuálidos que se les notaban todas las costillas, que eran acompañados y cuidados por hermanos caritativos. Una vez me salió al paso, cuando ya regresaba a la habitación, un hombre macilento y flaco, envuelto en una extraña capa de color ocre, que era sostenido por los brazos entre dos hermanos. Cada vez que avanzaba un paso, daba un salto cómico que acompañaba con un silbido penetrante. Quedé paralizado de asombro, pero el monje que me acompañaba me llevó hacia adelante, mientras decía:

—¡Vamos, vamos, querido hermano Medardo, esto no es para vos!

—¡Dios bendito! —exclamé—. ¿Cómo sabéis mi nombre?

La vehemencia con que pregunté pareció intranquilizar a mi acompañante.

—¿Eh? —dijo—. ¿Por qué no deberíamos conocer vuestro nombre? El hombre que os trajo lo pronunció expresamente y habéis sido inscrito así en el registro del hospital: Medardo, hermano del monasterio capuchino en B.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Pero fuera quien fuese el desconocido que me había traído hasta el hospital, debía de conocer mi secreto espantoso. No podía querer por consiguiente nada malo, ya que me había cuidado y ahora me hallaba en libertad.

Me encontraba asomado a la ventana, respirando profundamente el aire templado y maravilloso que, corriendo por mis venas e inundando mi corazón, despertaba una nueva vida en mí, cuando observé una figura pequeña y flaca, con un sombrerito puntiagudo en la cabeza y vestido con un miserable y descolorido gabán, que penetraba en la casa trotando y dando cortos saltitos. Cuando me divisó, agitó el sombrero en el aire y me lanzó besos con la mano. El hombrecillo tenía algo que me resultaba familiar, pero no podía reconocer claramente sus rasgos. Desapareció entre los árboles antes de que pudiese acordarme de quién era. No transcurrió mucho tiempo cuando alguien llamó a mi puerta. La misma figura que había visto en el parque entró en la habitación.

—¡Schönfeld! —grité sorprendido—. ¡Por el amor de Dios! ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

Era el peluquero loco de la ciudad comercial que me salvó de un grave peligro.

—¡Ay! ¡Ay! —suspiró, mientras su rostro se contraía en un gesto lloroso—.

¡Cómo he podido acabar aquí, honorable señor, cómo, si no empujado por la fuerza de los acontecimientos, arrojado por la perversa fatalidad que persigue a todo genio! Tuve que huir a causa de un crimen...

—¿A causa de un crimen?... —le interrumpí agitado.

—Sí, a causa de un crimen —continuó—. Llevado por la furia, maté a la patilla izquierda del joven consejero comercial en la ciudad y herí gravemente a la derecha.

—Os suplico —le interrumpí de nuevo— que dejéis las poses. Sed por una vez razonable y contadme algo coherente o abandonad la habitación.

—¡Eh, querido hermano Medardo! —empezó a hablar ahora con repentina seriedad—. Nada más recuperarte y ya me quieres echar, sin embargo bien que toleraste mi compañía y soportaste mi cercanía cuando yacías enfermo. Yo era tu compañero de habitación y dormía en esa cama.

—¿Qué queréis decir con eso? —pregunté desconcertado—. ¿Cómo conocéis el nombre de Medardo?

—Mirad, si os place —dijo sonriendo—, la punta derecha de vuestro hábito.

Así lo hice, y quedé paralizado de horror y sorpresa, pues encontré cosido el nombre de Medardo.

Observando el hábito con más detenimiento aprecié signos inequívocos de que era el mismo que había llevado en la huida del castillo del barón F. y había escondido en un tronco hueco. Schönfeld notó mi desasosiego y rió de manera enigmática. Me miró a los ojos llevándose el dedo índice a la nariz y poniéndose de puntillas. Yo permanecí mudo, entonces él comenzó a hablar en voz baja y con un tono pensativo:

—Vuestra Reverencia se extraña visiblemente por el bello traje que le ha sido impuesto, parece quedarle maravillosamente bien en todas partes, mucho mejor que aquel traje de color nogal con botones indignos y mal hilados que le confeccionó mi serio y razonable demonio. Sí, yo... yo, el desconocido y proscrito Pietro Belcampo, fui el que cubrió vuestra desnudez con este traje. ¡Hermano Medardo! Cuando os encontré, no os hallabais en un estado muy particular, ya que como *gabán-spencer-frack* inglés, llevabais simplemente vuestra propia piel, y qué decir de vuestro hábil peinado, ya que vos no dudasteis en inmiscuir en mi arte y serviros del peine de diez púas que os creció en el puño para perdición de vuestro Caracalla.

—¡Dejad de decir insensateces! —le interrumpí—. ¡Dejad de decir insensateces, Schönfeld!

—Me llamo Pietro Belcampo —me interrumpió a su vez lleno de ira—. Sí, Pietro Belcampo, aquí, en Italia, y deberías saber que yo mismo represento la locura que por todas partes te persigue para socorrer a tu razón. Quieras reconocerlo o no, sólo en la locura encontrarás la salvación, pues tu razón es cosa bien miserable y ni siquiera puede bastarse a sí misma. Se tambalea de un lado a otro como un niño débil, teniendo que entrar siempre en compañía de la locura, que la ayuda y sabe encontrar el camino adecuado hacia el hogar, que es el manicomio. Aquí estamos los dos bien situados, hermanito Medardo.

Se estremeció todo mi cuerpo. Pensé en todas las figuras que había visto, en el hombre saltarín con la capa de color ocre, y no pude dudar por más tiempo que Schönfeld, con su demencia, me decía la verdad.

—Sí, mi hermanito Medardo —continuó Schönfeld en voz alta y gesticulando con vehemencia—. Sí, mi querido hermanito Medardo. La locura aparece en la tierra como la verdadera reina del espíritu. La razón es sólo una gobernadora negligente que nunca se ocupa de lo que ocurre más allá de las fronteras de su imperio, que sólo por aburrimiento deja que los soldados se ejerciten en el campo de Marte, incapaces después de disparar un tiro a derechas cuando el enemigo penetra desde el exterior. Pero la locura, la verdadera reina del pueblo, entra acompañada de timbales y trompetas: ¡Hurra! ¡Hurra! Detrás de ella aclamaciones, regocijo. Los vasallos se levantan de los asientos en los que han sido recluidos por la razón y ya no desean ni yacer, ni permanecer de pie, ni sentados, como quiete el pedante preceptor, quien examina con atención los números y dice: «Mirad, la locura ha girado, alterado, alocado a mis mejores estudiantes». Es sólo un juego de palabras, hermanito Medardo, un juego de palabras es un rizo de metal ardiente en la mano de la locura con el que retuerce pensamientos.

—Una vez más —interrumpí el discurso del necio Schönfeld—, una vez más os suplico que ceséis en vuestra insensata cháchara, si os es posible, y me digáis cómo he llegado hasta aquí y qué sabéis de mí y del traje que llevo.

Mientras decía estas palabras le había cogido con ambas manos y le había sentado en una silla. Pareció calmarse después de bajar los ojos y respirar con profundidad.

—Yo —comenzó entonces con voz baja y cansina— os he salvado la vida por segunda vez. Yo fui el que os ayudó en vuestra huida de la ciudad comercial, yo fui de nuevo el que os trajo hasta aquí.

—¡Pero por el amor de Dios, por todos los santos! ¿Dónde me encontrasteis? —grité mientras le soltaba. Pero en ese instante dio un salto y exclamó con ojos refulgentes:

—¡Eh, hermano Medardo! Si no te hubiera llevado cargado sobre mis hombros, pequeño y débil como soy, yacerías ahora con todos los miembros descoyuntados en la rueda.

Temblé y me hundí en la silla aniquilado. La puerta se abrió y entró a toda prisa el monje que me cuidaba.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? ¿Quién os ha permitido entrar en esta habitación? —de este modo quiso despedir a Belcampo, que empezó a llorar y dijo en tono suplicante:

—¡Ay, honorable señor, no he podido resistir por más tiempo el impulso de hablar con mi amigo, al que saqué de un peligro mortal!

Recobré el ánimo.

—Dime, querido hermano —me dirigí al clérigo—, ¿me ha traído realmente este hombre hasta aquí?

Quedó confundido.

—Ya sé dónde me encuentro —continuó—. Me imagino que me hallaba en un estado espantoso, pero habréis notado que me he recuperado por completo, así que puedo conocer todo lo que hasta ahora se me ha silenciado intencionadamente porque se me tenía por muy excitable.

—Así es —respondió el clérigo—, este hombre fue el que os trajo a nuestro manicomio, hará aproximadamente tres meses o un poco más. Os encontró, según nos contó, en el bosque, situado a tres millas de aquí, que separa nuestra región de *** y os dio en un principio por muerto. Os reconoció como el monje capuchino Medardo del monasterio en B., con el que había tenido amistad, y que ahora se dirigía a Roma. Os encontró en un estado de completa apatía: andabais cuando alguien os llevaba, permanecíais de pie, si se os dejaba, y os echabais cuando se os decía. Hubo que alimentaros a la fuerza. Sólo lograbais emitir sonidos incomprensibles, y vuestra mirada carecía de fuerza y de brillo. Belcampo no os abandonó, sino que se convirtió en vuestro fiel enfermero. Transcurridas cuatro semanas caísteis en un estado de locura furiosa y fue necesario llevaros a una estancia retirada y adecuada al caso. Os comportabais como un animal salvaje, pero no quiero seguir describiendo una situación cuyo recuerdo os sería doloroso. Pasadas otras cuatro semanas entrasteis de nuevo y repentinamente en el estado apático, que derivó en una catalepsia, de la que despertasteis curado.

Schönfeld se había sentado durante el relato del monje y apoyaba la cabeza en la mano como si estuviera sumido en profundos pensamientos.

—Sí —comenzó—, ya sé que a veces soy un loco extravagante, pero el aire del manicomio, fatal para la gente razonable, me ha sentado bien. He comenzado a pensar acerca de mí mismo y ello no es mala señal. Si sólo existo a través de mi conciencia, todo depende de que esta conciencia quite la chaqueta de bufón a lo consciente y entonces yo mismo aparezco como un sólido «gentleman». ¡Oh, Dios! ¿No es acaso un peluquero genial por sí mismo un completo loco? La locura protege de toda demencia y os puedo asegurar, honorables señores, que yo también soy capaz de distinguir en norte noroeste entre la torre de una iglesia y un faro.

—Si realmente es así —dije—, demostradlo contando con tranquilidad cómo me encontrasteis y trajisteis hasta aquí.

—Eso es lo que quiero hacer —replicó Schönfeld—, a pesar de que aquí, el señor clérigo, muestra un rostro inquieto. Pero permíteme hermano Medardo que, al considerarte mi protegido, te pueda hablar de tú. El pintor forastero también desapareció de manera misteriosa, con toda su colección de cuadros, la mañana siguiente a la noche en que huiste. Aunque el suceso causó en un principio sensación, no tardó en diluirse en la memoria con motivo de nuevos acontecimientos. Sólo cuando se conoció el crimen perpetrado en el castillo del barón de E, cuando fueron cursadas por el juzgado de *** órdenes de arresto contra el monje Medardo del monasterio capuchino en B., sólo entonces se recordó que el pintor forastero había

contado toda la historia en la taberna y te había reconocido como el hermano Medardo. El dueño del hotel en el que te habías hospedado confirmó la sospecha de que yo te había ayudado a huir. Alguien llamó la atención sobre mí y querían meterme en la cárcel. Me fue fácil tomar la decisión de escapar de la vida miserable que ya me oprimía desde hacía tiempo. Decidí ir a Italia, donde hay peluqueros y abates. Pude verte en la residencia del Soberano de ***. Se hablaba de tu matrimonio con Aurelia y de la ejecución del monje Medardo. También vi al monje. ¡Bien! Fuera quien fuese, te considero el verdadero Medardo. Me crucé en tu camino, pero no te diste cuenta y abandoné la capital para continuar mi viaje. Después de haber recorrido un largo trayecto, me dispuse a atravesar el bosque, que se presentaba ante mí oscuro y sombrío, aprovechando las primeras horas de la madrugada. Acababan de penetrar los primeros rayos de sol cuando pude escuchar un rumor en un arbusto espeso y vi cómo saltaba hacia mí un ser con cabellera crespa y barba, aunque vestido elegantemente. Su mirada era salvaje y turbia. En un instante desapareció de mi vista. Seguí adelante, pero quedé espantado al encontrar ante mí una figura humana desnuda que yacía en el suelo. Creí que se había cometido un crimen, y que el fugitivo era el asesino. Me incliné sobre la persona desnuda, te reconocí y comprobé que todavía respirabas débilmente. Justo a tu lado se encontraba el hábito monacal que ahora llevas puesto. Con esfuerzo pude vestirme y llevarte conmigo. Finalmente recobraste la conciencia, pero caíste en el estado que te acaba de describir el honorable señor aquí presente. Sacarte de allí costó bastante esfuerzo. Llegada la noche sólo había alcanzado una venta situada en medio del bosque. Te dejé como si estuvieras ebrio en una pradera y entré en la venta para proveerme de comida y bebida. En el interior del establecimiento estaban sentados dragones de ***, que, según dijo la ventera, perseguían a un monje hasta la frontera, que acababa de escapar de un modo incomprensible cuando por causa de un grave crimen iban a ajusticiarlo en ***. Para mí resultaba un enigma cómo habías llegado desde la capital hasta el bosque, pero la convicción de que tú eras precisamente el Medardo que buscaban me hizo tomar todas las medidas de precaución para salvarte del peligro en el que también me habías colocado a mí. Dando rodeos logré atravesar la frontera y llegué finalmente contigo a esta casa, donde nos aceptaron a ambos, ya que declaré que no quería separarme de ti. Aquí estabas seguro, porque jamás entregarían a un enfermo a la justicia de un país extranjero. Cuando vivía contigo en esta habitación y te cuidaba no se puede decir que tuvieras los cinco sentidos en su sitio. Tampoco los movimientos de tus miembros destacaban por su disciplina. Noverre y Vestris^[19] te habrían despreciado profundamente, pues tu cabeza colgaba sobre el pecho y, si alguien intentaba ponerte derecho, te revolvías como una bola deforme. También tu talento oratorio causaba una triste impresión. Sólo emitías condenados monosílabos, y durante horas interminables te limitabas a repetir: «¡Hu, hu!» y «me... me...», por lo que pude deducir que tu voluntad y tu capacidad de razonar no estaban precisamente en armonía, llegando por un momento a creer que ambas te eran infieles

y vagabundeaban a su antojo. Por último tuviste un episodio graciosísimo, ya que te dio por pegar saltos tremendos, durante los cuales berreabas de entusiasmo y te rasgabas el hábito para liberarte de ese impedimento tan antinatural. Tu apetito...

—¡Deteneos, Schönfeld! —interrumpí al horrible burlón—. ¡Deteneos! Ya me han informado acerca del terrible estado en que quedé sumido. ¡Gracias sean dadas a la misericordia infinita del Señor! ¡Gracias sean dadas a la mediación de los santos por haber recobrado la salud!

—¡Eh, honorable señor! —terció Schönfeld—. ¿Qué os ha quedado de ella? Quiero decir, qué os ha quedado de la función intelectual, denominada conciencia, y que no es otra cosa que la maldita actividad de un condenado cobrador —funcionario de impuestos—, ayudante de controlador, que ha abierto su infame mostrador en la oficinucha de arriba y a toda la mercancía que quiere salir le dice: «Eh... Eh... está prohibido exportar... todo queda en tierra, en tierra». Así las joyas más hermosas se siembran como si fuesen indignos granos de trigo y de ellas crecen como mucho remolachas forrajeras. De exprimir un peso de mil quintales de estas remolachas se saca sólo un cuarto de onza de azúcar maloliente... Eh... Eh... y, sin embargo, la exportación debería fundar un tráfico comercial con la espléndida ciudad de Dios, allá arriba, donde todo es glorioso y soberbio. ¡Dios de los Cielos! ¡Señor! ¡Habría arrojado a lo más profundo del río todos mis *puder à la Maréchal* o *à la Pompadour* o *à la reine de Golconde*^[20], comprados a precios tan caros, si hubiese podido recibir, siquiera a través de comercio de tránsito, un poquito de polvo solar procedente de un lugar tan elevado para empolvar las pelucas de profesores altamente capacitados y compañeros de corporación, pero antes que ninguna la mía! ¿Qué digo? Si mi Demonio os hubiese colgado encima, a vos, al más honorable y venerable de los monjes, un abrigo de verano en vez de aquel frac color pulga con el que los ricos y petulantes habitantes de la ciudad de Dios van al servicio, os hubiera ido en verdad, en lo que respecta a dignidad y decoro, de otra manera. Pero así os tomó el mundo por un vulgar *glebae adscriptus* y el demonio por su *cousin germain*.

Schönfeld se había levantado y caminaba, o mejor brincaba, de una esquina a otra de la habitación, gesticulando y haciendo muecas. Estaba en vena, como de costumbre, alimentando la locura con la locura. Le tomé de las manos y le dije:

—¿Quieres ocupar aquí mi lugar? ¿No te es posible abandonar las bufonadas por un minuto y adoptar una actitud de seriedad razonable?

Sonrió de manera enigmática.

—Pero ¿realmente es tan necio todo lo que digo cuando el espíritu me posee? —preguntó.

—Ahí radica precisamente la desgracia —respondí—, en que tus sandeces albergan a menudo un sentido profundo, pero todo lo quemas y lo desgastas hasta tal punto que un pensamiento articulado con precisión se torna ridículo y deslucido como un traje andrajoso y lleno de manchas. Eres como los borrachos que no pueden andar rectos sobre una cuerda: saltas continuamente acá y acullá. ¡Tu dirección está

torcida!

—¿Qué es «dirección»? —me interrumpió Schönfeld, todavía riendo y con un gesto agridulce—. ¿Qué es «dirección», venerable capuchino? Toda dirección presupone una meta que, a su vez, constituye una referencia a través de la cual tomamos nuestra dirección. ¿Estáis seguro de vuestra meta, querido monje? ¿No teméis haber tomado hasta ahora demasiado poco cerebro de gato y, en vez de ello, haber libado en las posadas en exceso de lo espitoso, por lo que ahora, como el vigilante con vértigo apostado en una torre, divisáis dos metas, sin saber cuál de ellas es la correcta? Además, capuchino, perdonad mi condición, ya que llevo en mí lo burlesco como una agradable mezcla de pimienta española y coliflor. Sin ello un artista peluquero no es más que una figura lamentable, un pobre necio que lleva un privilegio en el bolsillo sin utilizarlo para su alegría y placer.

El clérigo nos había observado con atención, ora a mí ora al gesticulante Schönfeld. No había entendido ni una palabra, ya que hablábamos en alemán. En ese momento, sin embargo, interrumpió nuestra conversación:

—Disculpen, señores míos, si mi deber me obliga a dar por terminada una entrevista que no puede haceros bien a ninguno de los dos. Vos, hermano mío, estáis todavía muy débil para seguir hablando de cosas que probablemente despierten recuerdos dolorosos de vuestra vida pasada. Ya iréis conociéndolo todo poco a poco por vuestro amigo, pues, aunque abandonéis nuestro hospital completamente recuperado, os seguirá acompañando. Además tenéis vos —se dirigió a Schönfeld— una manera de hablar que resulta adecuada para describir con visos de realidad todos los acontecimientos que contáis. En Alemania os deben de tomar por loco. Incluso aquí os tendrían por un buen bufón. Podríais hacer sin duda carrera en el teatro cómico.

Schönfeld miró fijamente al clérigo con ojos desmesuradamente abiertos, luego se levantó sobre las puntas de los pies, enlazó las manos detrás de la cabeza y exclamó en italiano:

—¡Voz del espíritu!... ¡Voz del destino! ¡Me has hablado por boca de este venerable señor!... Belcampo..., no puedes ignorar tu verdadera vocación. ¡Está decidido!

Dicho esto, saltó hacia la puerta y salió. A la mañana siguiente entró en mi habitación preparado para irse de viaje.

—Querido hermano Medardo —me dijo—, estás completamente sano y por consiguiente ya no necesitas mi compañía. Me marcho a donde me quiera llevar mi vocación... ¡Adiós!... Pero antes, y por última vez, permíteme ejercitar contigo mi arte, que ahora me resulta una actividad despreciable.

Sacó navaja, tijeras y peine. Mientras hacía miles de muecas y contaba un sinfín de insensateces, puso orden en mi cabello y en mi barba. El hombre me resultaba siniestro, a pesar de la fidelidad que me había mostrado. Me alegré de que se separase de mí. El médico me había ayudado a restablecerme con medicamentos

fortalecedores. El color de mi rostro era más fresco y con ayuda de largos paseos fui recuperando todas mis fuerzas. Estaba convencido de poder soportar un viaje a pie y abandoné aquella casa, bienhechora para los enfermos mentales, pero cruel e inquietante para los sanos. Me habían sugerido que emprendiese una peregrinación a Roma, así que decidí realmente hacerla y tomé el camino que llevaba allí. Aunque mi espíritu estaba sano, era consciente de que estaba afectado de un estado apático que arrojaba un velo sombrío sobre toda imagen que surgía en mi interior, de tal manera que todo aparecía sin color, gris. Sin recordar claramente el pasado, me absorbía del todo la preocupación por el presente. Contemplé la región desde la lejanía para buscar un lugar en el que pudiese ofrecer mis servicios confortativos, y así poder pedir a cambio comida y alojamiento. Quedé contento cuando gente piadosa llenó mi botella de agua y mi bolsa de limosnas: en contraprestación les recité automáticamente un par de oraciones. Había degenerado en un estúpido y vulgar monje mendicante. Finalmente llegué al gran monasterio capuchino, situado a pocas horas de Roma, y que yacía aislado, sólo rodeado de edificios dedicados a la explotación agrícola. Allí tenían que admitir a los hermanos de la Orden y pensé lavarme y arreglarme con toda tranquilidad. Les dije que después de que hubiesen clausurado el monasterio en el que antes me encontraba, en Alemania, había emprendido una peregrinación, y que deseaba ser admitido en cualquier otro monasterio de la Orden. Me hospedaron cómodamente, con la amabilidad propia de los monjes italianos. El prior declaró que, si no me lo impedía el cumplimiento de un voto que me obligase a seguir peregrinando, podía quedarme como forastero en el monasterio tanto tiempo como quisiera. Era la hora de vísperas y los monjes se dirigían al coro. Entré en la iglesia. La espléndida y osada construcción de la nave me llenó de admiración, pero mi espíritu, inclinado hacia lo terrenal, fue incapaz de elevarse como antaño, cuando siendo apenas un niño contemplé la iglesia del Sagrado Tilo. Después de despachar mi oración ante el altar mayor, anduve por las naves laterales contemplando los cuadros de los altares, los cuales, como es costumbre, representaban los martirios de los santos a que estaban consagrados. Finalmente penetré en una capilla lateral, cuyo altar quedaba mágicamente iluminado por los rayos de sol que penetraban por las polícromas vidrieras. Quise contemplar la pintura de cerca y subí unos peldaños. ¡Ay, era Santa Rosalía, el fatídico cuadro que colgaba sobre el altar de mi monasterio! ¡Ante mí se encontraba Aurelia! Toda mi existencia, mis múltiples impiedades, mis fechorías, el asesinato de Hermógenes, de Aurelia, todo, todo quedó comprimido en un pensamiento espantoso, que atravesó mi cerebro como una barra de hierro ardiente y puntiaguda. ¡Mi pecho, arterias y fibras se desgarraban como consecuencia de la tortura más cruel, provocando un dolor salvaje! ¡Ninguna muerte benévola! Me arrojé al suelo. Destrocé mi hábito con desesperación demencial, aullé y emití alaridos de desconsuelo que resonaron por toda la iglesia: «¡Estoy condenado! ¡Estoy maldito! ¡No hay gracia posible, ningún consuelo, en ningún lugar! ¡Al infierno! ¡Al infierno! ¡Que la eterna condenación caiga sobre mí,

impío pecador!».

Alguien me levantó. Los monjes se hallaban en la capilla. Ante mí estaba el prior, un anciano venerable. Me miró con una seriedad benigna indescriptible, tomó mis manos y pareció como si un santo, lleno de compasión celestial, sostuviese en el aire al condenado sobre las llamas en las que quería arrojarse.

—¡Estás enfermo, hermano mío! —dijo el prior—, te llevaremos al monasterio, allí podrás descansar.

Besé sus manos, su hábito, no podía hablar, sólo angustiosos suspiros traicionaban el estado horrible y desgarrado en que se encontraba mi alma. Me llevaron hasta el refectorio. El prior despidió a los demás con una seña y me quedé a solas con él.

—Hermano mío —comenzó a decir—, parece como si en tu conciencia pesara un grave pecado, pues sólo el más profundo arrepentimiento y desconsuelo sobre un acto espantoso puede llevar a semejante actitud. Pero grande es la misericordia divina, fuerte la intercesión de los santos. Ten confianza. Confiésate conmigo y la penitencia se convertirá en el consuelo de la Iglesia.

Por un instante me pareció como si el prior fuese aquel anciano peregrino del Sagrado Tilo, el único ser en toda la tierra al que podría revelar mi existencia llena de pecados e impiedad. Todavía era incapaz de pronunciar una palabra, me arrojé al suelo ante el anciano.

—Voy a la capilla del monasterio —dijo con tono solemne, y se alejó.

Estaba resuelto. Fui detrás de él. Se sentó en la silla del confesionario e hice en un instante todo lo que el espíritu me impulsaba irresistiblemente a hacer: ¡Confesé todo! ¡Todo! La penitencia que me impuso el prior fue estremecedora. Expulsado de la iglesia, proscrito como un leproso de las reuniones de los hermanos, yacía en la cripta, en el osario del monasterio, sustentando apenas mi vida con hierbas insípidas hervidas en agua, haciendo penitencia, azotándome y martirizándome con instrumentos de tortura inventados por la crueldad más refinada. Sólo alzaba la voz para autoinculparme, para suplicar en oración de arrepentimiento la salvación del infierno, cuyas llamas ya sentía arder en mí. Cuando la sangre manaba de mil heridas, cuando el dolor ardía como cien picaduras venenosas de escorpión, entonces finalmente sucumbía la naturaleza hasta que el sueño, protegiéndola como si fuese un niño inconsciente, la rodeaba con sus brazos. Pero en ese instante surgían imágenes oníricas hostiles que me preparaban nuevos tormentos mortales. Toda mi vida se manifestaba de manera horrible. Veía cómo Eufemia se acercaba a mí con una belleza exuberante, pero yo gritaba: «¿Qué quieres de mí, impía? No, el infierno no se apoderará de mí». A continuación se abría el vestido y los escalofríos de la perdición invadían mi alma. Su cuerpo aparecía consumido, como un esqueleto del que surgían incontables serpientes que extendían hacia mí sus cabezas y lenguas de color rojo fuego. «¡Apártate de mí!... Tus serpientes me muerden en el pecho herido... quieren cebarse con la sangre de mi corazón... pero entonces moriré, moriré... la muerte me

liberará de tu venganza», grité. A continuación aulló la aparición: «¡Mis serpientes pueden alimentarse de la sangre de tu corazón... pero no lo sentirás, pues no es ése tu tormento. Lo que te atormenta está en tu interior y no te mata, ya que vives de ello. Tu tormento lo constituye el pensamiento impío, que es eterno!». La figura ensangrentada de Hermógenes se alzó y Eufemia huyó de ella. Pasó a mi lado y señaló la herida del cuello en forma de cruz. Quise rezar, pero comenzó un murmullo que confundía mis sentidos. Seres que antaño había visto se presentaban ahora ante mí como figuras grotescas. Cabezas, de cuyas orejas brotaban patas de saltamontes, se arrastraban a mi alrededor sonriéndome con malicia; aves extrañas y cuervos con rostros humanos surcaban ruidosamente el cielo. Reconocí al director de orquesta de B. con su hermana, que giraba en un vals delirante, y a su hermano que tocaba en su propio pecho, convertido en violín. Belcampo, con un rostro horrible de lagarto, sentado sobre un asqueroso gusano alado, se dirigió hacia mí. Quería peinar mi barba con un peine de hierro ardiente, pero no lo consiguió. El caos se tornó cada vez más delirante, más extraño; las figuras, más atrevidas. Se podía encontrar desde la más pequeña hormiga con pies humanos danzantes, hasta la alargada osamenta de caballo con ojos brillantes, cuya piel se había convertido en una gualdrapa, y que montaba un jinete con luminosa cabeza de búho. ¡Su arnés era un vaso sin fondo; su yelmo, un embudo torcido! La diversión infernal llegó a su punto culminante. Podía oír cómo me reía, pero la risa desgarraba mi pecho, y los dolores se tornaban más ardientes, las heridas sangraban con mayor profusión. ¡Una figura femenina resplandeció, dispersándose la chusma! ¡Se acercó a mí! ¡Era Aurelia! «¡Vivo y soy toda tuya!», dijo. Entonces la impiedad se apoderó de mí. Loco de deseo salvaje, la estreché entre mis brazos. Recobré la fuerza, pero algo ardió en mi pecho, cerdas bastas desgarraron mis ojos, y Satanás rió con un tono estridente: «¡Ahora eres del todo mío!». Desperté lanzando un grito de espanto, y de las heridas incisivas, provocadas al azotarme en mi desesperación sin consuelo, manaba la sangre en abundancia. Aunque la impiedad fuese fruto del sueño, cualquier pensamiento pecaminoso exigía doble penitencia.

Finalmente transcurrió el tiempo de severa expiación que había determinado el prior. Abandoné el osario para realizar en el monasterio otros ejercicios prescritos, aunque en una celda aislada y alejada del resto de los monjes. Luego, disminuyendo el grado de la penitencia, me fue permitida la entrada en la iglesia y en el coro de los hermanos. Pero no me satisfacía el tipo de mortificación que ahora consistía exclusivamente en la flagelación diaria. Rechacé resuelto cualquier mejora en la comida que me ofrecían, días enteros permanecí tumbado en el frío suelo de mármol ante la imagen de Santa Rosalía y me martirizaba de la manera más cruel en mi celda solitaria, pues sólo a través de tormentos externos creía poder silenciar el espantoso tormento interior que me laceraba. Era en vano; una y otra vez regresaban aquellas figuras engendradas por mi mente y estaba entregado al mismo Satanás, que me torturaba con escarnio y me tentaba para cometer pecados. La severa penitencia, así como la manera inaudita en que la ejecutaba, llamó la atención de los monjes. Me

observaban con un temor reverente e incluso llegué a escuchar cómo murmuraban entre ellos: «¡Es un santo!». Estas palabras me parecieron horribles, pues me recordaban vivamente aquel instante espantoso en la iglesia del monasterio capuchino en B., en el que, poseído por una locura temeraria, grité al pintor que me miraba fijamente: «¡Soy San Antonio!».

El último periodo dedicado a la penitencia prescrita por el prior había concluido sin dejar por ello de torturarme, a pesar de que mi naturaleza parecía sucumbir por el continuo castigo. Mis ojos aparecían apagados, mi magullado cuerpo semejaba un esqueleto ensangrentado y llegué a un estado en el que, tras permanecer durante horas en el suelo, no lograba levantarme sin la ayuda de los demás. El prior dijo que me llevaran a su locutorio.

—¿Sientes, hermano —preguntó—, cómo tu interior se alivia gracias a la severa penitencia? ¿Ha llegado hasta ti el consuelo celestial?

—No, venerable señor —repliqué desesperado y con voz ahogada.

—Al imponerte —continuó el prior elevando el tono de voz—, al imponerte, hermano, la penitencia más severa, ya que me habías confesado toda una serie de hechos horribles, cumplí los preceptos de la Iglesia que determinan que el malhechor, al que el brazo de la justicia no ha alcanzado y que confiesa arrepentido sus crímenes a un servidor del Señor, debe manifestar también con actos externos la sinceridad de su arrepentimiento. Así debe dirigir su espíritu exclusivamente a lo celestial y castigar la carne, para que el martirio terrenal compense el placer demoníaco experimentado en el momento de cometer los actos delictivos. Pero creo, y conmigo coinciden famosos doctores de la Iglesia, que los horribles tormentos que se infiere el penitente no reducen ni siquiera un gramo del peso de sus pecados, ya que concentra en el sufrimiento físico toda su confianza y se cree así digno de la Gracia del Eterno. No hay razón humana que pueda averiguar cómo el Eterno mide nuestros actos. Perdido está aquel que, aunque puro de impiedad, pretende con insolencia poder acceder al Cielo a través de una mera actividad piadosa externa. El penitente que, después de realizar los ejercicios de expiación, cree haber suprimido su impiedad, demuestra que su arrepentimiento interno no es verdadero. Tú, querido hermano Medardo, no sientes todavía ningún consuelo. Eso demuestra la veracidad de tu contrición. Abstente a partir de ahora, así lo deseo, de toda disciplina de la carne, toma mejores comidas y no rehuyas más la compañía de tus hermanos. Ten en cuenta que conozco tu misteriosa vida, con todas sus extrañas implicaciones, mucho mejor que tú mismo. Una fatalidad, a la que no pudiste escapar, otorgó a Satanás poder sobre ti y, mientras pecabas, te convertías en su instrumento. Pero no te figures por esto que apareces como menos pecador ante el Señor, pues te había sido dada la fuerza de doblegar a Satanás en vigorosa lucha. ¿En qué corazón humano no irrumpe el mal y opone resistencia al bien? Pero sin esa lucha no habría virtud, pues ésta no es otra cosa que la victoria del principio del bien sobre el mal, así como, a la inversa, se produce el surgimiento del pecado. Has de saber, en primer lugar, que te acusas de un

crimen que sólo ejecutaste con la voluntad. Aurelia vive; poseído de una demencia salvaje te heriste a ti mismo. Era la sangre de tu herida la que bañó tu mano... Aurelia vive... lo sé.

Caí de rodillas, alcé las manos en actitud orante, profundos suspiros escaparon de mi pecho y las lágrimas brotaron de mis ojos.

—Debes saber además —continuó el prior— que aquel anciano pintor extranjero del que me hablaste en confesión visita con frecuencia nuestro monasterio. Quizá lo visitará de nuevo en breve. Me ha dado un libro en custodia que contiene diversos dibujos y, sobre todo, una historia, a la que añade varias líneas cada vez que viene a traernos consuelo. No me ha prohibido poner el libro en otras manos, por lo mismo, y por considerarlo un deber sagrado, deseo confiártelo a ti. Pronto conocerás las circunstancias que determinaron tu propio y extraño destino, que te colocaba, ya en un mundo elevado, pleno de maravillosas visiones, ya en la más vulgar realidad. Se dice que lo maravilloso ha desaparecido de la Tierra. Yo no lo creo así. Siguen produciéndose maravillas, pues aunque nosotros mismos no queremos designar con este nombre lo más maravilloso que diariamente nos rodea, probablemente porque hemos insertado toda una serie de apariciones en el esquema de un eterno retomo de carácter cíclico, no es menos cierto que, a menudo, un fenómeno atraviesa este círculo y echa a perder toda nuestra astucia. Incapaces de comprender cómo se ha podido producir, y dada nuestra obstinación embrutecedora, no creemos en lo que hemos visto. Testarudos, negamos al ojo interno la aparición, precisamente porque era demasiado diáfana como para reflejarse en la superficie externa y ruda del ojo. Considero a aquel extraño pintor como una de las apariciones extraordinarias que se burlan de toda regla establecida. Incluso llego a dudar si su aparición corpórea coincide con la que nosotros percibimos. Se sabe con certeza que nadie ha podido observar en él las acostumbradas funciones vitales. Tampoco le vi escribir o dibujar, pues en el libro sólo parecía leer. Aunque, después de cada una de sus visitas, siempre había más páginas escritas que la vez anterior. También resulta extraño que todo lo que contenía el libro sólo me parecía ser confusión y esbozos indistintos de un pintor fantástico, tornándose comprensible en el momento en que tú, querido hermano Medardo, me revelaste tu vida en confesión. No puedo descubrirte más de lo que creo y sospecho acerca del pintor. Tú mismo podrás averiguarlo, o quizá el secreto se desvele ante ti por sí mismo. Vete, fortifícate y si te sientes, como creo, en pocos días edificado de espíritu, recibirás de mis manos el extraño libro del pintor forastero.

Seguí la voluntad del prior: comí con los hermanos, interrumpí las mortificaciones y me limité a rezar con fervor ante los altares de los santos. Aunque todavía sangraba mi corazón herido y el dolor que atravesaba mi interior no cedía, desaparecieron las horribles pesadillas y, a menudo, cuando yacía muerto de cansancio e insomnio en el duro lecho, notaba cómo algo me rodeaba con alas angélicas. Entonces veía la dulce

figura de Aurelia, todavía en vida, que, con mirada llena de compasión celestial y derramando abundantes lágrimas, se inclinaba hacia mí. Extendía su mano sobre mi cabeza, como si me protegiera, y en ese instante sentía cómo se cerraban mis párpados y cómo un sueño ligero, suave y restaurador, vertía nueva fuerza vital en mis arterias.

Cuando el prior comprobó que mi espíritu había recobrado algo de su vigor, me entregó el libro del pintor y me advirtió que lo leyera atentamente en su celda. Lo abrí y lo primero que vi fueron los bocetos de las pinturas al fresco del Sagrado Tilo. No se despertó en mí el más mínimo asombro, ni tampoco el más mínimo deseo de resolver el enigma. ¡No! Ya no había ningún enigma para mí. Tiempo hacía que ya conocía todo el contenido del libro del pintor. Lo que el pintor había escrito en las últimas páginas del libro, en una letra pequeña y apenas legible, eran mis sueños, mis visiones, pero de una manera tan clara y directa como yo no habría sido nunca capaz de hacerlo.

NOTA INTERCALADA POR EL EDITOR

El hermano Medardo continúa aquí su relato sin referirse más a lo que encontró en el libro del pintor, describiendo cómo se despidió del prior, conocedor de su secreto, así como de sus hermanos, cómo peregrinó a Roma, rezó y se arrodilló en todos los altares de San Pedro, San Sebastián, San Lorenzo, en San Juan de Letrán y en Santa María Mayor, etc.; cómo llamó la atención del Papa y finalmente le fue atribuida una aureola de santidad que terminó por apartarle de Roma, ya que, convertido realmente en un pecador arrepentido, comenzó a creer que esa aureola era cierta. Nosotros, me refiero a ti y a mí, benévolo lector, sabemos, sin embargo, muy poco de las visiones y de los sueños del hermano Medardo. Sin leer lo que el pintor escribió, apenas seríamos capaces de unir los distintos hilos dispersos de la historia de Medardo. Un símil más apropiado podría ser que nos falta el foco del que parten los distintos rayos multicolores. El manuscrito del bendito capuchino estaba envuelto en un viejo pergamino amarillento, y este pergamino estaba a su vez escrito con letra pequeña y apenas legible, lo que inducía a pensar en una mano bastante singular, despertando por esta causa mi curiosidad. Después de un gran esfuerzo me fue posible descifrar primero letras y, luego, palabras. Quedé asombrado al comprobar que se trataba de la historia registrada en el libro del pintor de la que había hablado Medardo. Estaba escrita en italiano antiguo, con un estilo aforístico, muy parecido al de las crónicas. El tono suena en alemán bastante rudo y apagado, como un cristal agrietado, pero era necesario interpolar aquí la traducción en aras de la comprensión del conjunto de la obra. Eso es lo que haré después de anotar —no sin experimentar un sentimiento de tristeza— lo siguiente: la familia principesca, de la que procedía el frecuentemente

citado Francesco, vive aún en Italia, así como los descendientes del Soberano, en cuya Corte permaneció Medardo. Resultó imposible, por consiguiente, citar los nombres. Tengo que reconocer, por añadidura, que nadie en el mundo ha podido ser menos hábil y más torpe a la hora de buscar nombres que el que ha puesto en tus manos, benévolo lector, este libro, sobre todo cuando existen en la realidad y poseen un halo romántico. El mencionado editor creyó ayudarse muy bien con «el Soberano», «el barón» etc., pero ahora que el viejo pintor clarifica las más secretas relaciones familiares, comprueba que con designaciones generales no es posible hacer comprensible del todo la historia. Tendría que verse obligado a adornar y orlar la simple «crónica coral» del pintor con todo tipo de explicaciones y correcciones, también con fórmulas fastidiosas. En nombre del editor, te pido, benévolo lector, que tomes en consideración lo siguiente antes de seguir leyendo: Camilo, príncipe de R, aparece como el fundador de la estirpe de la que desciende Francesco, el padre de Medardo. Teodoro, príncipe de W., es el padre del príncipe Alejandro de en cuya Corte residió Medardo. Su hermano Alberto, príncipe de W., se casó con la princesa italiana Giazinta B. La familia del barón E, que vive en las montañas, es de sobra conocida, sólo anotar que la baronesa de E procedía de Italia, pues era la hija del conde Pietro S., hijo del conde Filippo S. Todo irá aclarándose, querido lector, si conservas en la memoria estos pocos nombres y letras. Así pues, a continuación viene:

EL PERGAMINO DEL VIEJO PINTOR

... Y sucedió que la república de Génova, asediada duramente por los corsarios argelinos, tuvo que recurrir al gran héroe naval Camilo, príncipe de R, para que, con cuatro galeones bien armados y equipados, emprendiera una incursión contra los temerarios bandidos. Camilo, sediento de hechos gloriosos, escribió enseguida a su hijo mayor, Francesco, para que regresara y gobernase el país en ausencia del padre. Francesco se ejercitaba en la pintura en la escuela de Leonardo da Vinci, y el espíritu del arte se había apoderado de él hasta tal extremo que no podía pensar en otra cosa. Por esta causa tenía al Arte en más alta consideración que todo honor, esplendor y brillo en la tierra. Cualquier otra actividad del Hombre le parecía un esfuerzo lamentable por una fútil bagatela. No podía dejar el arte, ni tampoco al maestro, ya entrado en años, por lo que contestó al padre que él sólo sabía utilizar el pincel, pero no el cetro, y que quería permanecer junto a Leonardo. El viejo y orgulloso Camilo se enfureció, tuvo a su hijo por un indigno insensato y envió a sus servidores para que lo trajeran. Francesco se negó, resuelto a regresar, y declaró que un príncipe, rodeado de toda la pompa, sólo le parecía un ser digno de compasión en comparación con un pintor de valía, y que los hechos de guerra más grandes sólo eran un juego cruel si se

equiparaban con la creación de un pintor, que representa el puro reflejo del espíritu divino que mora en su interior. El héroe naval Camilo entró en cólera y juró que repudiaría a Francesco y aseguraría a su hermano más joven, Zenobio, la sucesión. Francesco se mostró plenamente satisfecho con esta decisión, incluso renunció solemnemente, en un documento que cumplía todas las formalidades, a su derecho a la sucesión al trono en favor de su hermano. Así ocurrió que cuando el viejo príncipe Camilo perdió la vida en combate sangriento con los argelinos, Zenobio subió al trono; Francesco, sin embargo, negando su clase y su nombre, se hizo pintor y vivía pobremente de una pequeña asignación anual que le enviaba su hermano. Por lo demás, siempre había sido un joven orgulloso y arrogante, sólo el viejo Leonardo supo domeñar su temperamento rebelde. Cuando Francesco renunció a sus derechos de clase, se convirtió en el hijo fiel y piadoso de Leonardo. Ayudó al anciano a terminar alguna de sus grandes obras, y sucedió que el discípulo, elevándose a la misma altura que el maestro, se hizo famoso y pudo pintar diversas imágenes para altares de iglesias y monasterios. El viejo Leonardo le apoyó lealmente con sus consejos hasta que murió después de haber alcanzado una edad avanzada. Entonces surgió de nuevo en el joven Francesco, como un fuego largamente reprimido, el orgullo y la arrogancia de antaño. Se creía el pintor más grande de la época y, emparejando su perfección artística y su clase social, se llamaba a sí mismo el «príncipe de los pintores». Comenzó a hablar con desprecio del viejo Leonardo y creó, apartándose del estilo simple y piadoso, una nueva manera de pintar que fascinaba a las masas con la exuberancia de las formas y la espléndida riqueza cromática. Las exageradas alabanzas del populacho le hicieron todavía más vanidoso y arrogante. Ocurrió que, en Roma, frecuentó la compañía de jóvenes viciosos y disolutos. Como él deseaba siempre ser el primero y el más señalado en todo lo que emprendía, se convirtió pronto en el más recio navegante a través de la salvaje tormenta del vicio. Seducido por el fasto falaz y falso del paganismo, los jóvenes formaron una sociedad secreta, presidida por Francesco, en la que se burlaban con impiedad del cristianismo, imitaban las costumbres de los antiguos griegos y celebraban bacanales pecaminosas con mujeres impúdicas. Eran pintores, pero sobre todo escultores, que pretendían saber algo del arte clásico y se mofaban de todo lo que artistas noveles creaban y ejecutaban con esplendor, inspirados por el cristianismo y para gloria del mismo. Francesco pintó con un entusiasmo sacrílego muchas imágenes del mendaz mundo de las fábulas. Nadie mejor que él podía representar de manera tan verídica la exuberancia galante de las figuras femeninas. Se inspiraba para alcanzar semejante perfección en modelos vivos, de los que tomaba la encarnación, mientras que la forma y el estilo procedían de antiguas esculturas marmóreas. En vez de inspirarse, como antaño, en las obras espléndidas ejecutadas por los antiguos y piadosos maestros, que adornaban iglesias y monasterios, y asimilar su fervor artístico en su interior, se dedicó a copiar infatigable las figuras de los embusteros dioses paganos. Por ninguna otra figura estaba tan obsesionado como

por una famosa imagen de Venus, que siempre tenía en mente. La asignación anual que recibía de Zenobio se retrasó, una vez, más de lo acostumbrado; así ocurrió que Francesco, que llevaba una vida turbulenta y dilapidaba con rapidez cualquier ganancia, empezó a tener apuros serios de dinero. Entonces recordó que, hacía tiempo, un monasterio capuchino le había encargado por un precio elevado un cuadro de Santa Rosalía, que no quiso pintar debido al rechazo que sentía por todos los santos cristianos. Ahora decidió terminar rápidamente la obra para recibir el dinero. Pensó en representar a la Santa desnuda y con el cuerpo y el rostro de aquella imagen de Venus que tanto le obsesionaba. El boceto superó todas las expectativas, y los jóvenes impíos alabaron sin medida la extravagante ocurrencia de Francesco de ponerles a los monjes en su iglesia un ídolo pagano en vez de la santa cristiana. Pero cuando Francesco comenzó a pintar, todo se desarrolló de una manera distinta a la que había pensado. Un espíritu poderoso subyugó al espíritu de la despreciable mentira, que le había dominado en un principio. El rostro de un ángel procedente del Reino de los Cielos comenzó a surgir entre la lúgubre niebla; pero Francesco, invadido súbitamente por el miedo de herir la santidad y ser condenado por el Señor en el Juicio Final, no osó completar el rostro y sobre el cuerpo desnudo pintó un vestido honesto con elegantes pliegues: el traje era rojo oscuro y la capa azul celeste. Los monjes capuchinos, en su escrito dirigido al pintor Francesco, se habían referido exclusivamente a un cuadro de Santa Rosalía, sin especificar nada más, por ejemplo si una historia memorable de su vida podría constituir el tema del pintor. Precisamente por esta razón Francesco había esbozado la imagen de la Santa ocupando el centro del lienzo; pero después comenzó a pintar, llevado de su espíritu, todo tipo de figuras a su alrededor, que se adaptaban perfectamente para representar el martirio de la Santa. Francesco quedó absorbido en la ejecución del cuadro, o quizá el cuadro se había convertido en un espíritu poderoso que le rodeaba con sus brazos y le sostenía por encima de la vida impía y mundana que había llevado hasta ese momento. Lo que no era capaz de terminar era el rostro de la santa, obsesión que se convirtió en un tormento infernal, que penetraba en su ánimo como si fuesen agudas espinas. Ya no pensaba en la imagen de Venus, pero le parecía como si viera al viejo maestro Leonardo, que le contemplaba con gesto lleno de lástima y le decía con voz dolorosa: «Ay, quisiera ayudarte de buen grado, pero no puedo. Tienes que abandonar todo afán pecaminoso y rogar, con profundo arrepentimiento y humillación, por la intercesión de la santa contra la que has blasfemado». Los jóvenes, cuya compañía Francesco había abandonado hacía tiempo, le buscaron en su estudio y le encontraron yaciendo en su lecho como un enfermo sin energías. Al revelarles Francesco su situación desesperada, cómo era incapaz de terminar el cuadro de Santa Rosalía y que tenía la impresión de que un espíritu hostil había quebrado su fuerza, todos rieron y dijeron: «Eh, hermano, ¿cómo es que has enfermado hasta tal punto? ¡Déjanos realizar una ofrenda de vino a Esculapio y a la propicia Hygeia para que sanes de la debilidad que te consume!». Se trajo vino de Siracusa, con el que los jóvenes llenaron

las copas que vaciaron ante el cuadro incompleto, ofrendando sus libaciones a los dioses paganos. Pero cuando comenzaron a emborracharse y ofrecieron vino a Francesco, éste se negó a beber y no quiso tomar parte en la bacanal de los jóvenes desenfrenados, a pesar de que vitoreaban a la señora Venus. Entonces uno de ellos dijo: «Este pintor necio está realmente enfermo. La enfermedad le ha afectado tanto a sus pensamientos como a sus miembros. Traeré a un doctor». Se puso la capa, enfundó la daga y salió por la puerta. Habían transcurrido sólo unos instantes desde que había salido cuando volvió a entrar y dijo: «Eh, mirad, yo mismo soy el médico que pretende curar al achacoso». El joven, que aspiraba a imitar fielmente el paso y actitud de un médico anciano, trotaba con las rodillas torcidas de un lado a otro, y había fruncido su rostro juvenil para forzar unas arrugas y así aparentar ser un viejo de gran fealdad. Todos rieron y gritaron: «¡Eh, mirad qué rostro de erudición es capaz de poner el doctor!». El doctor se acercó a Francesco y le habló con voz grosera y ridícula: «¡Eh, tú, pobre de espíritu, tengo que sacarte de tu debilidad melancólica! ¡Eh, alma mezquina, cómo es que tienes ese aspecto tan pálido y enfermizo: así no agradarás a la señora Venus! Puede ser que Doña Rosalía te acepte si logras sanar. Tú, pobre de espíritu, bebe algunos sorbitos de mi medicina milagrosa. Como quieres pintar santos, no te vendrá mal este bebedizo para recuperar tus fuerzas, pues el vino procede de la bodega de San Antonio». El supuesto doctor había sacado un fraseo del interior de su capa, que ahora abrió. Del frasco ascendió un aroma extraño que adormeció a los presentes, que, como invadidos de una pesada somnolencia, se hundieron en los sillones y cerraron los ojos. Pero Francesco arrancó el frasco de las manos del doctor con furia salvaje, ofendido por haber sido tratado como un débil impotente, y bebió de él a grandes tragos. «Que te aproveche», gritó el joven, que había recuperado de nuevo sus rasgos juveniles y su paso vigoroso. Entonces despertó a los otros del sueño pesado en que habían quedado sumidos y bajaron tambaleantes las escaleras en su compañía.

Así como el Vesubio arroja con un rugido salvaje llamas devoradoras, del mismo modo surgían corrientes de fuego del interior de Francesco. Todas las historias paganas que había pintado hasta ese momento aparecieron ante sus ojos como si estuvieran vivas. Al final no pudo contenerse y gritó con voz potente: «¡También tú debes venir, amada diosa, tienes que vivir y ser mía o me consagraré a los dioses subterráneos!». En ese instante pudo ver a la señora Venus, que, de pie ante al cuadro, le hacía guiños amables. Saltó del lecho y comenzó a pintar el semblante de Santa Rosalía, ya que pensaba que ahora podría reproducir fielmente el rostro seductor de Venus. Pero le parecía como si su firme voluntad no pudiese dominar la mano, pues el pincel siempre se apartaba de la niebla en que la cabeza de Santa Rosalía quedaba oculta, pintando de manera involuntaria las cabezas de los seres bárbaros que la rodeaban. Sin embargo, el semblante celestial de la Santa se fue haciendo más y más visible hasta que, de repente, miró a Francesco con unos ojos tan vivos y radiantes que él cayó al suelo como si hubiese sido tocado mortalmente por un rayo. Cuando

recobró el conocimiento, se levantó con esfuerzo, pero no se atrevió a contemplar el cuadro, hacia el que ahora sentía horror, sino que se deslizó, con la cabeza hundida, hasta la mesa en que estaba el frasco de vino del doctor, del que bebió una buena cantidad. Después Francesco se sintió fortalecido y miró hacia el cuadro. Ante él se elevaba la obra terminada hasta la última pincelada, pero no la faz de Santa Rosalía, sino la amada imagen de Venus era la que le sonreía exuberante y llena de amor. En ese momento se apoderó de Francesco una conducta impía y salvaje. Aulló poseído de un deseo demencial, recordó al escultor pagano Pigmalión, cuya historia había pintado, y rogó a Venus, como él había hecho, que dotara a su cuadro de vida. Pronto comenzó a creer que la imagen empezaba a moverse, pero cuando intentó abrazarla comprobó que no era más que un lienzo muerto. Como consecuencia de la decepción se desgredó el pelo y se comportó como si estuviese poseído por Satanás. Esta actitud de Francesco duró dos días y dos noches. Al tercer día, cuando todavía permanecía como una columna ante el cuadro, se abrió la puerta de su estancia y se pudo oír a sus espaldas el murmullo provocado por el vestido de una mujer. Se volvió y pudo ver a una figura femenina que reconoció como el original de su cuadro. Estuvo a punto de perder el sentido al contemplar ante él la imagen, creada de sus pensamientos más íntimos según una escultura marmórea, viva y en toda su belleza, y casi se transformó la impresión en espanto cuando contempló el cuadro, que ahora aparecía como una reproducción exacta de la mujer. Le ocurrió lo mismo que suele ocurrir ante la aparición de un espíritu: su lengua quedó trabada, cayó de rodillas ante la extraña sin pronunciar un sonido y elevó las manos hacia ella en actitud orante. Pero la mujer le levantó sonriendo y le dijo que hacía mucho tiempo, cuando era niña, le había visto en la escuela de arte de Leonardo da Vinci, y un amor indecible se había apoderado de ella. Había abandonado a sus padres y parientes, y se había trasladado sola a Roma para encontrarle de nuevo, ya que una voz interior le había dicho que él la amaba y que la había retratado movido del deseo y del anhelo, lo que era verdad, como ahora podía comprobar. Francesco sintió que una enigmática comprensión espiritual le unía a aquella mujer extraña y que esta comprensión había creado al mismo tiempo el cuadro maravilloso y su amor demencial. Abrazó a la mujer lleno de amor ardiente y quiso llevarla a la iglesia de inmediato para que un sacerdote los uniera para siempre con el Sagrado Sacramento del matrimonio. La muchacha pareció espantarse ante la proposición y dijo: «Eh, mi amado Francesco, ¿no eras un artista atrevido que no se dejaba atar por los lazos de la Iglesia cristiana? ¿No te habías entregado en cuerpo y alma a la alegre y juvenil antigüedad clásica, a sus dioses tan proclives a la vida? Qué les importa nuestra unión a los tristes sacerdotes que lamentan su existencia con quejas desesperanzadas en sombrías estancias. Celebremos la fiesta de nuestro amor de manera alegre y brillante». Francesco quedó seducido por las palabras de la muchacha. Así aconteció que en la misma noche celebró conforme a los ritos paganos su fiesta de matrimonio con la mujer desconocida, acompañado de los jóvenes poseídos de insensatez pecaminosa e impía que se llamaban sus amigos. Resultó que

la muchacha había traído consigo una caja con joyas y dinero en metálico, por lo que Francesco pudo vivir con ella largo tiempo abandonándose a los placeres y descuidando su arte. La muchacha se sintió embarazada, y su belleza luminosa aumentó en esplendor a partir de ese momento; parecía enteramente como si la imagen de Venus hubiese cobrado vida. Francesco apenas podía soportar el placer exuberante de su vida. Un quejido ahogado y angustioso despertó una noche a Francesco. Cuando se levantó asustado y miró, con la lámpara en la mano, a su mujer, comprobó que había dado a luz un niño. Los sirvientes tuvieron que darse prisa para traer al médico y a la comadrona. Francesco tomó al niño del regazo de la madre, pero en ese mismo instante la muchacha lanzó un grito horrible y penetrante que la hizo doblarse como si hubiese sido agredida por puños violentos. La comadrona llegó con su ayudante, poco después llegó el médico. Pero cuando quisieron ayudar a la mujer, se apartaron estremecidos de horror, ya que aparecía con la rigidez de la muerte, el cuello y el pecho desfigurados por manchas azules repugnantes y, en vez del rostro bello y juvenil, sólo pudieron contemplar un semblante deforme y arrugado con los ojos abiertos y vidriosos. Los vecinos acudieron alarmados por los gritos de las mujeres. Sobre la mujer desconocida se habían contado cosas muy extrañas. La lujuriosa forma de vida que llevaba con Francesco era para todos una atrocidad. Había gente que quería denunciarlos al tribunal eclesiástico por la convivencia sin bendición sacerdotal. Al contemplar el aspecto espantoso de la muerta, todos tuvieron la certeza de que había vivido en contubernio con el demonio que, ahora, se había apoderado definitivamente de ella. Su belleza sólo había sido una ilusión mendaz provocada por la maldita brujería. Todas las personas que llegaron escaparon de allí horrorizadas, ninguna de ellas se atrevió a tocar a la muerta. Francesco sabía ya muy bien con quién se las había tenido que ver y una angustia terrorífica se apoderó de él. Toda la impiedad de los últimos tiempos aparecía ante sus ojos, y el Juicio del Señor comenzaba ya en la tierra, pues sentía cómo las llamas del infierno ardían en su interior.

Al día siguiente se presentó un representante del tribunal eclesiástico, acompañado de alguaciles, que quería prender a Francesco. Entonces recobró el valor y su orgullo, se abrió paso con la daga y huyó. A una buena distancia de Roma encontró una gruta donde, cansado y debilitado, se escondió. Sin ser consciente de lo que hacía, había enrollado al niño recién nacido en una capa y lo había llevado consigo. Poseído de una rabia incontenible, quiso arrojar contra las rocas a la criatura nacida de la mujer demoníaca, pero al elevarlo sintió sus quejas suplicantes que le llenaron de una profunda compasión. Dejó al niño sobre musgo blando y le dio gotas del zumo de una naranja que había guardado. Francesco pasó varios días en la gruta como un eremita penitente, arrepintiéndose de sus blasfemias y rezando con fervor a los santos. Pero sobre todo pidió a Rosalía, a la Santa que tanto había injuriado, que fuera su

intercesora ante el trono del Señor.

Una tarde permanecía Francesco en el bosque, de rodillas y rezando. Contempló el sol, que se sumergía en el mar y cuyas rojas olas de fuego rompían en la parte oeste. Tan pronto como las llamas empalidecieron y se tornaron en una neblina nocturna, Francesco percibió un luminoso halo rosa en el aire que no tardó en formarse del todo. Entonces vio a Santa Rosalía rodeada de ángeles, que, arrodillándose sobre una nube, susurró dulcemente estas palabras: «Señor, perdona a este hombre que, como consecuencia de su debilidad, no logró resistir las tentaciones de Satanás». En ese instante centellearon rayos en el interior del nimbo rosa y un trueno retumbó en toda la bóveda celestial: «¡Qué pecador ha sido más impío que éste! ¡No encontrará ni Gracia ni descanso en la tumba mientras prolifere la pecaminosa estirpe que engendró su crimen!». Francesco se arrojó al suelo, pues sabía que su condena había sido dictada y que una horrible fatalidad le llevaría sin consuelo de un sitio a otro.

Huyó sin acordarse del niño, que quedó abandonado en la gruta, y vivió en la más profunda y desesperada miseria, ya que no volvió a ser capaz de pintar. A veces creía poder ejecutar espléndidos cuadros para la gloria de la religión cristiana, incluso pensaba la estructura y colorido de grandes partes de los mismos, que deberían representar episodios de la vida de la Virgen y de Santa Rosalía. Pero cómo podría comenzar uno solo de esos cuadros si ni tan siquiera poseía un escudo para comprar un lienzo y colores. Apenas lograba sobrevivir lastimosamente con las exiguas limosnas que lograba reunir ante las puertas de las iglesias. Una vez ocurrió que, mientras se encontraba en el interior de una iglesia pintando imaginariamente sobre un muro vacío, entraron dos mujeres cubiertas con velos, una de las cuales se dirigió a él con voz angelical: «En la lejana Prusia se ha construido una iglesia consagrada a la Virgen María, donde los ángeles del Señor sostienen su imagen sobre un tilo. Sus muros todavía necesitan el adorno de la pintura. Ve allí, que el ejercicio de tu arte sea para ti como una oración sagrada. Tu alma desgarrada será confortada con el consuelo divino». Cuando Francesco contempló a las mujeres, percibió cómo se desvanecían en rayos de suave luminosidad, y cómo un aroma de lilas y rosas invadía la iglesia. Ahora sabía Francesco quiénes eran aquellas mujeres y quiso comenzar a la mañana siguiente su peregrinación. Pero aquella misma tarde le encontró, tras mucho esfuerzo, uno de los servidores de Zenobio, que le pagó la asignación correspondiente a dos años y le invitó a la Corte de su señor. Francesco no aceptó la invitación. Sólo se quedó con una pequeña suma del dinero, el resto lo repartió entre los pobres, y se puso en camino hacia la lejana Prusia. El camino le llevó a través de Roma y llegó al monasterio capuchino, no muy distante de la ciudad, para el que había pintado a Santa Rosalía. Pudo ver el cuadro insertado en el altar, pero comprobó, tras observarlo con detenimiento, que sólo era una copia. Los monjes, según pudo saber, no quisieron conservar el original por causa de los rumores extraños que corrían acerca del pintor huido, de entre cuyos bienes habían recibido el cuadro. Decidieron,

por tanto, vender el original al monasterio capuchino en B. y quedarse con una copia. Después de largo y fatigoso peregrinaje, Francesco llegó al monasterio del Sagrado Tilo en Prusia oriental y cumplió la orden que la misma Virgen María le había impartido. Pintó la iglesia de manera tan maravillosa que comprendió que el espíritu de la Gracia había comenzado a iluminarle. Un consuelo celestial inundó su alma.

Aconteció que el conde Filippo S. fue sorprendido por una poderosa tormenta cuando cazaba en una zona salvaje y apartada. El temporal aullaba a través de los precipicios y llovía torrencialmente, como si tuvieran que sucumbir seres humanos y animales en un nuevo diluvio. El conde Filippo encontró una gruta en la que pudo resguardarse con los caballos, que en un principio se resistieron a entrar. Una tenebrosa nubosidad ensombrecía de tal modo el horizonte que, sobre todo en el interior de la gruta, reinaba una oscuridad absoluta que impedía al conde distinguir o descubrir lo que se hallaba y hacía ruido justo a su lado. Su inquietud era grande al sospechar que la gruta pudiera servir de cobijo a un animal salvaje, por lo que sacó la espada para defenderse en caso de ser atacado. Cuando pasó el temporal y los rayos de sol comenzaron a penetrar en la gruta percibió para su sorpresa que junto a él yacía un bebé desnudo, situado sobre un lecho de hojas, que le contemplaba con ojos claros y brillantes. A su lado había un vaso de marfil, en el que el conde Filippo todavía pudo encontrar unas gotas de vino aromático, que el niño tomó con codicia. El conde hizo sonar su cuerno, poco a poco fue reuniéndose su gente, que se había ido resguardando en lugares distintos. Ahora se esperaba la orden del conde de recoger al niño en caso de que no se hallase al que había abandonado a la criatura en la gruta. Cuando comenzó a hacerse de noche, dijo el conde Filippo: «No puedo abandonar al niño, así que lo llevaré conmigo. Pero al mismo tiempo lo hago público para que los padres o cualquiera que lo haya dejado aquí lo pueda reclamar en el futuro». Así ocurrió; pero transcurrieron semanas, meses y años sin que nadie se presentara. El conde hizo que lo bautizaran con el nombre de Francesco. Creció rápidamente y se convirtió en un joven extraordinario, tanto por su figura como por su espíritu. El conde lo amaba por su extraño talento como si fuera hijo suyo, ya que no tenía hijos propios, y pensó en convertirle en heredero de todo su patrimonio. Francesco acababa de cumplir veinticinco años cuando el conde Filippo, enamorado ardientemente y como un necio de una muchacha pobre y bella, se casó con ella a pesar de su extremada juventud y de que él era ya un hombre bastante entrado en años. De Francesco se apoderó rápidamente un deseo pecaminoso por la posesión de la condesa. Aunque era piadosa y virtuosa y no quería romper la fidelidad jurada, le fue posible, finalmente, tras dura lucha, cautivarla con sus artes diabólicas, de tal modo que la muchacha se abandonó a un placer impío y pagó a su benefactor con ingratitud y traición. Los dos niños, el conde Pietro y la condesa Angiola, que el anciano Filippo apretaba contra su pecho lleno de amor y alegría paternal, no eran sino el fruto de la impiedad, que se mantuvo

oculta para siempre tanto para él como para el mundo.

Impulsado por un espíritu interior, fui a ver a mi hermano Zenobio y le dije: «He renunciado al trono, e incluso en el caso de que murieras sin hijos quiero permanecer como un pobre pintor y llevar una vida dedicada a la meditación, ejercitando mi arte. Pero nuestra tierra no debe caer en manos de un Estado enemigo. Francesco, el joven educado por el conde Filippo S., es mi hijo. Yo fui, cuando huía desesperadamente, el que lo abandonó en la gruta en que fue hallado más tarde por el conde. En el vaso de marfil que se encontró junto a él estaba grabado nuestro escudo de armas, pero seguramente es la constitución del joven la que habla por sí misma y le designa como descendiente inequívoco de nuestra familia. ¡Acepta, hermano Zenobio, al joven como tu hijo y que sea tu sucesor!». Las dudas de Zenobio acerca de si el joven Francesco había sido engendrado en el seno de un matrimonio canónico fueron despejadas por un título de adopción sancionado por el Papa, que yo conseguí, y así sucedió que la vida pecaminosa y delictiva de mi hijo finalizó, engendrando poco después un hijo en matrimonio legal al que llamó Paolo Francesco. La estirpe criminal proliferó, consecuentemente, también de un modo criminal. Pero ¿acaso no podía el arrepentimiento de mi hijo expiar su impiedad? Yo estaba ante él como el tribunal del Señor, pues su alma se me mostraba clara y abierta. Lo que quedaba oculto al mundo, me lo revelaba un espíritu interior que se volvía cada vez más poderoso y que me elevaba sobre las rugientes olas de la vida, permitiéndome contemplar todo en profundidad, sin que esa visión me arrastrara a la muerte.

El alejamiento de Francesco llevó a la muerte a la condesa S., pues sólo en ese instante pudo tomar conciencia del pecado. Ya no pudo superar la lucha entre el amor al hombre que la sedujo y el arrepentimiento del pecado cometido. El conde Filippo llegó a los noventa años de edad y murió como un viejo senil. Su hijo presunto, Pietro, se trasladó, junto con su hermana Angiola, a la Corte de Francesco, que había sucedido a Zenobio. Los esponsales entre Paolo Francesco y Vittoria, princesa de M., fueron celebrados con una espléndida fiesta, pero cuando Pietro contempló a la novia en toda su belleza, se enamoró perdidamente de ella y, sin atender al peligro, solicitó el favor de Vittoria. El afán de Pietro pasó inadvertido para Paolo Francesco, pues éste, a su vez, quedó prendado de Angiola, que rechazó fríamente todas sus insinuaciones. Vittoria se alejó de la Corte para cumplir, según pretendía, un voto sagrado en soledad antes de la celebración del matrimonio. Transcurrido un año regresó, la boda se iba a celebrar, y Pietro quería regresar después del acontecimiento con su hermana Angiola a su ciudad natal. El amor que sentía Paolo Francesco por Angiola se fue alimentando con el rechazo firme que le oponía, degenerando finalmente en el deseo furioso de un animal salvaje, que sólo era capaz de dominar

pensando en el placer que le depararía su amada. Así aconteció que, traicionando de la manera más depravada el día nupcial, irrumpió en el dormitorio de Angiola, que no pudo despertar, ya que durante el banquete de bodas le fue suministrado opio, y satisfizo su impío deseo. Cuando Angiola, debido al infame suceso, se puso a las puertas de la muerte, confesó Paolo Francesco, torturado por los remordimientos de conciencia, haber cometido el delito. En el estallido de ira, Pietro quiso apuñalar al traidor, pero dejó caer el brazo sin fuerza, pues pensó que su venganza no debería anticiparse. La pequeña Jacinta, princesa de B., que pasaba por ser la hija de la hermana de Vittoria, fue el fruto del secreto entendimiento que Pietro había mantenido con la prometida de Paolo Francesco. Pietro marchó con Angiola a Alemania, donde concibió un hijo, al que llamaron Franz y al que educaron con esmero. La inocente Angiola encontró finalmente consuelo y superó las secuelas del ultraje al que fue sometida, por lo que floreció de nuevo en belleza y esplendor. Sucedió que el príncipe Teodoro de W. se enamoró perdidamente de ella, amor que fue correspondido de todo corazón. Se convirtió, transcurrido un breve periodo de tiempo, en su mujer, y el conde Pietro se prometió con una muchacha alemana con la que engendró una hija. Angiola, por su parte, concibió dos hijos del príncipe. La piadosa Angiola podía sentirse ahora limpia de conciencia y, sin embargo, quedaba sumida a menudo en un estado de sombría reflexión cuando, como si fuera en sueños, recordaba el acto infame de Paolo Francesco, incluso le parecía como si el pecado cometido de manera inconsciente pudiera ser objeto de un castigo y debiera ser vengado en ella y en sus descendientes. Ni siquiera la confesión y la completa absolución lograron tranquilizarla. Como una inspiración celestial le vino, tras largo tormento, el pensamiento de que debía revelar todo a su esposo. Sin reparar en la dura lucha que supondría la confesión de la impiedad cometida por el malvado Paolo Francesco, se prometió solemnemente a sí misma que se atrevería a dar ese difícil paso, y mantuvo lo que había prometido. El príncipe Teodoro escuchó con espanto la infamia cometida, su alma se estremeció y la profunda ira contenida pareció amenazar también a la inocente esposa. Entonces ocurrió que ella pasó algunos meses en un distante castillo. Durante ese tiempo combatió el príncipe los amargos sentimientos que le corroían, llegando finalmente a la decisión de no sólo ofrecerle la mano reconciliadora a su esposa, sino también, sin que ella lo supiera, de preocuparse por la educación de Franz. Después de la muerte del príncipe y de su esposa, sólo el conde Pietro y el joven príncipe Alejandro de W. conocían el secreto del nacimiento de Franz. Ninguno de los descendientes del pintor se pareció tanto en constitución y espíritu a aquel Francesco, educado por el conde Filippo, que Franz. Un joven extraordinario, animado de un espíritu superior, fogoso y rápido en acto y pensamiento. ¡Ojalá no le pesen los pecados del padre y de sus antecesores! ¡Ojalá pueda resistir las tentaciones de Satanás! Antes de que el príncipe Teodoro muriese, sus dos hijos, Alejandro y Juan, viajaron a la bella tierra romana, pero no fue exclusivamente la disensión abierta entre ambos, sino sus distintas inclinaciones, las

que causaron que los dos hermanos se separaran en Roma. Alejandro llegó a la Corte de Paolo Francesco y se enamoró tanto de la hija más joven que éste había engendrado con Vittoria que pensó en casarse de inmediato. El príncipe Teodoro rechazó con tal repulsión esta unión que a Alejandro le parecía incomprensible. Así aconteció que sólo después de la muerte de Teodoro le fue posible al príncipe Alejandro casarse con la hija de Paolo Francesco. El príncipe Juan había conocido en su viaje de regreso a su hermano Franz, y encontró en este joven, cuyo parentesco cercano no sospechaba, tal agrado, que no quería separarse de él. Franz fue el motivo por el que el príncipe, en vez de regresar a la Corte del hermano, volvió de nuevo a Italia. La eterna fatalidad, siempre imprevisible, quiso que ambos, el príncipe Juan y Franz, vieran a la hija de Vittoria y Pietro, Jacinta, despertándose inmediatamente en los dos jóvenes un amor ardiente. ¡El crimen germina! ¡Quién osa oponerse a los poderes oscuros!

Los pecados e infamias de mi juventud fueron horribles, pero gracias a la intercesión de los Santos, especialmente de Santa Rosalía, he sido salvado de la condenación eterna. Me ha sido concedido que sufra los tormentos de la pena aquí, en la tierra, hasta que la estirpe criminal se marchite y deje para siempre de dar frutos. Dominando sobre las fuerzas espirituales, me oprime la carga terrenal, y vaticinando el secreto del futuro sombrío, me ciega el espléndido pero engañoso colorido de la vida. ¡El ojo se pierde entre imágenes confusas que fluyen continuamente, sin ser capaz de reconocer su verdadera configuración interna! Pude contemplar con frecuencia el hilo que teje el poder oscuro y que se alzaba contra la salvación de mi alma. Creí, necio de mí, poder asirlo y romperlo. Pero tengo que tener paciencia y permanecer piadoso y creyente, debo soportar el castigo con la penitencia del arrepentido, para, de este modo, expiar mis pecados. He ahuyentado al príncipe y a Franz de Jacinta, pero Satanás pretende la perdición de Franz, de la que no podrá escapar. Franz llegó con el príncipe al lugar donde residía el conde Pietro con su esposa y su hija Aurelia, que por aquel entonces tenía quince años de edad: Del mismo modo en que se había despertado el deseo salvaje en el padre criminal, Paolo Francesco, al ver a Angiola, así se encendió el fuego del placer prohibido en el hijo cuando contempló por vez primera a la dulce niña Aurelia. Empleando todo tipo de diabólicas mañas, logró seducir a la piadosa Aurelia, apenas entrada en la madurez. Ella se entregó con toda su alma, llegando a pecar antes incluso de que la conciencia del pecado hubiese penetrado en su interior. Cuando la situación ya no podía ocultarse por más tiempo, Franz se arrojó, lleno de desesperación por el ultraje cometido, a los pies de la madre y lo confesó todo. El conde Pietro, sin considerar que él mismo estaba atrapado por el pecado y la impiedad, habría matado a Aurelia y a Franz. La madre dejó sentir a Franz su ira justificada con la amenaza de descubrir el acto infame al conde Pietro, y con este pretexto lo expulsó para siempre con el fin de

que no volviera a verla a ella ni a la hija seducida. La condesa consiguió apartar a la hija de la mirada del conde Pietro, concibiendo más tarde una hijita en un lugar lejano. Pero Franz no podía abandonar a Aurelia y averiguó su residencia. Se apresuró a visitarla y entró en la habitación precisamente en el instante en que la condesa, abandonada por la servidumbre, estaba sentada junto a la cama de la hija y sostenía a la niña, que tenía ocho días de vida, en el regazo. La condesa se levantó espantada por la presencia inesperada del desalmado y le ordenó que abandonase la habitación. «¡Vete... vete de aquí, si no estás perdido! ¡El conde Pietro sabe lo que has hecho!», gritó para atemorizar a Franz, empujándole hasta la puerta. Entonces se apoderó de Franz una furia demoníaca y salvaje, arrancó al hijo de los brazos de la condesa y le pegó a ella un puñetazo en el pecho que la tiró al suelo, para, a continuación, huir de allí. Cuando Aurelia despertó de su estado de postración, comprobó que su madre estaba muerta, una herida profunda en la cabeza —se había golpeado con un cofre de hierro— la había matado. Franz tenía el propósito de matar a la niña; al anochecer la enrolló en paños y bajó las escaleras con intención de abandonar la casa, cuando escuchó unos gemidos ahogados que parecían venir del piso de abajo. Permaneció quieto, escuchó de nuevo, y finalmente se deslizó hasta llegar casi a la habitación de donde procedía el ruido. En ese instante salió una mujer, que reconoció como a la niñera de la baronesa de S., lanzando tristes lamentos. Franz preguntó a qué se debía tanto desconsuelo. «Ay, señor —dijo la mujer—, mi desgracia es cierta, hace un rato que la pequeña Eufemia estaba sentada en mi regazo y reía y daba gritos de alegría, pero repentinamente dejó caer la cabeza y ahora está muerta. ¡Tiene manchas azules en la frente y me culparan de haberla dejado caer!». Franz entró rápidamente en la habitación y, cuando contempló a la niña muerta, comprendió cómo la fatalidad quería que su hija siguiese viviendo, pues ambas mostraban un parecido asombroso y su constitución era muy similar. La niñera, probablemente no tan inocente en la muerte de la niña como había proclamado, y sobornada por un cuantioso regalo de Franz, consintió en el cambio. Franz enrolló a la niña muerta en los paños y la arrojó al río. La hija de Aurelia fue educada como la hija de la baronesa de S., con el nombre de Eufemia, y el secreto de su nacimiento quedó oculto al mundo. La infeliz no ingresó en el seno de la Iglesia al no recibir el sacramento del Sagrado Bautismo, ya que la niña, cuya muerte le había dado la vida, ya estaba bautizada. Aurelia se casó, transcurridos algunos años, con el barón de F. Dos niños, Hermógenes y Aurelia, son el fruto de ese matrimonio.

El Poder eterno del Cielo me concedió que, cuando el príncipe pensó en ir con Francesco —así llamaba él en italiano a Franz— a la Corte principesca del hermano, llegase hasta ellos y pudiera acompañarlos. Quise coger con fuerte brazo al indeciso Francesco cuando se acercaba al abismo que se abría ante él. ¡Un comportamiento necio del pecador impotente que todavía no había encontrado Gracia ante el trono del

Señor! ¡Francesco asesinó al hermano después de haber cometido con Jacinta un impío ultraje! El hijo de Francesco es el niño desgraciado que educó el príncipe bajo el nombre de conde Victorino. El asesino, Francesco, pensó en unirse en matrimonio con la piadosa hermana de la Soberana, pero pude evitar tamaño desafuero precisamente en el instante en que iba a ser llevado a cabo en lugar sagrado.

Franz necesitaba de una profunda miseria, en la que en efecto quedó sumido después de escapar torturado por sus pecados sin expiar, que le impulsase al arrepentimiento. Afectado de gran pesadumbre y enfermedad, topó en su huida con un campesino que le acogió amigablemente. La hija del campesino, una muchacha piadosa y serena, se enamoró profundamente del forastero y le cuidó con esmero. Así aconteció que, una vez recuperado Francesco, correspondió al amor de la muchacha y contrajeron matrimonio canónico. Consiguió imponerse, gracias a su inteligencia y a su sabiduría, e incrementar el patrimonio del padre, que no era escaso, de tal modo que gozó de un gran bienestar terrenal. Pero la felicidad del pecador que no se ha reconciliado con Dios es insegura y vana. Franz se hundió de nuevo en la más absoluta pobreza y su miseria se tornó mortal, pues sintió cómo el cuerpo y el alma se consumían por causa de una dolencia incurable. Su vida fue un continuo ejercicio de penitencia. Por fin le envió el Cielo un rayo de consuelo. Tendría que peregrinar al Sagrado Tilo, y allí el nacimiento de un hijo le anunciaría la Gracia del Señor.

En el bosque que rodea al monasterio del Sagrado Tilo me presenté ante la apurada madre, que lloraba ante el niño recién nacido y ya huérfano de padre. Intenté animarla con palabras de consuelo. La Gracia del Señor cayó, esplendorosa, sobre el niño, que nació en el sagrario pleno de bendición de los Santos. Ocurrió con frecuencia que el Niño Jesús se hizo visible ante él y encendió en el ánimo infantil la chispa del amor.

La madre hizo que bautizaran al niño con el nombre del padre, Franz. ¿Serás tú, Francisco, el que, nacido en lugar sagrado, expíes con tu comportamiento piadoso los actos criminales de tus antecesores y les concedas la paz en sus tumbas? Lejos del mundo y de sus tentaciones seductoras, el niño deberá consagrarse exclusivamente a lo Celestial. Será religioso. Así se lo anunció el hombre santo, que otorgó tanto consuelo a mi alma, a la madre, y puede tratarse muy bien de la profecía de la Gracia, que me ilumina con maravillosa claridad, de tal modo que creo poder ver en mi interior una imagen vívida del futuro.

¡Veo al joven luchando en combate mortal con el poder de las tinieblas, que intenta apoderarse de él con un arma espantosa! ¡Caerá, pero una mujer divina alzaré sobre su cabeza una corona victoriosa! ¡Será Santa Rosalía quien le salve! Tanto tiempo como el poder celestial eterno me lo conceda, seguiré de cerca al niño, al joven y al hombre para protegerle, y lo haré hasta donde mis fuerzas alcancen. El será como...

NOTA DEL EDITOR

Aquí, benévolo lector, se torna tan indescifrable la escritura, prácticamente borrada, del viejo pintor,  leyendo. Volvemos, pues, al manuscrito del singular cap

CAPÍTULO TERCERO

El regreso al monasterio

La situación llegó a tal extremo que en todas partes en que me dejaba ver por las calles de Roma, la gente del pueblo se paraba en silencio y con una actitud humilde y recogida solicitaba mi bendición. Puede ser que mis severos ejercicios de penitencia, que todavía practicaba, causaran sensación, pero lo que resultó más cierto es que mi extraña aparición se convirtió pronto en una leyenda para los romanos, de talante tan fantástico y vivo. Quizá, sin sospecharlo, me convertí en un héroe de algún cuento piadoso. Con frecuencia me sacaban de mis meditaciones ante una de las gradas del altar suspiros inquietos y oraciones apenas murmuradas, entonces notaba cómo los devotos se habían arrodillado a mi alrededor y parecían suplicar mi intercesión. Como antaño en el monasterio capuchino, también aquí pude oír a mis espaldas: «¡Il Santo!»... Y dolorosas punzadas atravesaban mi pecho. Quería abandonar Roma, pero, cuál no sería mi espanto, cuando el prior del monasterio en que me alojaba me comunicó que el Papa deseaba verme. Me asaltó la sombría sospecha de que quizá, de nuevo, el poder maligno intentaba apoderarse de mí y encadenarme con su fuerza hostil; no obstante hice acopio de valor y me presenté en el Vaticano a la hora acordada.

El Papa, un hombre muy instruido y aún en lo mejor de la edad, me recibió sentado en un sillón ricamente guarnecido. Dos niños bellísimos y vestidos de religiosos le servían agua helada y abanicaban la estancia con penachos de plumas para mantener el frescor, ya que el día era en exceso caluroso. Me acerqué a él humillado e hice la reverencia de rigor. Me miró fijamente, aunque la mirada poseía cierta benevolencia, y, en vez de la severa seriedad que creí percibir en su rostro desde la distancia, una dulce sonrisa iluminaba todos sus rasgos. Me preguntó de dónde venía y qué me había traído hasta Roma. En suma, se interesó por todo lo acostumbrado acerca de las circunstancias personales. Luego se levantó y dijo:

—Os he mandado llamar porque me han hablado mucho de vuestra extraordinaria devoción. ¿Por qué, hermano Medardo, realizas ejercicios de penitencia públicamente y en las iglesias más visitadas? ¿Crees aparecer así como un santo del Señor, pretendes ser adorado por el fanático populacho? Si es así, penetra en tu pecho y analiza los más profundos pensamientos que te hacen actuar de ese modo. ¡Si no eres puro ante el Señor y ante mí, su Representante en la Tierra, padecerás pronto, monje Medardo, un fin ignominioso!

El Papa pronunció estas palabras con voz fuerte y penetrante. Sus ojos brillaban como rayos. Por primera vez no me sentí culpable del pecado que se me atribuía, así que no sólo mantuve mi actitud, sino que también empecé a hablar con entusiasmo, siendo consciente de que mi penitencia surgía del más verdadero e íntimo arrepentimiento:

—A Vuestra Santidad, el Vicario de Cristo, se le ha otorgado la fuerza de penetrar en mi alma. Bien sabéis, por consiguiente, lo indeciblemente pesada que es la carga de mis pecados, pero también reconoceréis la sinceridad de mi arrepentimiento. Muy lejos de mis intenciones queda la indigna hipocresía, también toda pretensión vanidosa de engañar al pueblo con una actitud impía. ¡Permitid al monje penitente, Santo Padre, que os resuma su vida criminal, pero al mismo tiempo permitid también que os descubra la vida que ha iniciado con el más profundo arrepentimiento y contrición!

Comencé, pues, a hablar de este modo y, sin citar nombres, resumí a continuación toda mi vida. El Papa fue prestando una atención creciente. Se sentó en el sillón y apoyó la cabeza en la mano. Luego miró al suelo ensimismado, pero repentinamente alzó la mirada y se levantó. Con las manos enlazadas y adelantando el pie derecho, como si quisiera venir hacia mí, me miró fijamente con ojos ardientes. Cuando terminé, volvió a tomar asiento.

—Vuestra historia, monje Medardo —comenzó—, es la más extraña que he escuchado en mi vida. ¿Creéis realmente en la influencia visible y manifiesta de un poder maligno al que la Iglesia denomina «demonio»?

Quise responder, pero el Papa continuó:

—¿Creéis realmente que el vino que robasteis de la cámara de las reliquias y bebisteis del todo os impulsó a cometer las impiedades que habéis confesado?

—¡Como agua viciada con una fragancia venenosa fortaleció la simiente maligna que había en mi interior, de tal modo que pudo crecer! —repliqué.

El Papa calló unos instantes, luego continuó con actitud seria y concentrada:

—¿Qué ocurriría si la naturaleza siguiera también en el terreno espiritual las leyes que determinan el funcionamiento de un organismo físico, si una simiente sólo pudiese producir otra igual, si inclinación y voluntad —como la fuerza que, encerrada en el núcleo del árbol, hace reverdecer sus hojas— se heredase de padres a hijos, negando toda arbitrariedad?... Hay familias de asesinos, de ladrones... ¿Sería el pecado original, la maldición eterna e inmutable, impermeable a cualquier forma de expiación, de un género impío!

—Si el nacido de pecador está obligado a su vez a pecar, entonces no existe el pecado —interrumpí al Papa.

—¡Por el contrario! —replicó—. El Espíritu eterno ha creado un gigante que es capaz de dominar al animal ciego que rabia en nuestro interior y mantenerlo encadenado. Ese gigante se llama conciencia, y de su lucha con el animal surge la espontaneidad. La victoria del gigante constituye la virtud; la del animal, el pecado.

El Papa calló un instante; a continuación se iluminó su mirada y dijo con voz suave:

—¿Creéis, monje Medardo, que es conveniente que el Vicario de Cristo se pierda en sutilezas con vos acerca de la virtud y del pecado?

—Habéis honrado a vuestro humilde servidor, Padre Santo —respondí—, al

hacerle partícipe de vuestra profunda visión del ser humano. Es conveniente que habléis de una lucha que hace mucho tiempo pudisteis finalizar victorioso y lleno de gloria.

—Posees una opinión muy buena de mí, hermano Medardo —dijo el Papa—, ¿o crees que es la tiara de laurel la que me proclama como héroe y vencedor del mundo?

—Es algo grande ser rey y gobernar a un pueblo. Estar en una situación tan elevada en la vida hace que todo se concentre alrededor y que todo vínculo aparezca como inconmensurable. Precisamente por la posición superior se desarrolla la peculiar fuerza de la contemplación, que se manifiesta en los príncipes de nacimiento como una elevada consagración.

—Quieres decir —interrumpió el Papa—, que incluso en aquellos príncipes en los que se constata una voluntad y una razón débiles reside una singular sagacidad, tenida convencionalmente por sabiduría, que es capaz de imponer a la masa. Pero ¿cómo se puede aplicar tu teoría a este caso?

—Yo quería —continué— hablar sobre la consagración del príncipe, cuyo reino es de este mundo y, luego, de la consagración sagrada y divina del Vicario de Cristo. De manera enigmática, el Espíritu del Señor ilumina a los cardenales reunidos en cónclave. Aislados, sumidos en profunda meditación en sus estancias individuales, el rayo celestial alumbra el ánimo anhelante de revelación, y un nombre resplandece como un himno pronunciado por labios entusiasmados que alaba al Poder eterno. La decisión del Señor, que elige a su digno Representante en la Tierra, será anunciada en lenguaje humano, y de este modo, Padre Santo, vuestra corona proclama el misterio de Dios, del Señor de los Mundos, y constituye el laurel que os designa como héroe y vencedor. Vuestro reino no es de este mundo, y, sin embargo, estáis destinado a regir sobre todos los reinos de la Tierra, reuniendo los miembros de la Iglesia invisible bajo la bandera del Señor. El reino mundano, que os ha sido dado, es sólo vuestro trono floreciente en esplendor celestial.

—Reconoces —me interrumpió el Papa—, reconoces, hermano Medardo, que tengo motivos para estar satisfecho con este modesto trono. Mi Roma resplandece celestial, eso podrás sentirlo, hermano Medardo, pues no has apartado completamente tu mirada de lo terrenal... Pero no lo creo... Eres un orador osado y me has hablado con sinceridad... ¡Creo que podremos comprendernos mejor! ¡Quédate aquí! En pocos días podrías llegar a ser prior y más tarde te podría elegir como mi confesor privado... Ahora vete y compórtate de un modo menos extravagante en las iglesias; a santo desde luego no llegarás, el calendario ya está lleno de ellos. Vete.

Las últimas palabras del Papa me dejaron asombrado, así como su actitud en general, que contrastaba con la imagen que me había forjado en mi interior del Pastor de la comunidad cristiana, al que se le había otorgado el poder de atar y desatar. Tuve la certeza de que había tomado todo lo que había dicho acerca de la divinidad de su posición por mera adulación astuta y vacía. Había partido de la idea de que yo quería perfilarme como un santo, y como quería cerrarme ese camino por motivos especiales

decidió otorgarme, por causas también desconocidas, respeto e influencia de otro modo.

Decidí, sin pensar que antes de que el Papa me llamase había querido abandonar Roma, continuar mis ejercicios espirituales. Pero sólo en lo más profundo de mí mismo me sentía con ánimos para dedicarme plenamente a lo Celestial. Involuntariamente pensé durante la oración en mi vida pasada. La imagen de mis pecados había empaldecido, sólo la brillante carrera, primero como favorito de un príncipe, luego como confesor del Papa y más tarde quién sabe a qué altura, se mostraba luminosa ante los ojos de mi espíritu. Así sucedió que dejé de practicar los ejercicios espirituales, no porque el Papa lo prohibiera, sino de manera inconsciente, y me dediqué a vagar por las calles de Roma. Cuando un día atravesaba la plaza de España, vi a un grupo de gente alrededor de las cajas de un titiritero. Oí la divertida cháchara de polichinela y las explosiones de carcajadas del público. El primer acto había concluido, se preparaban para el segundo. La pequeña tapa saltó y apareció el joven David con su honda y un saco lleno de piedras. Con movimientos burlescos prometió que ahora vencería al descomunal Goliath y salvaría a Israel. Se escuchó un zumbido ahogado y un gruñido. El gigante Goliath surgió con una cabeza enorme y monstruosa. Quedé paralizado de asombro al reconocer a primera vista en la cabeza de Goliath al alocado Belcampo. Justo debajo de la cabeza había ensamblado por medio de un dispositivo un pequeño cuerpo con brazos y piernas. Sus propios hombros y brazos quedaban, sin embargo, ocultos por un cortinaje, que hacía a su vez de la capa, doblada con amplitud, de Goliath. El gigante, haciendo extrañas muecas y agitando de forma grotesca su cuerpo de pigmeo, lanzaba un discurso orgulloso, al que David sólo respondía de vez en cuando con una ligera risa disimulada. El pueblo reía a carcajadas, y yo mismo, gratamente sorprendido por la fabulosa aparición de Belcampo, me dejé llevar por la parodia y rompí en una carcajada de placer infantil que hacía mucho tiempo que no experimentaba. Ay, cuántas veces había sido mi risa sólo el producto convulsivo y acalambrado de un tormento interior desgarrador. A la lucha con el gigante precedió una larga disputa, y David demostró sabia e inteligentemente por qué estaba destinado a matar al temible enemigo. Belcampo hizo que todos los músculos de su rostro se contrajeran y dieran la impresión de formar crepitantes regueros de pólvora, lanzando los bracitos del gigante en pos del más pequeño de los pequeños, David, que hábilmente supo escabullirse y apareció aquí y allá, incluso debajo de la capa de Goliath. Finalmente voló la piedra en busca de la cabeza del gigante, que cayó, y el espectáculo terminó con la bajada del telón. Todavía seguía riéndome a carcajadas, fascinado por el genio de Belcampo, cuando alguien tocó silenciosamente mi hombro. Un abate se encontraba ante mí.

—Me alegra —comenzó a decir— que no hayáis perdido, venerable señor, todo el placer por lo temporal. Apenas podía creer, sobre todo después de presenciar vuestros extraños ejercicios espirituales, que pudieseis reír sobre semejantes necedades.

Me pareció como si el abate hubiera dicho esto para que me avergonzase de mi

buen humor, por lo que sin pensar le respondí las siguientes palabras, que poco después lamenté profundamente haber pronunciado:

—Creedme, señor abate, el que ha sido un buen nadador en las aguas agitadas de la vida, nunca carece de fuerza para emerger de una corriente oscura y levantar su cabeza con valor.

El abate me miró con ojos refulgentes.

—Eh —dijo—, qué bien habéis encontrado la imagen y qué a propósito la habéis citado. Ahora creo conoceros del todo y os admiro desde lo más profundo de mi alma.

—No sé, señor mío, cómo un monje penitente puede ser capaz de despertar vuestra admiración.

—¡Estupendo! ¡Magnífico! ¡Volvéis a retomar vuestro papel! ¿Sois el preferido del Papa?

—El Santo Padre y Vicario de Jesucristo se dignó mirarme. Le adoré sumiso como corresponde a su grandeza como custodio de una virtud pura y celestial, concedida por el Poder eterno.

—Pues bien, tú, digno vasallo ante el trono del tres veces coronado, harás con valor lo que es propio de tu oficio. Pero créeme, el actual Vicario de Cristo es una alhaja de virtud en comparación con Alejandro VI; aquí es posible que hayas errado tus cálculos. Pero continúa representando tu papel, ya que pronto acabará la obra que comenzó tan divertida y alegre.

¡Hasta la vista, venerabilísimo señor!

Con risas sarcásticas y estridentes, se alejó el abate de allí. Yo permanecí paralizado. Si unía su última referencia al Papa con mis propias observaciones, me resultó de gran claridad que el Pontífice no podía ser en absoluto el vencedor coronado tras dura lucha con el animal por el que yo le había tomado. También tuve que convencerme, aunque me resultó horrible, de que para una buena parte del público iniciado mi penitencia constituía un simple afán hipócrita para escalar posiciones. Herido hasta en lo más profundo de mi alma, regresé a mi monasterio y recé con fervor en la solitaria iglesia. Entonces se me cayó la venda de los ojos, y reconocí la tentación del poder tenebroso que había intentado de nuevo envolverme en sus redes. Al mismo tiempo pude reconocer mi debilidad pecadora y el castigo divino. Sólo una rápida huida podría salvarme, así que decidí partir al día siguiente por la mañana temprano. Era prácticamente de noche cuando sonó insistentemente la campanilla de la puerta del monasterio. A los pocos minutos entró en mi celda el hermano que estaba de portero, y me informó de que había un hombre vestido de manera extraña que deseaba hablar conmigo a toda costa. Fui al locutorio y vi a Belcampo, que saltó hacía mí con su acostumbrada actitud extravagante. Me tomó de ambos brazos y me llevó con celeridad hasta una de las esquinas.

—Medardo —dijo en voz baja y con prisa—, Medardo, puedes arreglártelas como quieras para perderte, la locura está detrás de ti, en las alas del céfiro, o del viento del

sur, o del sudsudoeste, o donde quiera que sea. Te cogerá; saca, ahora que todavía tienes tiempo, un extremo de tu hábito del abismo y escapa. Oh, Medardo, reconoce lo que supone la amistad, reconócelo. ¡Reconoce de lo que es capaz el amor, cree en David y en Jonathán, querido capuchino!

—Os he admirado en el papel de Goliath —interrumpí el discurso del charlatán—, pero decidme con rapidez de qué se trata. ¿Qué es lo que os ha traído hasta mí?

—¿Qué es lo que me ha traído hasta vos? —preguntó Belcampo—. ¿Qué es lo que...? El amor loco hacia un capuchino al que una vez salvé la cabeza, un capuchino que lanzaba a su alrededor ducados ensangrentados, que frecuentaba la compañía de terribles renegados, que, después de haber cometido unos cuantos crímenes de nada, quería casarse como un burgués, o, mejor dicho, como un noble, con la mujer más bella del mundo.

—¡Detente —grité—, detente, loco furioso! Con gran esfuerzo he logrado expiar todo lo que me atribuyes con descaro tan impío.

—Oh, señor —continuó Belcampo—, ¿está todavía tan sensible el lugar en que fuisteis herido por el poder hostil? Eh, así que todavía no habéis sanado del todo. Bien, me comportaré dulcemente y con tranquilidad, como un niño piadoso, quiero controlarme, no quiero saltar más, ni espiritual ni corporalmente, sólo deciros, querido capuchino, que os amo tiernamente por causa de vuestra sublime demencia y que es del todo necesario que el principio demente viva largamente y florezca en la Tierra, tanto como sea posible. Os salvaré de todo peligro mortal en el que os metáis. Encerrado en la caja de mis marionetas, pude espiar una conversación que te afecta. El Papa quiere elevarte a prior de este monasterio capuchino y nombrarte su confesor. Huye de Roma lo más rápido que puedas, pues hay puñales que apuntan hacia ti. Conozco al bravo que te quiere expedir al Reino Celestial. Te has atravesado en el camino de un dominico, el actual confesor del Papa, y de sus partidarios. Mañana no puedes seguir aquí.

Esta información complementaba perfectamente las palabras del desconocido abate. Quedé tan afectado que apenas noté cómo el burlesco Belcampo me abrazaba una y otra vez. Finalmente se despidió con sus usuales muecas extrañas y respingos.

Serían las doce de la noche pasadas cuando pude oír cómo abrían la puerta externa del monasterio y un coche rodaba sobre el empedrado del patio. Poco después se oyó ruido en el corredor, y alguien llamó a la puerta de mi celda. Abrí y pude ver al padre celador, al que seguía un hombre embozado con una antorcha.

—Hermano Medardo —dijo el celador—, un moribundo requiere vuestro auxilio espiritual y que le impartáis los Santos Óleos. Haced lo que es vuestra obligación y seguid a este hombre, que os llevará a donde se os necesita.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. La idea de que me querían llevar a la muerte se hizo fuerte en mi interior, pero no me podía negar, así que seguí al embozado, que abrió la portezuela del coche y me conminó a subir. En el coche encontré a dos hombres que me hicieron sitio y me senté entre ambos. Pregunté a dónde me

llevaban, quién solicitaba de mí consuelo y los Santos Óleos. ¡No hubo respuesta! El coche, en cuyo interior reinaba el silencio, atravesó varias calles. Creí percibir por sonidos exteriores que ya nos encontrábamos fuera de Roma, pero luego distinguí que pasábamos por una de las puertas de la ciudad y sobre suelo empedrado. Finalmente el coche se detuvo. Rápidamente ataron mis manos y me pusieron una capucha.

—No os pasará nada malo —dijo una voz ruda—, sólo tendréis que callar acerca de todo lo que vais a ver y oír, si no lo hacéis moriréis al instante.

Me sacaron del coche, sonaron cerrojos y una puerta se abrió quejumbrosa al girar sobre bisagras mal ensambladas. Me guiaron a través de largos corredores, y finalmente bajamos unas escaleras que parecían no acabarse nunca. El eco de los pasos me convenció de que nos encontrábamos en estancias abovedadas, cuyo destino traicionaba el penetrante olor a muerte. Por fin nos detuvimos. Me desataron las manos y me retiraron la capucha. Me encontraba efectivamente en una amplia estancia abovedada, iluminada débilmente por una lámpara colgada. A mi lado se encontraba un hombre que ocultaba su rostro con un embozo negro, probablemente sería el mismo que me había llevado hasta allí, y a mi alrededor estaban sentados monjes dominicos en bancos bajos. Me acordé de la pesadilla que una vez me atormentó en el calabozo y tuve por cierta una muerte cruel. Sin embargo mantuve la calma y recé con fervor en silencio, aunque no para salvarme, sino para obtener un fin misericordioso. Transcurridos unos minutos de silencio sombrío y lleno de presentimientos, entró un monje y se dirigió a mí, hablando con voz ronca:

—Medardo, hemos juzgado a un miembro de vuestra Orden. La sentencia tiene que ser ejecutada. De vos, un hombre santo, espera él absolución y consuelo en la muerte. Id y haced lo que constituye vuestro deber.

El enmascarado que estaba junto a mí me tomó del brazo y me llevó por un estrecho pasillo hasta una estancia pequeña. Allí yacía en un rincón, sobre un lecho de paja, un hombre pálido, consumido, esquelético y sólo vestido con algunos harapos. El embozado dejó la lámpara que había traído sobre una mesa de piedra en el centro de la habitación y se alejó. Me acerqué al prisionero, que se volvió con esfuerzo hacia mí. Quedé paralizado al reconocer los rasgos venerables del piadoso Cirilo. Una sonrisa celestial surcó su rostro.

—Así que los horribles servidores del infierno que aquí habitan no me habían engañado —empezó a decir con voz extenuada—. A través de ellos supe que tú, mi querido hermano Medardo, te encontrabas en Roma. Como sentía un fuerte anhelo de verte, ya que había cometido una gran injusticia contra ti, me prometieron que te traerían hasta mí en la hora de mi muerte. La hora ha llegado y han cumplido su palabra.

Me arrodillé al lado del piadoso y venerable anciano. Le conminé ante todo a que me contara cómo había sido posible que le encarcelaran y condenaran a muerte.

—Mi querido hermano Medardo —dijo Cirilo—, sólo después de confesar arrepentido todo el mal que por error te causé y después de que me hayas

reconciliado con Dios, sólo entonces podré hablarte de mi miseria y de mi caída. Ya sabes que tanto yo como el monasterio te tuvimos por un pecador impío. Te creíamos el autor de los más espantosos ultrajes, por lo que te expulsamos de la comunidad. Pero sólo fue un instante funesto, en el que el diablo apretó el nudo en torno a tu cuello y te alejó de los lugares sagrados para sumirte en la vida pecaminosa del mundo. Tomando tu nombre, tu traje y tu figura, un farsante diabólico cometió aquellos crímenes por los que estuviste a punto de morir ignominiosamente como un asesino. El Poder eterno ha revelado de manera maravillosa que tú pecaste, es cierto, con ligereza al intentar romper tu voto, pero que eres inocente de aquellas funestas impiedades. Regresa a nuestro monasterio. Leonardo y los hermanos recibirán al que creían perdido para siempre con alegría y amor. Oh, Medardo...

El anciano perdió la consciencia, víctima de su debilidad. Resistí la tensión que sus palabras —que parecían anunciar un acontecimiento extraordinario— habían despertado en mí, y sólo pensando en él, en la salvación de su alma, intenté, sin otra ayuda que un ligero masaje en la cabeza y en el pecho, modo usual en nuestro monasterio de reanimar a agonizantes, de hacer que la vida volviera a él. ¡Cirilo se recuperó pronto y se confesó, él, el más piadoso, conmigo, el pecador impío! Pero me parecía como si al absolver al anciano, cuyo mayor delito eran las dudas que aquí y allá le habían surgido, se hubiera encendido en mi interior por obra del Poder eterno un espíritu celestial, y como si yo fuera un mero instrumento, el órgano corporeizado del que se servía ese Poder para hablar humanamente aquí en la Tierra con el hombre que todavía no se había separado de su alma. Cirilo elevó su mirada contemplativa al Cielo y dijo:

—¡Oh, hermano Medardo, cómo me han consolado tus palabras! ¡Alegre afronto la muerte que me prepara el infame! Caigo víctima de la más cruel falsedad y del pecado más impío que rodea al trono del tres veces coronado.

Escuché pasos tenues, que se aproximaban cada vez más, la llave rechinó en la cerradura de la puerta. Cirilo se incorporó con violencia, tomó mi mano y me dijo al oído:

—Regresa a nuestro monasterio. Leonardo está informado de todo, él sabe del modo en que muero. ¡Conjúrale a que calle sobre mi muerte! Qué pronto me habría alcanzado si no la muerte a mí, a un anciano acabado. ¡Adiós, hermano mío! ¡Reza por la salvación de mi alma! Estaré con vosotros cuando celebréis mi funeral en el monasterio. ¡Prométeme que callarás sobre todo lo que has visto y oído aquí, pues si no provocarás tu perdición e implicarás a nuestro monasterio en mil asuntos odiosos!

Así lo hice. Hombres embozados penetraron en la habitación, levantaron al anciano del lecho y lo arrastraron por el corredor, ya que estaba tan consumido que era incapaz de andar, hasta la estancia abovedada en que yo había estado con anterioridad. A una señal de los embozados seguí también al condenado.

Los dominicos habían formado un círculo, en cuyo centro situaron al anciano, que tuvo que arrodillarse sobre un montoncillo de tierra que habían esparcido. Le habían

dado un crucifijo para que lo sostuviera en las manos. Yo también me encontraba en medio del círculo, como era mi deber, y rezaba en voz alta. Un dominico me asió por el brazo y me echó a un lado. En ese instante vi cómo brillaba una espada en la mano de uno de los embozados y cómo la cabeza ensangrentada de Cirilo rodaba a mis pies. Perdí el conocimiento. Cuando, más tarde, me recobré, me encontraba en una pequeña habitación similar a una celda. Un dominico entró y me dijo con cierto sarcasmo:

—Os habéis llevado un buen susto, hermano, y en realidad deberíais haberos alegrado con justicia, ya que habéis visto con vuestros propios ojos un bello martirio. Así deberíamos llamarlo cuando un hermano de vuestro monasterio recibe la muerte merecida, pues ¿no sois todos, sin excepción, santos?

—¡No somos santos —exclamé—, pero en nuestro monasterio no fue asesinado jamás un inocente! ¡Dejadme ir, he cumplido mi deber con alegría! ¡El Espíritu del fallecido estará a mi lado si caigo en las manos de infames asesinos!

—No dudo en absoluto —dijo el dominico— que el bendito hermano Cirilo permanecerá a vuestro lado en un caso similar, pero ¿no pretenderéis, querido hermano, confundir su ejecución con un asesinato? Cirilo había pecado gravemente contra el Vicario de Cristo, y éste mismo fue el que ordenó su muerte. Pero el anciano os debe de haber confesado todo, e inútil es, por tanto, hablar más del asunto. Tomad mejor algo para fortaleceros y refrescaros, pues ofrecéis un aspecto pálido y perturbado.

Dicho esto, el dominico me acercó una copa de cristal que contenía un vino espumoso, aromático y de color granate. No puedo decir con certeza la sospecha que me asaltó cuando me llevé la copa a los labios, pero es seguro que percibí el olor del mismo vino que me escanció Eufemia en aquella noche fatídica. Inconscientemente, sin pensar con claridad, lo derramé en la manga izquierda de mi hábito, mientras, como si me hubiera deslumbrado la luz, mantenía la mano izquierda ante mis ojos.

—¡Que os siente bien! —exclamó el dominico mientras me empujaba rápidamente hacia la puerta.

Me arrojaron en el coche, que, para mi sorpresa, se encontraba vacío, y salimos de allí. La espantosa noche, la tensión espiritual y el profundo dolor que sentía por el infeliz Cirilo me sumieron en un estado de aturdimiento tal que no me resistí cuando me sacaron del coche y me dejaron en el suelo de un modo no muy sutil. Amaneció y me encontré tumbado ante la puerta del monasterio capuchino, cuya campanilla toqué al incorporarme. El portero se asustó al ver mi aspecto pálido y descompuesto, por lo que debió de informar posteriormente al prior, que entró en mi celda inmediatamente después de la primera misa con actitud preocupada. A sus preguntas sólo contesté en general que la muerte de la persona a la que tenía que absolver había sido demasiado cruel y que me había afectado profundamente, pero no pude seguir hablando debido a un dolor intenso que sentí en el brazo izquierdo, que terminó por hacerme gritar. Llegó el médico del monasterio que, al rasgar la manga del hábito firmemente pegada

a la carne, dejó al descubierto un brazo completamente corroído y desgarrado como por una sustancia cáustica.

—Tenía que beber vino y lo derramé en la manga —gemí a punto de perder la conciencia por el terrible tormento.

—En la bebida había un veneno corrosivo —exclamó el médico, que se apresuró a aplicar remedios para, al menos, reducir el dolor.

La habilidad del médico y el cuidado exquisito que me procuró el prior lograron salvar el brazo, que en un principio se pensó amputar. La carne, sin embargo, quedó corroída hasta el hueso, por lo que la fuerza que hacía que se moviera el brazo quedó definitivamente rota por la hostil cicuta.

—Ahora veo demasiado bien —dijo el prior— qué es lo que se escondía tras ese encuentro que estuvo a punto de costaros el brazo. El piadoso hermano Cirilo desapareció de nuestro monasterio y de Roma de manera inexplicable, y vos también, querido hermano Medardo, desapareceréis del mismo modo, si no abandonáis Roma lo más pronto posible. Mientras permanecisteis enfermo, hubo intentos sospechosos de obtener información acerca de vos; sólo la vigilancia, unidad y fidelidad de los hermanos impidió que la muerte os persiguiera hasta vuestra misma celda. Así como desde el primer momento me parecisteis un hombre absolutamente extraordinario, envuelto por vínculos fatídicos, del mismo modo os habéis convertido, desde que residís en Roma, si bien es cierto contra vuestra voluntad, en un personaje demasiado extraño como para que a determinadas personas no les fuese deseable apartaros radicalmente del camino. ¡Regresad a vuestra patria, a vuestro monasterio! ¡Que la paz sea con vos!

Comprendí que mientras permaneciera en Roma mi vida correría continuo peligro, pero al recuerdo torturante de todas las impiedades cometidas, que la penitencia no había sido capaz de suprimir, se unía ahora el dolor corporal del brazo marchito. No me importaba, por consiguiente, llevar una existencia atormentada y doliente que podría dejar pasar como una carga pesada, si alguien me diera una muerte rápida. Me fui acostumbrando al pensamiento de morir de muerte violenta, e, incluso, me parecía un martirio glorioso, ganado gracias a mi severa penitencia. Me veía salir por la puerta del monasterio e imaginaba que una figura siniestra me atravesaba con un cuchillo. El pueblo se reunía en torno al cadáver ensangrentado: «¡Medardo, el piadoso y penitente Medardo ha sido asesinado!», se oía gritar por las calles, y la gente se reunía lanzando lamentos por el ausente. Las mujeres se postraban y secaban con sus pañuelos las heridas de las que manaba abundante sangre. Una de ellas se fijaba en la cruz de mi cuello y gritaba: «¡Es un mártir, un santo, mirad el signo del Señor que lleva en el cuello!». Estas palabras hicieron que todos se arrodillaran. ¡Feliz el que pueda tocar el cuerpo del santo, el que pueda simplemente rozar su hábito! Rápidamente traen un féretro, el cuerpo, orlado de flores, es colocado en su interior y llevado en triunfo por jóvenes, entre cánticos y oraciones, hasta San Pedro. Así trabajaba mi fantasía y pintaba un cuadro que

representaba con vivos colores mi propia glorificación en la tierra. Sin pensar ni sospechar que el espíritu maligno del orgullo intentaba tentarme de nuevo, decidí permanecer en Roma después de mi completa recuperación, continuar mi acostumbrada forma de vida, y así, o morir como un héroe o, escapando de mis enemigos gracias al Papa, alcanzar una alta dignidad en la Iglesia.

Mi fuerte constitución y mi naturaleza vitalista me ayudaron a soportar los dolores atroces, superando finalmente los efectos nocivos de la sustancia infernal, que desde el exterior intentaba alcanzar y destruir mi interior. El médico me prometió un pronto restablecimiento. En realidad, sólo experimenté caídas febriles en los instantes de delirio que suelen preceder al sueño, y que provocaban bruscos cambios en los que se alternaban escalofríos y accesos de calor. Precisamente en esos momentos era cuando, pletórico ante la imagen de mi martirio, me veía a mí mismo, lo que ocurría con frecuencia, siendo asesinado por una puñalada en el pecho. Pero esta visión se transformó y en vez de verme, como era usual, tendido en la plaza de España y rodeado por la masa que proclamaba mi santidad, yacía ahora solo en una alameda del jardín del monasterio en B. En vez de sangre manaba de la herida abierta un líquido repugnante y sin color definido. Una voz dijo: «¿Ha sido esta sangre derramada por un mártir? ¡Pretendo aclarar y dar color al agua impura, y luego será coronado por el fuego, que ha vencido a la luz!». Fui yo mismo el que pronunció estas palabras, pero cuando me sentí escindido de mi «yo» muerto, me di cuenta de que yo era el pensamiento sin sustancia de mi «yo». Pronto me reconocí también a mí mismo como el tono rojizo que flota en el éter. Me obligué a elevarme hasta la cúspide luminosa de la montaña. Quería introducirme en el castillo natal por la puerta de nubes doradas, pero rayos, convertidos de inmediato en serpientes ígneas, atravesaban la cúpula del cielo. Caí como niebla húmeda y opaca. «Yo, yo soy — decía el pensamiento— el que colorea vuestras flores, vuestra sangre.

¡Flores y sangre son el adorno de boda que os preparo!». A medida que caía, podía ver el cuerpo con la herida abierta en el pecho, de la que brotaba a borbotones aquella agua impura. Mi aliento debía transformar el agua en sangre, pero no ocurrió nada. El cadáver se incorporó y me miró fijamente con ojos espantosos, aullando a continuación como el viento del norte en un abismo profundo: «¡Ciego y necio pensamiento, no hay lucha entre la luz y el fuego, pero la luz es el bautismo de fuego a través del tono rojo que intentaste envenenar!». El cuerpo cayó de nuevo. Todas las flores de los campos inclinaron sus cabezas marchitas, hombres, parecidos a pálidos espectros, se arrojaron al suelo y un lamento desconsolado provocado por mil voces se elevó en el aire: «¡Oh, Señor, Señor! ¿Es tan inmensa la carga de nuestros pecados que otorgas poder al enemigo para mortificar víctimas expiatorias de nuestra sangre?». ¡La queja se hizo más y más fuerte, como la ola rugiente de un mar! El pensamiento quería pulverizarse en el tono violento de un lamento sin consuelo; entonces fui arrancado del sueño como por una corriente eléctrica.

La campana de la torre del monasterio dio las doce, una luz cegadora atravesaba

la ventana de la iglesia y llegaba hasta mi celda. «Los muertos se levantan de las tumbas y celebran el servicio divino». Así habló mi alma, y comencé a rezar. Pero al poco tiempo escuché un ligero golpeteo. Creí que era uno de los monjes que quería entrar, pero con profundo horror comprobé que se trataba de aquella cruel risa ahogada de mi fantasmal doble que, hostigándome con su sarcasmo, gritó: «Hermanito... hermanito... Ya estoy otra vez contigo... la herida sangra... la herida sangra... rojo... rojo... ¡Ven conmigo, hermanito Medardo! ¡Ven conmigo!». Quise saltar del lecho, pero el espanto había arrojado su manto de hielo sobre mí. Cada movimiento que intentaba hacer se convertía en un espasmo interno que despedazaba mis músculos. Sólo una fervorosa oración permanecía en mi pensamiento: ser salvado de los poderes oscuros que querían abalanzarse sobre mí desde las puertas abiertas del infierno. Ocurrió que pude oír en voz alta la oración, que sólo había sido pronunciada en mi mente, y comprobé cómo se hacía señora de los golpes, de las risas y del siniestro parloteo del terrible doble, que terminaron por perderse en un zumbido, como cuando el viento del sur despierta a un enjambre de insectos hostiles que aplican sus venenosas trompas a las semillas en germinación. El zumbido se tornó en un lamento humano, y mi alma preguntó: «¿No es ése el sueño profético que quiere curar la herida sangrante y consolarte?». En ese instante se abrió paso a través de la niebla sombría y opaca la luz purpúrea del crepúsculo, pero en su interior surgía una figura: era Cristo. De cada una de sus heridas brotaba, como una perla, una gota de sangre. ¡El rojo fue devuelto a la tierra y el lamento humano se convirtió en un himno de júbilo, pues el rojo representaba la Gracia del Señor! Pero la sangre de Medardo manaba todavía incolora de la herida, y él rezó con fervor: «¿Debo ser yo, yo solo, el que en toda la tierra permanezca abandonado sin esperanza al eterno tormento de la condenación?». Entonces algo se movió en un arbusto. Una flor, coloreada de ardor celestial, extendió sus pétalos y contempló a Medardo con una sonrisa suave y angélica. Un aroma le envolvió, y este aroma era el maravilloso resplandor del éter puro de la primavera. «No ha vencido el fuego, no hay lucha entre la luz y el fuego. El fuego es la palabra que ilumina a los pecadores». Era como si la rosa hubiera pronunciado estas palabras, pero la rosa era la dulce imagen de una mujer. Salió a mi encuentro con un vestido blanco y rosas prendidas en el pelo. «¡Aurelia!», grité despertando del sueño. Un maravilloso aroma de rosas invadía la celda, pero la confusión de mis sentidos excitados me hicieron creer que todavía veía la figura de Aurelia y que me contemplaba con seriedad... figura que, con los primeros rayos de la mañana que penetraban en mi celda, pareció desvanecerse.

Ahora reconocía claramente la tentación del demonio y mi debilidad pecadora. Bajé deprisa y recé con fervor ante el altar de Santa Rosalía. Ninguna flagelación, ninguna penitencia en el sentido del monasterio, pero cuando el sol de mediodía lanzaba sus rayos oblicuos, ya me encontraba a varias horas de Roma. No sólo la advertencia de Cirilo, sino un anhelo irreprimible de volver a mi patria fue el que también me impulsó a emprender el mismo sendero que había dejado atrás para venir

a Roma. Sin quererlo había tomado, al pretender huir de mi condición eclesiástica, el camino más directo para alcanzar el objetivo que había determinado el prior Leonardo.

Evité la Corte del príncipe, y no porque temiese ser reconocido y caer de nuevo en las manos del tribunal de lo criminal. Cómo podría pisar aquel lugar, donde intenté apropiarme de manera absurda e impía de una felicidad terrenal a la que, como un hombre consagrado a Dios, había renunciado, sin despertar en mí un recuerdo doloroso. Cómo podía regresar precisamente allí, donde, apartado del eterno y puro espíritu del amor, tomé la consumación del instinto terrenal por el momento más luminoso de la vida, en el que lo sensual y lo trascendental arden en una misma llama; allí fue donde la plenitud de la vida, alimentada por su propia riqueza exuberante, apareció ante mí como el principio que se debe oponer con fuerza a todo afán por lo celestial, que, en aquel tiempo, sólo consideraba como una represión antinatural. ¡Pero todavía más! Sentía profundamente la incapacidad, a pesar del fortalecimiento que tendría que suponer un cambio irreprochable conseguido a través de una dura y continua penitencia, de salir victorioso por una vez de la lucha en la que, cuando menos me lo esperaba, me involucraba el poder oscuro y espantoso, cuya influencia en mi existencia tantas veces había constatado con terror. ¡Ver de nuevo a Aurelia! ¡Quizá verla resplandeciendo de belleza y encanto! ¿Podría soportarlo sin que se apoderase de mí el espíritu del mal, que todavía hacía hervir la sangre de mis arterias con las llamas del infierno?

¡Cuántas veces se me apareció la figura de Aurelia, pero con qué frecuencia también se despertaron en mí al creer verla sentimientos cuya pecaminosidad reconocí y destruí con toda la fuerza de mi voluntad! Sólo en la conciencia de todo aquello que despertaba la atención hacia mí y en el sentimiento de debilidad que me impedía luchar, creí reconocer la veracidad de mi penitencia. Consolador era el convencimiento de que, al menos, me había abandonado el espíritu infernal del orgullo, la idea temeraria de habérmelas cara a cara con los poderes oscuros.

Pronto me encontré en las montañas, y una mañana surgió un castillo al disiparse la niebla del valle que tenía ante mí. Lo reconocí enseguida: me encontraba en la propiedad del barón F. El parque estaba en una situación de abandono completo, los senderos irreconocibles, cubiertos de maleza. En el bello césped que antaño crecía ante el castillo, pacía ahora ganado. Las ventanas del edificio estaban rotas, la entrada derruida. No había ni un alma humana. Permanecí en silencio y paralizado, en cruel soledad. Un ligero gemido surgió de un bosquecillo que todavía conservaba bastante bien su forma de antaño, y reparé en un anciano que estaba sentado allí. No parecía haberme visto, aunque me encontraba lo suficientemente cerca.

Cuando me aproximé un poco más, pude oír estas palabras:

—¡Muertos, todos los que amé están muertos! ¡Ay, Aurelia! ¡Aurelia, también tú, la última! ¡Muerta, muerta para este mundo!

Reconocí al viejo Reinaldo. Quedé estático, como si hubiese echado raíces.

—¿Aurelia, muerta? No, no, te equivocas, anciano. A ella la protegió el Poder eterno del cuchillo con que intentó asesinarla el impío asesino.

Así hablé, pero el anciano se incorporó, como si hubiese sido alcanzado por un rayo, y gritó:

—¿Quién está ahí? ¿Quién está ahí? ¡Leopoldo! ¡Leopoldo! Un niño saltó a su lado. Cuando me vio, se inclinó y saludó:

—¡Laudeatur Jesucristo!

—In omnia saecula saeculorum —le respondí. Entonces el anciano se alzó y gritó con más fuerza:

—¿Quién está ahí? ¿Quién está ahí?

Ahora pude comprobar que el anciano estaba ciego.

—Un venerable señor —dijo el niño—, un religioso de la orden de los capuchinos está aquí.

Pareció como si al anciano le poseyera un espanto profundo.

—¡Llévame de aquí, niño, llévame de aquí! —gritó—. ¡Llévame adentro y cierra la puerta! ¡Que Pedro vigile! ¡Vámonos de aquí!

El anciano hizo acopio de todas las fuerzas que le quedaban para poder huir de mí como de un animal salvaje. El niño me miraba admirado y aterrorizado, pero el anciano, en vez de dejarse guiar por él, lo arrastró y en un instante habían desaparecido tras la puerta que, como pude escuchar, fue cerrada a cal y canto. Huí rápidamente del escenario de mi mayor impiedad, que había cobrado vida más que nunca con la escena presenciada. Poco después me encontraba en lo más profundo de la espesura. Cansado, me senté sobre musgo, al pie de un árbol. No muy lejos había un montículo de tierra sobre el que habían puesto una cruz. Cuando desperté del sueño propiciado por la fatiga del camino, un viejo campesino se encontraba sentado a mi lado. Tan pronto como vio que me había espabilado, se quitó el sombrero con respeto y con un tono de honrada benevolencia, dijo:

—Vaya, habéis debido de caminar largo tiempo lejos de esta comarca, venerable señor, y parecéis muy cansado, pues en otro caso no hubierais dormido tan profundamente en un lugar tan siniestro como éste, ¿o es que a lo mejor no sabéis nada de lo ocurrido aquí?

Le aseguré que, como forastero y como peregrino de regreso de Roma, no estaba informado de nada de lo allí acaecido.

—Afecta muy especialmente —dijo el campesino— a vos y a vuestros hermanos de Orden. Tengo que reconocer que cuando os vi dormir tan tranquilo, me senté a vuestro lado para apartar cualquier peligro que pudiese surgir. Todo apunta a que hace varios años fue asesinado un capuchino en este lugar. Se sabe con certeza que, en aquel tiempo, pasó un capuchino por nuestro pueblo. Después de pernoctar, se fue a las montañas. El mismo día descendía mi vecino por el profundo sendero del valle, situado precisamente bajo el «abismo del diablo», cuando escuchó un grito penetrante y lejano, que resonó de una manera extraña. Pretendió haber visto incluso —lo que

me parece imposible— a una figura humana despeñarse por el precipicio. Hasta aquí son hechos ciertos y en el pueblo creímos todos, sin saber por qué, que el capuchino podría haberse caído, así que varios de nosotros nos dirigimos hacia allí y, lo mejor que pudimos y sin poner nuestra vida en peligro, intentamos encontrar al menos el cadáver del infeliz. No pudimos, sin embargo, encontrar nada y nos reímos a carcajadas de nuestro vecino cuando, regresando una vez del sendero del valle en una noche de luna llena con un susto mortal, dijo creer haber visto a un hombre desnudo que intentaba salir del abismo del diablo. Fue pura imaginación, pero más tarde se supo que el capuchino, sólo Dios sabe por qué, fue asesinado por un hombre noble y el cadáver arrojado al «abismo del diablo». Precisamente aquí, en este sitio, debió de tener lugar el crimen, estoy convencido, pues mirad, venerable señor, hace tiempo estaba sentado aquí y contemplaba pensativo el árbol hueco que está junto a nosotros, cuando veo que cuelga un trozo de tela marrón oscuro de la hendidura. Salto, voy hacia allí y saco un hábito de capuchino nuevo. Una de las mangas presentaba restos de sangre y en uno de los extremos se podía leer el nombre de Medardo. Pensé, pobre como soy, hacer una buena obra al vender el hábito y, con el dinero conseguido, pedir que leyeran unas misas por el pobre hombre asesinado, que no pudo prepararse para la muerte ni pensar en sus cuentas pendientes. Entonces ocurrió que llevé el hábito a la ciudad, pero ningún ropavejero quiso comprarlo; además, no había ningún monasterio capuchino en las cercanías. Finalmente llegó un hombre, por su aspecto y traje un cazador o un guarda forestal, que precisamente necesitaba un hábito capuchino, pagando mi hallazgo con generosidad. Pedí a nuestro párroco que leyera una buena misa y coloqué aquí una cruz, ya que era imposible situar una en el «abismo del diablo», como recuerdo de la ignominiosa muerte del capuchino. Pero el bendito señor debió de pasarse de la raya, pues vaga por aquí y no encuentra sosiego, por lo que deduzco que la misa del párroco no fue de mucha ayuda. Por esta causa os pido, venerable señor, que si regresáis sano y salvo de vuestro viaje, digáis una misa por la salvación del alma de vuestro hermano de orden Medardo. ¡Me lo tenéis que prometer!

—¡Os encontráis en un error, buen amigo! —dije—. El capuchino Medardo, que atravesó vuestro pueblo cuando iba a Roma en un viaje que duró varios años, no ha sido asesinado. No necesita todavía una misa de difuntos, vive y puede trabajar por su salvación eterna. ¡Yo mismo soy ese Medardo!

Con estas palabras tomé el reverso de mi capucha y le mostré el nombre de Medardo, bordado en uno de los extremos. Apenas había visto el campesino el nombre, palideció y me miró fijamente lleno de espanto. A continuación dio un salto repentino y salió corriendo hacia el bosque mientras daba fuertes gritos. Estaba claro que me había tomado por el espectro errante del asesinado Medardo, y hubiese sido en vano intentar demostrarle que se encontraba en un error. Lo apartado del lugar, el silencio que me rodeaba, sólo interrumpido por el murmullo de un arroyo cercano, eran indicados para despertar todo tipo de imágenes siniestras. Pensé en mi horrible

doble y, contagiado por el miedo del campesino, sentí cómo me temblaba el alma, pues me parecía como si el fantasma fuese a surgir en cualquier momento de un matorral próximo. Seguí adelante mientras me daba ánimos, y sólo cuando me abandonó la idea delirante del espectro de mi «yo», pensé que ahora sabía cómo el monje demente había conseguido el hábito capuchino que me dejó en su huida, y que yo tomé sin dudar por el mío. El guarda forestal, en cuya casa se hospedó y al que solicitó un hábito, se lo había comprado al campesino en la ciudad. La manera extraña en que se produjo el suceso en el «abismo del diablo» pesó sobre mi alma, pues bien me daba cuenta de que todas las circunstancias tuvieron que coincidir para dar lugar a la funesta confusión con Victorino. Me pareció muy importante la extraña visión que experimentó el temeroso vecino, y esperaba confiado una aclaración más exacta, sin sospechar dónde y cómo la obtendría.

Por fin, tras largas y casi ininterrumpidas caminatas que duraron semanas, me encontré próximo a mi tierra. ¡Cómo me palpité el corazón cuando divisé ante mí las torres del convento cisterciense! Llegué al pueblo, a la plaza situada ante la iglesia del convento. En la lejanía resonaba un himno, cantado por voces masculinas. Pude distinguir una cruz, detrás de la cual marchaban monjes de dos en dos, avanzando como en procesión. Ay, reconocí a mis hermanos de Orden y al anciano Leonardo, que encabezaba la comitiva ayudado por un joven hermano para mí desconocido. Pasaron cantando de largo, sin reparar en mi presencia, y atravesaron las puertas abiertas del convento. Acto seguido pasaron de la misma manera los dominicos y franciscanos procedentes de B... También entraron en el convento carruajes cerrados que traían a las monjas clarisas, asimismo de B... Lo que veía me hacía suponer que iba a tener lugar una ceremonia especial. Las puertas de la iglesia estaban abiertas de par en par. Entré y comprobé cómo todo había sido cuidadosamente dispuesto y limpiado. El altar mayor y los altares laterales habían sido adornados con arreglos florales. Un ayudante hablaba de las rosas florecidas recientemente, que debían ser traídas al día siguiente lo más temprano posible, ya que la abadesa había ordenado expresamente que el altar mayor tenía que ser orlado de rosas. Decidido a ir enseguida en búsqueda de mis hermanos, entré en el convento y, después de haberme fortalecido con una oración, pregunté por el prior Leonardo. La portera me condujo hasta una sala. Leonardo estaba sentado en un sillón, rodeado por los hermanos. Llorando y profundamente compungido, sin poder articular una palabra, me arrojé a sus pies.

—¡Medardo! —gritó.

Un murmullo ahogado recorrió la hilera de monjes:

—¡Medardo, el hermano Medardo está aquí de nuevo!

Me levantaron del suelo. Los hermanos me estrechaban en sus brazos.

—¡Gracias al Cielo que has sido salvado de las astucias y tentaciones del mundo!

¡Pero cuenta... cuenta, hermano! —gritaban los monjes.

El prior se levantó y me hizo una señal para que le siguiese a la habitación

contigua, que le servía como residencia cuando visitaba el convento.

—Medardo —comenzó a decir—, has roto tu voto de manera sacrílega. Al huir vergonzosamente en vez de cumplir tus cometidos, has estafado de modo indigno al monasterio. ¡Debería emparedarte, si procediese según las severas normas del monasterio!

—¡Júzgame, padre venerable! —repliqué—. ¡Júzgame como quiere la ley! ¡Ay, con alegría arrojaré la carga de una vida miserable y llena de tormentos! ¡Sé de sobra que la severa penitencia a la que me sometí no podía ofrecerme ningún consuelo en la tierra!

—¡Anímate! —intervino Leonardo—. El prior ha hablado contigo, ahora hablará el padre y el amigo. Has escapado a la muerte que te amenazaba en Roma de manera milagrosa. Sólo Cirilo cayó víctima...

—¿Lo sabéis, pues? —pregunté asombrado.

—Todo —respondió el prior—. Sé que acompañaste al pobre en sus últimos momentos de vida, y que pensaron en asesinarte con el vino envenenado que te ofrecieron como refresco. Probablemente encontraste una oportunidad, a pesar de estar vigilado por los ojos de Argos de los monjes, de deshacerte del vino, pues si hubieras bebido una sola gota habrías fallecido en unos diez minutos.

—Oh, mirad —exclamé, y mostré al prior, subiéndome la manga del hábito, mi brazo carcomido hasta el hueso.

Le expliqué cómo, sospechando el mal que me amenazaba, derramé el vino en la manga. Leonardo retiró la mirada ante el desagradable aspecto de mi brazo momificado y habló para sus adentros con voz apagada:

—Expiaste tu pecado, pues fuiste impío en todo momento. Pero Cirilo, ¡pobre anciano!

Le dije al prior que el motivo exacto de la ejecución secreta de Cirilo seguía siendo para mí un misterio.

—Quizá —contestó el prior— habrías compartido su mismo destino, si, como Cirilo hizo, te hubieras presentado como plenipotenciario de nuestro monasterio. Ya sabes que nuestro privilegio impide que el cardenal *** obtenga determinados ingresos, que él, sin embargo, acapara para sí de forma ilegal. Éste fue el motivo por el que el cardenal trabó repentina amistad con el confesor del Papa, que hasta ahora había sido su enemigo, ganando así un peligroso contrincante en la orden de los dominicos, a los que quiso oponer a Cirilo. El astuto monje encontró con rapidez una táctica para deshacerse de Cirilo. Le condujo personalmente hasta el Papa y supo presentar al capuchino recién llegado a la ciudad de tal manera que el Papa le recibió como una aparición original, entrando a formar parte del grupo de eclesiásticos de los que se rodeaba. Cirilo pudo comprobar entonces cómo el Vicario de Cristo buscaba y encontraba su imperio en este mundo y en sus placeres; cómo se servía para sus

maquinaciones de un elemento hipócrita, que, a pesar del espíritu fuerte que habitaba en su interior, sabía elegir los medios más reprochables, confundiendo el Cielo y el Infierno. El monje piadoso, era de esperar, se enfadó ante este comportamiento y se sintió llamado a conmovier al Papa a través de sermones fogosos, pronunciados según le dictaba su espíritu, para así desviar al Pontífice de sus cuitas terrenales. El Papa, como suele suceder en las personalidades afeminadas, quedó afectado por las palabras del piadoso anciano, y, precisamente gracias a este estado enervado, el dominico logró preparar poco a poco y con habilidad el golpe, que debería acertar de pleno al pobre Cirilo. Éste informó al Papa de que se trataba de una conspiración infame con la que pretendían declararle indigno de portar la triple corona en la Iglesia. Cirilo tenía la misión de impulsarle a emprender cualquier penitencia pública que serviría de señal entre los cardenales para una rebelión. Pero ahora el Papa encontró fácilmente en los sermones enfáticos de nuestro hermano una intención secreta, por lo que odió profundamente al anciano y le soportó en su cercanía exclusivamente para evitar dar un paso llamativo. Cuando Cirilo encontró de nuevo la oportunidad de hablar con el Papa sin testigos, le dijo directamente que aquel que no renuncia del todo a los placeres de este mundo, que no lleva una vida realmente santa, es un indigno representante del Señor y una carga funesta y perjudicial para la Iglesia, de la que hay que liberarse. Poco después, con posterioridad al momento en que vieron salir a Cirilo de las estancias privadas del Papa, se encontró envenenada el agua helada que el Pontífice acostumbraba a beber. Cirilo era inocente, no cabe duda, ya conociste al anciano piadoso. En todo caso, el Papa estaba convencido de su culpabilidad, y la orden de que los dominicos lo ejecutaran en secreto fue la consecuencia necesaria.

»Tu aparición en Roma fue bastante llamativa. La manera en que te expresaste ante el Papa, especialmente la narración de tu vida, hizo que encontrara en ti un cierto parentesco espiritual. Creyó poder elevarse contigo a una plataforma superior desde la que poder sutilizar inmoralmente acerca de la virtud y de la religión, fortaleciendo así su posición para, como bien puedo decir, pecar con entusiasmo y consciente del pecado. Tus ejercicios de penitencia eran para él un afán hipócrita y astuto para medrar y alcanzar metas superiores. Te admiraba y gozaba con los discursos espléndidos, exaltadores de su figura, que pronunciaste. Ocurrió que tú, antes de que el dominico pudiera darse cuenta, te elevaste y te volviste más peligroso para la banda de lo que Cirilo podría llegar a ser. Ya ves, Medardo, que estoy informado correctamente de tus inicios en Roma; que sé cada palabra que hablaste con el Papa. No hay nada misterioso en ello, pues puedo decirte que el monasterio posee un amigo en la cercanía de Su Santidad que me informó de todo con detalle. Incluso cuando creías encontrarte a solas con el Papa, él estaba lo suficientemente cerca como para captar cada palabra. Cuando comenzaste en el monasterio capuchino, cuyo prior es un pariente cercano mío, tus severos ejercicios de penitencia, tuve tu arrepentimiento por verdadero. Seguramente fue así, pero el espíritu maligno de un orgullo

pecaminoso se apoderó nuevamente de ti en Roma, el mismo orgullo del que fuiste víctima aquí, cuando te encontrabas entre nosotros. ¿Por qué te acusaste frente al Papa de delitos que nunca cometiste? ¿Acaso has estado alguna vez en el castillo del barón de E?

—¡Ay, venerable padre —exclamé aniquilado por el dolor—, ése fue el escenario de mi más impío crimen! ¡Pero también constituye la pena más dura del Poder eterno e insondable ante el que jamás podré aparecer puro en la tierra, debido al pecado que cometí poseído de ceguera demencial! ¿También para vos, venerable padre, soy un hipócrita pecador?

—Ahora —respondió el prior—, estoy casi convencido de que después de tu penitencia ya no eres capaz de mentir, pero todavía existe un enigma, para mí inexplicable. Después de tu huida de la Corte —el Cielo no quiso aceptar el crimen que querías cometer y salvó a la piadosa Aurelia—, después de tu huida, repito, y después de que el monje, que también Cirilo confundió contigo, se hubiera liberado como por milagro, se conoció que no tú, sino el conde Victorino, disfrazado de monje capuchino, era el que había estado en el castillo. Cartas, que se encontraron en el legado de Eufemia, habían probado esto mismo mucho antes, pero se creyó que la misma Eufemia estaba equivocada, ya que Reinaldo aseguró que te había reconocido con la suficiente seguridad como para no confundirte, a pesar de tu fiel parecido, con el conde Victorino. La ceguera de Eufemia resulta incomprensible. Entonces surgió de repente el servidor del conde que contó como éste, que desde hacía meses había permanecido solo en las montañas y se había dejado crecer la barba, se le había aparecido por sorpresa en el bosque, en las proximidades del «abismo del diablo», vestido de capuchino. Aunque no supo de dónde había sacado el conde el disfraz, no le resultó especialmente llamativo, pues conocía las intenciones del conde de aparecer en el castillo con el hábito y permanecer allí un año para llevar a cabo determinadas empresas. Desde luego había sospechado de dónde había sacado el conde el hábito de capuchino, pues el día anterior le había contado que había visto a un capuchino en el pueblo y que tenía la esperanza de que, cuando éste atravesara el bosque, conseguiría el hábito de una u otra manera. Al capuchino no lo había visto, pero sí había escuchado un grito. Poco después se extendió por el pueblo el rumor de que habían asesinado a un capuchino en el bosque. Había conocido demasiado bien a su señor, había hablado demasiado con él durante la huida del castillo como para que tuviera lugar una confusión. Esta declaración del sirviente debilitaba la opinión de Reinaldo, pero la completa desaparición de Victorino seguía siendo incomprensible. La Soberana planteó la hipótesis de que el presunto señor de Krczynski, procedente de Kwiecziczewo, era realmente el conde Victorino, apoyándose en la extraña y llamativa similitud con Francesco, de cuya culpabilidad nadie dudaba, así como en la impresión que le causaba su presencia. Muchos se acercaron a él y creyeron descubrir en aquel aventurero, que tomaron de manera ridícula por un monje disfrazado, un comportamiento aristocrático.

»El relato del guarda forestal acerca del monje demente que habitaba en el bosque y que fue posteriormente albergado en su casa encontró ahora su explicación en conexión con el crimen de Victorino, siempre y cuando se tuvieran algunas de las premisas por verdaderas. Un hermano del monasterio en el que Medardo había estado había reconocido expresamente al monje loco como Medardo, por tanto debía serlo. Victorino lo había despeñado por el precipicio. Por alguna casualidad, que no tendría que ser tan inaudita, pudo salvarse.

Recobrado el conocimiento, pero gravemente herido en la cabeza, logró arrastrarse y salir de la sima. El dolor de las heridas, el hambre y la sed le volvieron loco, furioso. En ese estado vagó por las montañas cubierto de harapos, quizá alimentado aquí o allá por un campesino misericordioso, hasta que llegó a la zona donde se encuentra la casa del guarda forestal. Dos aspectos permanecen, sin embargo, sin aclaración; primero, cómo pudo Medardo recorrer semejante distancia por las montañas sin ser antes detenido y, segundo, cómo, incluso en momentos de tranquilidad de conciencia avalados por médicos, confesaba crímenes que no había cometido. Aquellos que defienden la probabilidad de que los acontecimientos se desarrollaron así, se dieron cuenta que no se sabe nada del destino de Medardo a partir del momento en que se salvó del «abismo del diablo». Es posible que su demencia se iniciara en las cercanías de la vivienda del guarda forestal, cuando se encontraba en su peregrinaje a Roma. Pero en lo que respecta a la autoimputación de crímenes, podemos deducir que nunca llegó a sanar del todo, más bien permaneció demente, aunque aparentemente conservara la razón. Que él haya cometido realmente los delitos de que se acusa, constituye una idea fija grabada en su mente. Cuando le preguntaron al juez de lo criminal, cuya sagacidad aclaró bastantes puntos oscuros, su opinión al respecto, contestó: «El presunto señor de Krczynski no era polaco, tampoco conde, desde luego el conde Victorino en ningún caso, tampoco se puede decir que era inocente. El monje permaneció, a todos los efectos, demente e irresponsable por sus acciones, por lo que el tribunal de lo criminal sólo pudo decantarse por su encierro como medida de seguridad». El Soberano no quiso saber nada de esta decisión, y fue sólo él el que, profundamente conmovido por los ominosos acontecimientos en el castillo del barón, cambió el encierro prescrito por el tribunal por la pena de muerte, que debería cumplirse con la espada. Pero como todo en esta vida miserable y pasajera, en la que los acontecimientos o sucesos, aunque en un primer instante hayan aparecido como horribles, pierden rápidamente en color y brillo, del mismo modo ocurrió que lo que en la capital, y especialmente en la Corte, había causado espanto y repugnancia, no tardó en ser degradado a mero objeto de habladurías. La hipótesis de que el prometido de Aurelia, dado a la fuga, había sido el conde Victorino, hizo que se refrescara la historia de la italiana. Hasta los que no habían sido informados en un principio por aquellos que ahora no creían poder callar más fueron iluminados y cualquiera que hubiera visto a Medardo encontró natural que sus rasgos fueran tan parecidos a los del conde Victorino, pues ambos eran hijos

de un mismo padre. El médico de cámara estaba convencido de que las cosas eran así, por lo que le dijo al Soberano: «Podemos estar contentos, honorable señor, de que los dos siniestros compañeros se hayan ido, y darnos por satisfechos con la persecución infructuosa que hemos emprendido». Esta opinión fue compartida por el Soberano de todo corazón, pues se daba buena cuenta de que el doble Medardo le había llevado de desacierto en desacierto. «El asunto permanecerá secreto —dijo el Soberano—. No vamos a tirar más del velo que un azar extraño, pero beneficioso, ha echado sobre todo lo acaecido». Sólo Aurelia...

—Aurelia —interrumpí al prior con excitación—, por el amor de Dios, venerable padre, decidme, ¿qué ocurrió con Aurelia?

—¡Eh, hermano Medardo! —dijo el prior mostrando una dulce sonrisa—. ¿Todavía no se ha apagado el peligroso fuego en tu corazón? ¿Todavía arde la llama ante la más mínima alusión? Así que todavía no te has liberado del impulso pecador al que te abandonaste. ¿Y debo confiar en la veracidad de tu penitencia? ¿Debo convencerme de que el espíritu de la mentira te ha abandonado del todo? Sabe, Medardo, que sólo reconoceré tu arrepentimiento como verdadero cuando cometas realmente la impiedad de la que te acusas. Pues sólo en ese caso podría creer que aquellos crímenes destrozaron de tal manera tu alma, que, sin acordarte de mis lecciones, de todo aquello que te he dicho acerca de la penitencia interior y exterior, te serviste de medios engañosos para la expiación de los pecados, como el naufrago de la tabla insegura e incierta; medios que hicieron que no sólo te pareciera un Papa reprochable un fatuo impostor, sino también cualquier hombre piadoso y verdadero. Dime, Medardo, ¿eran del todo inmaculados tu recogimiento y tu exaltación ante el Poder eterno, cuando tenías que pensar en Aurelia?

Cerré los ojos, aniquilado en mi interior.

—Eres sincero, Medardo —continuó el prior—, tu silencio lo dice todo. Supe con el más pleno de los convencimientos que tú fuiste el que jugaste el papel de noble polaco en la capital y quería contraer matrimonio con la baronesa Aurelia. Había seguido el camino que habías emprendido con bastante exactitud. Un hombre extraño —se llamaba a sí mismo el artista peluquero Belcampo—, que viste por última vez en Roma, me dio noticias al respecto. Yo estaba convencido de que habías asesinado de manera infame a Hermógenes y a Eufemia, pero para mí resultaba también monstruoso que intentaras implicar a Aurelia en aquellos vínculos diabólicos. Te podría haber delatado, pero muy lejos de querer constituirme en instancia vengadora, decidí abandonarte al Poder eterno del Cielo. Has sobrevivido de un modo milagroso, eso me convenció de que todavía no se había decidido el fin de tu destino terrenal. ¡Escucha las circunstancias extraordinarias por las que tuve que creer más tarde que fue precisamente el conde Victorino, disfrazado de capuchino, el que apareció en el castillo del barón de E!

»No hace mucho tiempo que el hermano Sebastián, el portero, fue despertado por unos gemidos y lamentos muy similares a los de un agonizante. Ya había amanecido,

se levantó, abrió la puerta del monasterio y encontró a un hombre que estaba acostado en la entrada, prácticamente rígido por el frío. Con esfuerzo logró pronunciar algunas palabras, en concreto que era Medardo, el monje huido de nuestro monasterio. Sebastián me informó con gran susto de lo acaecido. Bajé con los hermanos y llevamos al hombre inconsciente al refectorio. A pesar de lo desfigurado de su rostro, creímos reconocer tus rasgos, y algunos opinaron que sólo el traje era el que hacía aparecer tan extraño al conocido Medardo. Tenía barba y tonsura. Llevaba un traje mundano, que estaba bastante roto y estropeado, pero en el que todavía se podía advertir su elegancia primigenia. Gastaba medias de seda, uno de los zapatos estaba todavía adornado con una hebilla de oro, un chaleco de satén...

—Una casaca marrón castaño de paño fino —intervine—, ropa interior bordada con elegancia, un anillo sencillo de oro en el dedo.

—Es cierto —dijo Leonardo asombrado—, pero ¿cómo puedes saber?...

—¡Ay, era el traje que llevaba en aquel funesto día de mi boda!

El doble apareció ante mis ojos. No, no era el diablo quimérico y horrible de la demencia que corrió detrás de mí, que se subía sobre mis hombros como una bestia que pretendía destrozar mi alma.

Era el monje loco y huido el que me perseguía, el que finalmente, cuando me desvanecí, robó mis ropas y me lanzó el hábito que llevaba puesto. ¡Era él quien yacía a las puertas del monasterio, haciéndose pasar de manera espeluznante por mí, por mí! Pedí al prior que continuara su relato, ya que la verdad que había llevado conmigo del modo más enigmático empezaba a mostrar su verdadero rostro.

—No transcurrió mucho tiempo —siguió contando el prior—, hasta que empezaron a manifestarse en el hombre signos inequívocos y claros de una demencia incurable y, a pesar, como dije, de sus rasgos, que se parecían asombrosamente a los tuyos, a pesar de que no cesaba de gritar: «Yo soy Medardo, el monje huido, y quiero hacer penitencia con vosotros», pronto nos convencimos todos de que la obsesión del extraño por asumir tu identidad constituía una idea fija. Le pusimos un hábito de capuchino, le llevamos a la iglesia, tuvo que realizar los acostumbrados ejercicios espirituales, y al observar cómo se esforzaba en hacerlo todo, nos dimos cuenta de que jamás podría haber estado en un monasterio. Pero la idea se encendió en mi mente, ¿y si fuese el monje escapado de la capital, y si fuese Victorino? La historia que el demente le había contado al guarda forestal me era conocida; mientras tanto encontré que todas las circunstancias, el hallazgo y la bebida del elixir del diablo, la visión en el calabozo, en resumen su residencia en el monasterio, podría ser el producto del espíritu enfermo creado por tu individualidad, que ejerce un efecto psíquico extraño. Asombroso resultaba también que el monje, en momentos de furia, siempre gritaba que era conde y un señor de alcornia. Decidí internar a aquel pobre hombre en el manicomio de San Getreu^[21], pues tenía la esperanza de que si una recuperación fuese posible, sólo el director de ese establecimiento, un médico genial que penetra toda anormalidad del organismo humano, podría conseguirlo. El

restablecimiento del extraño descubriría al menos algo del enigmático juego de los poderes desconocidos. Lamentablemente no sucedió así. En la tercera noche me despertó la campanilla que, como tú sabes, siempre me avisa cuando alguien necesita ayuda en la enfermería. Entré y me dijeron que el desconocido reclamaba perentoriamente mi presencia. Parecía como si le hubiese abandonado la locura por completo, es probable que quisiera confesarse, pues estaba tan débil que seguramente no sobreviviría aquella noche.

«Disculpad —empezó a decir, cuando me dirigí a él con palabras piadosas—, disculpad, venerable señor, si he intentado confundiros. No soy el monje Medardo, que huyó de vuestro monasterio. Ante vos está el conde Victorino... Príncipe debería ser llamado, pues desciendo de casa principesca y os aconsejo que reparéis en ello si no queréis que mi ira os alcance». Repliqué que aunque fuese príncipe, aquí, entre nuestros muros y en su situación, eso no tenía importancia, que mejor sería que se apartase de lo temporal y esperase con humillación lo que el Poder eterno quisiera disponer sobre él. Me miró fijamente, parecía como si se le fueran los sentidos y le dieron algunas gotas para fortalecerle. Se recuperó algo y dijo: «Me parece que voy a morir pronto y quisiera aligerar antes mi corazón. Tenéis poder sobre mí, porque por más que queráis ocultarlo sé que sois San Antonio, y también sabéis mejor que nadie el mal que vuestro elixir ha causado. Yo tenía algo importante en la mente cuando decidí hacerme pasar por clérigo con una gran barba y un hábito marrón. Pero cuando estaba meditando ocurrió como si mis más secretos pensamientos surgieran de mi interior y formaran un ser corporal que, por horrible que parezca, era mi “yo”. Este segundo “yo” tenía una fuerza colosal y me arrojó al abismo cuando la princesa, blanca como la nieve, se elevaba entre aguas espumosas y borboteantes sobre las rocas negras del precipicio.

La princesa me tomó en sus brazos y lavó mis heridas, que ya no me causaron más dolor. Me había convertido, es cierto, en monje, pero el “yo” de mis pensamientos era más fuerte, y me impulsó a matar a la princesa que me había salvado y a la que amaba, así como también a su hermano. Me arrojaron en el calabozo, pero vos mismo sabéis, San Antonio, de qué manera me secuestrasteis por los aires, después de haber bebido del condenado brebaje. El rey verde de los bosques me trató mal, a pesar de que conocía mi condición principesca. El “yo” de mis pensamientos apareció en su casa y me reprochó cosas muy malas, queriendo permanecer en mi compañía para siempre, pues lo habíamos hecho todo juntos. Así ocurrió, pero poco más tarde, cuando huíamos de allí porque nos querían cortar la cabeza, nos separamos. Como el risible “yo”, mientras tanto, pretendía alimentarse de mis pensamientos para siempre, le arrojé al suelo, le golpeé con furia y le quité su casaca. Hasta aquí resultaba la declaración del infeliz más o menos comprensible, luego se perdió en la más insensata y estúpida palabrería fruto de su demencia. Una hora más tarde, cuando las campanas anunciaban la primera misa de la mañana, se incorporó lanzando un grito y volvió a caer muerto, al menos así nos pareció. Ordené

que le llevaran a la cámara mortuoria. Queríamos enterrarlo en nuestro jardín, en un lugar sagrado, pero puedes imaginarte nuestra sorpresa y horror cuando el cuerpo, que queríamos introducir en un ataúd, había desaparecido sin dejar huella. Todos nuestros afanes para descubrir lo sucedido fueron en vano, y tuve que renunciar a conocer algo más exacto y comprensible acerca de los acontecimientos enigmáticos en que estuviste implicado con el conde. Mientras, me dediqué a poner en relación todas las circunstancias conocidas sobre los sucesos en el castillo con los datos confusos, hijos de la locura, que me había proporcionado el extraño, y llegué a la conclusión de que el fallecido era realmente el conde Victorino. El había matado, tal y como declaró su sirviente, a un capuchino peregrino en las montañas, y le había quitado el hábito para dar un golpe en el castillo del barón. Todo terminó, probablemente sin que lo hubiera planeado así, con la muerte de Eufemia y de Hermógenes. Quizá ya estaba loco, como afirmó Reinaldo, o se volvió loco durante la huida, atormentado por los remordimientos de conciencia. El traje que llevaba y el asesinato del monje contribuyeron a crear una idea fija, según la cual se tenía realmente por un monje y estaba convencido de tener un “yo” escindido en dos seres hostiles. Sólo el período entre la huida del castillo y su llegada a la casa del guarda forestal permanece oscura, aunque también resulta inexplicable de dónde sacó la historia de su estancia en el monasterio y la manera en que se salvó del calabozo. No se pueden albergar dudas de que incidieran factores externos, pero es muy extraño que esta historia se acomode de un modo tan exacto a tu destino, aunque éste permanezca todavía con lagunas. Sólo el día de llegada del monje a la vivienda del guarda forestal, tal y como éste señaló, no coincide con la indicación que Reinaldo hizo del día en que Victorino huyó del castillo. Según la afirmación del guarda, el demente Victorino tuvo que dejarse ver inmediatamente en el bosque, después de que hubiese llegado al castillo del barón».

—Deteneos —interrumpí al prior—, deteneos, venerable padre. Toda esperanza de alcanzar todavía bienaventuranza y gracia en la infinita bondad del Señor, a pesar de la carga de mis pecados, debe desaparecer de mi alma. Quiero morir en una desesperación sin consuelo, maldiciendo mi vida, maldiciéndome a mí mismo, si no os revelo fielmente, con profundo arrepentimiento y contrición, como lo haría en sagrada confesión, todo lo que aconteció conmigo desde que abandoné el monasterio.

El prior se quedó asombrado cuando le conté mi vida con todo detalle.

—Debo creerte —dijo el prior, cuando terminé—, debo creerte, hermano Medardo, pues descubrí todos los signos del verdadero arrepentimiento mientras hablabas. Quién podrá desvelar el misterio engendrado por el parentesco espiritual de dos hermanos, hijos de un padre criminal, y ellos mismos sumidos en el crimen. Es seguro que Victorino logró salvarse milagrosamente del abismo al que le empujaste, que él era el monje demente que acogió el guarda forestal, que te persiguió como un doble y que murió aquí, en el monasterio. Sirvió al poder oscuro, que se inmiscuyó en tu vida sólo por jugar. No era tu igual, sino un ser subordinado que fue puesto en tu

camino para que quedara oculta a tu vista la meta luminosa que, a lo mejor, podrías haber alcanzado. ¡Ay, hermano Medardo, todavía vaga el demonio frenético por la tierra y ofrece a los seres humanos su elixir! Quién no ha encontrado deliciosa una u otra de sus infernales bebidas; pero es voluntad celestial que el Hombre sea consciente del efecto pernicioso de la imprudencia transitoria, y que de esta conciencia clara reúna las fuerzas necesarias para contrarrestarla. Aquí se nos revela el Poder del Señor que condiciona el principio moral del bien a través del mal, del mismo modo que la vida de la naturaleza está condicionada por el veneno. Puedo hablarte así, Medardo, ya que sé que no me malinterpretarás. Ve ahora con tus hermanos.

En aquel instante me invadió un anhelo de amor superior, como si todos los nervios se contrajeran en un repentino dolor electrizante.

—¡Aurelia! ¡Ay, Aurelia! —exclamé en voz alta.

El prior se levantó y habló con un tono de gran seriedad:

—Probablemente habrás notado los preparativos para una gran celebración en el convento. Aurelia será consagrada mañana y recibirá el nombre conventual de Rosalía.

Quedé, ante el prior, paralizado y sin habla.

—¡Ve con los hermanos! —gritó casi con furia, y sin conciencia de lo que hacía bajé al refectorio donde los hermanos estaban reunidos.

Me asediaron de nuevo con preguntas, pero era incapaz de decir una sola palabra acerca de mi vida. Todas las imágenes del pasado se oscurecían, y sólo la figura luminosa de Aurelia salía, esplendorosa, a mi encuentro. Abandoné a los hermanos con el pretexto de un ejercicio espiritual, y me dirigí a la capilla situada en el extremo más distante del jardín del convento. Allí quería rezar, pero el ruido más pequeño, el ligero rumor de la alameda, me sacaba de mis meditaciones piadosas. «Es ella... viene... volveré a verla», así hablaba en mi interior, y mi corazón temblaba de miedo y placer. Me pareció oír una conversación en voz baja. Me incorporé, salí de la capilla y pude ver, no muy lejos de mí, a dos monjas que paseaban lentamente y, en medio, a una novicia. Ay, seguramente era Aurelia. Me acometió un temblor convulso, no podía respirar, quise avanzar, pero no pude dar un paso, finalmente caí al suelo. Las monjas, y con ellas la novicia, desaparecieron detrás de unos arbustos. ¡Qué día! ¡Qué noche! Sólo Aurelia, siempre Aurelia, ningún otro pensamiento, ninguna otra imagen tenía cabida en mi interior.

Tan pronto como el sol despidió los primeros rayos matutinos, las campanas del convento empezaron a anunciar la ceremonia en que Aurelia tomaría el velo. Poco después se reunieron los hermanos en una gran sala. Entró la abadesa, acompañada de dos hermanas. Un sentimiento indescriptible se apoderó de mí al volver a verla. Había amado a mi padre con toda el alma y, a pesar de que él rompió violentamente con sus impiedades una unión que le tenía que otorgar la mayor felicidad terrenal, la inclinación, que había destruido su felicidad había sido transmitida al hijo. Ella quiso

educar a este hijo en la virtud y en la piedad, pero, igual al padre, acumuló ultraje sobre ultraje, destruyendo así cualquier esperanza de la devota madrina, que quería encontrar en la virtud del hijo consuelo por la perdición del padre pecador. Con la cabeza hundida, la mirada dirigida al suelo, escuché el corto discurso en el que la abadesa, una vez más, anunciaba al clero reunido la entrada de Aurelia en el convento y la exhortaba a rezar con fervor en el instante decisivo de aceptar los votos. De este modo el Enemigo mortal no tendría poder alguno y no podría iniciar ningún juego para confundir los sentidos y atormentar a la piadosa muchacha.

—Difíciles —dijo la abadesa—, muy difíciles fueron las pruebas que tuvo que superar la novicia. El Enemigo quiso seducirla para el mal, y aplicó toda la astucia del infierno para trastornarla. Su pretensión era que pecara sin que sospechase ninguna perfidia y, luego, despertando del sueño, que desesperase de vergüenza y desconsuelo. Pero el Poder eterno protegió a la niña celestial, y si el Enemigo intentase hoy, una vez más, aproximarse a ella con el objetivo de perderla, más gloriosa será su victoria sobre él. Rezad, rezad, hermanos, no para que la novia de Cristo no vacile, pues su decisión de darse al Cielo es firme e inalterable, sino para que ningún accidente terrenal interrumpa la ceremonia. ¡Una inquietud, que no puedo desterrar, se ha apoderado de mi ánimo!

Resultaba claro que la abadesa se había referido a mí, exclusivamente a mí, al nombrar al demonio de la tentación, ya que habría conectado mi llegada con la toma del velo de Aurelia. Probablemente temiera que emprendiese alguna acción desesperada. El sentimiento de la verdad de mi arrepentimiento, de mi penitencia, el convencimiento de que mi ser se había transformado, hicieron que me incorporase. La abadesa no se dignó mirarme. Profundamente afectado por este comportamiento, empezó a surgir en mí un odio amargo y burlón como ya lo había experimentado en la capital, concretamente en presencia de la Soberana. En vez de arrojarme a sus pies, como pretendía antes de que hubiese pronunciado sus últimas palabras, quise ahora aparecer ante ella, temerario y audaz, para decir: «¿Fuiste siempre una mujer tan sobreterrenal, que nunca tuviste acceso a los placeres de este mundo?... Cuando viste a mi padre, ¿te guardaste de tal manera que el pensamiento del pecado no encontró espacio en tu mente?... Eh, di, si cuando ya te adornaban la mitra y el báculo, la imagen de mi padre no despertó en ti, en los momentos de soledad, un anhelo de placer terrenal... ¿Qué sentiste, orgullosa, cuando estrechaste en tus brazos al hijo del amante y exclamaste llena de dolor el nombre del ausente, un pecador impío? ¿Has luchado alguna vez con el poder oscuro como yo? ¿Puedes alegrarte de una victoria verdadera cuando no ha sido precedida de dura lucha?

¿Te sientes tan fuerte que desprecias al que sucumbió ante el Enemigo más poderoso y que, sin embargo, logró después alzarse con profundo arrepentimiento y dura penitencia?». La repentina transformación de mis pensamientos, el súbito cambio del penitente en un hombre que entra de nuevo en la vida con firmeza, orgulloso por la batalla superada, debió de manifestarse visiblemente, ya que el

hermano que estaba junto a mí, dijo:

—¿Qué te pasa Medardo? ¿Por qué arrojas miradas tan furiosas a esa mujer santa?

—Sí —contesté a media voz—, puede que sea una mujer santa, pues siempre se situó a tal altura que lo profano nunca pudo alcanzarla. Pero a mí me parece, antes que una monja cristiana, una sacerdotisa pagana que se apresta a ejecutar un sacrificio humano con un cuchillo bien afilado.

Yo mismo no sé cómo pude decir estas palabras, que, además, no correspondían al orden lógico de mis pensamientos, pero con ellas surgieron imágenes variadas y confusas que terminaron por confeccionar una sola y horrible: Aurelia desaparecería para siempre del mundo. ¿Debería ella renunciar, como yo, al mundo por un voto, que ahora sólo me parecía el producto de la demencia religiosa? Como hacía tiempo, cuando estaba vendido a Satanás y me imaginaba que contemplaba, sumido en el pecado y la impiedad, el instante más luminoso y esplendoroso de la vida, así pensaba ahora que ambos, Aurelia y yo, nos uniríamos en esta vida, aunque sólo fuese un momento fugaz del mayor placer terrenal, para luego morir juntos, consagrados al poder subterráneo. ¡Sí, el pensamiento del asesinato cruzó mi alma como un horrible monstruo, como el mismo Satanás! ¡Ay, ciego de mí, que no me percaté de que en el momento en el que interpretaba las palabras de la abadesa como referidas a mi persona, estaba ya probablemente sometido a la prueba más dura, ya que Satanás, con poder sobre mí, quería tentarme para cometer el más espantoso crimen! El hermano con el que había hablado me miró horrorizado:

—¡Por el amor de Dios! ¡Virgen Santísima! ¿Qué estáis diciendo? —reaccionó.

Miré a la abadesa, que estaba a punto de abandonar la sala. Su mirada recayó en mí; pálida como la muerte me miró fijamente, luego vaciló y las monjas tuvieron que sostenerla. Me pareció como si hubiese susurrado: «¡Oh, Cielo Santo, mi sospecha!». Poco después el prior Leonardo fue requerido. Las campanas del convento tañían una vez más, y al mismo tiempo resonaban los acordes del órgano y los cánticos sagrados de las hermanas reunidas en el coro. Leonardo entró de nuevo en la sala. Ahora se dirigían los hermanos de las diferentes órdenes en solemne procesión hacia la iglesia, que estaba casi tan repleta de público como el día de San Bernardo. En uno de los lados del altar mayor, orlado para la ocasión con aromáticas rosas, se habían situado asientos elevados para el clero, que así quedaba justo en frente de la tribuna, donde la orquesta del obispo, que oficiaba la misa personalmente, interpretaba las distintas piezas musicales. Leonardo me llamó a su lado y advertí que me vigilaba temeroso. El más mínimo movimiento concitaba su atención y me solicitaba continuamente rezar de mi breviario. Las monjas clarisas se reunieron en un lugar cerrado, detrás de una verja no muy alta, justo ante el altar mayor. Llegó el momento decisivo. Del interior del convento, a través de una puerta en la verja situada detrás del altar, salieron monjas cistercienses que acompañaban a Aurelia. Un rumor corrió entre la gente cuando apareció. El órgano calló, y el sencillo himno de las monjas resonó en

maravillosos acordes que penetraban en lo más profundo del corazón. Todavía no me había atrevido a mirar. Invaso por un miedo espantoso, padecí una convulsión nerviosa y el breviario cayó al suelo. Me agaché para recogerlo, pero un mareo repentino me hubiera hecho caer del elevado asiento, si Leonardo no me hubiera agarrado y sostenido.

—¿Qué te sucede, Medardo? —dijo Leonardo en voz baja—. Tienes una extraña intranquilidad, resiste al Maligno que te amenaza.

Intenté sobreponerme con todas mis fuerzas. Miré y pude contemplar a Aurelia arrodillada ante el altar mayor. ¡Oh, Dios del Cielo, irradiaba más belleza y encanto que nunca! ¡Como una novia! ¡Ay, vestida igual que en aquel día fatídico en que iba a ser mía! Llevaba el pelo trenzado con mirtos floridos y rosas. El recogimiento y la solemnidad del momento habían teñido sus mejillas de rojo, y en su mirada, dirigida a lo alto, se observaba una expresión de placer celestial. Qué representaban aquellos momentos, cuando vi por primera vez a Aurelia en la Corte del Soberano, en comparación con este reencuentro. El amor, el deseo salvaje ardían ahora en mi interior con más frenesí que antaño. «¡Oh, Dios!

¡Por todos los Santos, no dejes que me vuelva loco! ¡No dejes que me vuelva loco! ¡Sálvame, sálvame de este tormento infernal! ¡No permitas que caiga en la demencia, pues en ese caso cometeré un crimen horrible y mi alma se condenará por toda la eternidad!».

Así rezaba en mi interior, ya que sentía cómo poco a poco el espíritu maligno se iba haciendo dueño de mí. Me parecía como si Aurelia tomara parte en la impiedad que quería cometer, como si el voto que pensaba hacer fuese, en su pensamiento, el juramento solemne ante el altar del Señor de que sería mía. No la novia de Cristo, sino del monje que rompió su voto. En ella veía a una mujer perdida. «Abrazarla con todo el fervor de un deseo furioso y luego darle muerte». Este pensamiento me invadió con una fuerza irresistible. El espíritu maligno, más y más salvaje, me impelía a obrar. Quería gritar: «¡Deteneos, necios! ¡No a la virgen purificada de todo instinto terrenal, sino a la novia del monje es a la que queréis elevar a novia celestial!». Abalanzarme sobre las monjas, apartarlas a un lado. Registré el hábito, buscaba el cuchillo, pero la ceremonia había avanzado tanto que Aurelia estaba a punto de prometer sus votos. Al oír su voz, fue como si el suave resplandor de la luna surgiese entre nubes negras impulsadas por una salvaje tormenta. La luz se hizo en mí, y reconocí al espíritu maligno contra el que luché con toda mi energía. Cada palabra de Aurelia me otorgaba nuevas fuerzas, saliendo victorioso del combate. Todo pensamiento impío había huido, todo deseo terrenal había desaparecido. Aurelia era la piadosa novia celestial, cuya oración pudo salvarme de la perdición eterna. Su voto fue mi consuelo, mi esperanza. La alegría y luminosidad del Cielo invadieron mi ser. Leonardo, cuya presencia advertí de nuevo, pareció percibir esa transformación anímica, pues con voz suave dijo:

—¡Hijo mío, has resistido al Enemigo! ¡Era la última y difícil prueba que el Poder

eterno te había impuesto!

El voto fue prometido. Mientras sonaba un canto alterno, entonado por las hermanas clarisas, invistieron a Aurelia. Le retiraron las rosas y los mirtos del peinado, pero cuando se aprestaban a cortarles los rizos que caían sobre sus hombros se originó un escándalo en la iglesia. Vi cómo la gente se apretaba y algunos eran arrojados al suelo. El tumulto se aproximaba cada vez más. Con gesto iracundo, con mirada horrible y salvaje, se abría paso entre la gente un hombre medio desnudo — los harapos de un hábito capuchino le colgaban sobre el cuerpo—. Todo lo que había a su alrededor lo echaba abajo a puñetazos. Reconocí a mi espantoso doble, pero en el mismo instante en que, sospechando lo peor, quise interponerme, el monstruo demente ya había saltado la verja que rodeaba el altar mayor. Las monjas se dispersaron gritando. La abadesa tomó a Aurelia firmemente entre sus brazos.

—¡Ja, ja, ja! —gritó el demente furibundo y con voz chillona—. ¿Queréis quitarme a la princesa? ¡Ja, ja, ja! ¡La princesa es mi novia, mi novia!

Entonces arrebató a Aurelia de los brazos de la abadesa y le clavó un cuchillo, que había mantenido en alto, en el pecho y hasta la empuñadura. La sangre brotó hacia arriba como una fuente.

—¡Viva! ¡Viva! ¡Ya tengo a mi novia! ¡Ya he ganado a mi princesa! —gritaba el loco furioso, que saltó detrás del altar y salió por la puerta de la verja que daba a los corredores del convento.

Las monjas gritaban llenas de terror.

—¡Asesinato! ¡Asesinato ante el altar del Señor! —gritaba también la multitud, abalanzándose sobre el lugar del crimen.

—¡Ocupad todas las salidas del convento, que el asesino no pueda escapar! —gritó Leonardo con voz potente.

El pueblo salió precipitadamente para impedirlo, y aquél de los monjes que era lo suficientemente recio tomó uno de los báculos procesionales, que se encontraban en las esquinas, e inició la persecución del monstruo por los corredores del convento. Todo ocurrió en un instante. Poco después me arrodillaba al lado de Aurelia. Las monjas habían vendado la herida con paños blancos, tan bien como pudieron, y permanecían al lado de la abadesa, que había perdido el conocimiento. Una voz fuerte se oyó junto a mí:

—Sancta Rosalía, ora pro nobis.

Y todos los que habían permanecido en la iglesia comenzaron a gritar:

—¡Milagro, un milagro, es una mártir!

—Sancta Rosalía, ora pro nobis.

Miré hacia arriba. El anciano pintor se encontraba a mi lado, pero serio y dulce, como se me apareció en el calabozo. Ni el dolor terrenal por la muerte de Aurelia, ni el espanto por la aparición del pintor podían ya encontrar acogida en mi interior, pues en mi alma empezaban ya a hacerse evidentes los vínculos enigmáticos que había propiciado el poder oscuro.

—¡Milagro! ¡Milagro! —gritaba el pueblo sin cesar—. ¿Veis al anciano con la capa violeta? Ha descendido de uno de los cuadros del altar mayor, lo he visto.

—¡Yo también, yo también! —exclamaron varias voces, y todos se arrodillaron.

La confusión del tumulto empezó a disminuir y dio paso a profundos suspiros, lloros y el ininterrumpido murmullo de las oraciones. La abadesa recobró el conocimiento. Con un tono doloroso que rompía el corazón, dijo:

—¡Aurelia! ¡Mi niña! ¡Mi hija piadosa! ¡Es la voluntad de Dios!

Habían traído una camilla acolchada y cubierta. Cuando depositaron en su interior a Aurelia, ésta suspiró profundamente y abrió los ojos. El pintor estaba detrás de ella y colocaba su mano en la frente de la novicia. Parecía un santo poderoso. Todos, incluida la abadesa, parecían invadidos de una extraña y respetuosa veneración. Me arrodillé al lado de la camilla. La mirada de Aurelia recayó en mí, entonces no pude reprimir un lamento ante el martirio doloroso de la santa. No era capaz de pronunciar una palabra, así que lo único que pudo salir de mi garganta fue un grito ahogado. Aurelia me habló con dulzura y en voz baja:

—¿Por qué te lamentas y te apiadas de la que ha recibido la dignidad del Poder eterno de separarse de este mundo, precisamente en el instante en que reconocía la banalidad de todo lo terrenal, cuando llenaba su pecho el anhelo por el reino de la eterna alegría y bienaventuranza?

Me había levantado y aproximado todo lo posible a la camilla.

—¡Aurelia! —dije—. ¡Santa mujer! Sólo por un momento haz descender tu mirada de las altas regiones, si no tendré que perecer con una duda que corroerá mi alma y mi espíritu.

¡Aurelia! ¿Desprecias al impío que entró en tu vida como si fuese el mismo Enemigo? Ay, una dura penitencia ha sufrido, pero sabe muy bien que toda la expiación del mundo no reducirá la gravedad de sus pecados. ¡Aurelia! ¿Quieres morir reconciliada?

Aurelia sonrió y cerró los ojos como si hubiese sido rozada por alas de serafines.

—¡Oh, Redentor del mundo, Santísima Virgen María, así permanezco aquí, sin consuelo y dado a la desesperación! ¡Oh, salvación! ¡Salvación de la perdición infernal! —recé con fervor.

Aurelia abrió los ojos y dijo:

—Medardo, ¡te entregaste al poder maligno! ¿Pero permanecí yo pura de pecado cuando creí alcanzar la felicidad terrenal con mi amor criminal? Por una decisión del Eterno hemos sido destinados a expiar los graves delitos de nuestra estirpe impía, y así nos unió el vínculo del amor que sólo reina sobre las estrellas, pero que no tiene nada en común con el placer terrenal. Al astuto Enemigo, sin embargo, le fue posible descubrir el profundo significado de nuestro amor, incluso logró tentarnos de un modo horrible para que sólo comprendiésemos lo Celestial a través de lo mundano. ¡Ay! ¿No fui yo la que te descubrió su amor en el confesionario? Pero en vez de encender en tu interior la llama del amor eterno, hice arder el instinto infernal del

placer, que tú, al sentirte consumido, intentaste apagar con el crimen. ¡Ten valor, Medardo! El necio demente, al que el Enemigo ha tentado para creer que eres tú y que tiene que terminar de ejecutar lo que tu comenzaste, era el instrumento del Cielo, a través del cual se cumplió su voluntad. ¡Ten valor, Medardo! Pronto, pronto...

Aurelia, que había pronunciado las últimas palabras con los ojos cerrados y un esfuerzo considerable, perdió el conocimiento, pero la muerte no pudo todavía apropiarse de ella.

—¿Se ha confesado con vos, venerable señor? ¿Se ha confesado? —preguntaban las monjas con curiosidad.

—En absoluto —respondí—, no yo, sino ella es la que ha llenado mi alma de consuelo celestial.

—¡Bien para ti, Medardo, pues pronto llegará a su fin tu periodo de prueba! Fue el pintor el que dijo estas palabras. Me acerqué a él y le contesté:

—Entonces no me abandones, ser extraordinario.

Quise continuar hablando, pero, por una razón ignota, mis sentidos quedaron embotados. Me sumí en un estado entre el sueño y la vigilia, del que me despertaron voces altas y gritos. Ya no vi al pintor. Civiles y soldados habían penetrado en la iglesia. Reclamaban que se les permitiera registrar todo el convento para encontrar al asesino de Aurelia que, según todos los indicios, todavía se hallaba en el interior del edificio. La abadesa, temiendo con justicia que se produjeran desórdenes, negó el permiso, aunque a pesar de su reputación no pudo apaciguar los ánimos encendidos. Se le reprochó que por evitar un mal menor pudiera encubrir al asesino, ya que éste era monje. El pueblo, cada vez más desenfrenado, parecía que se aprestaba a asaltar el convento. En ese momento Leonardo subió al púlpito y se dirigió a la multitud reunida con algunas palabras fuertes para recordar que los lugares sagrados no podían ser profanados. También informó de que el asesino no era un monje, sino un demente que había sido admitido en el monasterio como enfermo. Aparentemente muerto, fue llevado, vestido con el hábito de la Orden, a la cámara mortuoria, pero que había despertado del estado tan parecido a la muerte en que se hallaba y había desaparecido. Si estuviera todavía en el convento, las medidas tomadas serían suficientes para evitar una evasión. El pueblo se tranquilizó y sólo reclamó que no trasladaran a Aurelia al convento por los corredores, sino por el patio, en solemne procesión. Así ocurrió. Las atemorizadas monjas portaron la camilla, que habían orlado de rosas. También Aurelia estaba, como antes, adornada con rosas y mirtos. Inmediatamente después de la camilla, sobre la que cuatro monjas sostenían el baldaquino, caminaba la abadesa, sostenida por dos monjas; el resto seguía con las clarisas. A continuación iban los hermanos de las distintas órdenes, a los que se unía al final el pueblo llano. De esta manera fue avanzando la procesión por la iglesia. La hermana organista debió de situarse en el coro, pues tan pronto como la comitiva se encontraba justo en medio de la iglesia, empezaron a sonar tonos fúnebres y profundos que procedían de allí. En ese preciso momento Aurelia se incorporó

lentamente y elevó las manos al Cielo en fervorosa oración. De nuevo cayó el pueblo de rodillas y exclamó: Sancta Rosalía, ora pro nobis. Así se cumplió lo que anuncié la primera vez que vi a Aurelia, fingiendo con ceguera satánica e impía.

Las monjas depositaron la camilla en la sala inferior del convento y, cuando las hermanas y los hermanos, formando un círculo, rezaban a su alrededor, Aurelia cayó con un profundo suspiro en los brazos de la abadesa, que se encontraba arrodillada a su lado. ¡Estaba muerta!

El pueblo permanecía a las puertas del convento, y cuando las campanas anunciaron el óbito de aquella piadosa joven, empezaron a extenderse los gemidos y lamentos hasta formar un auténtico griterío. Muchos hicieron el voto de permanecer en el pueblo hasta las exequias de Aurelia y sólo después regresar a sus lugares de procedencia. Durante el tiempo que permanecieran allí, decidieron ayunar. El rumor del crimen y del martirio de la novia celestial se extendió rápidamente, y así ocurrió que las exequias, celebradas cuatro días después, se parecieron a la ceremonia solemne de glorificación de una santa. Ya el día antes se encontraba la pradera ante el convento, como en el día de San Bernardo, cubierta de gente que, descansando, esperaban la mañana. Pero en vez del regocijo, sólo se escuchaban suspiros piadosos y un murmullo apagado. El relato del crimen cometido ante el altar mayor corría de boca en boca y, si de pronto se oía una voz elevada, era para maldecir al asesino que había desaparecido sin dejar rastro.

Esos cuatro días, que pasé casi todo el tiempo solo en la capilla del jardín, ejercieron un efecto mucho más decisivo para la salvación de mi alma que la larga y severa penitencia en el monasterio capuchino de Roma. Las últimas palabras de Aurelia me habían revelado el enigma de mis pecados, y también reconocí que, a pesar de estar dotado de toda la fuerza de la virtud y de la devoción, no fui capaz por mi cobardía de resistir a Satanás, empeñado en proteger a la estirpe criminal. Todavía no había brotado la semilla del mal depositada en mi interior, cuando vi a la hija del director de orquesta y el orgullo impío empezó a despertar, pero entonces me puso Satanás el elixir en las manos, que hizo fermentar mi sangre como un maldito veneno. No atendí los consejos y advertencias del pintor desconocido, tampoco los del prior y los de la abadesa. La aparición de Aurelia en el confesionario me convirtió definitivamente en un criminal. Engendrado por el veneno, surgió el pecado como una enfermedad orgánica. ¿Cómo podía quien se había entregado a Satanás reconocer el vínculo que el Poder del Cielo había establecido entre Aurelia y yo como símbolo del amor eterno? Satanás me unió con malicia a un demente, en cuyo ser penetré. Del mismo modo podía él influir espiritualmente en mí. Su muerte aparente, probablemente un artificio del demonio, tenía que suscribírmela a mí. El crimen me familiarizó con el pensamiento de la muerte que siguió al engaño del diablo. Así, el hermano engendrado por el pecado representaba el principio animado por el demonio, que me hizo cometer los ultrajes más impíos y me llevó de un lado a otro sufriendo los tormentos más crueles. Hasta el momento en que Aurelia prometió su

voto, siguiendo la decisión del Poder eterno, mi alma no estaba pura de pecado. Hasta ese momento el Enemigo tenía poder sobre mí. Pero la maravillosa tranquilidad interior, como si fuese una serenidad irradiada de lo alto, que me invadió cuando Aurelia pronunció sus últimas palabras, me convenció de que la muerte de Aurelia suponía el perdón de los pecados. Cuando en el solemne réquiem el coro entonó las palabras *Confutatis maledictis flammis acribus addictis* me sentí elevado, pero cuando llegó el *Voca me cum benedictis* me pareció ver a Aurelia con una claridad luminosa y celestial. Me miró desde las alturas y, luego, rodeada su cabeza por un anillo de estrellas resplandecientes, se elevó hasta el Ser superior para pedir la salvación eterna de mi alma. ¡*Oro supplex et acclinis cor contritum quasi cinis!* Me arrojé al suelo, pero qué poco se parecía mi sentimiento, mi súplica humillada a la apasionada contrición y a los crueles y salvajes ejercicios de penitencia en el monasterio capuchino. Sólo ahora poseía mi espíritu la capacidad de discernir entre lo verdadero y lo falso. Con esta claridad de conciencia fracasaría todo nuevo intento del demonio de someterme a prueba. No la muerte de Aurelia, sino la forma horrible en que se produjo fue lo que me estremeció en los primeros instantes. Pero pronto reconocí que el favor del Poder eterno había reservado para ella lo mejor: ¡El martirio de la inmaculada novia de Cristo! ¿Había desaparecido entonces para mí? ¡No! Sólo ahora, cuando había abandonado este mundo lleno de penas, era para mí el puro rayo del amor eterno que vivía en mi pecho.

¡Sí! La muerte de Aurelia fue la consagración del amor que, como ella misma dijo, sólo reina por encima de las estrellas y no posee nada en común con el amor terrenal. Estos pensamientos me elevaron sobre mi «yo» temporal, y así aquellos días en el convento cisterciense fueron los más benditos de mi vida.

Después de la inhumación, que tuvo lugar al día siguiente, Leonardo quiso regresar con los hermanos a la ciudad. La abadesa dijo que me llevasen hasta ella cuando estábamos a punto de partir. La encontré sola en la habitación, muy impresionada y llorando continuamente.

—¡Lo sé todo, todo, Medardo, hijo mío! Sí, vuelvo a llamarte de esta manera porque has superado todas las pruebas que a ti, infeliz y digno de misericordia, se te han impuesto. Ay, Medardo, sólo ella, sólo ella, que será nuestra intercesora ante el Trono de Dios, está libre de pecado ¿No me encontraba al borde del abismo cuando, poseída por el placer terrenal, quise entregarme al asesino? ¡Y, sin embargo, hijo Medardo, he derramado lágrimas criminales en la celda solitaria recordando a tu padre! ¡Vete, hijo mío! La duda de que quizá la culpa que me imputaba a mí misma había creado en ti a un pecador impío ha desaparecido de mi alma.

Leonardo, que seguramente le había revelado a la abadesa todo aquello de mi vida que todavía desconocía, me demostró con su comportamiento que también él me había perdonado. Decidió que había que dejar a la discreción del Altísimo la forma en que tenía que aparecer ante su justicia. El orden del monasterio permanecía invariable, y me integré en la vida monacal como antaño. Leonardo me dijo un día:

—Quisiera, hermano Medardo, imponerte todavía un ejercicio de penitencia. Pregunté con humildad de qué se trataba.

—Escribirás con exactitud la historia de tu vida —respondió el prior—. No silenciarás ninguno de los extraños acontecimientos que te han acaecido, ni siquiera los más banales, sobre todo no omitirás los que te ocurrieron en tu periodo de vida mundana. La fantasía te llevará de nuevo a los escenarios multicolores que has abandonado para siempre, experimentarás otra vez todo lo cruel, placentero, doloroso, burlesco, incluso es posible que contemples en ese momento a Aurelia de otro modo, no como la monja Rosalía que sufrió el martirio. Pero si el espíritu del mal te ha abandonado definitivamente, si te has apartado de todo lo mundano, flotarás como un principio superior sobre todo lo ocurrido, y las impresiones no dejarán ninguna huella.

Hice lo que el prior me ordenó. ¡Ay, pero ocurrió tal y como él dijo! Dolor y deleite, horror y placer, espanto y encanto brotaron violentamente en mi interior, mientras escribía mi vida. ¡A ti, que alguna vez leerás estas páginas, te hablo del amor de un tiempo luminoso en el que la imagen de Aurelia aparecía ante mí llena de vida! Hay algo superior al placer terrenal, que la mayoría de las veces sólo procura la perdición a los seres humanos frívolos y necios. El amor espiritual es el verdadero tiempo luminoso, cuando la amada, apartada del pensamiento del deseo impío, enciende en tu pecho, como si fuese un rayo celestial, todo lo superior, todo lo que desciende pleno de bendición del reino del amor. Este pensamiento me confortó cuando, con el recuerdo en los momentos espléndidos que el mundo me otorgó, brotaban lágrimas ardientes de mis ojos y todas las heridas hacía tiempo cicatrizadas volvían a sangrar.

Sé que el Enemigo probablemente tendrá todavía poder para atormentar al monje en la hora de su muerte, pero aguardo resuelto, incluso con un anhelo ferviente, el instante en que se acerque mi fin, pues será el instante en que se cumpla todo lo que Aurelia —¡ah, la misma Santa Rosalía!— me prometió en su muerte. ¡Por favor, ruega por mí, Santísima Virgen, para que en mi hora oscura el poder del infierno, al que estuve tanto tiempo expuesto, no me someta y me arroje al lodazal de vicios de la perdición eterna!